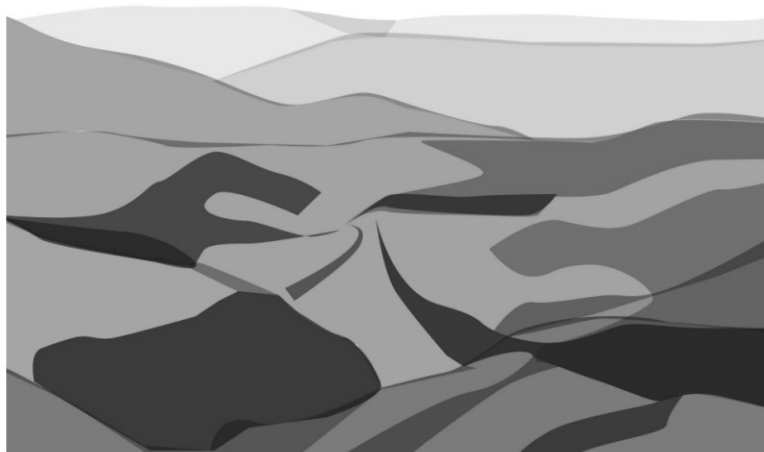


**Tesis doctoral**



**MIRADAS Y TENSIONES EN LOS  
PAISAJES DEL VALLE DE CARRANZA**

**Presentada por Nuria Cano Suñén**

**Dirigida por Teresa del Valle Murga**

Departamento de Filosofía de los Valores y Antropología Social  
Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea



Universidad Euskal Herriko  
del País Vasco Unibertsitatea

**2011**



---

*A Joxe, a Ulises y a la pequeña  
que está en camino,  
porque desde que habéis llegado,  
en tiempos y ritmos diferentes,  
me habéis hecho volar y creer.*

---

---

*Muchas son las instituciones y personas a las que esta investigación debe su generosidad:*

*La tesis no existiría sin el apoyo del Gobierno Vasco que, a través de una beca del Programa de Formación de Investigadores del Departamento de Educación, Universidades e Investigación (2005-2009), me ha apoyado y financiado durante cuatro años, además de hacerse cargo de los gastos corrientes de la investigación y de las estancias en otras universidades. Por ello, mi agradecimiento expreso.*

*Estoy sinceramente agradecida a mi directora, la catedrática Teresa del Valle Murga, de gran corazón y generosidad, por confiar en mi proyecto. Su optimismo y buen hacer como antropóloga social me han conducido hasta la culminación de la investigación. Su respeto hacia mi trabajo me ha dado la confianza necesaria para ser feliz en el camino, y sus indicaciones, orientaciones, resolución de problemas metodológicos y teóricos me han ayudado a salvar los obstáculos.*

*También quisiera agradecer el apoyo mostrado, siempre generoso, desde el Departamento de Filosofía de los Valores y Antropología Social de la UPV/EHU. En especial tengo que agradecer a su directora Mari Luz Esteban el apoyo financiero y la inmediatez para la resolución o atención de cuestiones diversas.*

*Debo dar las gracias también a los profesores y profesoras, en orden temporal, que me apoyaron y ayudaron durante mis estancias en otras universidades, experiencias que fueron clave en mi desarrollo académico y personal:*

*Las aportaciones de la profesora Setha Low fueron de vital importancia de cara a revisar el trabajo teórico hecho hasta el momento, allanarme el camino para pensar en la multisensorialidad del paisaje, prepararme para el trabajo de campo que comenzaría en breve y hacerme sentir como en casa en una ciudad como Nueva York, que no es poco.*

*Con el profesor Tim Edensor estaré siempre en deuda por creer en mí y trabajar conmigo incansablemente durante un mes de junio, una vez acabado ya su periodo lectivo. Su forma tan antropológica de entender la geografía, tan cercana a la mía, me alentó justo en un momento en el que tenía que enfrentarme a la reordenación de mi trabajo empírico.*

*Por último, y no menos importante, le debo muchísimo al profesor Juan Francisco Ojeda, gran humanista y experto en paisaje, colaborador tenaz y optimista que me ha ayudado de inmediato y sin pestañear siempre que se lo he pedido.*

---

*Mención aparte merece la arquitecta Claudia Zavaleta, gran paisajista que de forma desinteresada ha estado ahí, atenta a mi trabajo y velando por mí.*

*Con respecto a mi investigación sobre el Valle de Carranza, la lista de agradecimientos sería muy larga. Sin cada una de las personas que me han confiado una conversación, un comentario, una visita, un paseo, una explicación, a veces incluso anónima y fugazmente, difícilmente podría haber conocido, entendido y escrito sobre el Valle. A todos ellos y ellas las llevo en el corazón, pues el trabajo como investigadora social puede ser un fracaso si la gente no te abre su conocimiento, su corazón y su emoción como sí fue en este caso. En esto, ellos y ellas son los expertos. Quisiera, además, explicitar dicho reconocimiento a varias personas concretas por su especial ayuda y generosidad. En primer lugar, a Juana Luisa Haza, que siempre derrocha grandes dosis de hospitalidad en todos los sentidos. Su calidad humana y cordialidad me dio lo que más se necesita en un trabajo de campo: confianza, conocimiento y alegría. En deuda estoy también con Rafa Arriola, Koldo Díez de Mena y Luísmá Peña, que han estado siempre a mi disposición para facilitarme material etnográfico, para una buena conversación o incluso para la lectura de un borrador.*

*La redacción de la tesis habría sido mucho más dura si no hubiera habido amigos y amigas dispuestos a dar ánimos y a alentar. A todos ellos, gracias. En especial quiero mencionar a Sherri Bownes, que hizo mucho más llevadera mi noctámbula soledad de la hoja en blanco. También a mi amiga y artista gráfica Ximena Silva, diseñadora de la portada y de las ilustraciones que aparecen al inicio de cada parte de la tesis.*

*Por último, quisiera agradecer a mi familia su buen talante, en especial a mi madre, siempre lista para mis peticiones de tiempo y cuidado. A pesar de vivir lejos, reconforta saber que tienes a alguien ahí para dar un empujón cuando realmente lo necesitas. Vaya también mi gratitud a mi hermano Enrique por haber creído en este proyecto.*

---

## MIRADAS Y TENSIONES EN LOS PAISAJES DEL VALLE DE CARRANZA

<b>PARTE I. INTRODUCCIÓN, METODOLOGÍA Y MARCO TEÓRICO.....</b>	<b>9</b>
CAPÍTULO 1: INTRODUCCIÓN.....	11
CAPÍTULO 2: BASES METODOLÓGICAS.....	19
CAPÍTULO 3: MARCO TEÓRICO.....	29
3.1 El paisaje como tensión entre la proximidad y la lejanía .....	31
3.2 El paisaje como tensión entre el habitar y el observar .....	36
3.3 El paisaje como tensión entre el territorio y la manera de mirar .....	41
3.4 El paisaje como tensión entre la naturaleza y la cultura.....	49
<b>PARTE II. CONTEXTUALIZACIÓN Y CARACTERIZACIÓN DEL VALLE.....</b>	<b>53</b>
CAPÍTULO 4: CONTEXTO GEOGRÁFICO .....	55
CAPÍTULO 5: HITOS PAISAJÍSTICOS .....	61
5.1 Hito 1: Construcción de la línea de ferrocarril Santander-Bilbao .....	62
5.2 Hito 2: Normativas respecto a la roturación, cultivo y distribución de tierras .....	64
5.3 Hito 3: Del productivismo agrario al paradigma postproductivista .....	67
<b>PARTE III. MIRADAS PAISAJÍSTICAS .....</b>	<b>73</b>
CAPÍTULO 6: MIRADA COTIDIANA I. VIEJOS TASKCAPES, VIEJOS LANDSCAPES .....	77
CAPÍTULO 7: MIRADA COTIDIANA II. NUEVOS TASKCAPES, NUEVOS LANDSCAPES.....	107
CAPÍTULO 8: ¿PAISAJES AUTÉNTICOS? .....	145
CAPÍTULO 9: MIRADA ARQUITECTÓNICA .....	153
9.1 ¿Qué es la mirada arquitectónica? Complejidad e hipótesis de partida.....	153
9.2 Arquitectura y trama urbana tradicional en Carranza: características y procesos.....	156
9.3 Arquitectura, urbanismo y cambio social.....	161
9.3.1 Urbanización rápida de la hondonada del Valle: primera ruptura del compás territorial. ...	161
9.3.2 Fragmentación urbana y heterogeneidad arquitectónica contemporáneas.....	163
9.3.3 Reinención de lo tradicional: el caserío nevasco y la simulación .....	170
9.4 Austeridad, precaución y lentitud ante el cambio: reflexión abierta .....	173
CAPÍTULO 10: MIRADA INSTITUCIONAL Y SUS RESPUESTAS.....	179
10.1 ¿Cómo y qué miran las instituciones? .....	179
10.2 Karpin Abentura y otras infraestructuras turísticas.....	183
10.3 Contestación a la mirada institucional .....	197
10.4 Mirada institucional en la Agenda Local 21.....	211
10.4.1 Del desarrollo sostenible al paisaje sostenible.....	211
10.4.2 Proceso y metodología de implantación de la Agenda 21 .....	214
10.4.3 El paisaje en la Agenda Local 21 de Carranza.....	217
CAPÍTULO 11: MIRADA CONNOTATIVA .....	225

---

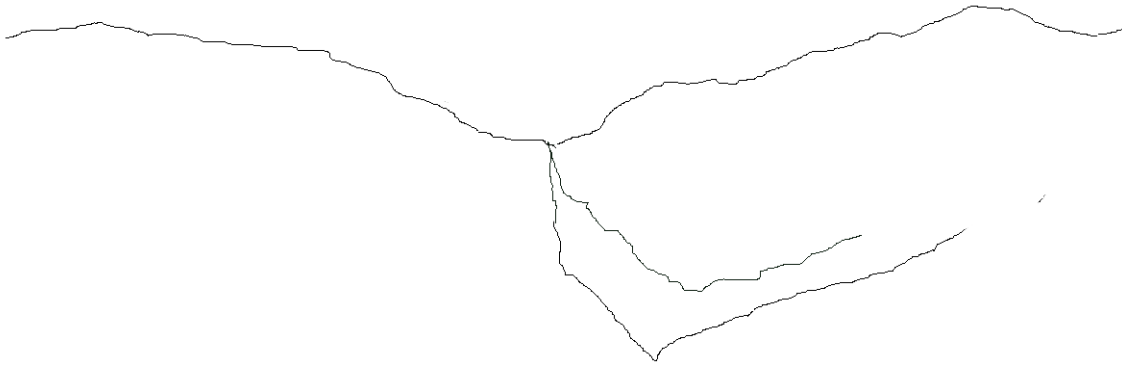
<b>PARTE IV. MÁS ALLÁ DE LA VISTA: PAISAJES CON TODOS LOS SENTIDOS ....</b>	<b>231</b>
CAPÍTULO 12: OTROS SENTIDOS EN EL PARADIGMA MODERNO .....	235
CAPÍTULO 13: EL OLOR COMO FACTOR DE CAMBIO EN LA CASA Y EN EL ESPACIO URBANO .....	245
CAPÍTULO 14: CORPORALIDAD Y MEMORIA EN EL PAISAJE COTIDIANO .....	265
CAPÍTULO 15: LAS BAMBALINAS DEL KARPIN ABENTURA .....	289
15.1 Karpin Abentura como <i>collage</i> temporal .....	289
15.2 El estanque: un encuentro multisensorial .....	295
CAPÍTULO 16: PAISAJEANDO CON TODOS LOS SENTIDOS.....	303
16.1 El paisaje desde la perspectiva del conocimiento situado .....	303
16.2 Paisajeando con todos los sentidos en Carranza .....	307
<b>A MODO DE CONCLUSIONES .....</b>	<b>315</b>
<b>ÍNDICE DE ILUSTRACIONES .....</b>	<b>323</b>
<b>REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS .....</b>	<b>325</b>



---



**PARTE I. INTRODUCCIÓN, METODOLOGÍA Y MARCO TEÓRICO**





## **CAPÍTULO 1: INTRODUCCIÓN**

Con la tesis comenzada a nivel teórico ya hace tiempo, me pongo a pensar en qué paisajes me decantaré para mi etnografía. Me dirijo en coche hacia el Valle de Carranza por la carretera secundaria que, atravesando Las Encartaciones, conduce hacia él. Poco después de superar el pueblo de Zalla comienza una subida serpenteante que descubre un bonito paisaje entrelazado con muchas curvas que no se hacen fáciles si no se conoce la carretera. En la subida, durante largos tiempos, me siento encajonada entre árboles y promontorios a ambos lados de la carretera, pero, sin embargo, en los pocos respiros que ésta me permite, me doy cuenta de que me estoy adentrando en un paisaje singular. La ascensión, así, se muestra como un constante interrogante que incita a plantearme adónde llegaré. Al fin, tras bastantes kilómetros y muchas curvas, un cartel me da la bienvenida al Valle de Carranza. El anuncio está en un alto que se denomina “Escrita”, que hace además de punto de inflexión en el paisaje, no sólo porque la carretera comienza a descender, sino porque a partir de dicho punto los claros a mi izquierda se hacen más persistentes. El inicio de un paisaje más despejado me hace descubrir, desde las alturas, un majestuoso Valle. Al llegar al llano, tras unos pocos kilómetros, alcanzo un desvío a mi izquierda que me pasa francamente inadvertido. Sospecho que, como le habrá pasado a muchos otros, me salto la bifurcación sin saber que en breve habré abandonado Carranza, pues la inercia y la señalización defectuosa me ha llevado a seguir conduciendo en línea recta. Esta salida no prevista del Valle me hace considerar que mi encuentro con él ha sido demasiado efímero. No obstante, dicha fugacidad alienta mi interés, pues ha generado infinidad de curiosidades e inquietudes. La intuición me dice que aquel territorio atesora mucho que ofrecer y ya no podré tantear ninguna otra opción: el paisaje elegido para mi tesis doctoral será el del Valle de Carranza.

\*\*\*

El proceso de selección, elaboración y redacción de una tesis es un proceso de madurez que necesita de reflexión y de orden y que transcurre entre estados de ánimo desiguales, entre dudas y hallazgos. Tiene mucho de esfuerzo intelectual pero también de descubrimiento, tanto del objeto de estudio como de las capacidades personales para hacer frente al reto. En mi caso, he necesitado cinco años para culminarlo y el camino ha sido, sobre todo, de aprendizaje continuo y, afortunadamente, inacabado: siempre hay algo que aprender y de quien aprender.



**Ilustración 1: Carretera BI-630**

Mi descenso en coche por la carretera BI-630 me permitió entrever fugazmente unos paisajes que alentaron mi interés por un descubrir más lento y minucioso<sup>1</sup>.

La evolución del título de la tesis delata los puntos de partida y de llegada epistemológicos, el posicionamiento intelectual y casi diría que ético, el grado de conocimiento del objeto de estudio y la profundidad de su análisis. Desde el primer proyecto, “Paisaje y desarrollo rural sostenible en el País Vasco: la importancia de su adecuada protección, gestión y ordenación”, con el que obtuve una beca predoctoral de investigación del Gobierno Vasco, hasta el definitivo, “Miradas y tensiones en los paisajes del Valle de Carranza”, media mucho más que un mero artificio estético. En primer lugar, se lee la madurez de acotar un objeto de estudio amplio y poco definido como era el inicial; en segundo, se percibe el desarrollo de un planteamiento territorial más crítico y personal; y, por último, se trasluce el acercamiento menos superficial y más elaborado sobre el concepto de paisaje. Personalmente encuentro este último avance el más satisfactorio y el de mayor relevancia. Esta evolución también delata cómo mi bagaje más dilatado como economista (mi primera formación universitaria y profesión) va quedando atrás para ir consolidándose mi aprendizaje como antropóloga social.

---

<sup>1</sup> Las fotografías que ilustran el texto fueron realizadas por mí. Cuando no es así, se indica la autoría y la fuente en la propia ilustración.

Con la distancia temporal e intelectual transcurrida desde el primer marco teórico elaborado para la defensa del D.E.A. (Diploma de Estudios Avanzados) en el año 2006, éste aparece ahora con carencias: un concepto de paisaje insuficientemente armado teórica e históricamente, unos conceptos de desarrollo y gestión territorial poco críticos y unos objetivos demasiados vagos y amplios. Pero contaba con la fuerza de unas ideas básicas claras, la ambición de seguir mejorándolas y ampliándolas, la confianza en un proyecto elaborado con amor e ilusión, y la positividad del apoyo intelectual y anímico de la directora de la tesis, la profesora Teresa del Valle, catedrática de Antropología en el Departamento de Filosofía de los Valores y Antropología Social de la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea.

Considero que los cambios sustanciales en el marco teórico, fundamentalmente en el concepto de paisaje, se produjeron entre junio y septiembre de 2008, tras más de nueve meses de trabajo de campo que había comenzado en septiembre de 2007 y dos estancias cortas financiadas por el Gobierno Vasco. Éstas se desarrollaron de manera muy concentrada en el tiempo pero intensa y fructíferamente en cuanto al trabajo realizado. Tuvieron lugar en la *Metropolitan University of Manchester* y en la Universidad Pablo de Olavide bajo la dirección de los profesores Tim Edensor y Juan Francisco Ojeda respectivamente.

Mi trabajo de campo, cuya metodología abordaré en el próximo capítulo, me había confirmado las dudas teóricas acerca del propio concepto de paisaje que me habían surgido a propósito de otra estancia anterior en *The City University of New York* bajo la dirección de la profesora Setha Low. Me sentía incapaz de resolver estas incertidumbres, pues ya no se trataba de una mera revisión bibliográfica sino de algo más sustancial. La estancia en Manchester me hizo ver que mis dudas, que habían llegado a abrumarme y que amenazaban con conducirme a un callejón sin salida, no eran triviales sino razonables y con sentido: el origen de su planteamiento se situaba en el suficiente conocimiento del concepto de paisaje que había alcanzado. Una vez resueltas, la estancia en Sevilla fue clave para rehacer el guión de la tesis con más tranquilidad: por un lado fortaleció mis conceptos teóricos de paisaje y de tensión, matizando mis ideas sobre gestión territorial y poniendo en cuestión la noción de desarrollo; por otro, y más importante, me ayudó a reorganizar los datos etnográficos del trabajo de campo, cuyo grueso había terminado recientemente, dotándoles de una estructura más sólida, coherente y original.

Las dudas a las que me estoy refiriendo surgieron de mi necesidad y empeño personal por introducir en un concepto tan visual como el del paisaje una perspectiva

más táctil y corpórea partiendo del convencimiento de que éste también se huele, se escucha y se toca. Ahora bien, en la práctica, conforme me acercaba a un paisaje y lo intentaba palpar, éste se desvanecía: ¿acariciaba el paisaje en sí o una roca que formaba parte de él?, ¿al escuchar los árboles rumorosos, como dice María Ángeles Durán (2007), escuchaba el paisaje o sólo las hojas? A pesar de mis dudas, sentía la necesidad de no renunciar a incluir los sentidos no visuales al estudio, y eso pasaba necesariamente por poder acercarme y tocar el paisaje. Una parte no desdeñable de mi trabajo de campo transcurrió intentando aproximarme a un paisaje que había visto desde la lejanía. Pero cuando llegaba al punto al que me había propuesto, aquel paisaje había desaparecido a la vez que habían aparecido otros. Por ello me planteaba si cuando alcanzaba aquel paisaje que había visto en la distancia, realmente lo estaba tocando.



**Ilustración 2: Fuente Natural en Ordunte**  
Frente al fluir de una fuente que, bajando de la montaña, resuena en el bosque, ¿escuchamos el paisaje o sólo el agua golpeando contra las rocas?

Hubo un momento en el que tuve que renunciar a este tipo de elucubraciones, pues me sentía incapaz de resolver una cuestión que me impedía seguir avanzando. No encontré una respuesta satisfactoria hasta que se la planteé al profesor Tim Edensor en Manchester. Su respuesta fue bien simple: “te entiendo perfectamente; se trata de un lastre y una tensión propia del concepto de paisaje muy difícil de resolver, pero no renuncies a incluir los sentidos no visuales al paisaje como es tu deseo”. Y añadió “estoy leyendo un libro nuevo que puede ayudarte”. Se trataba de *Landscape*, de John Wylie.



La lectura de sus dos primeras páginas me resultó esclarecedora y de un gran alivio para mí. La primera frase del libro es toda una declaración de intenciones que me resultó tan alentadora y productiva que he querido que mi propia tesis (después de la introducción y de las bases metodológicas) comience de la misma manera. Decía así<sup>2</sup>:

El paisaje es tensión. [...] Es tensión entre la proximidad y la lejanía, el cuerpo y la mente, la inmersión sensorial y la observación distante. ¿Es el paisaje el mundo en donde vivimos o la escena que contemplamos?, ¿es algo que describe la conexión corpórea de uno mismo, de su cuerpo, de su conocimiento y de la tierra que habita o es algo concebido en términos artísticos y pictóricos resultado de una estrategia visual que observa el territorio desde la distancia? Este libro no ayuda a resolver esta tensión ni a dar una conclusión definitiva, sino que documenta cómo estas tensiones dan vida al paisaje y cómo han aportado un material rico, productivo y creativo a la geografía cultural y a otras interpretaciones y escritos sobre el paisaje (Wylie, 2007:1-2).

Aunque en sí los conceptos de lejanía, cercanía, fenomenología o estética del paisaje no son nuevos, la novedad del análisis reside en plantearlos conjuntamente en forma de tensión, renunciando además a resolverla, pues aprender a convivir con la complejidad del término es reconocer su riqueza. El paisaje es lejanía y visualidad, pero también cercanía, pues tiene que ver con las actividades que moldean la tierra. Su parte fenomenológica completa su lado estético, que es una noción cultural construida social e históricamente de la que no se puede prescindir, y viceversa. Así lo había aplicado y vivido, sin todavía saberlo muy bien, en el caso práctico elegido. Para mi marco teórico adopté el esquema general de Wylie (el paisaje como tensión entre la proximidad y la lejanía, entre el habitar y el observar, entre el territorio y la manera de mirar, la naturaleza y la cultura), pero el contenido de cada una de estas tensiones lo reformulé libremente bajo mi propia perspectiva y reutilizando la mayor parte del análisis teórico que ya tenía trabajado. A la nueva luz, el trabajo previo salió reforzado y dotado de sentido y coherencia.

Concretar el caso de estudio también fue fruto de un proceso de reflexión con altibajos. En principio tenía pensado elegir un paisaje de cada uno de los Territorios Históricos de la Comunidad Autónoma Vasca y hacer una comparación. Pero conforme

---

<sup>2</sup> La traducción del inglés es mía. Asimismo, en el resto del trabajo todas las citas que correspondan a un original en otro idioma según la bibliografía también serán traducciones mías.

avanzaba en mi investigación me di cuenta de que resultaría un trabajo demasiado ambicioso. Tampoco tenía claro que la comparación fuese posible, ni práctica, ni útil, por lo que opté por el estudio de un caso individual. Creo que fue acertado, ya que me permitió, por un lado, el estudio más concreto y detallado de un paisaje y, por otro, un mayor margen para la reflexión tanto sobre el concepto de paisaje en sí mismo como sobre otras problemáticas concernientes al medio rural.

Decirme por el Valle de Carranza, en la provincia de Bizkaia, fue fruto de dos factores que confluyeron:

En primer lugar, antes de llegar a la antropología, mis inquietudes como economista se habían centrado en el mundo rural, sobre todo en sus problemas de despoblación y falta de expectativas de futuro. Este Valle se caracteriza precisamente por constituir un municipio envejecido y con inquietud social acerca de su futuro, configurándose como una de las pocas islas rurales supervivientes en una provincia vizcaína muy industrializada y urbana, por lo que tenía similitudes con los entornos por los que me había interesado previamente. Esto me sugiere que el investigador o investigadora no es un sujeto abstracto e imparcial que parte para su trabajo de una “tabla rasa”, sino que es natural que cuente con unas inquietudes previas, una personalidad, un pasado, un presente y unas expectativas de futuro que modulan su investigación. Admitir que el conocimiento científico no emerge aislado y descontextualizado, ni de la biografía del sujeto investigador, ni de su carácter, no resta validez al estudio, sino que sitúa y hace explícito más honestamente su punto de partida.

En segundo lugar, y como he mencionado al comienzo de la introducción, a pesar de mi desconocimiento previo del municipio, el paso en coche por la carretera B-630 que atraviesa la parte norte del Valle me hizo intuir, como así resultó, que aquel paisaje no se limitaba a ser fotogénico. Aunque aquel paso fugaz por Carranza no daba cuenta de toda su riqueza, fue suficiente para mostrarme que encerraba fenómenos atractivos para su estudio y que podía resultar un buen lugar donde reflexionar y experimentar sobre el concepto de paisaje. En este sentido me gustaría resaltar el papel de la intuición en la investigación, que no la encuentro reñida con la validez de ésta. Cuando nos referimos al método científico, comúnmente se representa como un sistema lógico que debe atenerse a una serie de procedimientos sistematizados. Ahora bien, se hace necesario reconocer que la investigación se encuentra determinada de una manera importante, que no única, por la naturaleza intuitiva del sujeto investigador,

entendiéndose que la intuición es un proceso psicológico que, aunque no lo considere la lógica formal, no resulta antilógico (Galindo, 1997).



## CAPÍTULO 2: BASES METODOLÓGICAS

La investigación tiene como objeto analizar los paisajes del Valle de Carranza, en la provincia de Bizkaia, a partir del siglo XX<sup>3</sup> desde una perspectiva sociocultural dando cuenta de los cambios, pues éstos son reflejo y memoria de transformaciones en las relaciones económicas, sociales y emocionales de las gentes con su entorno, su tierra y su territorio.



**Ilustración 3: Paisaje General del Valle de Carranza**  
Vista general del Valle de Carranza desde el monte Armañón.  
Tensión, hito y mirada paisajística vertebrarán el análisis de un paisaje quebrado, dominado en las zonas altas por montañas circundantes y envolventes, y en las bajas y medias por unas praderas y campiñas que forman parte de la idiosincrasia del Valle.

Me sirvo de tres conceptos conductores para hilvanar la práctica etnográfica y su análisis: la tensión, el hito y la mirada paisajística.

En primer lugar, siguiendo a Teresa del Valle (2005, 2006b), entiendo por tensión la energía generada por la existencia de fuerzas contrapuestas y dinámicas y por su activación en contextos específicos. Su aplicación me permite descubrir el dinamismo temporal, espacial y sociocultural del paisaje. De esta manera especifico cuatro tensiones (que se detallarán en el marco teórico) que en su energía contrapuesta definen el paisaje: proximidad/lejanía, habitar/observar, territorio/manera de mirar y naturaleza/cultura.

---

<sup>3</sup> Puntualmente haré referencia a algún punto temporal anterior dado su interés histórico.

En segundo lugar, los hitos paisajísticos son acontecimientos claves en la configuración espacial del paisaje o en su manera de pensarlo. En ellos se basa la contextualización histórico-geográfica de Carranza y los más relevantes desde el punto de vista de su memoria actual aparecen reiteradamente en el resto del análisis. He definido tres hitos paisajísticos significativos: llegada del ferrocarril al Valle; reglamentos y normativas respecto a la roturación, cultivo y distribución de tierras; y paso del paradigma agrario productivista al postproductivista.

Por último, en cuanto a la mirada paisajística, asumo que quién y cómo se sitúa en o ante un paisaje es un elemento imprescindible en la definición del mismo, por lo que es importante el análisis desde los y las actoras. Por ello articulo cinco miradas paisajísticas que dan cuenta del cambio y de la diversidad de aproximaciones al paisaje: la mirada cotidiana, la arquitectónica, la institucional, la connotativa y, aunque analizada aparte, la multisensorial.

Por otro lado, concreto tres hipótesis a contrastar:

- 1ª Hipótesis: la autenticidad del paisaje.

La autenticidad del paisaje no se define por su impermeabilidad al cambio social sino por su adaptabilidad a sus paisajes reconocibles. Asimismo dicha autenticidad no es dictaminada por ningún agente social concreto sino por la suma de miradas, vivencias y aproximaciones yuxtapuestas.

- 2ª Hipótesis: compás del paisaje y afectividad.

El paisaje crea lazos afectivos explícitos e implícitos entre lugares y gentes. Por ello, el cambio paisajístico debe ser inteligente y acompasado, no torpe, irreflexivo o museístico, y mostrar la acumulación de los distintos saberes y circunstancias sociales a lo largo del tiempo. A pesar de su dinamismo, el paisaje debiera ofrecer a las personas la posibilidad de reconocer su pasado, de situarse en el presente y de tener esperanza en el futuro.

- 3ª Hipótesis: dimensión multisensorial del paisaje.

El cambio paisajístico no se agota en su dimensión visual sino que sus otros aspectos sensoriales y corporales como lo táctil, lo sonoro, lo olfativo o lo gustativo también lo explican, a la vez que suponen herramientas de análisis para el cambio social.

Formulo las unidades de análisis mediante preguntas de investigación, que hacen de guía, en torno a tres grandes ejes:

**Descripción física.**

- ¿Cuáles son los elementos objetivos constituyentes del paisaje del Valle?
- ¿En qué tipo o tipos de paisaje se basará el análisis?
- ¿Cuáles son sus hitos paisajísticos y sus cambios más relevantes?

**Miradas paisajísticas.**

- Mirada cotidiana: ¿cuáles eran los *taskscape*<sup>4</sup> tradicionales y cuáles son los contemporáneos?, ¿cuáles son los cambios y en qué se sustentan?
- Mirada arquitectónica: ¿ha habido cambios en la forma, la función y las expectativas de la arquitectura y el urbanismo como elementos del paisaje?
- Mirada institucional: ¿cómo perciben las instituciones el paisaje y mediante qué procesos o acciones influyen en él?, ¿coincide con la mirada de la ciudadanía y/o la modifica de alguna manera?
- Mirada connotativa: ¿ha habido procesos connotativos que han contribuido a construir una determinada imagen del Valle?
- Mirada multisensorial<sup>5</sup>: ¿constituyen los elementos no visuales características intrínsecas del paisaje?, ¿cuáles son los paisajes no visuales más relevantes y sus procesos?, ¿tienen algún papel o función en el recuerdo y la memoria del paisaje y en las emociones sentidas respecto a éste?

Buena parte del trabajo (y en particular casi toda la mirada cotidiana) se centra en los paisajes de praderas por considerar que los procesos en torno a éstas son los más sugerentes e indicativos de los cambios paisajísticos y sociales. Por su parte, los núcleos urbanos son siempre tenidos en cuenta como parte del paisaje, aunque es en la mirada arquitectónica y en el capítulo que se analiza el olor como factor de cambio donde la investigación gira en torno a ellos. Por último, la contestación a la mirada institucional tiene como marco el paisaje de la Cordillera de Ordunte, mientras que otros ambientes paisajísticos diversos son abordados de forma puntual.

---

<sup>4</sup> Un poco más adelante se aclara a qué me refiero con este término anglosajón que podríamos traducir como “el paisaje de las tareas cotidianas”.

<sup>5</sup> Dada la amplitud de esta mirada y la importancia que le concedo, los aspectos relacionados con la multisensorialidad no se analizarán como una mirada más sino como una parte estructural diferente.

El grueso del trabajo de campo se realizó entre septiembre del 2007 y junio del 2008, puesto que a partir de ahí me ausenté para realizar las dos estancias en las otras Universidades que ya mencioné con anterioridad y para reescribir el marco teórico. No obstante volví al Valle siempre que necesité contrastar, verificar, completar o puntualizar información.

Mi primer acercamiento a la historia, características, problemáticas e inquietudes del Valle los hice en su Casa de Cultura, donde poseen un archivo-biblioteca que recopila todo lo que se publica del Valle, incluido libros descatalogados, informes no publicados, concursos de carteles de fiestas, fotografías aéreas de los barrios o recortes publicados en prensa sobre el municipio y la comarca. Su consulta resultó muy productiva porque me situó y dio una panorámica general muy eficaz, no sólo desde el punto de vista del conocimiento del Valle en sí, sino del de mi capacitación para entablar conversaciones informadas sobre el pasado reciente y la actualidad del municipio.

Respecto a la bibliografía quisiera destacar la importancia para mi investigación de las obras de Vicario de la Peña, Miguel Sabino Díez y Luis Manuel Peña por ser trabajos dotados de gran conocimiento y detalle etnográfico realizados desde el propio Carranza:

Del primero destaco *El Noble y Leal Valle de Carranza*, escrita entre 1933 y 1935, aunque no será publicada hasta 1975 de manera póstuma. Constituye la primera monografía del Valle y en ella se describe meticulosamente el municipio, siendo un documento de gran interés para el estudio de la Carranza del siglo XIX y comienzos del XX.

Los otros dos autores son contemporáneos y en la primera década del siglo XXI han sacado a la luz una serie de publicaciones<sup>6</sup> sobre el Valle, Díaz sobre la cultura pastoril y Peña sobre los trabajos en la cuadra, que han sido muy importantes para comprender los *taskscape*s tradicionales así como la evolución de las prácticas ganaderas hacia la contemporaneidad.

Por otra parte, una de las técnicas fundamentales de mi trabajo de campo fue el paseo como práctica etnográfica, fenomenológica y estética tal y como lo entiende Francesco Careri (2002). Me refiero a lo que este autor denomina como “walkscape” (construir paisaje en el camino o mediante el acto de caminar) y que podríamos

---

<sup>6</sup> Las referencias concretas se encuentran en la bibliografía.



traducir al castellano con el neologismo de “paisajear” (Delgado y Ojeda, 2007; Ojeda, 2008). Pasear por el Valle fue una dinámica muy útil etnográficamente que me permitió acceder a él física y culturalmente: descubrir y observar *in situ* su geografía, su arquitectura (tradicional y contemporánea) y las actividades más moldeadoras de su paisaje.

La práctica habitual era planear un recorrido de antemano. Como el Valle es muy grande solía ir en coche hasta un punto, tratando de volver hasta el punto inicial por otro lugar. Después rehacía el camino andado dibujándolo en un mapa y escribiendo, con ayuda de las notas y fotografías tomadas, el aprendizaje del Valle: observaciones, reflexiones, conversaciones improvisadas más o menos propiciadas por mí, invitaciones a charlar otro día o descripción de los cambios.

En este paisajear, el *walkscape* se descubrió dinámico y revelador, pues, al activar mi cuerpo, transformaba también mi conocimiento y mi forma de mirar. La toma de referencias paisajísticas, la confianza de caminar en un lugar cada vez más conocido, la repetición de elementos claves que vas comprendiendo cada vez mejor y la lectura sobre el Valle y la aplicación de otras técnicas paralelas iban asentando paulatinamente mi entendimiento del Valle. Al principio el factor estético dominaba la mirada extraña. Pero conforme aprendía mejor las dinámicas del mismo, sus barrios y sus caminos, las actividades cotidianas y los factores modeladores de su paisaje, lo estético iba cediendo lugar a lo fenomenológico y el paisaje iba convirtiéndose en *taskscape* según la terminología de Tim Ingold (1993b, 2000; Ingold y Kurttila, 2000); es decir, en el paisaje surgido de las tareas cotidianas creadoras de paisaje. Si en un principio pensé que paisajear me permitiría acceder a una interpretación simbólica del territorio, esta técnica me fue conduciendo cada vez más hacia el conocimiento fenomenológico. Los caminos atravesados para ir de un punto a otro del mapa (sobre todo de uno a otro barrio) no fueron sólo el medio para acceder a los lugares, sino que se convirtieron en lugares en sí mismos.

Careri en su obra hace acopio de una serie de acciones que, si bien es demasiado amplia y exigente a luz de mi trabajo de campo, resultó inspiradora para explorar los espacios. Recojo dicha serie literalmente y en la misma forma estética que aparece en el original (Careri, 2002:18):

atravesar	un territorio	andar
abrir	un sendero	
reconocer	un lugar	
descubrir	vocaciones	
atribuir	valores estéticos	

comprender	valores simbólicos	
inventar	una geografía	orientarse
asignar	toponímicos	
bajar	por un barranco	
subir	a una montaña	
trazar	una forma	
dibujar	un punto	
hollar	una línea	perderse
habitar	un círculo	
visitar	una piedra	
explicar	una ciudad	
recorrer	un mapa	
percibir	sonidos	
guiarse	por los olores	errabundear
observar	los espinos	
escuchar	las cavidades	
celebrar	los peligros	
navegar	por un desierto	
husmear	una floresta	
acceder	a un continente	sumergirse
encontrar	un archipiélago	
albergar	una aventura	
medir	una descarga	
captar	otros lugares	
poblar	sensaciones	
construir	relaciones	vagar
encontrar	objetos	
recoger	frases	
no recoger	cuerpos	
espiar	personas	
perseguir	animales	
meterse	en un agujero	adentrarse
interaccionar	una malla	
saltar	un muro	
indagar	por un recinto	
dejarse llevar	por un instinto	
abandonar	un andén	
no dejar	huellas	ir hacia
adelante		

Mi escaso talento como aventurera y poca experiencia como excursionista o montañera no me llevó a “celebrar los peligros” o “bajar barrancos”, pero mi paisajear estuvo repleto de descubrimientos, comprensiones, invenciones, vagabundeo, pérdidas, desorientaciones y orientaciones, dejándome llevar por el camino, el paisaje y el mapa detallado que siempre llevaba conmigo. Las cuestas se hicieron duras, los encuentros involuntarios con perros que me perseguían ladrándome también, algunas de mis preguntas de investigadora novel me sonrojaron hasta a mí y mis torpes formas de moverme en una explotación de vacas o en un bosque delataban mi inexperiencia en estos lugares. El camino se hacía muy sensorial grabando sonidos (*soundscape*),

registrando olores (*smellscape*) y conversaciones casuales en mi mente. El descubrimiento de alguna ruina, el encuentro fortuito con alguien que te explicaba qué era o que te comentaba que se habían llevado un sillar antiquísimo unas pocas semanas antes, la imaginación volando inventando historias, la observación de los cachivaches que poblaban los prados o sus tipos de verjas o el cambio de plan inesperado, formaban parte de mi manera de descubrir el Valle, de indagar y adentrarme en él. También la visita de aquellos lugares que se señalaban como turísticos por las guías de viaje o por las instituciones. En suma, se trataba de aprender del espacio a través del saber situado (del Valle, 2004/2005).



**Ilustración 4: Paisajear**

Paisajeando, el camino se convierte en un lugar en sí mismo plagado de incógnitas, encuentros y descubrimientos.

Una vez a la semana acudía a un curso de talla de madera junto con otros hombres y mujeres de edades diversas. Lo que al principio me pareció que iba a ser una forma de hacer contactos se convirtió en un ejercicio de aprendizaje de la actividad y un estar con la gente aprendiendo cosas de Carranza, pero también relajándome con naturalidad después del agotamiento mental y físico del paseo.

No todo el trabajo de campo se sostuvo en estos paseos, pues también hubo entrevistas más estructuradas que siguieron un guión predefinido. Éste fue bastante abierto con preguntas que apostaban más por la reflexión general para, según el hilo de la conversación individual, ir bajando al detalle. Las entrevistas las realicé a mujeres y hombres del Valle y a informantes que consideré clave por ofrecerme una información

del municipio más detallada y reflexionada. En general, que no siempre, las grabé y transcribí después en su totalidad.

En cambio, en los encuentros esporádicos con personas fruto de los paseos y de la vivencia del Valle nunca hice una grabación, una anotación o una fotografía por considerar que rompía la magia de la naturalidad y que abusaba de la confianza de una conversación amigable. Algunas de estas conversaciones resultaron anónimas pero, incluso aun cuando breves, muy fructíferas. De estos encuentros esporádicos nacieron otros paseos en compañía en los que personas del Valle me explicaban el territorio o sus experiencias. Tampoco en ellos utilicé la grabadora, las anotaciones o los cuestionarios, ni abusé (incluso prescindí) de la cámara fotográfica, porque la conversación íntima primaba sobre la entrevista que nunca utilicé en estos momentos.

Mi empeño en no abordar a las personas cuestionario y grabadora en mano fue una posición ética que no quise quebrantar aun a costa de perder información, si es que así fue. A cambio creo que en la familiaridad de una conversación amistosa, aunque guiada por los intereses de mi investigación, conseguí el matiz, el detalle, el recuerdo o la reflexión sentida. Cuando menos, el sentir y dar cordialidad me animó a seguir con mi trabajo de campo con confianza y sin desánimo.

Por ello no todo fue fotografiado y me contuve de capturar detalles de casas o barrios por considerar que podía estar abusando de la confianza de unas gentes que, sin apenas conocerme, me abrían sus puertas. Considero que el hacerlo así me hacía vivir el Valle de una manera más natural, conviviendo con su paisaje con una mayor libertad paisajeadora y no desde la obligación de que cada referencia quedase registrada a través de una fotografía.

Por último, en la redacción final me he decantado por hacer una aproximación narrativa al contenido del trabajo etnográfico, en lugar de transcribir directamente fragmentos literales de conversaciones como es más habitual. En dichas narraciones he cambiado los nombres de las personas para que quedasen en el anonimato. En ocasiones, también he hecho converger algunas conversaciones y situaciones etnográficas diferentes en una sola voz para agilizar la narración. Cuando he realizado esta concordancia lo he hecho siempre desde el máximo respeto a los informantes y sólo en el caso de que dicha unión fuese coherente y posible.

Mi elección de no reproducir literalmente las conversaciones y optar por la narración ha sido muy meditada. Considero que facilita la lectura sin restar rigurosidad y coherencia al análisis. Además, al partir la reflexión de un compendio de

observaciones, conversaciones informales, entrevistas más estructuradas e ideas de informantes que tras tiempo madurándose me han dado una clave importante, la narración me permitía homogeneizar en un mismo tono una información que fue obtenida heterogéneamente en distintas condiciones y términos.

No obstante, las narraciones que he incorporado a la etnografía han sido construidas principalmente a través de los siguientes informantes (por orden de aparición en el texto):

- Esteban: nacido en Carranza; toda su vida transcurrida en el pueblo; jubilado; ex trabajador en el sector servicios pero hijo de campesinos y conocedor del campo; aficionado a la caza y el monte.
- Remedios: anciana nacida en Carranza; toda su vida transcurrida en el pueblo; hija de campesinos y ex ganadera en el sistema tradicional; gusto por el trabajo agropecuario y por los animales.
- Irene: nacida en Carranza; toda su vida transcurrida en el pueblo; jubilada recientemente; largo recorrido como ganadera en el sistema tradicional y contemporáneo; contenta de haber cerrado la explotación y de que su hijo no se haya mantenido en el sector.
- Ainhoa: nacida y criada en el pueblo pero residente en la ciudad; mediana edad; trabajadora del sector servicios; vuelve al pueblo todos los fines de semana y vacaciones.
- Julen: nacido en Carranza, donde también reside en la actualidad; mediana edad; licenciado universitario; compagina el trabajo agropecuario en el pueblo con ocupaciones liberales en la ciudad; hijo de campesinos tradicionales y muy crítico con el sistema ganadero actual.
- Leire: nacida en Carranza, donde también reside en la actualidad; mujer joven emprendedora e hija de emprendedores; regente y propietaria de una infraestructura de alojamiento; apuesta por su negocio y por su pueblo.
- Alejandro: nacido en Carranza, donde también reside en la actualidad; mediana edad; licenciado universitario; trabajador en el sector de la enseñanza en otro pueblo más grande; hijo de campesinos pero sin interés por la actividad agropecuaria; largo recorrido de implicación política en el pueblo.

- Octavio: anciano nacido en Carranza; toda su vida transcurrida en el pueblo; hijo de campesinos; sus experiencias están ligadas al campo y a la ganadería tradicional.
- Aitor: hijo de Octavio; nacido y residente en Carranza en la actualidad; mediana edad; trabajador administrativo en el pueblo; interés por la naturaleza y las actividades al aire libre, pero no por las actividades agropecuarias.
- Aritz: nieto de Octavio; joven estudiante viviendo todavía en Carranza pero con interés por marchar a la ciudad; poco interés por las tareas agropecuarias y ganaderas.
- Lourdes: mujer residente en Carranza; todavía en activo aunque cercana a jubilación; ganadera copropietaria de una explotación intensiva moderna; interesada por la marcha del sector en el pueblo y amante de su trabajo a pesar de las dificultades.

### **CAPÍTULO 3: MARCO TEÓRICO**

El paisaje es tensión. El concepto es tan productivo y apasionante precisamente por ello (Rose y Wylie, 2006). Distante e íntimo, poderoso e inquietante, presente y ausente, cotidiano y creativo al mismo tiempo. Más que mero lugar físico, reúne ideas, sensaciones, sentimientos y cotidianidad. En cuanto noción que representa el medio físico es algo que se encuentra fuera de nosotros y nos rodea, pero en cuanto constructo cultural es algo que concierne muy directamente al individuo, ya que no existe paisaje sin emoción desinteresada e interpretación (Kessler, 2000; Maderuelo, 2006a; Roger, 2007).

Según Augustin Berque, las condiciones que convierten a una sociedad en paisajista son cinco<sup>7</sup>: que exista una reflexión explícita del paisaje como tal, que reconozca el paisaje lingüísticamente mediante una palabra, que exista una literatura que describa paisajes y cante su belleza, que existan representaciones pictóricas de paisajes y que posea jardines cultivados por placer (Berque, 1994:16; 2006:190). China en el siglo V fue una cultura pionera en, a un tiempo, disponer de un término específico para nombrar los paisajes, describir literariamente sus maravillas, recrearlos mediante la pintura y cultivar jardines. La sociedad occidental, por su parte, aunque inicie su bagaje paisajístico ya en la cultura romana, no logrará consolidarlo hasta el final del Renacimiento a través de la construcción de villas y jardines de recreo, la descripción de lugares, la representación pictórica de vistas sin más objeto que la deleitación en su contemplación y la invención del término concreto y específico de paisaje en las diferentes lenguas europeas (Berque, 1997; Maderuelo, 2006a).

El paisaje cobija, al tiempo, diversas presencias: la realidad física y su representación cultural; la fisonomía externa y su percepción social; el tangible geográfico y su interpretación inmaterial. Es, a la vez, el significante y el significado, el continente y el contenido, la realidad y la ficción (Nogué, 2007b:138). Así, como punto de partida, no podremos comprender el concepto de paisaje si no lo conceptualizamos como un término híbrido, como un continuo entre términos que la modernidad ha tendido a presentar como dicotómicos: paisaje material y paisaje pictórico, mundo material y representación, naturaleza y cultura (Zusman, 2008:276). En este sentido, la modernidad entiende la naturaleza y el paisaje condicionada por tres pautas culturales: la separación entre sujeto y objeto, la jerarquización y dominación de lo natural por

---

<sup>7</sup> Berque en un principio reconocía cuatro, pero con el tiempo ha añadido una quinta que coloco en primer lugar por su importancia y dado que él también lo hace.

parte de la cultura y la preeminencia de la visión como sentido más noble (Martínez Montoya, 2000a:157).

Aunque a primera vista pudiera parecer sencillo saber a qué nos referimos con eso a lo que tan cotidianamente denominamos *paisaje*, no es en absoluto evidente ni el poder conseguir una definición satisfactoria del mismo, ni mucho menos lograr su comprensión completa, compleja y ontológica. Siguiendo a Wylie (2007) e inspirada por su reflexión, desarrollo el concepto de paisaje en base a la descripción de cuatro tensiones que, tal y como he anticipado en la introducción y en las bases metodológicas, propongo como articuladoras del concepto: proximidad/lejanía, habitar/observar, territorio/manera de mirar y naturaleza/cultura. Ofrecer un repertorio de definiciones desde diferentes perspectivas o disciplinas pudiera aparentar seguridad y certidumbre, mientras que plantear tensiones articuladoras del concepto quizá genere dudas y cuestiones, no siempre de fácil solución. Pero es esa multiplicidad e incertidumbre la que capacita para comprender un concepto tan complejo y con tantas aristas.

El concepto de tensión ha sido recurrente en el desarrollo de la antropología para dar rienda al caudal creativo de la disciplina, ya que pone de manifiesto las fuerzas contrapuestas en la diversidad de las realizaciones culturales (Maquieira, 2008:61). Luego si entendemos el paisaje a través de la tensión, es decir, mediante aquella energía generada por la existencia de fuerzas contrapuestas y dinámicas y por su activación en contextos específicos (del Valle, 2005, 2006b; del Valle y Pávez, 2008), podremos descubrir en el paisaje su dinamismo en relación con lo que de sociocultural contiene y ampliar las posibilidades operativas para su estudio. Porque la tensión ofrece posibilidades operativas para el análisis del cambio paisajístico y para el encuentro con sus emociones, discursos, equilibrios y rupturas que se expresan en representaciones compartidas en el imaginario social (del Valle y Pávez, 2008:59).

Afrontar el análisis del paisaje a la luz de la tensión me permite descubrir la fluidez del cambio así como captar matices y contraposiciones que con frecuencia ocultan las posiciones dicotómicas. Puede, asimismo, facilitar nuevas categorías de análisis y perspectivas a las problemáticas actuales que conciernen a los paisajes. Ahora bien, al hacerlo, nunca hay que entender la tensión como algo irreconciliable entre opuestos, sino, al contrario, como un continuo plagado de matices e incluso de puntos de encuentro y creatividad. Así, la tensión, junto con la mirada paisajística y el hito (que se desarrollarán más adelante) se alza en mecanismo articulador y transversal de la etnografía.



En primer lugar, se trata de un dispositivo teórico clave para entender la idea de paisaje que pretendo transmitir. La definición de éste a través de las cuatro tensiones propuestas, mostradas en los subcapítulos siguientes, es algo que considero de entidad ya por sí misma.

Pero el uso de la tensión no se queda en el plano teórico, sino que se desarrolla en relación con las cinco miradas paisajísticas analizadas, cada una de estas últimas vinculada a varias de las tensiones:

Las miradas cotidiana y multisensorial, las más fenomenológicas, encuentran su paisaje en buena medida desde la proximidad, el habitar y el territorio. En cambio, la lejanía, el observar y el mirar, constituyen los principales componentes de las miradas connotativa e institucional.

La mirada arquitectónica, por su parte, deriva de un análisis particularmente híbrido. Su estudio parte de la existencia de dos pensamientos, el “paisajero” y el “paisajístico”, que dan lugar a otras dos formas de cohesión de la arquitectura y el urbanismo con el paisaje. Así, la primera entroncaría más con la proximidad y con el habitar, lo encarnado y lo fenomenológico, frente a la segunda que lo haría con la lejanía, el observar y el mirar distante.

A través principalmente de este engranaje de tensiones y miradas he encontrado mi particular forma de entender el paisaje. Una actitud que no es físico-geográfica, sino sociocultural. Una postura que es fruto del anhelo por comprender el cambio paisajístico en la multiplicidad de tiempos, espacios, saberes y generaciones que dan forma a la vivencia y a la memoria del paisaje.

### **3.1 EL PAISAJE COMO TENSIÓN ENTRE LA PROXIMIDAD Y LA LEJANÍA**

Lo más usual es referirnos al paisaje en términos de lejanía y perspectiva. Pensemos que nos encontramos en cualquier punto A de un determinado paraje. Desde allí oteamos el horizonte y visualizamos a lo lejos un determinado punto B. Estamos observando, por así decirlo, un paisaje B. Si nos desplazamos velozmente a aquel punto B que veíamos en la distancia y dirigimos nuestra mirada al punto inicial A, divisaremos esta vez el paisaje A.

Pero la cuestión es que cuando estamos en A sólo pensamos en términos paisajísticos el punto B y no el A, mientras que cuando estamos en B sólo observamos como paisaje el punto A y no el B. Hacer lo contrario y tratar de pensar como paisaje

justo el lugar<sup>8</sup> donde nos encontramos, sin estar observándolo a cierta distancia, nos resultará particularmente dificultoso.



Esta sensación no será un problema individual, sino que tiene su razón de ser en la manera misma en que se ha originado la idea de paisaje en Occidente, proceso que, a su vez, está intrínsecamente relacionado con las bases epistemológicas de la modernidad en sí misma. Hay que tener en cuenta que la tensión en general, y en este caso la generada entre la proximidad y la lejanía, se experimenta tanto en la individualidad como en la vida social, puesto que la persona es receptiva a ella de distintas maneras, incorporándola a su propia vivencia (del Valle, 2005).

Aunque hoy en día tenemos interiorizada nuestra idea de paisaje, a mitad de camino entre el espectáculo y la vida cotidiana, “el paisaje pertenece a la ciencia, la racionalidad y la modernidad; es cómplice y expresión de un modelo epistemológico cuya suposición central plantea una realidad externa dada según la cual existe un sujeto imparcial y distante que observa” (Wylie, 2007:3). “La idea de paisaje implica realmente separación y observación” (Williams, 1985:126 en *Ibíd.*), convirtiendo a la persona en espectador imparcial y al mundo en un escenario distante para ser mirado, no para ser tocado, olfateado o sentido de cerca. Es por esto que el paisaje suele encarnar una determinada manera, que no la única, de representar el mundo y estar en él, creando la ilusión de que descubrimos el planeta a distancia, de una forma imparcial y objetiva, como desde un pedestal.

---

<sup>8</sup> Y aquí me refiero a lugar más en el sentido de sitio y espacio físico que al “lugar antropológico” definido por Augé como entidad histórica, relacional e identitaria que se verá en el siguiente apartado.

El paisaje podría haberse conceptualizado como algo para ser tocado, sin embargo, lo más habitual es que sea definido como “la forma o fisonomía del territorio visualmente percibida” (Zoido, 1998:36), porque la percepción visual se arraigó en el propio forjamiento del concepto y se nos hace muy difícil entenderlo sin el sentido de la vista y sin situarnos a una cierta distancia del territorio.

Debemos buscar esta hegemonía de la visión en la forma en que el racionalismo científico y el capitalismo la ligó con nuestra cultura mediante las tecnologías de la observación y de la reproducción (el telescopio, el microscopio, la cámara o más tarde la televisión), la separación de sujeto y objeto, el concepto de perspectiva renacentista y la jerarquización y dominación de lo natural por parte de la civilización y la cultura (Cosgrove, 2002; Howes, 1991, 2003; Martínez Montoya, 2000a; Toulmin, 2001).

Como nos hace ver Denis Cosgrove (1984), el paisaje ejemplifica a la perfección este proceso al constituir una representación motivada ideológicamente, surgida en el Renacimiento del capitalismo comercial y su clase social. Sería el pensamiento ilustrado el que le añadiría una justificación racional al elaborar una visión de la naturaleza basada en un sujeto que observa, controla y domina el medio ambiente. Para este autor, además, el concepto de paisaje denota la integración de los fenómenos natural y humano que pueden ser empíricamente verificados y analizados por el método científico sobre una parte delimitada de la superficie terrestre. De este modo, pensamiento ilustrado y empirismo se apropiaron de la naturaleza de una manera supuestamente objetiva a través de la vista, la representación pictórica y el paisaje.

Si queremos comprender cómo se forjó la idea de paisaje debemos además reparar en el nacimiento de la perspectiva en el ámbito pictórico como descubrimiento de importancia capital. Este sistema geométrico que da la impresión de profundidad y tridimensionalidad en un lienzo de sólo dos dimensiones fue capaz de descubrir y describir “cómo nosotros vemos el mundo” (Elkins, 1994 en Wylie, 2007:57) y de ofrecer una representación autorizada del espacio y de las relaciones espaciales que fue aprehendida como realista, fiel y objetiva (Wylie, 2007:58).

Según Alain Roger, fueron los italianos del *Trecento* los primeros en individualizar los ambientes de paisaje. Después se llevaron a cabo experiencias similares en el norte de Europa, donde los flamencos acabaron por convertir la pintura de paisaje en género independiente gracias al dominio de la perspectiva y la distancia. Para dicho autor, mediante estas técnicas se consiguió la laicización de los elementos naturales (árboles, rocas, ríos, etc.), hasta entonces postergados como fondo de los

cuadros religiosos, para convertirlos en grupos autónomos e independientes. Alejar y desacralizar los elementos paisajísticos de la escena religiosa fue el primer paso para el nacimiento del paisaje occidental (Roger, 2007:74-77). El definitivo fue la aparición de la ventana en la pintura renacentista. Esta ventana, a modo de un cuadro dentro de otro, supuso la definitiva extracción del mundo profano de aquella escena sagrada. A través de dicha ventana el paisaje puede organizarse libremente, indiferente a los personajes que ocupan el primer plano. Será suficiente con dilatar la ventana hasta las dimensiones del cuadro para obtener el paisaje occidental (Ibíd.:81-82).



**Ilustración 6: La Ventana Renacentista**  
*Santa Bárbara*, de Robert Campin (1438). La invención del cuadro dentro del cuadro tiene una gran importancia en el nacimiento del paisaje occidental.

Al tiempo que se estaban dando este tipo de avances paisajísticos en el Renacimiento, los filósofos y los científicos iban a ir decidiendo paulatinamente que la vista fuese el sentido de la razón y la civilización. Con ello, la humanidad urbana se iría distanciando progresivamente de la experiencia primaria, especialmente de la libertad sensorial y de la exploración de su interior, siendo en este proceso los otros sentidos menos representados y teorizados (Classen, 1998; Classen *et al.*, 1994; Howes, 2003; Porteous, 1990).

Una muestra de cómo hemos llegado a interiorizar esta preeminencia cognitiva de la vista en nuestra vida cotidiana la encontramos en expresiones como “ver para creer”, “conocer es ver” o “ver es creer”, que constituyen una metáfora muy poderosa de nuestro mundo occidental para el que sólo parece existir lo que se puede ver. Como todas nuestras metáforas, ésta va más allá de ser un mero recurso lingüístico o literario para tener una influencia decisiva en la forma en que percibimos y estructuramos nuestro entorno (Lakoff y Johnson, 1986). En este caso, implica una gran dependencia de la vista como medio para alcanzar la verdad (Cosgrove, 1984:9). David Howes incluso llega a afirmar que la preeminencia de lo visual en nuestra experiencia perceptual constituye “una tiranía de la visión”, “un despótico reino del ojo” (2003:xxii). Por ello, sin pretender en absoluto negar la importancia de la visión en nuestra manera de estar en el mundo, también es justo reivindicar, y así lo haré especialmente en la cuarta parte de la investigación, el papel no sólo perceptivo y emocional de los demás sentidos, sino también como fuente de conocimiento para el ser humano.

Respecto a la emoción, es posible que la maquinaria intelectual haya conseguido dicotomizar razón y pasión, y con ello controlar, supeditar, debilitar o virtualizar tecnológicamente los impulsos emocionales. Sin embargo, las pasiones siguen ahí, transitando en todas las acciones y expresiones culturales y enlazando las emociones y las sensaciones con los saberes tácitos y los valores morales y estéticos (Buxó, 1999, citado en Buxó, 2004c:247-248). Y los sentidos no visuales tienen un papel muy importante en la canalización de dichas emociones y sensaciones.

Así, retomando el paisaje en relación a nuestro modelo epistemológico moderno, se puede afirmar que no sólo se trata de que el concepto de paisaje fuese forjado tomando como base dicho modelo, sino que los propios paisajes “han jugado un papel fundamental en la historia cultural y en la memoria de la sociedad occidental” (Macnaghten y Urry, 1998:119), así como en las memorias de otras culturas. De hecho, tanto los paisajes como los mapas constituyen estrategias culturales que han reforzado la visión occidental del mundo: ambos capturan aspectos de la naturaleza y la sociedad a través de la abstracción visual y la representación, codificándolas, organizándolas y sintetizándolas a través de la visión y reduciendo la experiencia multisensorial compleja (Ibíd.:120). Es en esta síntesis donde podemos encontrar y comprender mejor cómo el paisaje se encuentra en continua tensión entre nuestro contacto directo con el territorio (la tierra que pisamos, sentimos u olemos) y la lejanía que nos sugiere nuestra

manera de mirar y percibir los paisajes que, al fin y al cabo, también forma parte importante de nuestra manera de estar y conocer el mundo.

### **3.2 EL PAISAJE COMO TENSIÓN ENTRE EL HABITAR Y EL OBSERVAR**

¿Es el paisaje el territorio que contemplamos o el mismo lugar que habitamos? Ante esta dicotomía, Wylie, inteligentemente, señala que aunque se podría sostener que “observar y habitar un lugar no son acciones mutuamente excluyentes en la medida en que siempre estamos realizando ambas, o que mirar es parte de vivir” (2007:4), no estamos ni mucho menos ante una distinción banal o sin importancia. Esta tensión entre habitar y observar a menudo estructura el paisaje y supone dos maneras diferentes de estudiar, enfrentarse y conocer los paisajes y, por ende, dos heterogéneas epistemologías: la de la interpretación artístico-literaria (y físico-geográfica, añadiría yo) y la de los enfoques fenomenológicos que canalizan los paisajes a través de la cultura, relacionándolos con prácticas cotidianas y corporales (Tilley, 1994; Wylie, 2007).

Vinculada con la anterior tensión (la del paisaje como tensión entre la proximidad y la lejanía), en esta segunda, en lugar de hacer hincapié en las bases epistemológicas modernas que sustentan la idea de paisaje, voy a plantear la existencia de modelos de análisis que refuerzan la idea de vivir en el paisaje y construirlo, frente a la de contemplarlo y escrutarlo como sujeto observador imparcial.

Remarcar la importancia del día a día en la construcción y vivencia del paisaje significa pensarlo en términos del hábito, de las actividades sociales, económicas y culturales diarias que lo configuran. Es en esa cotidianidad donde los lugares, las acciones que se desarrollan en ellos y las actitudes corporales ligadas a éstas se entrelazan dando lugar a esa forma del territorio a la que denominamos paisaje. A pesar de que este día a día suele ser irreflexivo, constituye gran parte del sentido de los espacios vitales y, por añadidura, de los paisajes (Edensor, 2002:56).

Pastores, carreteros, soldados, leñadores y campesinos han subido durante siglos a cerros y montes, observando desde ellos extensos panoramas, siendo testigos forzados de amaneceres y puestas de sol, de fenómenos meteorológicos como nevadas, tormentas, arcos iris, noches estrelladas y de otros muchos acontecimientos que a nosotros nos agradan o sobrecogen por su belleza, sublimidad, maravilla o pintoresquismo. Sin embargo, estos mismos fenómenos para quienes salen al campo abierto por oficio o por necesidad suelen ser objeto, más que de placer, de inquietud, temor o preocupación

(Maderuelo, 2007:6). Esos quehaceres cotidianos están inmersos en lo que el pensamiento moderno entiende por paisaje aunque por su cotidianeidad se repare poco o nada en él.

Para Ingold son precisamente los *tasksapes* (concepto que ha sido utilizado además por otros autores como Carolan, 2007a, 2008a; Cloke y Jones, 2001; Edensor, 2006a; Wylie, 2007) los que producen buena parte del carácter de los paisajes, constituyéndose en claves de su significado social. Para este autor, cuya influencia en los nuevos análisis del paisaje ha sido más que considerable, el paisaje está imbricado con las maneras de vivir el territorio, los movimientos de sus gentes, sus prácticas o sus trabajos y, por tanto, su fisonomía persiste sólo en la medida en que estas actividades continúan. Para Ingold, pues, el paisaje está mucho más relacionado con “el estar en el mundo y con la actividad práctica de la vida que con una observación imparcial y desinteresada de un mundo aparte de la cotidianidad” (1993a:40). En suma, para él, “el paisaje no es la entidad que miramos, sino el mundo desde el que partimos para hacernos una idea de nuestro entorno” (1993b:171). En definitiva, estamos asociados indisolublemente a la naturaleza de una manera práctica, cultural y corpórea, de forma que nuestro conocimiento se inscribe en el paisaje y viceversa (Michael, 2000:112).

Phil Macnaghten y Jhon Urry (1998:168) hacen una buena caracterización de estos trabajos y actividades cotidianas que forjan y configuran los paisajes: están distribuidos espacial y temporalmente; organizados mediante una gran variedad de prácticas sociales, son corporales y atañen a todos los sentidos; los muros, las plantas, la tierra, las diferentes texturas del medio natural, el medio físico y material del territorio, en suma, constituyen una parte fundamental de estas actividades. Además estos autores introducen un elemento clave como es la memoria del trabajo colectivo: en las acciones cotidianas, el pasado está siendo continuamente redefinido en términos del presente y se proyecta hacia el futuro de una manera diversa. Es pues en esa mirada hacia atrás donde se recogen los presentes pasados, permitiendo la interpretación desde el día de hoy de lo ya ocurrido (del Valle, 1997a:101) y en el contexto de las nuevas experiencias o de lo que se predice pueden ser las del futuro (del Valle, 2006a:15). Desde este punto de vista, el paisaje nunca es algo acabado, sino que está siempre sujeto a las circunstancias sociales, culturales y económicas de cada momento y a la negociación y renegociación de los individuos y colectivos sociales, soliendo ser utilizados materiales, signos y actividades de diferentes pasados que, junto con nuevos elementos, son proyectados hacia el futuro.



**Ilustración 7: *Taskscapes***

Los *taskscapes* son los paisajes moldeados por las tareas cotidianas. La campiña, las praderas, la distribución del arbolado, los vallados o las bolas de hierba son algunos de sus elementos más comunes en Carranza.

En la misma línea, Eric Hirsch (1995) defiende que es necesario abordar el paisaje desde el punto de vista de las poblaciones que lo producen y lo habitan, dando cuenta de las tensiones inherentes a su configuración y no concibiéndolo como un concepto armónico. Porque para él el paisaje también emerge de la práctica social diaria. Si bien es cierto que el paisaje “constituye una imagen cultural, una manera de representar, estructurar y simbolizar el entorno” (Cosgrove y Daniels, 1989:1), según Hirsch esta idea representacional del paisaje, o *background potentiality*, se complementa con otra dinámica que denomina *foreground actuality*, es decir, la parte del paisaje ligada a la práctica social diaria y a las formas menos reflexivas de la experiencia cotidiana (Hirsch, 1995).

El paisaje es, pues, un proceso cultural dinámico, multisensorial y constantemente oscilante y en tensión entre ese *foreground* de la vida diaria y el *background* potencial, entre la práctica y la representación, entre el habitar diario y el tipo de observación que nos brinda el modelo cultural más extendido. Ambas partes de la tensión forman los dos polos interdependientes de la experiencia paisajística, que resulta ser un continuo entre ambos extremos.

Pero para un análisis fenomenológico del paisaje hay que recordar que, dentro de esa tensión entre el habitar y el observar, el paisaje surge de la organización del espacio y, como tal, está siempre codificado a través de la experiencia (Casey, 1996; Feld y Basso, 1996; Green, 1995). Así, “el sentido del espacio no es sólo lo que la gente



sabe y siente sino lo que la gente hace” (Camus, 1955 en Basso, 1996:83). La relación con nuestros lugares cotidianos no es algo, en definitiva, abstracto, sino que tiene un efecto inmediato en cómo nos sentimos y actuamos, en nuestra salud y en nuestra inteligencia y en cómo nos relacionamos con nuestro ambiente y con nosotros mismos (Hiss, 1991). De esta manera, cuando los lugares son vividos activamente, el paisaje físico queda fuertemente ligado al “paisaje de la mente” (Basso, 1996:55), y es en esa relación vital donde el paisaje adquiere un determinado sentido para la persona y su comunidad. Para del Valle:

Ese espacio forma parte de la experiencia cotidiana y encierra contenidos poderosos para la interpretación social y cultural, por lo que es evidente que los seres humanos vivimos y elaboramos un sentido cultural del espacio que es siempre dinámico y diverso [...] En esta visión dinámica del espacio, que a través del cambio expresa el orden sociocultural, el entorno no permanece inmutable. Su estructuración es producto de la creación humana del pasado y del presente [...] edificaciones, caminos, lugares que se configuran basados en actividades y formas de interacción de la población. El entorno abarca conjuntos de recursos que se apropian, se definen y cambian de forma y pueden reflejar a su vez los cambios en las relaciones entre hombres y mujeres, en la relación de ambos con el entorno y en su ubicación dentro del contexto más amplio de la sociedad en la que se inserten (del Valle, 1997a:25-32).

Al abordar el paisaje desde una perspectiva fenomenológica descubrimos que la vivencia marca en buena medida la percepción del paisaje, y que ésta cambia continuamente en función de la naturaleza (la estación, la hora, el clima, la meteorología) pero, sobre todo, en función del observador u observadora.

Los *taskscape*s y lo fenomenológico descubren el sentido que la experiencia del paisaje vivida y compartida, localizada y socializada tiene en la conciencia individual (Bender, 1995; Ingold y Kurttila, 2000; Martínez Montoya, 2000a; Tilley, 1994; Zusman, 2008), pero también dan pie a analizar la relación entre procesos económicos, políticos, sociales y representacionales de una sociedad determinada. Para conocer la conciencia de la experiencia paisajística será necesario ahondar en la historia, las narrativas, las prácticas sociales y las formas de creación y de mantenimiento de los estados de conciencia identitaria y de pertenencia (Martínez Montoya, 2000a; Zavaleta, 2005). Así, la acción cotidiana inserta en el paisaje, más fenomenológica, puede conducir a la representación del paisaje en términos más conceptuales y también más

visuales, más relacionados con el observar que con el habitar, fruto de la tensión del propio concepto.

La vivencia fenomenológica del paisaje constituye más bien un paisaje de acción, habitado, sentido y experimentado, que forma parte de la memoria personal y corporal de las personas (Marchán, 1997; Zavaleta, 2005), pero conduce también al paisaje como representación. Los paisajes, a través de la memoria, pueden convertir la experiencia cotidiana e irreflexiva en centros de representación de la vida social y de relación con los otros. Por ello, los paisajes siempre se encuentran zigzagueando entre su parte práctica y su parte representacional, entre los extremos del paisaje como tensión entre el habitar y el observar, porque a menudo cuando reflexionamos sobre el significado de los *taskscapes* vamos a dar con su parte más simbólica. Y es en esta reflexión cuando descubrimos que en el paisaje, por ser fuente y marco de vivencias, historias y querer, emerge un potencial vínculo con la identidad y con la memoria de un individuo o de su comunidad. Por ello, la experiencia del paisaje, más allá de un puntual placer estético, repiensa un trozo de vida y de territorio. Se encarama como lugar con capacidad de generar sentimientos y acciones de identificación porque le otorgamos significaciones que pueden ser capaces de despertar sentimientos de adhesión e incluso cohesionar o dar sentido a la vida colectiva (Basso, 1996; Martínez Montoya, 2000a).

Desde este punto de vista se puede definir el paisaje como un “lugar antropológico” (Augé, 2005) en tanto que constituye una entidad histórica, relacional e identitaria, que atañe esencialmente a la sensibilidad, a la subjetividad y a la memoria. Y debemos tener en cuenta que ésta última es un artefacto cognitivo dinámico que reelabora recuerdos y percepciones, aportando inteligibilidad a la experiencia individual o colectiva, revelándose como un proceso flexible, versátil, maleable y frágil que recoge, guarda, moldea, transforma y nos devuelve la realidad íntima y compartida de nuestra identidad personal, colectiva y cultural (Jiménez, en Golvano, 1999; Ruiz-Vargas, 1997).

Así definido, el paisaje no se conforma con ser simplemente la forma del territorio, sino que sobre él descansan significados que pueden relacionarse con la identidad y la memoria y suelen contener un conjunto de posibilidades, prescripciones y prohibiciones de contenido tanto espacial como social (Augé, 2005; Basso, 1996; Hirsch, 1995; Martínez Montoya, 2000a). El paisaje, como mezcla de hechos espaciales y valores, guarda y revela el tiempo, es integración, huella, reunión de miradas sin tiempo (García Fernández, 1975; Martínez de Pisón, 1998).

A la naturaleza se le otorgan valores y símbolos añadidos, fruto de esa capacidad humana de reinterpretar su relación con el mundo exterior. Es en ese momento cuando el paisaje se erige como lugar de significados, imagen proyectada de experiencias intelectuales, éticas, afectivas y estéticas, espejo que nos refleja, traducción cultural de nuestro alrededor (Ortega, 1998). Porque representa la realidad y la ordena, le atribuye valores, dimensiones simbólicas y significados, proveyéndole de elementos clave de identidad y sociabilidad para algunas personas o comunidades.

Cuando evocamos un paisaje, ponemos en marcha esa maquinaria de la memoria: una experiencia, un lugar, un viaje de impresiones, olvidos y recuerdos, entrecruzados con historias propias o ajenas, pero que son sentidas como nuestras. Porque la memoria de los paisajes, de esos lugares indiferentes o inhóspitos para unos, entrañables o vitales para otros, integra afectos, representaciones e identidades de forma que imprimen carácter a nuestra propia experiencia y al recuerdo de esos lugares (Golvano, 1999:119). En ese proceso, unos fragmentos del paisaje se magnifican, otros se ignoran; algunos valores simbólicos se añaden, otros caen en desuso.



**Ilustración 8: Memoria del Paisaje**

Este cementerio nos devuelve una metáfora: el paisaje construyéndose entre la acción cotidiana, la emoción de saberse en un entorno conocido y arraigado y la memoria del paisaje, del pueblo y la familia.

Por ello, el paisaje no es sólo una foto fija o una postal de aquellos lugares que resaltan por su excelencia visual o por su especial belleza (según los parámetros convencionales del momento), sino que es también acción y movimiento cotidiano, vivencia y recuerdo.

En suma, el paisaje se construye en ese constante ir y venir entre ambos polos de la tensión: entre la observación y el habitar cotidiano. En ese lugar intermedio en el que unas veces pesa más la interpretación artístico-literaria y la observación y en otras la cotidianeidad encarnada del hábito, se enmarca tanto la acción poco reflexiva sobre el paisaje como su representación, identidad y emoción. Ambos extremos de la tensión se completan, pues no son excluyentes, y el ir y venir oscilante entre la idea representacional y la práctica de la experiencia diaria resulta inevitable y consustancial al propio concepto de paisaje.

### **3.3 EL PAISAJE COMO TENSIÓN ENTRE EL TERRITORIO Y LA MANERA DE MIRAR**

Para buena parte del positivismo geográfico u otras ciencias consideradas como “duras” el paisaje constituye un objeto de estudio perteneciente al mundo externo, a lo sólido, a lo palpable, a lo puramente material. De esta manera el paisaje es territorio, tierra, agua, superficie planetaria cuyas características geomorfológicas físicas son susceptibles de ser ubicadas, descritas y estudiadas cuantitativamente. Y en la medida en que los elementos que integran el paisaje son realidades físicas es un enfoque válido. Al fin y al cabo el territorio está formado por montañas o planicies, por agua o por arena, o por multitud de accidentes geográficos y, como tales, son mensurables y cuantificables de forma objetiva mediante herramientas de medición y técnicas cuantitativas. Al estudiarlo así se parte de la premisa de que el paisaje no es una idea subjetiva o abstracta que se encuentra en nuestra manera de habitar o enculturar el planeta, sino concreta y medible por aquellos que poseen un conocimiento cualificado.

Sin embargo, en el otro extremo de esta tensión, el que hace referencia a la manera de mirar el territorio en lugar de a las características físicas del mismo, encontramos que “el paisaje es más que la tierra en sí misma, es el territorio visto desde un determinado punto de vista [...]. El paisaje no es sólo lo que vemos sino también una manera de mirar el mundo que nos rodea. No se trata sólo de aquello que nosotros estamos contemplando sino de cómo lo miramos [y esto] está siempre cargado de unos particulares valores culturales, actitudes, ideologías y expectativas” (Wylie, 2007:7).

Luego el concepto de paisaje se encuentra en tensión entre su lado más mensurable, objetivo y material, cuantificable a través de cifras y fenómenos geográficos e incluso climáticos, y su lado más simbólico, estético y perceptivo, explicado en buena parte a través de la subjetividad, la identidad y modelos culturales y sociales más amplios. El paisaje no aparece sólo como un ente físico, aunque también lo

sea, sino que constituye un complejo vivo de formas que cristaliza, se articula, late y reposa sobre un sistema de condiciones y relaciones geográficas y sociales (Martínez de Pisón, 2007:328).

Es importante tener en cuenta que en esta tensión el concepto de paisaje debe mucho tanto a los geógrafos que consiguieron representar el territorio en un mapa a modo de fiel reflejo de la realidad, como al subjetivismo de los artistas que consiguieron metamorfosear esa realidad física en belleza y sensualidad. Unos y otros lograron ofrecer visiones paisajísticas del mundo antes de que las personas en su cotidianidad descubrieran el paisaje en la contemplación del territorio, de tal forma que la representación hace emerger el objeto. Esto implica que no tendríamos conciencia paisajística ni sin los mapas ni sin los cuadros que nos han mostrado muchas de las cualidades que posee el territorio como paisaje (Maderuelo, 2006a:32).

En sí, la segunda parte de esta tensión (la manera de mirar) recoge la realidad geográfica material de la primera parte de la tensión (el territorio) y la convierte en contemplación estética y subjetiva, en fuente de emociones e identificaciones. De esta manera los paisajes físicos son vividos como lugares significativos a los que, los artistas primero, y el resto de la ciudadanía después, les hemos ido dotando de ideas y sentimientos (Basso, 1996). Es pues la mirada subjetiva la que convierte un territorio, con sus configuraciones y cadencias, en paisaje, de tal manera que éste se encuentra objetivamente presente en cada territorio pero subjetivamente en cada percepción (Ojeda, 2003a).

Esta apropiación de la realidad físico-natural hasta convertirla en contemplación estética e identitaria, en suma en mirada paisajística, ha sido consecuencia, en Occidente<sup>9</sup>, de un complejo proceso cultural iniciado en el Renacimiento pero reforzado y revitalizado en el Romanticismo. En dicho proceso se fueron desplegando sentimientos afectivos hacia la naturaleza que han condicionado nuestra actual forma de visionar, experimentar, recordar y evocar los paisajes (Martínez Montoya, 2000a; Ortega, 1998). Efectivamente, las gentes, por lo general, creen en una serie de tópicos cuyo origen podríamos rastrear en el Romanticismo, y entre aquellos que están más arraigados se encuentra la universalidad del concepto de belleza unido a la idea de naturaleza, que se descubre como algo emocional, asombroso y lleno de fuerza (Maderuelo, 1997a, 1997b, 2006a). En esos momentos históricos los

---

<sup>9</sup> En el Capítulo 12, "Otros sentidos en el paradigma moderno", se hará referencia a otros modelos paisajísticos no occidentales.

paisajes y los jardines se convirtieron en escenarios donde enmarcar la pasión y crear narrativas, así como en proyecciones alegóricas y rituales de la corporalidad. Así, el paisaje no sólo es una versión de la naturaleza sino una forma de experimentar la vida como lugar, tiempo y sujeto (Buxó, 2004c:248).

De esta manera, paulatinamente, ha ido cambiando nuestra actitud y nuestra mirada hacia el mundo físico de forma que actualmente la experiencia paisajística supone un ejercicio de subjetividad derivado de las necesidades y aspiraciones culturales y de la forma de representar las relaciones del ser humano con el mundo exterior y la naturaleza. Como se ha visto anteriormente en la tensión habitar/observar al abordar el lado representacional del paisaje, a ese mundo exterior se le asignan significaciones y características que van más allá de sus propiedades físicas. Este ir más allá supone que una montaña, una playa, la nieve o un amanecer, por nombrar algunos ejemplos, no sólo son hechos geográficos o climáticos sino que en sociedad (y cada una ha tenido su particular proceso de reconversión) se convierten en emoción estética, cultural y paisajística.



**Ilustración 9: La Belleza del Paisaje**

¿Por qué encontramos bellas las intrincadas formas del bosque?, ¿por qué algunos elementos de nuestra interacción con la naturaleza son percibidos como hermosos y otros no?, ¿qué procesos ha seguido la humanidad para convertir en paisaje el territorio y la naturaleza?

Fue Kant quien afirmó en el siglo XVIII en su *Crítica del juicio* que “lo sublime verdadero no está más que en el espíritu de aquel que juzga y que no hay que buscarlo en absoluto en el objeto natural cuya consideración suscita esta disposición del sujeto. ¿Quién llamaría, pues, sublimes a las masas montañosas sin forma, amontonadas unas

sobre otras en salvaje desorden, con sus pirámides de hielo, o bien al sombrío mar en furia?” (citado en Roger, 2007:113). Actualmente tenemos interiorizado que hay partes de la naturaleza que son bonitas, bellas o incluso sublimes cuando en otro tiempo probablemente no fueron contempladas o se consideraron atemorizantes, impenetrables e inhóspitas, cuando no meramente productivas o improductivas desde un punto de vista agropecuario. La naturaleza no es ni fea ni bella en sí misma, sino que somos los seres humanos, como parte de un acto cultural, quienes la dotamos de propiedades añadidas. Y el paisaje como mirada contemplativa es uno de los principales atributos añadidos al territorio.

Para Camporesi, “en el siglo XVI no se conocía el paisaje en el sentido moderno del término sino el país, algo en cierto modo equivalente a lo que para nosotros es el *territorio* [...] lugar o espacio considerado desde el punto de vista de sus características físicas a la luz de sus formas de asentamiento humano y de recursos socio-económicos. De una materialidad casi tangible, no pertenecía a la esfera estética más que de forma totalmente secundaria [...]. La estimación económica, podríamos añadir, tenía prioridad absoluta sobre la explotación estética” (citado en Roger, 2007:89). En Europa, en el siglo de las Luces y siempre bajo el signo del arte, se inventaron nuevos paisajes como el mar y la montaña, añadiendo a lo bello la categoría de lo sublime y transformando de arriba a abajo la sensibilidad occidental (Ibid.:90). En esta época la idea de paisaje surgió de la élite europea expresando y dando soporte a un determinado rango político, social y moral y convirtiéndose en una parte significativa del buen gusto (Cosgrove, 1984:8). Y a partir de ese momento histórico y cultural, según Roger, se han ido multiplicando los ejemplos de invenciones paisajísticas. De hecho, desde el siglo XX nuestra sociedad es ilimitadamente fecunda en este campo, prodigando las invenciones y miradas paisajísticas de forma que apenas hay entidad geográfica que no haya accedido o no acceda hoy a la dignidad paisajera (por ejemplo el bosque o incluso las ciénagas, durante mucho tiempo hostiles en el imaginario occidental) (Roger, 2007:114).

Roger, a la vez que muestra la gran potencia creativa paisajística en la que se ha convertido la modernidad occidental, parece adelantarse a aquellos que pudieran objetar que si analizamos el paisaje como creación estética éste sólo puede estar reservado a algunos pocos aficionados ricos y ociosos que frecuentan las galerías de arte, y afirma: “No lo creo. Nuestra mirada, aunque la creamos pobre, es rica y está saturada de una profusión de modelos, latentes, arraigados y, por tanto, insospechados: pictóricos, literarios, cinematográficos, televisivos, publicitarios, etc., que actúan en

silencio para, en cada momento, *modelar* nuestra experiencia, perceptiva o no” (Ibíd.:20).

Porque aunque nuestra mirada y percepción se nos antoje exclusiva y única<sup>10</sup>, descubrimos el mundo al albur de un determinado contexto histórico, social y cultural que moldea nuestro enfoque y perspectiva, traducándose en selección de estampas y símbolos, reflejo también de la imagen que una sociedad tiene de sí misma:

Nuestra mirada es el fruto de la acumulación y decantación de experiencias visuales que pasan por la contemplación de múltiples fenómenos nuevos [...] Además nos encontramos hoy sumergidos plenamente en una cultura con una tradición visual aplicada a la contemplación de paisajes muy consolidada, que se remonta ya cuatro siglos; esto nos permite concebir muy diversas formas de paisaje y disfrutar de ellas, desde los paisajes reales a los imaginarios, consumiendo representaciones estáticas, como pinturas y fotografías, o en soportes dinámicos, tales como las filmaciones cinematográficas. Pero además, disfrutamos de experiencias que eran insólitas hace sólo cien años, como la posibilidad de contemplar verticalmente el territorio desde aviones y el conocimiento visual de cualquier lugar del planeta, por inexpugnable que sea, a través de imágenes digitalizadas tomadas desde satélites y reproducidas a cualquier escala (Maderuelo, 2006a:119-120).

Desconocemos lo que de experiencia paisajística nos deparará el futuro, incluso el más cercano. Hace unos años no podíamos ni sospechar cómo una herramienta como *Google Earth* vendría a mostrarnos a nuestra propia elección impensados planos del planeta, bien de nuestros lugares cotidianos, bien de otros parajes más lejanos o incluso recónditos; o como *Google Maps* nos haría hacer callejear o circular por multitud de calles y carreteras del planeta sin haber estado allí nunca. Internet, así, se descubre como una gran red participativa inmensa, cambiante diariamente y abierta a infinitas posibilidades y descubrimientos paisajísticos, virtuales pero reales, cuyo alcance futuro ni siquiera posiblemente llegamos a sospechar.

---

<sup>10</sup> Según Marc Augé (2005) una de las características de la contemporaneidad, al menos en las sociedades occidentales, es precisamente la individualización de las referencias. Debido a este fenómeno los individuos creen interpretar para sí y por sí mismos las informaciones y estímulos que reciben.





**Ilustración 10: *Google Earth***

Imagen del Valle a través de la herramienta internauta de *Google Earth*. En esta secuencia aparecen los barrios de Bernales y Pando, diversas carreteras comarcales y el territorio parcelado en praderas y masas boscosas.

Los lugares y paisajes, de esta forma, están constantemente reinventándose a sí mismos. Son como “palimpsestos”, porque en cada época, cultura y generación su valor, su uso y su significado puede ir reescribiéndose. Esta idea de palimpsesto en el que se puede escribir y re-escribir, borrar y volver a re-dibujar, nos sitúa ante el hecho vivencial de caducidad finita donde los restos del pasado son paulatinamente difuminados, reinterpretados y/o reinventados en el presente, como pronóstico de una temporalidad lineal y continua que se prolongará irremediable y constantemente hacia el inmediato futuro (Arnaiz *et al.*, 2009; ver también Vivas, 2008). Por ejemplo, un determinado lugar o paisaje puede ir pasando de ser considerado un lugar peligroso a otro sagrado, a lugar de cultivo, a bosque, a polígono industrial o a sitio de ocio y turismo. Los cambios se irán sucediendo en función del contexto histórico y cultural en el que esté inserto dicho lugar o paisaje y de las diversas prácticas sociales y vivencias particulares (cotidianas o esporádicas) que se materialicen en él. Utilizar la metáfora del palimpsesto es pensar en el territorio como un lienzo en el que a cada época se le asignan unos usos y valores culturales que resultan cambiantes con el tiempo. Así, según esta metáfora, el territorio se reescribe, tanto física como simbólicamente y, como tal, es posible seguir, interpretar y reinterpretar las huellas de lecturas anteriores.

En la misma línea podemos descubrir también el paisaje a través de la metáfora del “milhojas” (Lassus, en Roger, 2007:125), pues el territorio es susceptible, como en las diferentes capas del pastel milhojas, de asociársele diferentes sensaciones y

funciones dependiendo de los distintos grupos sociales o de individuos particulares. Los intereses, profesión, formación o canon cultural en el que se haya forjado la experiencia vital del observador, también sus recuerdos, estado anímico, expectativas o incluso su posición, la intención de su mirada o la velocidad de su movimiento, condicionan la vivencia de su territorio. En el artículo “Paisaje, identidad y memoria” (Cano, 2006) mostré cómo mi abuelo y yo teníamos una visión diferente del mismo paisaje monegrino, hasta el punto de ser, prácticamente, dos paisajes distintos. Así, el obrero de la construcción no percibe el mismo paisaje que la bióloga, que el arquitecto, que el cazador o que el ama de casa, pero tampoco lo hace la persona feliz que la infeliz, la solitaria que la acompañada, el que camina que el que va en bici. Cada capa del “milhojas” suma una escena y una experiencia paisajística incluso en un mismo momento del tiempo. Todas juntas yuxtapuestas conforman el territorio y su paisaje.

Si la metáfora del palimpsesto descubre los cambios del territorio a nivel temporal, la del milhojas lo hace en el plano espacial. Ambas ponen de manifiesto esta tensión entre territorio y manera de mirar, pues si bien lo físico siempre está ahí como telón de fondo de la vida y como condicionante de la misma, la manera de mirarlo y los modelos culturales de relación con él ejercen una poderosa influencia sobre dicha vivencia. Por ello los paisajes resultan cambiantes física y culturalmente, diacrónica y sincrónicamente.

En suma, cada comunidad humana ocupa su espacio geográfico y lo va territorializando al socaire de sus capacidades cognoscitivas y tecnológicas y en función de las limitaciones, dificultades y recursos que, en cada ámbito, va descubriendo o apreciando, de manera que los específicos asentamientos, redes y superficies irán ordenando cada territorio (Ojeda, 2003a), lo que constituye la parte más física de esta tensión entre el territorio y la manera de mirar. La otra parte, la manera de mirar, completará la expresión de esos encuentros entre diferentes naturalezas y culturas que son los paisajes.

El territorio y el paisaje, pues, están constituidos por múltiples encuentros que los van enriqueciendo o empobreciendo tanto a nivel espacial como temporal. La percepción turística constituye, en los tiempos actuales de la globalización, un buen ejemplo de cómo la manera de mirar el paisaje puede influir sobre el mismo, pues modela tanto su función como su estética. Este tipo de percepción se decanta por una visión del paisaje como mercancía cultural (Willis, 1994) y como objeto de consumo (Kessler, 2000:19-20) donde la forma de ver-mirar-admirar pasa por el canon estético

en boga introducido por la publicidad, los medios de comunicación, la moda o las guías de viajes (Green, 1995:35).

La mirada turística es propia (que no exclusiva) de nuestra sociedad occidental donde lo natural, lo cultural y lo patrimonial son susceptibles de ser consumidos. Constituye una visión del paisaje estereotipada que tiene como misión llenar el ocio con una experiencia visual al margen de la rutina diaria, de la que se suelen sacar algunas fotografías junto con algún que otro recuerdo o emoción. El o la turista contempla el paisaje según esta mirada estándar. Incluso puede no importarle tanto la naturaleza del espectáculo estético como su posición de espectador, es decir, el haber llegado hasta allí. En este caso, dicha posición constituiría lo esencial del paisaje, como si, en definitiva, el individuo en posición de espectador fuese para sí mismo su propio espectáculo (Augé, 2005:91).

Cuando estamos ante un campo de cultivo, una montaña, un bosque o una autopista y recibimos a cambio una impresión paisajística hemos de pensar que estamos realizando una operación cultural consistente en transformar ese territorio, ese entorno físico cuantitativo, en paisaje, es decir, en realidad subjetiva cualitativa. Dicha conversión resulta ser un acto cultural que tenemos enormemente interiorizado porque somos una sociedad paisajística acostumbrada a transformar sugerentemente el territorio en sentimiento e identidad. Pulsamos el espacio físico a través de miradas subjetivas heterogéneas siempre en tensión entre lo territorial y lo íntimo, que resultan ser específicas de cada época, sociedad y generación. Son miradas fértiles y cambiantes, reflejo de su tiempo y de su lugar.

### **3.4 EL PAISAJE COMO TENSIÓN ENTRE LA NATURALEZA Y LA CULTURA**

La clásica tensión entre naturaleza y cultura (muy estudiada y problematizada en antropología) puede también aplicarse al concepto de paisaje debido a la continua interacción entre las características intrínsecas del territorio y la sociedad que lo habita. Los paisajes son modelados por estos dos sistemas (la naturaleza y la cultura) no sólo a través de las diferentes actividades socio-económicas de cada sociedad, sino también, como he venido señalando, a través de las diferentes miradas culturales que modelan las percepciones paisajísticas.

Superadas ya las teorías deterministas, que presuponen que el entorno forja al ser humano, y las posibilistas, en las que se entiende que el medio ambiente limita notablemente el nivel de desarrollo cultural (Hardesty, 1977), lo más inteligente y

productivo es pensar que “la naturaleza modela a la cultura y la cultura a la naturaleza” (Wylie, 2007:9). Dado que ambas categorías son conceptuales “en el mundo real no se encuentra una delimitación entre ambos estados o esferas de existencia [...] y las relaciones correctas entre la existencia humana y las fuerzas naturales dependen de cómo la cultura utilice sus poderes especiales para regular los procesos globales del mundo y la vida” (Ortner, 1977:6-7). Lo correcto sería, además, hablar más que de cultura y naturaleza, de culturas y de naturalezas.

En esta continua interacción de las dos esferas, lo paisajístico resulta ser una apropiación humana de la naturaleza mediante el trabajo, la tecnología y la percepción subjetiva y estética. En dicho proceso se ponen en juego las necesidades e intereses conflictivos entre los miembros de una sociedad y entre distintas sociedades. Por ello sería tan infértil y quimérico pensar en un entorno objetivo o en un análisis independiente de la naturaleza y la cultura, y se hace necesario desarrollar una perspectiva compleja que plantee un entorno definido por los problemas y oportunidades que las actividades humanas producen o manifiestan (Martínez Veiga, 1985:33). Una perspectiva que tenga en cuenta, en primer término, las relaciones sociales y las estrategias adoptadas por grupos particulares, y en segundo, que considere la adaptación más allá de un conjunto de respuestas técnicas de una población indiferenciada a las condiciones del entorno físico (Cook, 1973:36 en Comas, 1998:132).

La naturaleza ni es un mero entorno pasivo ni un concepto independiente de la acción y del pensamiento humanos, por ello no hay que empeñarse demasiado en distinguir qué parte del paisaje se debe a las características físicas del propio territorio y cuáles a las prácticas culturales, puesto que la esfera de lo natural y lo humano no forman dos entidades independientes, sino que existe una continua causalidad recíproca entre ambos (Berque, 1997; Comas, 1998; González *et al.*, 2006; Hardesty, 1977; Martínez Veiga, 1985). A estas alturas es demasiado evidente que ya no tiene sentido el mantenimiento de la idea aristotélica de separación de lo natural y lo humano: la causalidad recíproca entre ambas se le antoja obvia al ser humano del siglo XXI.

Es en ese entramado de relaciones sociales donde debemos comprender la organización del espacio y de los paisajes situándonos en medio de esas diferentes tensiones que propongo como marco teórico: proximidad/lejanía, habitar/observar, territorio/manera de mirar y naturaleza/cultura. Porque dicho espacio no es nunca algo neutro o natural, sino que es producto de relaciones económicas, de clase, de género y

raciales (Soper, 1996) construidas culturalmente a través de las relaciones sociales establecidas en los procesos de producción y trabajo (Comas, 1998:131).

Asimismo se puede aplicar al análisis paisajístico la propuesta de Jane Collins (1992) quien, desde el enfoque de la ecología política, propone redirigir la atención al proceso de trabajo, explicando cómo las fuerzas materiales y sociales se combinan para comprender sincrónica y diacrónicamente la interacción del ser humano y el medioambiente: “En lugar de tratar el entorno como una entidad pasiva que impone límites a la acción humana, se trata de focalizar la relación dinámica entre actividad productiva y base física de recursos. La naturaleza de esta actividad está modelada por la determinación social de cuáles son los recursos naturales críticos en un determinado tiempo y lugar, la distribución del acceso a tales recursos y la naturaleza de los arreglos institucionales que median tal acceso” (Painter, 1995:7-8 en Comas, 1998:130).

Para comprender los paisajes de un determinado lugar habrá que poner en relación y hacer inteligible su potencial ecológico y su organización económica y social. “Los tres son partes de un todo, que no puede ser fragmentado sin correr el peligro de falsear la realidad” (García Fernández, 1975:2). Dada esta interacción compleja se puede conceptualizar el paisaje como un acumulador o totalizador histórico (Martínez de Pisón, 1998), un acumulador de herencias (Martínez de Pisón, 2007), un espacio en el que se han acumulado los tiempos y un tiempo donde se han sucedido los espacios (Martínez de Pisón, 2009). Los elementos del pasado aparecen fundidos e integrados en la organización paisajística y espacial del presente y, a su vez, otros futuros se fundirán creando nuevos e insospechados paisajes.

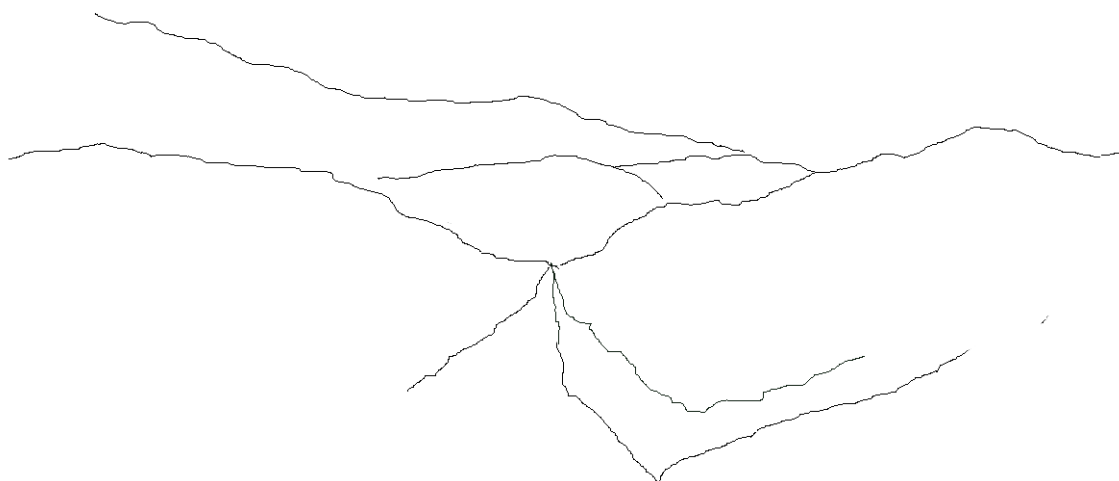
Así concebido, el paisaje constituye un documento histórico-cultural porque muestra parte de la historia de la particular interacción entre sociedad y naturaleza. Nos descubre en parte cómo el ser humano ha utilizado los recursos naturales a su alcance en un proceso en el que han intervenido, y lo seguirán haciendo, multitud de factores económicos, socio-culturales, estéticos, urbanísticos o medioambientales que lo transforman a muchos niveles: estructural, morfológico, funcional, simbólico y emocional. Por ello el paisaje nos ofrece claves para descifrar la organización física, económica, social, política y estética de un territorio.

Y si en esa interacción continua entre naturaleza y sociedad el ser humano transforma el medio ambiente para su propio uso mediante su cultura material e inmaterial, también él resulta transformado al ir creando nuevas relaciones sociales y recreando universos simbólicos cambiantes. De esta manera, no sólo hay que indagar

en la historia del ecosistema sino también en la “dialéctica entre cambio ambiental y cambio cultural” (Headland, 1994:5 en Comas, 1998:130), sin olvidar la importancia de las percepciones del entorno por parte de la población que vive en él, ya que suministra claves para poder interpretar su propia lógica productiva.

En suma, cada tiempo es un lugar y cada lugar un tiempo. Todo momento tiene, tuvo y tendrá su paisaje. Y todo paisaje es el rostro de un momento. Juegos de cambio y permanencia, de sustancia y de relatividad del espacio en el tiempo. Una vez dentro del círculo de la fugacidad y el retorno, podemos entrar en los significados (Martínez de Pisón, 2009:33).

**PARTE II. CONTEXTUALIZACIÓN Y CARACTERIZACIÓN DEL VALLE**







## CAPÍTULO 4: CONTEXTO GEOGRÁFICO

Al estudiar el paisaje como tensión he asumido que es un concepto en continuum entre el territorio físico medible y los caracteres estéticos, emocionales y subjetivos que le atribuimos a éste. Las cuatro tensiones definidas en el marco teórico ponen de manifiesto diversos aspectos de dicho continuum: la proximidad y el habitar relacionados con la práctica cotidiana, corporal y fenomenológica, frente a la lejanía y el observar relacionados con la interpretación artístico-literaria y físico-geográfica (tensiones proximidad/lejanía y habitar/observar); el territorio como entidad física medible cuantitativamente, frente al paisaje como ente subjetivo al que mirar desde unos particulares valores culturales (tensión territorio/manera de mirar); y, por último, la causalidad e interdependencia de la naturaleza y la cultura que tan bien ejemplifica el paisaje (tensión naturaleza/cultura).

Como ya se ha adelantado, el Valle de Carranza<sup>11</sup>, en la provincia de Bizkaia, es el lugar que he elegido para realizar la etnografía. De esta manera, sus paisajes son estudiados como testigo y memoria de algunas de sus transformaciones económicas, sociales, emocionales e identitarias del último siglo.



---

<sup>11</sup> Valle de Carranza, Karrantza y Karrantza Harana son las tres nomenclaturas oficiales del municipio. En el texto opto por la primera.

Situado en la Comarca de Las Encartaciones, el municipio del Valle de Carranza, junto con el pequeño Lanestosa, constituye un Valle del mismo nombre rodeado de montañas<sup>12</sup>, lo que le dota de una fuerte personalidad y lo aísla geográficamente de su entorno próximo<sup>13</sup>. El Valle, así, compone una unidad geográfico-espacial con una única entrada y salida por la que transcurren, a veces a la par, el río Carranza, el ferrocarril y la carretera secundaria B-630.

El paisaje aparece caracterizado por la alternancia de fuertes pendientes con una serie de ondulaciones del terreno, a modo de cerros o suaves colinas, cuyas laderas marchan hacia el centro mismo del Valle. De ahí que pendientes y cuestas constituyan un elemento estructural del paisaje<sup>14</sup>, siendo escaso el terreno completamente llano.

Los núcleos de población, denominados indistintamente barrios o pueblos<sup>15</sup>, se agrupan en dieciséis concejos o parroquias<sup>16</sup>. El barrio de Concha, situado en la

---

<sup>12</sup> El círculo de cadenas montañosas que forma el Valle está constituido al sur por la cordillera de Ordunte y sierra Mesada, que concentran sus mayores altitudes. En Ordunte destaca el pico Zalama con una altitud de 1300 m. desde el que la cordillera va cediendo altura hacia las campas de Ribacoba, dibujando en el horizonte el pico Lamana, la maza del Topo, la maza de los Frailes, el pico Burgueño y la maza de Pando (con altitudes respectivamente de 1198, 1115, 1104, 1037 y 1027 m.) En la sierra Mesada, cordal que arranca al este del Zalama en dirección noreste, se sitúan las cimas de Peñalta, monte Grande, Salduero y Saltipiña (con altitudes respectivamente de 1140, 1128, 1123 y 1054 m.) Desde esta última cumbre discurre, por el extremo más suroccidental del Valle, la sierra de Ubal, de menor altitud, donde destaca el pico Cotobasero (la altitud aquí ya disminuye a 823 m.) La zona sur se completa con pequeños valles de variadas altitudes que descienden para formar en el centro una depresión. El este se halla recorrido por las sierras de La Escrita y Fuentesfría. En esta última destaca el monte Armañón, que no llega a superar los 900 m. Desde él nace el cordal que muere en las Peñas de Ranero, cuyo frente constituye su límite norte. Estas Peñas junto con la sierra Lombera cierran el Valle al oeste.

<sup>13</sup> El municipio limita al norte con el municipio cántabro de Rasines; al este, en su mayor parte, con el enclave cántabro de Valle de Villaverde y los municipios vizcaínos de Trucíos y Arcentales; al sur con los municipios burgaleses de Mena y Agüera de Montija y al oeste con la Villa vizcaína de Lanestosa y los municipios cántabros de Soba y Ramales de la Victoria. Sus casi 138 km<sup>2</sup> de superficie lo convierten en el municipio de Bizkaia de mayor extensión.

<sup>14</sup> Esta particular orografía ha sido uno de los aspectos más destacados por la historiografía tradicional sobre el Valle, de forma que Iturriza (1967) señala que en Carranza “el terreno es muy montuoso y costanero”, Madoz (1990), en su Diccionario, lo define como “situado en una hondonada circuida de elevados cerros [...] es montuoso, quebrado y en lo general bastante estéril” y Echegaray (1925) describe el Valle como “fragoso y dilatado, situado sobre nueve cerros”.

<sup>15</sup> En lo sucesivo me decantaré por la denominación de barrio. Dejaré la nomenclatura de pueblo cuando me refiera a Carranza en general.

hondonada del Valle, es el actual centro administrativo del municipio. En función de si se computan o no como barrios los núcleos más pequeños y aislados, se pueden contabilizar entre unos cuarenta y ochenta núcleos habitados, lo que da una idea de la dispersión poblacional del territorio y de las percepciones cambiantes de los barrios y de su importancia como tales<sup>17</sup>. En cualquier caso, se trata de barrios de pequeñas dimensiones, que fueron ya vertebrándose desde la Edad Media.

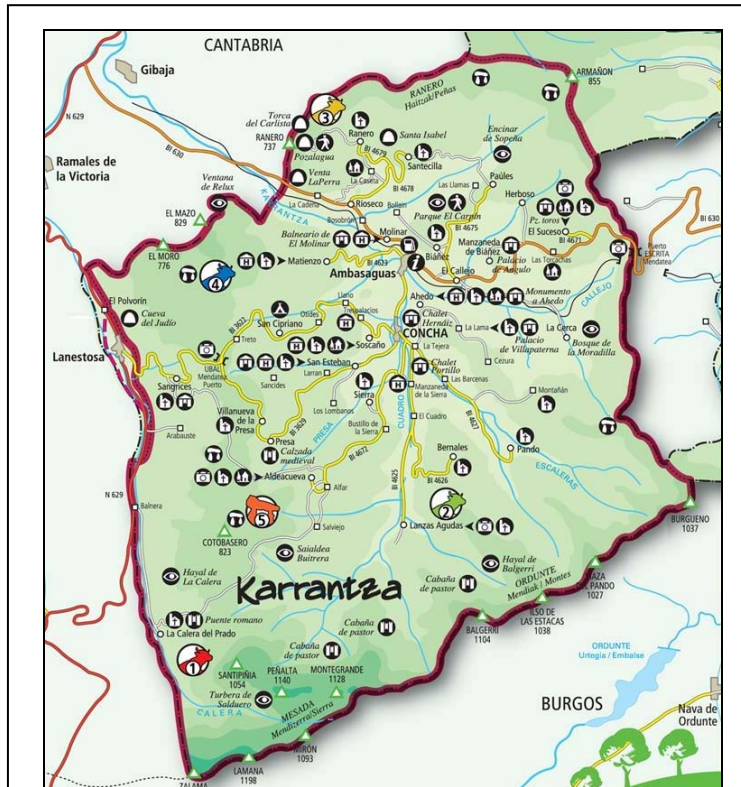
Si bien la mayoría de ellos fueron asentamientos en altura por la amenaza de las frecuentes inundaciones, en los últimos cincuenta años han sido los barrios de Concha y Ambasaguas, situados en el fondo del Valle, los que más han crecido por estar mejor comunicados y resultar más accesibles en carretera o tren. Los núcleos periféricos, lejanos de las vías de comunicación principales y un tanto aislados, se han quedado estancados poblacionalmente sufriendo altas cotas de abandono y despoblación.

La ocupación y progresiva modificación del medio natural para la realización de actividades agrícolas, ganaderas o silvícolas ha sido una constante histórica. Aunque lo inadecuado del terreno y sus malas condiciones para la agricultura (aunque ésta no desapareció en la práctica hasta bien entrado el siglo XX), junto con unas limitadas posibilidades de otras actividades como el comercio, las ferrerías y los molinos, decantaron al Valle hacia la ganadería y la explotación de los bosques, que han constituido tradicionalmente sus dos recursos más importantes.

---

<sup>16</sup> Los nombres de los dieciséis concejos son: Ahedo, Aldeacueva, Bernales, Biáñez, La Calera del Prado, Lanzas Agudas, Matienzo, Pando, Presa, Ranero, San Ciprián, San Esteban, Sangrices, Santecilla, Sierra y Soscaño.

<sup>17</sup> Por ser una de las fuentes que más exhaustivamente detalla los barrios, por pequeños que éstos sean, me remito a la enumeración de Vicario de la Peña (1975 [1935]:225) que recoge hasta setenta y ocho repartidos entre los dieciséis concejos (primero aparece el nombre del Concejo y después, entre paréntesis, el nombre de los barrios que lo conforman): Ahedo (Ahedo, Ambasaguas, Cézura, El Callejo, La Cerca, La Lama, La Revilla, La Tejera, Las Bárcenas, Los Eros, Montañán y Salduraño); Aldeacueva (Aldeacueva y Salviejo); Bernales (Bernales y El Bierre); Biáñez (Biáñez, Bollain, Campillo, El Pontarrón, El Suceso, Herboso, La Tolina, Las Llamas, Las Torcachas, Manzaneda, Molinar y Paúles); La Calera (La Calera y Rucavado); Lanzas Agudas (Aguasal y Lanzas Agudas); Matienzo (Bosobrón y Matienzo); Pando (Ambosríos y Pando); Presa (La Cabaña, La Fontanía, La Muela, Presa, Solapeña y Villanueva de Presa); Ranero (La Cadena, La Caseta, La Quintana y Ranero); San Ciprián (San Cipriano y Treto); San Esteban (El Pomar, La Cotarra, La Herrán, Los Lombanos, San Esteban, Sancides y Sobrepeña); Sangrices (Arabuste y Sangrices); Santecilla (La Caseta, La Cubilla, Rioseco y Santecilla); Sierra (Bustillo de Sierra, El Cuadro, El Jubileo, El Píngano, La Ranchada, Manzaneda de Sierra y Sierra); Soscaño (Callejuelas, Concha, La Llana, Las Campas, Llano, Otides, Soscaño, Tocornal, Traspalacio y Vollano).



**Ilustración 12: Mapa de Carranza**  
El Valle, rodeado de montañas, tiene una única salida y entrada natural donde transcurren a la par, en buena medida, la carretera, el ferrocarril y su río principal.

En función de los diferentes biotopos y de la vegetación del municipio se puede hacer una primera aproximación tipológica de los paisajes del Valle: terreno urbanizado, pastizales, praderas y prados, huertas, frutales y tierras de labor, monte bajo, repoblaciones de coníferas, ríos y riberas, roquedos calizos, encinar, bosque de frondosas y turberas (Basoinsa, 1988).

El paisaje que contemplamos hoy, en el que las praderas ocupan la mayor parte del espacio y en el que el pino es un árbol muy abundante, es bastante diferente al medio natural que conocieron los carranzanos de otros tiempos. Varios siglos antes, aunque también los prados constituían un elemento típico del paisaje, las masas boscosas eran mucho más amplias y en ellas robles, castaños y, sobre todo, hayas, constituían las especies arbóreas más numerosas (Saratxaga, 1997:21). Con todo, en la actualidad, el territorio sigue mostrando una gran biodiversidad vegetal, pues aún conserva un importante patrimonio forestal de bosque autóctono: bosques de encina,

haya y roble enclavados en parajes singulares junto con pequeños ecosistemas de ribera poblados de abedules, acebos, alisas, castaños, fresnos y demás vegetación típica. Por último, pastizales, brezales y argomales, formaciones herbáceas y arbustivas asociadas al carácter tradicionalmente pastoril de la zona, dominan el paisaje vegetal de las cumbres que circundan el Valle (Díaz García, 2007:10).

No obstante, dado que mi planteamiento no es geográfico o ecológico sino sociocultural, buena parte de la investigación, y en particular de la mirada cotidiana y de los hitos paisajísticos, se centra en los paisajes de praderas. Ha sido una decisión motivada por considerar que los procesos de extensión de la pradera en el Valle son los más sugerentes, además de indicativos de otros cambios sociales. Asimismo, los barrios son siempre tenidos en cuenta como parte del paisaje, aunque es en el capítulo dedicado a la mirada arquitectónica y en el dedicado al análisis del olor como factor de cambio donde la investigación gira en torno a ellos. Por último, el capítulo sobre la contestación a la mirada institucional tiene como marco el paisaje de la cordillera de Ordunte. Otros ambientes paisajísticos diversos son abordados de forma puntual, a veces como simple ejemplo o como telón de fondo de otros fenómenos, pero sin ánimo de entrar a detallar sus características generales y procesos de cambio.



## **CAPÍTULO 5: HITOS PAISAJÍSTICOS**

En la metodología he establecido tres conceptos conductores del análisis y la práctica etnográfica: la tensión, el hito y la mirada paisajística. En este capítulo abordo el segundo de ellos.

El hito paisajístico es un acontecimiento clave en la configuración espacial del paisaje o en su manera de pensarlo. Es decir, un hecho relacionado con el paisaje especialmente significativo por su importancia histórica y social y que aporta claves explicativas descubiertas en la revisión del pasado o en su evocación.

Los hitos se asemejan a los mojones que aparecen a lo largo del camino y constituyen referencias significativas. En general se reconocen cuando se toma una mirada longitudinal y se establece una relación entre lo acaecido antes y después (del Valle, 1995b:285).

Señalo tres hitos: primero, la llegada del ferrocarril al Valle; segundo, los reglamentos y normativas respecto a la roturación, cultivo y distribución de tierras (Reglamentos de 1912 y 1948 para terrenos comunales, y Concentración Parcelaria de los años 70); y tercero y último, el paso del paradigma agrario productivista al postproductivista.

Desde el punto de vista histórico, es innegable la importancia tanto de la construcción de la línea del ferrocarril Santander-Bilbao con parada en el Valle, como de las dos primeras normativas del Hito 2; también del Hito 3 por su apreciable cambio en la manera de entender e interpretar el territorio. Pero desde el punto de vista de la memoria social paisajística, señalaría la Concentración Parcelaria como el hito más relevante de la contemporaneidad, ya que la memoria colectiva reconoce en ella el mayor punto de inflexión del paisaje actual: ningún otro episodio de la historia geográfica y social del Valle contemporáneo es reconocido tan clara y unánimemente como un motor de cambio tan significativo.

Por otro lado, está por ver si lo que yo señalo como Hito 3 se confirmará como tal en un futuro, no sólo como acontecimiento histórico sino como hecho relevante desde la memoria social, factor que considero clave. La puntualización es pertinente puesto que hay hitos que se asientan como tales con el tiempo (incluso aunque en el mismo momento no aparecieran como tales), mientras que las huellas de otros, al contrario, pudieran pasar desapercibidas con los años.

### **5.1 HITO 1: CONSTRUCCIÓN DE LA LÍNEA DE FERROCARRIL SANTANDER-BILBAO**

No sería correcto afirmar que el Valle ha permanecido secularmente aislado debido a su particular geografía y orografía porque siempre ha habido intercambios con el exterior. Los fenómenos macroeconómicos que ocurrieron históricamente en su entorno más cercano, la península o Europa tuvieron su reflejo de alguna manera en Carranza y, por ende, en su paisaje. Aunque sin duda las comunicaciones fueran siempre muy complicadas, el Valle nunca ha vivido al margen de sus coetáneos.

Unos cincuenta años antes de la inauguración de la estación de la línea de tren Bilbao-Santander con parada en Carranza, ya se ponen en marcha obras para mejorar las comunicaciones con otros núcleos de población y también entre algunos de los barrios. De esta manera en 1848 comienzan las diligencias para la realización de un camino que una Bilbao con Santander y que pase por Carranza. Aunque la obra tiene muchos problemas para ponerse en marcha, con ella viene también la mejora de la red viaria interna con la construcción de las carreteras de Concha a Soscaño (1877-1881), de Concha a San Esteban (1880), el camino a La Tejera (1881-1882) y el del Callejo a Biáñez (1883-1885) (Saratxaga, 1997:338). También sobre estos años comienzan las obras de traídas de aguas afectando en su primera etapa al barrio de Biáñez y a Soscaño, lo que supone una mayor comodidad y una mejora higiénica de trascendencia para la población (Vicario de la Peña, 1975 [1935]).

Aunque lo realmente importante e influyente para el futuro económico y demográfico del municipio es la llegada del ferrocarril en 1896. Se puede afirmar que a partir de ahora el Valle se distancia de lo que había venido siendo su comportamiento poblacional a lo largo del Antiguo Régimen para iniciar el camino hacia la contemporaneidad (Saratxaga, 1997:339).

La comunicación diaria por tren con grandes centros consumidores como Santander o Bilbao ofrece a los naturales del Valle un mercado para sus productos agrarios de dimensiones nunca conocidas hasta entonces. En estas ciudades, sobre todo en Bilbao, la demanda se incrementa constantemente por el aumento de la población que llega al País Vasco para trabajar en la industria siderúrgica y demás empresas recién creadas al albur de la Revolución Industrial.

La llegada del tren, así, posibilitó el tránsito de gentes y mercancías fuera del Valle de manera más fluida, siendo decisiva para la evolución económica de Carranza. La línea Santander-Bilbao con estación en el barrio de Ambasaguas disponía de dos apeaderos, uno en el balneario del Molinar y otro en la Moradilla, donde paraban los



trenes el día de la romería del Buen Suceso, hito anual (todavía en la actualidad) de gran importancia social, festiva, simbólica y afectiva para todo el Valle. Una estampa típica la componían las revendedoras o recadistas, vecinas del pueblo, que diariamente se trasladaban en el tren hasta Bilbao para vender las mercancías y comprar los encargos que les solicitaba el vecindario (Díaz García, 2008:157).

Desde el punto de vista de lo agroganadero, el tren ahora permite a los carranzanos comprar a precios más baratos el grano que sus haciendas no son capaces de producir y, al mismo tiempo, dar salida de un modo más rápido y económico a su producción ganadera. En consecuencia, la cabaña ovina sigue aumentando al verse favorecida por unos mercados más amplios. Al mismo tiempo, los bueyes son sustituidos por vacas en la medida en que las tierras son destinadas paulatinamente a prados en lugar de a labores agrícolas. Se trata de un ganado vacuno orientado hacia la estabulación y a la producción de carne y, sobre todo, de leche, que se vende diariamente en los mercados de Bilbao y Santander. Carranza inicia así lo que, a partir de ese momento, se convierte en la principal actividad económica del Valle. También el abandono de las actividades agropecuarias por una parte del campesinado autóctono para dedicarse a la industria hace que el municipio carranzano se decante definitivamente por una especialización ganadera a la que parecía haberse venido dirigiendo desde al menos el siglo XVIII (Saratxaga, 1997:423).

En un mercado en expansión como este, Carranza encontró en la especialización ganadera el principal pilar sobre el que asentar su desarrollo económico y su crecimiento demográfico. Las frecuentes oscilaciones poblacionales que le habían caracterizado durante los siglos anteriores debido a sus débiles estructuras agropecuarias y económicas, muy expuestas a los fenómenos meteorológicos, se alivian con la nueva situación.

Sin embargo, a partir de 1945 esta tendencia se vuelve a invertir y el Valle comienza a perder habitantes en un proceso de despoblación lento pero constante, semejante al experimentado en otras áreas rurales de Bizkaia y de todo el Estado en general. El incremento de la industrialización en la zona del Gran Bilbao y, en consecuencia, el considerable aumento de demanda de mano de obra para trabajar en las fábricas, actúa como un fuerte polo de atracción para los carranzanos. Muchos de ellos emigran y se instalan en la capital vizcaína y en los municipios fuertemente industrializados de su entorno. Y la falta de centros fabriles en el Valle no hace sino intensificar el proceso.

En cualquier caso, y bastante al margen del movimiento industrializador, Carranza sigue estando vinculada al sector primario. Y dentro de ese vínculo, será la especialización hacia el vacuno de leche la que tendrá claras consecuencias en un paisaje que irá extensificando su pradera a lo largo del siglo XX.

## **5.2 HITO 2: NORMATIVAS RESPECTO A LA ROTURACIÓN, CULTIVO Y DISTRIBUCIÓN DE TIERRAS**

Las primeras menciones documentales sobre el aprovechamiento de pastos en el Valle de Carranza aparecen recogidas en los fondos documentales del Monasterio de San Salvador de Oña (Burgos), cuyos dominios desde su fundación en el siglo XI se extienden durante varios siglos por las tierras del Valle (Díaz García, 2007:13).

Antiguamente, conforme a las leyes de los fueros de Las Encartaciones y del Señorío de Bizkaia, los montes son propiedad de los naturales del Valle. Sus amplios terrenos se caracterizan por el aprovechamiento común: se echa libremente a pastar los ganados, y la madera, rozas, hojas, helechos, frutos o canteras que proporciona el monte suponen un significativo complemento para la economía rural (Díaz García, 2007:13-14; Vicario de la Peña, 1975 [1935]:55). También el aprovechamiento de los pastos de altura es tradicionalmente comunal, siendo primero los Concejos y las Juntas del Valle y, posteriormente, el Ayuntamiento los encargados de regir su uso y explotación, tal y como se recoge en las Ordenanzas Municipales del Valle de Carranza aprobadas en el año 1855 (Díaz García, 2005-2006:228; 2007:14).

Con el paso del tiempo, los terrenos comunales van mermando al ir pasando a manos de la propiedad privada (Díaz García, 2007:16). De esta manera, en el siglo XVII la privatización de terrenos comunales ya es un hecho constatado. Por un lado, a lo largo del mismo, y a pesar de la oposición de los vecinos del lugar y de los decretos dictados por los regidores, se llevan a cabo ilegalmente pequeñas roturaciones para dedicación agrícola en los montes del común. Las mismas Juntas del Valle favorecen este proceso privatizador vendiendo terrenos a particulares para hacer frente a sus necesidades más imperiosas. Estos procedimientos continúan a lo largo de los siglos XVIII y XIX para afrontar las gravosas cargas impuestas por los distintos conflictos bélicos de la época (Saratxaga, 1997:410). Si bien es cierto que hasta el siglo XX al menos las zonas comunales de los montes altos y de sus laderas mantienen sus superficies casi inalterables, en el transcurso del siglo también empiezan a disminuir ostensiblemente su extensión. En síntesis, los antiguos usos comunitarios de las tierras

se van reduciendo a favor de un aprovechamiento individual del espacio poniendo de manifiesto la privatización paulatina de la propiedad del suelo y la explotación individual. Setos, cercas, vallados y barreras se van convirtiendo en un elemento cada vez más característico del paisaje carranzano.

Un recorte sustancial del terreno común tendrá su origen en el “Reglamento para la Roturación y Legitimación de los Terrenos Comunales del Valle”, aprobado por la Corporación Municipal en el año 1912. Por él se facilita a los vecinos del Valle la roturación de cierros<sup>18</sup> para convertirlos en prados, concediendo terrenos no necesarios, a juicio del Ayuntamiento, para usos o servicios de la comunidad (Vicario de la Peña, 1975 [1935]:595).

La aprobación de este reglamento se hace, según su prólogo, “viendo la penosa y difícil situación por la que atraviesan sus habitantes, al par que las grandes extensiones de terrenos incultos que el pueblo posee [...] [y así] regular y legitimar las roturaciones arbitrarias que desde tiempo inmemorial han venido y vienen haciéndose en todos los pueblos” (Vicario de la Peña, 1975 [1935]:595). Dicha norma tiene mucho que ver también con el afianzamiento del mercado de la leche que hace necesario continuar con la roturación de terrenos (Peña, 2004a:105). Esto provoca que tradicionales zonas de pastos y bosques de aprovechamiento comunal de los Concejos en las laderas de los montes altos y en las colinas interiores del Valle vayan eliminándose con la aparición de los cierros y roturas<sup>19</sup> a manos de particulares (Díaz García, 2005-2006:228). De esta manera, paulatinamente, la mayoría de estos cierros son convertidos en praderas, en muchas de las cuales se construyen casetas para el refugio de ovejas o de vacas de monte (Díaz García, 2005-2006:231, 232).

El Reglamento de 1912 fue sustituido en el año 1948 por el “Reglamento para la Roturación y Cultivo de Terrenos Comunales del Valle de Carranza”, que vuelve a provocar un extraordinario aumento del número de praderas en el Valle (Varillas, 1964:36). Este incremento de los pastos permanentes supone mayores posibilidades de mantener el ganado en régimen de estabulación, haciéndolo más productivo. Con ello, la cabaña bovina aumenta, al tiempo que se produce una sustitución de las razas

---

<sup>18</sup> Los cierros era tierras normalmente ganadas al monte o al arbolado que se cerraban con vallados o con setos vivos para dedicarlo a prados (Peña, 2004:104).

<sup>19</sup> Las roturas eran tierras ganadas al monte que normalmente se destinaban a pradera pero también en ocasiones se cultivaban. Estaban cerrados y eran normalmente comunales. También recibían el nombre de retururas o apreturas (Peña, 2004:104).

tradicionales (pirenaica o tudanca) por otras nuevas (suiza u holandesa) (Vicario de la Peña, 1975 [1935]:141-142) en una clara orientación hacia la producción lechera. En cierta manera, se puede afirmar que la población carranzana se ha dedicado primariamente a la actividad pastoril y que se ha decantado por la ganadería de vacuno progresivamente a lo largo del siglo XX. En el inicio de esta transformación ejercen una cierta influencia los pasiegos cántabros que se asentaron en Carranza y trajeron consigo una cultura sumamente especializada en el aprovechamiento del ganado vacuno de leche (Peña, 2004b:69).

Por otro lado, si bien para 1935 el Valle produce principalmente trigo, patata, maíz, hierba y manzanas (Vicario de la Peña, 1975 [1935]:158), el trigo va perdiendo terreno dado su escaso rendimiento por las poco propicias condiciones geográficas y climáticas del municipio. De hecho, si para estas fechas se mantiene su cultivo es porque se exige todavía en trigo y en maíz parte del pago del alquiler de los terrenos. Sin embargo, a medida que empieza a generalizarse el cobro de las rentas en dinero, los campesinos abandonan progresivamente su cultivo hasta que el trigo desaparece definitivamente de los campos carranzanos a finales de la década de los cincuenta (Saratxaga, 1997:588).

Ambos reglamentos provocaron, por un lado, un extraordinario aumento del terreno roturado en detrimento del bosque a favor de las praderas y de los campos de cultivo y, por otro, la sustitución de arbolado autóctono por otras especies de mayor rentabilidad maderera. Al mismo tiempo, aumentó el aspecto de campiña o mosaico al quedar los prados separados por setos verdes y pequeñas masas boscosas de vegetación autóctona.

Además de estos dos reglamentos analizados (el de 1912 y el de 1948), de gran importancia histórica, social y geográfica, el otro punto de inflexión lo constituye la denominada Concentración Parcelaria. Ésta tiene lugar a principios de los años setenta del siglo XX y da lugar a una reorganización de la titularidad de las parcelas unificándolas en lotes de mayor extensión, ya que las antiguas, debido a subdivisiones sucesivas, habían llegado a ser tan minúsculas como improductivas. Dicha reunificación, a su vez, aceleró el proceso de praderificación en un contexto de auge de la ganadería vacuna de leche por el que las antiguas parcelas ya nunca más se dedicarán a la agricultura sino principalmente a la pradera. También provocó el cambio en la distribución de caminos y cañados, la desaparición de muchos de los setos, arbustos y

árboles que separaban las llosas <sup>20</sup> y la corta de muchos árboles frutales, particularmente manzanos.

Si bien los anteriores Reglamentos citados provocarían una considerable modificación del paisaje, desde el punto de vista de la memoria social aquellos no son recordados tanto como la Concentración Parcelaria que vino unas décadas después. Varias son las hipótesis que se pueden deducir al respecto: primera, que fueron normativas que pasaron desapercibidas o que se olvidaron pronto; segunda, que el cambio en el paisaje no fue tan claramente percibido; tercera, que simplemente ya no son recordadas en la actualidad ni siquiera por la gente de edad; y cuarta, que la propia vivencia paisajística en aquella época era distinta, por lo que las consecuencias de las normativas no fueron vistas a la luz del paisaje sino a la de otras cuestiones más prácticas. En cualquier caso y al margen de estas hipótesis, la Concentración Parcelaria, por el contrario, ha sido una normativa que ha quedado muy marcada en la memoria colectiva del Valle por entender unánimemente que supuso un gran punto de inflexión en la historia de su paisaje contemporáneo.

### **5.3 HITO 3: DEL PRODUCTIVISMO AGRARIO AL PARADIGMA POSTPRODUCTIVISTA**

El cambio hacia una economía basada en la explotación de ganado vacuno para la venta de leche, como hemos visto, ya se venía fraguando con anterioridad. Pero es en la década de los 60 del siglo XX cuando se hace especialmente patente con la aparición de las centrales lecheras, el pago de la leche a precios fijos mínimos garantizados y la adquisición segura de toda la producción. Estas políticas promovidas desde instancias europeas no hacen sino incentivar la orientación definitiva del Valle hacia una especialización de la ganadería vacuna lechera, trayendo consigo un considerable aumento de las vacas frisonas y de la cabaña bovina respecto a la ovina (Paliza y Díaz, 1989:24; Saratzaga, 1997:590).

En 1965 este auge aún en otra mayor las pequeñas cooperativas que se habían organizado en distintos barrios: Ganaderos Unidos del Valle de Carranza (G.U.V.A.C.). Las primeras se habían creado para ahorrar costes mediante la fabricación y

---

<sup>20</sup> Las llosas era terrenos de labranza y de pasto que aunaban piezas que pertenecían a diferentes dueños, denominadas también heredades. Solían ser los terrenos llanos o de escasa pendiente de cada barrio. Los límites de la llosa eran habitualmente geográficos, como terraplenes, vaguadas, cursos de agua, etc. y aparecían cerrados o vallados mediante paredes, setos vivos o cercados. En cada llosa tenían trozos de tierra todos los vecinos o la mayoría de los que poseían casas cerca.

comercialización en común de piensos para el ganado. Asimismo, en 1973, surge el Control Lechero de Carranza para mejorar, controlar y aumentar la productividad del ganado. Finalmente en 1984, como respuesta a la importancia de la cabaña bovina, su calidad y grado de saneamiento, se crea el ferial ganadero al que concurren las reses todos los sábados (Paliza y Díaz, 1989:25; Saratxaga, 1997:590).

Cuando España ingresa en el año 1986 en la Comunidad Económica Europea las explotaciones de vacuno de leche están en pleno proceso de ajuste y modernización tecnológica (razas más productivas, ordeño mecánico o tanques de refrigeración entre otras mejoras) acorde con la política productivista que en los países del norte de Europa se había implantado desde la Segunda Guerra Mundial. En dicha política se prima el volumen de producción como herramienta para competir en unos mercados mundiales regulados de acuerdo con el papel estratégico que se le había asignado a la agricultura (Romero, 2002:624).

El paradigma de la modernización agraria como clave de desarrollo rural permanece incontestado en Europa durante mucho tiempo y sirve como factor de ajuste estructural de la actividad agropecuaria a las condiciones del mercado capitalista (Sancho, 2002). Pero el redimensionamiento de las explotaciones se hace con tanto éxito que muchas producciones se hacen excedentarias y en los años ochenta las instituciones europeas constatan que el sistema de subvenciones se hace insostenible en términos presupuestarios (Romero, 2002:624). Por ello la Comunidad Económica Europea en 1992 decide reformar la Política Agraria Común (P.A.C.) poniendo limitaciones a la producción excesiva de alimentos, si bien los discursos de racionalización y redimensionamiento de las explotaciones no terminan.

En Carranza, al igual que en toda la cornisa cantábrica, el incremento de producción que había empezado a despegar fruto de la política productivista se ve confrontado con las limitaciones cuantitativas que impone la reforma de la P.A.C. Dicha reforma inicia la paradoja de limitar productivamente el sector al tiempo que se le insta, a través de subvenciones, políticas y discursos, a su cambio estructural, a su modernización y al cierre de aquellas ganaderías obsoletas o escasamente dimensionadas que se consideran poco rentables e incapaces de competir en los mercados. De esta manera, el conjunto de medidas que regulan el sector lechero conducen a la crisis de la pequeña explotación familiar y a la concentración de la producción en un número cada vez menor de ganaderías de tamaño mediano y grande.

Las dinámicas intensificadoras suponen un gran cambio en el manejo tradicional del ganado y, aunque hacen subir la productividad de forma extraordinaria, incrementan la dependencia de bienes intermedios ajenos al sector. Estos insumos, además, se encarecen a un ritmo superior al del producto obtenido, aumentando el endeudamiento de las explotaciones. Con el estancamiento e incluso el deterioro de los precios de la leche los incrementos de la producción no se traducen necesariamente en renta agraria. De hecho, sólo las subvenciones hacen posible que en la década de los noventa se incremente la renta real (Abad y Naredo, 2002). Esta situación genera que el sector se enfrente a un alto grado de incertidumbre sobre la forma que va a adoptar su regulación a medio plazo y sobre su propio futuro (Arnalte, 2002).

La reforma de la P.A.C. del año 1992 inicia el fin de la política productivista, dando paso en los años noventa a un cambio de paradigma: el “postproductivismo” agrario (Halfacree, 1997). A instancias europeas el medio rural va a empezar a conceptualizarse paulatinamente como algo pluriactivo, multisectorial y multifuncional susceptible de diversos usos y proveedor no sólo de alimentos sino también de ocio, de espacios naturales, de paisaje o de patrimonio (Malagón, 2002:8-9). Una de las principales características de esta nueva noción de ruralidad es que las sociedades industrializadas encuentran en lo rural, en ocasiones idealizándolo, la gran reserva de símbolos que han prácticamente desaparecido de la urbe: lo natural, lo verde, el paisaje, lo arcaico, el silencio, la soledad o la solidaridad. A su vez, estas imágenes se asocian de forma recurrente con los orígenes y raíces fundacionales de nuestra cultura (Areitio y Alberdi, 2004:103; Cabero, 1998:10).

El medio rural carranzano, como tantos otros, se ve afectado profundamente, sobre todo desde los años 60, por transformaciones económicas que superan la escala de lo local. La capitalización y modernización del campo, la introducción de la tecnología en los sistemas de producción agroalimentarios, la mejora de los transportes y las comunicaciones, los nuevos procesos de transformación, comercialización y distribución de los productos, la paulatina supresión de las barreras aduaneras y la apertura de los mercados, los procesos migratorios y los avatares económicos abocan al cambio en el comportamiento de las familias. Las funciones del espacio rural dependen cada vez más de los intereses externos, del mercado y de la sociedad de consumo, al tiempo que se difumina la diferencia campo-ciudad poniéndose en cuestión esta clásica dicotomía que cada vez se ve más como un anacronismo. Se diversifican las estrategias de supervivencia, varía la percepción colectiva del entorno vivido y cambia la organización sociológica del espacio dando lugar a nuevas estructuras y a nuevos

problemas como pérdida de renta agraria, despoblación, envejecimiento o deterioro ambiental (Abad y Naredo, 2002; Arnalte, 2002; Cabero, 1998; Cloke, 2006; Gómez, 2005; Martínez Montoya, 2000b, 2001; Mata, 2002; Regidor, 2002).

Estos procesos de reestructuración productiva y globalización socioeconómica están asociados a importantes transformaciones que definen una nueva lógica territorial en la que los distintos ámbitos espaciales se aprestan a activar sus propios recursos para no quedar al margen o poder competir con éxito en un mundo cada vez más interconectado. De esta manera, empiezan a revalorizarse y a identificarse recursos alternativos, generalizándose cada vez más la tesis de que todo proceso de desarrollo requiere la utilización imaginativa, racional, equilibrada, dinámica y sostenible de todos sus bienes patrimoniales, ya sean éstos de carácter monetario, humano, físico-ambiental, cultural o territorial. Consecuentemente, el territorio pasa de ser considerado un agente pasivo o mero soporte físico de los procesos de desarrollo a constituir un agente activo y dinámico que contribuye, además, a la generación de ventajas competitivas, acuñándose los conceptos de equilibrio y desarrollo territorial (Ojeda y Silva, 2002:69).

En el Valle se inician estos discursos postproductivistas pensando, entre otras cuestiones, en el turismo como alternativa de futuro, que si bien no llegue a reemplazar totalmente al sector primario, sí que revitalice un tejido social envejecido a través de otras opciones. Y en esta línea el paisaje tiene un papel relevante puesto que se empieza a mirar el territorio no sólo en base a las actividades agropecuarias como hasta hacía bien poco, sino también a los estereotipos estandarizados del turismo y lo connotativo, que habían pasado más desapercibidos en Carranza. Este tipo de mirada tiene su influencia incluso en la manera de construir casas, pues ahora los deseos de disfrutar de un buen paisaje desde la vivienda son un criterio muy a tener en cuenta, algo que había sido inadvertido en la arquitectura tradicional.

En el municipio de Carranza el ajuste postproductivista despunta de forma tímida cuando ni siquiera se había culminado el ajuste productivista anterior. Las políticas dan lugar a un solapamiento de discursos, productivista y postproductivista, que aunque crea nuevas oportunidades, también genera incertidumbre e inseguridad a una población desorientada: las nuevas iniciativas e inversiones en producción de ocio y turismo se basan en un paisaje y patrimonio que el sector agropecuario ha creado en buena medida, al tiempo que éste, en pleno proceso de crisis, se debate entre la intensificación y la desmantelación.





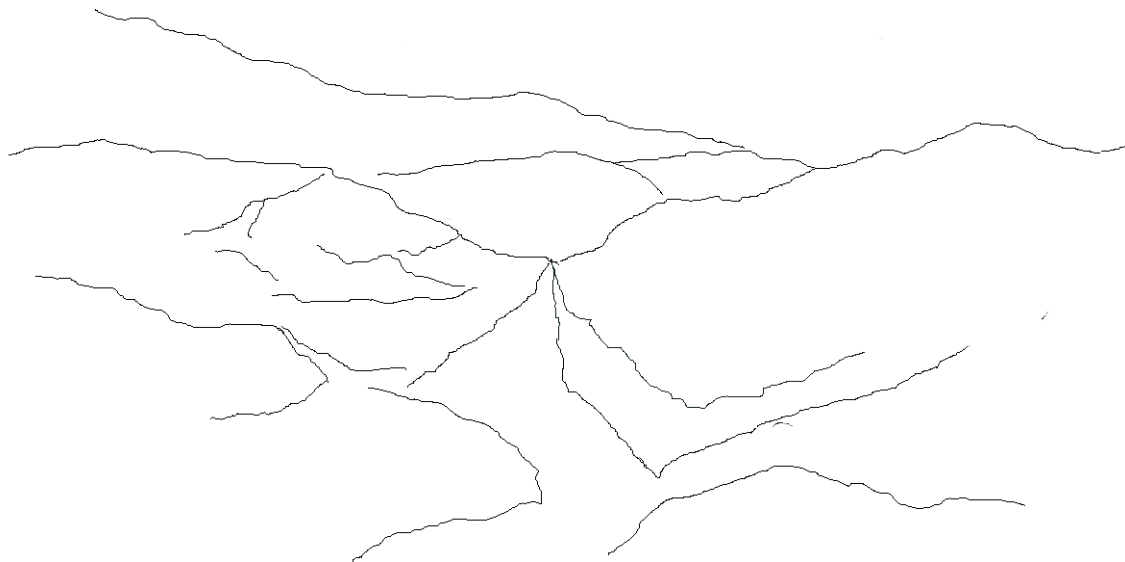
**Ilustración 13: Turismo Rural**  
Señalización del “Caserío Fuenternilla”,  
habilitado para turismo rural en el barrio de Llano.

El práctico abandono de la producción familiar, tanto agrícola como ganadera, y la apuesta definitiva por la intensificación ha generado una relativa uniformidad paisajística en las partes bajas y medias del Valle debido al monocultivo de hierba al que se dedican muchas de las parcelas. Paradójicamente, al tiempo que la intensificación ganadera genera monocultivos de hierba, su apuesta por el cierre de las pequeñas explotaciones, consideradas no rentables, provoca también el abandono y el cambio de uso de muchas praderas. La falta de rentabilidad del negocio y de autoestima por parte de los ganaderos conduce a la ausencia de interés de las generaciones jóvenes por mantener el negocio. Esta situación generalizada en el Valle en los últimos años conlleva que, de forma paulatina, cada vez más praderas dejen de aprovecharse para la plantación de hierba para el ganado. En ellas, bien el monte se regenera de manera espontánea debido a su abandono, o bien son reutilizadas con nuevas lógicas productivas forestales, residenciales o turísticas.

En medio de esta decadencia del sector agropecuario, lo postproductivista inicia otra forma de mirar y vivir el territorio. En esta nueva mirada, lo rural empieza a cambiar de función y el paisaje como bien de consumo y espacio de contemplación empieza a tomar auge incluso dentro de la propia ciudadanía. Una muestra de ello es que la casa cada vez tiene menos de caserío y más de vivienda rural, apostando por un paisaje vivido más a través de lo connotativo que de lo productivo.



**PARTE III. MIRADAS PAISAJÍSTICAS**





Como se ha venido insistiendo, el paisaje no es ni un dato objetivo ni una ilusión subjetiva, porque existe realmente para aquellas personas que están inmersas en la intención e historicidad propia de ciertos medios y de ciertas épocas (Ojeda, 2003b). Pero no todos los sujetos ni grupos sociales entienden lo mismo o lo perciben de la misma manera, por lo que se hace necesario distinguir distintas percepciones del paisaje o, lo que es lo mismo, distintas miradas paisajísticas. Lo que el hipotético espectador contempla no es lo que hay en el territorio, sino lo que quiere ver. Su mirada selectiva es la que convierte esos territorios en paisajes (Maderuelo, 2006b). En la convergencia de esta diversidad de miradas debería encontrarse la comprensión humanista y compleja del paisaje (Ojeda, 2003b).

Esta heterogeneidad de percepciones que convergen en un mismo espacio es lo que he definido anteriormente a través de la metáfora del “milhojas”, siguiendo a Lassus. Secundar este símil significa que las diferentes percepciones de cada grupo social y generación (incluso de cada individuo particular en función de su experiencia o estado de ánimo) se aglutinan en torno a un mismo paisaje, dotándole de diferentes sentidos y sensibilidades. Asimismo, esta confluencia de miradas, añadida a los cambios socioeconómicos en la organización territorial, convierten al paisaje en un acumulador histórico. Existen, en definitiva, formas de mirar el paisaje múltiples, simultáneas, diferentes y, algunas veces, hasta en competencia. Los paisajes se construyen así socialmente en el marco de un juego complejo y cambiante de relaciones, que también lo son de poder (Nogué, 2007a:13).

En esa búsqueda de la complejidad y de la convergencia social, propongo distinguir cinco miradas paisajísticas para el Valle: la cotidiana, la arquitectónica, la institucional, la connotativa y la multisensorial. Cada una de ellas da cuenta de las diversas maneras de encarar y relacionarse con el paisaje y lo aborda desde diferentes perspectivas. No pienso que el paisaje de Carranza se agote en estas miradas, pero sí que a través de ellas exploro los aspectos paisajísticos que a mí me han resultado más sugerentes.

La mirada cotidiana hace hincapié en cómo los trabajos diarios de la gente, sus maneras familiarizadas de relacionarse con su entorno y la organización de su día a día económico modelan el paisaje y su trato con el mismo. El concepto estructural del análisis es el del *taskscape*, y el análisis se efectúa distinguiendo lo tradicional de lo contemporáneo. Por su importancia y, dada su extensión, he creído conveniente dividir esta mirada en varios capítulos, uno referido a lo tradicional, otro a lo contemporáneo y, por último, un tercero que bajo el título de ¿Paisajes auténticos? conjuga ambos.

La mirada arquitectónica analiza cuáles son los cambios en la forma y función de la arquitectura y el urbanismo como elemento del paisaje y cuáles son los factores sociales que los han forjado.

La institucional, por su parte, examina cómo las instituciones públicas se posicionan frente al paisaje, dando fruto a decisiones de gestión y ordenación territorial. En esta mirada se abordan tres casos prácticos: el turismo en el Valle, el proceso de oposición a un parque eólico en Ordunte y el paisaje desde la perspectiva de la Agenda Local 21.

Por otro lado, la mirada connotativa busca aquellos esquemas de percepción generales que mediatizan y modelan el resto de las miradas. En el caso de Carranza, la connotación no es muy amplia, pero existe y hago, en cualquier caso, una lectura positiva de la poca actividad connotativa que ha existido.

Por último, la mirada multisensorial, dada su amplitud, pluralidad y potencial para el análisis social, se abordará en la última parte del trabajo (parte IV), no ya como un capítulo de las miradas paisajísticas, sino como una sección que, por su entidad, merece un estudio independiente.

## **CAPÍTULO 6: MIRADA COTIDIANA I. VIEJOS *TASKCAPES*, VIEJOS *LANDSCAPES***

No es casual ni baladí que de todas las miradas paisajísticas que se abordan en esta parte III (cotidiana, arquitectónica, institucional y connotativa) empiece con la cotidiana. Cuatro razones me inducen a ello: primero, que es una mirada que introduce muy bien las tensiones sobre las que he definido el concepto de paisaje (proximidad/lejanía, habitar/observar, territorio/manera de mirar, naturaleza/cultura); segundo, que al estar basada en los *taskscapes* resulta muy necesaria para identificar e hilvanar los cambios paisajísticos que ha habido a lo largo del periodo de estudio (del siglo XX hasta la actualidad); tercero, que es la que mejor entiende e interpreta el paisaje en relación con la memoria, algo que se hará más explícito en un capítulo posterior<sup>21</sup> pero que aparece aquí reiteradamente sobre todo en relación con el trabajo colectivo, a veces de una manera implícita y otras más directamente; y cuarto, que los cambios, es decir, el dinamismo del paisaje, conducen a cuestionar la autenticidad sobre la que se suele pensar éste.

Para entender estos cuatro motivos se hace necesario, en primer lugar, atender al concepto de *taskscape*, herramienta básica sobre la que se fundamenta la mirada cotidiana:

Los trabajos, las rutinas y las maneras de vivir de sus gentes caracterizan buena parte del territorio y del paisaje. A estas acciones cotidianas que transforman los espacios vitales es a lo que Ingold denomina *taskscapes* (Ingold, 1993b; Ingold y Kurttila, 2000). Aunque se suele pensar más bien poco acerca de sus consecuencias en términos visuales o estéticos, estos *taskscapes* transforman los lugares cotidianos y sus paisajes, y se convierten en testigos del paso del tiempo y en memoria del trabajo colectivo y del territorio (Bender, 2002). El anclaje con dichas memorias suele convertir a los paisajes en una velada pero potente fuente de identidad y emoción. No obstante, en muchas ocasiones sucede que los paisajes no se valoran demasiado hasta que no se encuentran amenazados o se ven bruscamente transformados, a no ser que haya mediado una acción connotativa fuerte y prolongada en el tiempo.

Así pues, estos *taskscapes* dan cuenta de los cambios y se erigen como espectadores de las sucesivas generaciones que lo han habitado: moradores presentes y pasados dejan algo de sí mismos en su paisaje (Ingold, 1993b:152). Pero el paisaje ni es predefinido por la gente ni por la naturaleza, sino por el propio proceso de vivencia.

---

<sup>21</sup> Me refiero al Capítulo 14, "Corporalidad y memoria en el paisaje cotidiano".

Permanentemente en construcción, el paisaje está siempre, por definición, haciéndose (Ibíd.:162), por lo que nunca está completo ni terminado, convirtiéndose en punto de encuentro entre el pasado y el futuro. Y a través de dichos *taskscares*, Ingold nos hace reflexionar sobre el paisaje pensado en los términos de aquellos que viven en él, lo habitan y le dan forma según sus actividades habituales y repetitivas. Por ello se trata de una mirada cotidiana sobre el paisaje.

Dicho de otro modo, basar la mirada cotidiana del Valle en los *taskscares* requiere su análisis fenomenológico y el estudio de las consecuencias paisajísticas de su modelo productivo desde el hábito diario y la experiencia corporal. El paisaje, estudiado así, se aleja de aquellas nociones que lo relacionan sólo con la vista o con lugares que destacan especialmente por su particular belleza o rareza. Por ello supone hacer hincapié en uno de los extremos de la tensión en detrimento del otro: se impone la proximidad frente a la lejanía, el habitar frente al observar, el territorio frente a la manera de mirar, la cultura frente a la naturaleza. Esto no quiere decir que en la mirada cotidiana estén del todo ausentes la lejanía, el observar, la manera de mirar o la naturaleza. En la cotidianeidad también hay momentos para la contemplación y para la observación, ya que no se puede negar que nuestra cultura está impregnada de determinados modelos connotativos que la experiencia social no puede ni tiene por qué evitar. Pero en el día a día éstos no tienen tanta fuerza y consistencia.

De la fuerza de esa experiencia del paisaje, cotidiana y corpórea, deviene en buena medida la memoria social que genera el territorio. Memoria polifacética y evocadora que, aunque a veces se haga explícita, muchas otras se mantiene implícita en un segundo plano. Es memoria en la medida en que no se trata de una mera sucesión de hechos, sino de un significado construido a lo largo del tiempo por muchas generaciones. Esto implica que la tierra es portadora de un universo de significados complejo. El paisaje desde su mirada cotidiana nos acerca, así, de una manera sensitiva, sensible, intensa e inteligente a la memoria del territorio.

Para acercarme a esa experiencia cotidiana que nos conduce al paisaje y a la memoria del Valle distingo dos tiempos en sus *taskscares*: el tradicional y el contemporáneo. Con el primero, aunque no hay una línea temporal precisa que separe ambos, me refiero a las tareas que modelaron el paisaje durante los primeros sesenta o setenta años del siglo XX. El modelo tradicional en sentido estricto está prácticamente extinto, pero es la base del contemporáneo, que supone su evolución en una determinada dirección. Tener en cuenta lo tradicional es básico para entender la fisonomía contemporánea del Valle. Y con ello su memoria, identidad y cambio a través



del paisaje, y también los retos, incógnitas e incertidumbres a los que se enfrenta en la actualidad. Asumo que el concepto de tradicional es una simplificación que me ayuda a comprender tanto los elementos clave de la memoria como los cambios acaecidos en su fisonomía. Aunque lo tradicional hubiera podido incluir una infinidad de cambios a lo largo de la historia, he considerado que remontarme más allá del siglo XX, aunque hubiera ofrecido un análisis histórico-geográfico más exhaustivo, no necesariamente habría sido más efectivo desde el punto de vista de la memoria actual del territorio.

Esos dos tiempos que diferencio, el tradicional y el contemporáneo, son importantes para delimitar el alcance de los cambios económicos y sociales que ha traído la contemporaneidad, pues unos *taskcapes* desaparecen, otros se transforman y otros surgen nuevos. Con ellos mueren, se transforman o nacen nuevas formas de hacer, de vivir el territorio y de construir e interpretar el paisaje.

A grandes rasgos, en el Valle ha existido una constante de aumentar el terreno roturado frente al bosque, reflejando el paso hacia formas de explotación agrícolas de una sociedad que se había dedicado mayoritariamente al pastoreo. Los terrenos cultivados van implicando roturaciones de tierra, convirtiendo además los campos abiertos en heredades cerradas, lo que fue configurando un marcado paisaje de campiña.

Ya bien entrado el siglo XX, ante el retroceso del ovino y la desaparición de una agricultura poco apta para la orografía y clima del Valle, la ganadería de vacuno de leche comienza a evidenciarse como una opción de futuro hasta su consolidación como la actividad agropecuaria por excelencia. Esto ha supuesto una extensificación de la pradera en las partes medias y bajas del Valle e incluso también en aquellas otras de altitud considerable, como la zona de “El Mazo” al norte del Valle, pero que cuentan con pendientes bastante suaves.

En la actualidad, sin embargo, este paisaje de praderas está en pleno proceso de retroceso e incertidumbre motivado por la delicada situación de las explotaciones productoras. Problemas como los desequilibrios entre costes y precios finales, la alta dependencia de la compra de insumos externos o el poco poder de las ganaderías frente al mercado distribuidor ponen en peligro a las explotaciones y, con ello, como veremos, al paisaje de praderas que sustentan. Los ganaderos son conscientes de que acontecimientos lejanos y globales, ajenos al día a día de la explotación e independientes de su acierto como productores, determinan en exceso la marcha de su actividad.

El declive de la actividad ganadera sucede al mismo tiempo que la introducción de nuevas interpretaciones territoriales postproductivistas auspiciadas por la Unión Europea. Dichas interpretaciones, lideradas por la mirada turística, significan la irrupción de nuevo *taskscape* ligado, ya no a lo agropecuario, sino a nuevas funciones más urbanas del mundo rural.

En suma, la mirada conjunta de los *taskscape*s tradicionales y contemporáneos provee de elementos de análisis al cambio paisajístico. Un cambio que es siempre dinámico, reflejo de tensiones sociales y económicas inconclusas, y que invita a la reflexión sobre la memoria del territorio pero también sobre la autenticidad del paisaje.

### **VIEJOS TASKSCAPES, VIEJOS LANDSCAPES**

Los *taskscape*s tradicionales de Carranza fueron forjados por la supervivencia de la casa en un contexto económico casi autárquico en el que las familias no disponían de dinero pero sí de abundante mano de obra gracias a su gran número de miembros. Estos *taskscape*s son fruto de un contacto muy directo con la tierra, con el monte y con los animales y de un excelente conocimiento del medio, del que se extrae buena parte de los recursos necesarios para el mantenimiento de la familia, no siempre holgados. Los saberes no se aprenden a través de un aprendizaje formal, sino a través de la práctica diaria campesina y del prueba y error heredado de generaciones anteriores.

Se sabe leer las señales del tiempo, de la naturaleza y de los animales, pues en ello puede ir el éxito o el fracaso de una cosecha. Se conocen las técnicas de ordeño, la horticultura y la fruticultura. Se almacena convenientemente la comida para los animales domésticos de cara al invierno porque se sabe que entonces escaseará. Se conocen bien los caminos pues se utilizan a diario y se cuidan en común. Se sabe aprovechar energéticamente los ciclos de los animales, plantas y estaciones del año. Los trabajos son pesados, duros, manuales y requieren enormes cantidades de mano de obra, de tiempo y de esfuerzo. Son, más que una forma de ganarse la vida, una forma de vida.

En casi todas las casas del Valle, además de las ovejas de aquellas familias que se dedicaban al pastoreo, había diversidad de animales: de carga o tiro en las tareas del campo (vacas, caballos, burros, bueyes); productores de alimentos (vacas, cabras,

cerdos, conejos, gallinas, patos, palomas, abejas); cazadores de roedores (gatos, perros) y guardianes (perros). Todos ellos formaban parte del paisaje carranzano<sup>22</sup>.

No hay que caer en excesivos bucolismos y miradas románticas hacia el pasado. La vida era dura y sacrificada. Pero es necesario reconocer y apreciar la riqueza de un modelo productivo prácticamente extinguido que, a través del saber que emana de la experiencia, sabía aprovechar los recursos a su alcance para transformarlos y proveer a las familias de alimentos, calefacción, fertilizantes o materiales para la construcción de las casas. Y todos estos variados tipos de aprovechamiento dejaban su huella en el paisaje ya que, como vengo defendiendo, constituyen *taskscapes*, y “el sentido del espacio no es sólo lo que la gente sabe y siente sino lo que la gente hace” (Camus, 1955 en Basso, 1996:83).

En el prólogo de las Ordenanzas Municipales del Ayuntamiento de Carranza de 1855<sup>23</sup> se dice:

La *Agricultura*<sup>24</sup>, la *Ganadería* y la conservación y fomento de los *montes* son el objeto de las tres primeras secciones [de estas Ordenanzas]; aunque son tratadas separadamente, es tan íntima la relación que tienen entre sí, que es imposible la existencia de la una sin las otras; porque sin ganados, que además de prestarnos su ayuda en las faenas agrícolas fecundizan con sus estiércoles nuestras tierras, naturalmente estériles, es imposible la agricultura en este Valle; sin montes que proporcionen alimentos a los ganados y las primeras materias para los abonos, son imposibles la ganadería y la agricultura: tal es la ilación, tal la cadena que forman estos tres ramos de la riqueza carranzana [...] (Vicario de la Peña, 1975 [1935]:576).

Esta Ordenanza pone de manifiesto la tradicional imbricación carranzana entre sus actividades ganaderas, agrícolas y silvícolas. Dicha imbricación constituía un sistema multifuncional porque las distintas actividades desempeñaban varias funciones

---

<sup>22</sup> La presencia animal en el Valle y sus consecuencias se tratará con más profundidad en el Capítulo 14, “Corporalidad y memoria en el paisaje cotidiano”.

<sup>23</sup> Introduzco esta Ordenanza a pesar de anteceder la barrera temporal del siglo XX en la que he situado el estudio debido a su atención pormenorizada de los *taskscapes* tradicionales. Considero que el hacerlo (además en repetidas ocasiones) es válido puesto que los *taskscapes* descritos en esa fecha seguirán vigentes en el siglo XX hasta su desaparición.

<sup>24</sup> Las cursivas corresponden al original.

que se complementaban y repercutían unas sobre las otras. Esta multifuncionalidad articulaba buena parte de la vida del Valle y permitía un nivel de autoabastecimiento de las familias bastante elevado.

La ganadería, además de productora de proteínas (en forma de carne y leche principalmente), tenía un papel básico en la agricultura, porque animales como vacas, burros, yeguas o bueyes desempeñaban funciones de tiro y de transporte para las faenas agrícolas. Además, sus excrementos, convenientemente procesados y mezclados con materia vegetal, eran fuente de estiércol, vital para mejorar el rendimiento y productividad de las tierras de labor, prados y huertos.

A su vez, la agricultura producía alimentos para las personas (cereales, frutas y verduras) pero también otros productos como maíz o nabos, importantes para el ganado cuando en los prados, pastizales y montes escaseaba la comida. Además, se solía llevar al ganado a pastar a los campos sembrados con plantas forrajeras una vez cosechados y antes de volver a preparar la tierra otra vez, lo que constituía una fuente de alimentación adicional en un determinado momento del ciclo agrícola.

Por último, los montes suministraban al ganado comida como hierba o frutos silvestres y materia vegetal como hojas secas, ramas, helechos o árgumas para camas del ganado y para hacer estiércol. Al hacerlo, el ganado contribuía a mantener saneados los montes y a controlar su maleza. También de los montes se obtenía madera para aperos de labranza, para la construcción de casas y para hacer cal y carbón.

Los *taskscapes* tradicionales del Valle formaban así un sistema interconectado en el que unos *taskscapes* conducían a otros porque eran en buena medida interdependientes. Esta interrelación hay que buscarla en la escasez de circulación monetaria que provocaba que el sistema tuviera que aprovechar al máximo los recursos existentes a mano sin coste pecuniario para poder funcionar y sustentarse a sí mismo. Por eso se suele decir que la economía tradicional se asemejaba a un sistema autosuficiente y sostenible.

Esta enraizada interrelación entre ganadería, agricultura y monte convertía la biomasa del Valle en fuerza motriz, hidratos de carbono, proteínas o energía (transporte animal, carnes, quesos, leche, sidra, chorizos o calefacción) y, en última instancia, en renta agraria, subsistencia y paisaje. Serían pues las actividades de este sistema cíclico que funcionaba acompasadamente con las transiciones estacionales del frío al calor las que constituían los *taskscapes* tradicionales que fueron forjando los paisajes del Valle y que, a su vez, han caracterizado buena parte de la trabazón del

carranzano con su tierra y con su medio: se trata de los *taskscapes* del aprovechamiento del ganado, de los montes y de la agricultura, que todos ellos trabados se erigen, junto con las características naturales del Valle, en los fabricantes del paisaje tradicional de Carranza.

\*\*\*

Esteban, camino de ser septuagenario, tiene bien presente el recuerdo de esta multifuncionalidad de la que hablo. Algunos de los *taskscapes* los vivió de niño. Otros los tiene vigentes porque la memoria de sus padres, abuelos o vecinos se mantiene viva en la suya propia. Con otros *taskscapes* ha seguido en contacto a lo largo de su vida aunque no se haya dedicado profesionalmente al sector agropecuario.



**Ilustración 14: Paisajes Agrícolas**

Procesión en Aldeacueva. Al fondo se aprecian los campos de maíz cultivados en la llosa conocida como de Entrepeñas. Las piezas son de pequeñas dimensiones y se alternan la siembra de maíz con la hierba, árboles y otros cultivos.

Fuente: Díaz García (2008:49)

Se crió en Lanzas Agudas, barrio a los pies de los Montes de Ordunte. En el caserío sembraban borona<sup>25</sup>, patatas, trigo, patatas y huerta. También nabos para las vacas. Rememora la rabia que le daba cuando le llamaba su abuela a trabajar después

---

<sup>25</sup> Borona es el término más utilizado en Carranza para referirse al maíz.

de la escuela porque, como todos los críos, él lo que quería era ir a jugar. Pero le tocó aplicarse en el campo.

Como se aprecia en la Ilustración 14, por aquel entonces las parcelas de labor, llamadas piezas, eran pequeñas y muy numerosas y había sendas por las llosas para atajar. Desde la perspectiva de un niño, cuando iba a los campos y el trigo estaba crecido tan sólo veía la cabeza a sus mayores, por lo que se imaginaba navegando en un mar de espigas. Todo le parecía más grande.

Aprendió a segar, a ordeñar las vacas, a sembrar, a pisar la tierra delante de los bueyes para preparar la tierra. Había que hacer de todo y saber cuáles eran las tareas para cada momento del año y la manera más adecuada de llevarlas a cabo. Era un proceso de aprendizaje práctico basado en la imitación que resultaba muy natural: para el trigo no hacía falta abonar porque crecía mucho, sin embargo para los nabos, que se solían sembrar en septiembre, sí; se decía que el mejor nabo era el que salía del terrón grande.

Los trabajos tradicionales eran duros y sin apenas maquinaria. Se trataba de un aprendizaje paulatino, espontáneo, directo, puesto que la naturaleza había formado parte de sus juegos, y el trabajo del campo de su socialización. Esteban ha dejado muchos recuerdos en las tierras de labor y en los pastizales del barrio de Lanzas Agudas ligados al esfuerzo y al trabajo, pero también a la familia y a la infancia. La sonrisa dibujada en su rostro y la emoción al hablar de gentes, tareas y lugares indica que el balance es muy positivo.

El caserío de la abuela era el lugar donde vivían y convivían en familia. También era el espacio en torno al que giraba la producción agrícola en sentido amplio. Si bien ahora en él sólo vive la hermana mayor de Esteban con su esposo y un tío soltero, cuando era niño recuerda que habían llegado a vivir más de quince familiares entre abuelos, padres, tíos, hermanos y primos. La casa era muy amplia y había muchas personas para atender y alimentar, pero también otras muchas para trabajar.

En alguna buena época habían llegado incluso a tener cuatro vacas, pero era excepcional. No faltaba el chon<sup>26</sup>, el burro, la burra, alguna novilla, un buey y un par de vacas suizas que se uncían y se empleaban para trabajar la tierra. En la cuadra y en la casa había de todo pero en poca cantidad. No era tampoco una familia pobre.

---

<sup>26</sup> El chon es como se denomina al cerdo en Carranza.

También recuerda que tenían un pequeño rebaño de ovejas que se aprovechaba para hacer queso de oveja y mantequilla. La lana del esquila se utilizaba para hacer prendas de vestir como calcetines o jerséis pero, sobre todo, para rellenar los colchones. En cambio, los corderos los vendían fuera, aunque la carne de oveja sí se comía en casa. El Valle ha sido conocido por su guisado de oveja, del que todavía se hace un concurso en las fiestas patronales. Era típico también llevar los corderos a vender al mercado de Balmaseda colgados de las patas en palos. Su abuelo contaba que lo hacía. También que llevaba a pie varios chones hasta la feria de Ampuero guiándolos con un palo para que no se les fueran. La paciencia de andar así veinte kilómetros tiene que ser inmensa, suspira Esteban.

Había muchos otros recursos que circundaban al caserío y que se aprovechaban bien. De los montes comunales eran importantes las hayas, los robles y otra materia vegetal como ramas u hojas. Eran imprescindibles para calentarse en invierno, así como para hacer la cama para los animales, que luego se reconvertiría en abono para los campos. La cocina de leña y la chimenea de casa de la abuela todavía se conservan a pesar de las reformas en la vivienda. De vez en cuando era necesario reparar alguna viga o alguna ventana o puerta y se cortaba algún roble propio o del monte comunal pidiendo permiso al Ayuntamiento. Las siebes<sup>27</sup> mezcladas entre las piezas de labor y los propios pastizales eran muy comunes y le daban al paisaje un mayor aire de mosaico que el actual.

En casa ya no había cerdos criados en semi libertad, pero recuerda oír al abuelo cómo ellos llevaban los chones “a la castaña” y “a la bellota” para alimentarlos. Lo que sí que ha vivido en primera persona, e incluso sigue practicando, es ir a recoger castañas. Antes se iban a recoger al monte y se acumulaban allí mismo en unos cerrados de piedra para que no entraran los animales. Hoy simplemente se van a recoger pero no se dejan almacenadas allí. A las castañas se les dejaba el erizo (denominado orizo u ordino) para una mejor conservación, por lo que a los cerrados se les llamaban también orizeras u ordineras. Eran muy energéticas, y cocidas o asadas eran una base de alimentación, aunque ya menos en la época de Esteban. Había muchos castaños en los montes comunales e incluso había vecinos que llevaban

---

<sup>27</sup> Entremezclados con los prados y las arreturas se podían hallar zonas de arbolado que carecían de cierres. El suelo sobre el que se asentaban era comunal, pero los árboles solían tener propietario. Si estas pequeñas masas boscosas estaban compuestas por árboles de diferentes especies recibían el nombre de sebes o siebes. Cuando crecía en ellas una única especie se denominaban rebollares, si se trataba de robles (rebollas en Carranza) o castaños si se trataba de castaños (Peña, 2004:105)

castañas a vender a los mercados de Ampuero y Balmaseda. Cuando él era niño también venían a Carranza a por sacos de castañas en tren desde pueblos como Laredo o Santoña, pues en los montes comunales no solía haber retenciones para cogerlas. Iban y venían andando hasta barrios como el suyo, a pesar de la lejanía de la estación y las cuestas.

Recuerda con nostalgia aquellos tremendos castaños fuertemente enraizados en el paisaje del Valle, aunque no muchos sobrevivan dignamente. En su día murieron a cientos arrasados por la enfermedad de la tinta y el chancro<sup>28</sup>, y muchos de los que quedaron están decrepitos por el abandono. Hay lugares que todavía se conocen con el nombre de viejos castañales, como el del “Castañal de la Madalena”. Suele pasar con la toponimia que, a pesar de que el origen se pierde en el tiempo, el nombre mantiene en vigor la memoria del lugar. De igual manera, Esteban mantiene muy vivo el paisaje de los castaños en uso.

El frutal también era importante, sobre todo la manzana. Se consumía en familia y, como en casi todas las casas, en la suya se hacía sidra. Esteban lamenta que el lagar del caserío de la abuela esté medio destartado y sin uso en algún rincón de la vieja cuadra.

También la agricultura, aun sin ser muy productiva, era básica para la subsistencia de su familia. El paisaje era mucho más parcelado que el de ahora y aparecía a modo de mosaico de parcelas pequeñas plantadas “a maíz y a trigo”<sup>29</sup>, aunque de este último Esteban recuerda ya poco. Las piezas de labranza se alternaban con los prados en las inmediaciones de los barrios. Según él, era una agricultura muy bien distribuida. El trigo y maíz se cultivaba en barbecho alternándose cada año. También se sembraban patatas, alubias y huerta para el consumo familiar. En la casa siempre había una buena despensa con legumbres, hortalizas y conservas según la época.

Esta agricultura de subsistencia se combinaba con el ganado de monte y las ovejas. Sin embargo las vacas lecheras, hoy pilar de la economía ganadera, eran minoritarias y apenas había una o dos en cada casa para consumo propio de la familia. Él es consciente de que hasta el primer tercio del siglo XX el Valle se dedicaba más bien

---

<sup>28</sup> La tinta y el chancro del castaño son enfermedades producidas por hongos que tradicionalmente han venido afectando de manera seria a los castaños del norte de la Península.

<sup>29</sup> En Carranza, de una parcela, no se suele decir sembrada “con”, sino sembrada “a”. Y lo normal es referirse a ella como “una parcela a”, haciendo elipsis del verbo.



a la ganadería a pequeña escala de ovejas, vacas de monte y yegüas (que se utilizaban también para el trabajo del campo y para la trilla), pero no a la leche, cuya explotación empezaría a andar ya bien entrado el siglo. Incluso se realizaba la transhumancia en invierno hacia los pastos más benignos de la costa. Cuando los pastores del barrio iniciaban el viaje, Esteban ya sabía que el frío crudo del invierno ya se había instalado o estaba a punto de llegar.

Aunque apenas lo conoció, está al corriente de que en tiempos también hubo carboneo en los Montes de Ordunte, por los que tanto amor profesa. Como es gran aficionado a la caza y a recoger setas, conoce muchas ruinas de las viejas carboneras en las laderas de sus hayedos. Algunos abuelos que lo vivieron le contaron en su día que dichos montes habían sido intensamente carboneados. Era una actividad que no deforestaba en exceso, porque mucha de la madera que quemaban para hacer el carbón provenía de árboles caídos y en mal estado.



**Ilustración 15: Viejo Trasmocheo**

Zona de hayas trasmochas en Ordunte, en el bosque de Balguerri. Ya no se les da un uso productivo desde hace por lo menos sesenta años, lo que les conduce a un futuro incierto.

Junto con el carboneo también le hablaban del trasmocheo<sup>30</sup>. Sabe distinguir bien las hayas trasmochas, pues se caracterizan por tener un tronco pequeño y una parte aérea peculiar creada por el manejo de los trasmochistas. Si el carboneo estaba

---

<sup>30</sup> El trasmocheo es una técnica forestal consistente en podar los árboles de tal manera que aumente el número de brotes y, por tanto, la producción de madera del mismo.

ligado a la producción de carbón, el trasmocqueo lo estaba a la producción de leña. Cuenta que yendo al hayedo de Balguerri, encima de su barrio y antes de entrar al hayedo bueno, hay uno pequeño que está muy bien trasmocheado. Comenta que se ve que los del aquel barrio lo hacían muy bien. Después se perdió un poco la técnica y, o bien se abandonó la actividad, o bien se empezó a trasmochear más bien destrozando los árboles.

\*\*\*

En definitiva, se trataba de un sistema que se contenía a sí mismo en buena medida: no había coches ni tractores y el traslado de personas, materias primas o productos se realizaba a pie o a lomos de animales; el abono principal se producía en el propio Valle; y lo recogido en cosechas, huertos o frutales era consumido directamente o transformado en otros productos más elaborados. Sin ser del todo autosuficiente, el sistema era lo bastante autárquico como para que sus moradores sobrevivieran en buena parte con lo que conseguían a su alrededor. Aunque la vida era dura y la energía humana utilizada mucha.

Las tareas que forman este sistema, su *taskscape*, crean y condicionan un determinado paisaje, su *landscape*. Es cierto que se parte de unas determinadas condiciones naturales, climáticas, orográficas y geográficas, pero, en última instancia, el paisaje es fruto de las condiciones y relaciones económicas y sociales que se dan en el Valle.

En el caso del ganado ovino, en las Ordenanzas Municipales de 1885, aparecen de manera explícita las normas que los pastores tenían que seguir para el aprovechamiento de los pastos comunales:

Los dueños de ganado lanar que no lleguen a constituir rebaño de 40 cabezas mayores de un año, si no las custodian particularmente, se reunirán entre sí en las respectivas barriadas, y custodiándolas en común, las dirigirán a los pastos metiéndolas en los establos si se vinieran a casa por las noches. En las barriadas y feligresías altas que se llaman orillas, las dirigirán a los ejidos altos siempre que el tiempo lo permita y, en todo caso, con pastor.

Los dueños de rebaños o manadas de ovejas que excedan de 40 cabezas mayores de un año, pastarán en sus derechas respectivas, desde primeros de mayo a primeros de octubre, en las cúspides y sierras más elevadas que tiene la cordillera llamada Salto del Pollo, en Ranero, hasta encima del Suceso o Escrita, y desde Rivacoba, guardando la cordillera, hasta el mojón de Zalama; los meses de octubre y abril, en las faldas de esas mismas cordilleras, y los cuatro o cinco restantes en las sierras y ejidos altos, fuera de las boherizas o dehesados<sup>31</sup> (Vicario de la Peña, 1975 [1935]:580).

Esta normativa nos introduce, en función de su tamaño, los dos modelos de explotación de ovejas que tradicionalmente ha seguido el Valle.

El primer modelo ha consistido en pequeños rebaños. Ha sido muy habitual que éstos hayan estado pastando durante todo el año en prados de propiedad, cercados y delimitados, bien como complemento de otra actividad principal, bien como estrategia para mantener los prados limpios y saneados. Estos pastos no han solido ser muy grandes y han tenido la virtud de funcionar bien incluso en invierno (época en la que la hierba crece muy poco) por la capacidad de las ovejas de comer hierba corta además de la de tolerar bien la climatología adversa. Su peso liviano, además, ha permitido que no se estropeasen los prados en contraposición a otros animales más pesados como vacas o caballos que han tendido siempre a embarrarlos y deteriorarlos en época de lluvias. Este tipo de rebaños ha estado tradicionalmente muy presente en el paisaje del Valle circundante a los barrios tanto visual como acústicamente gracias al tintineo constante de sus pequeños badajos, aunque más en invierno, pues en verano era más común subir las ovejas a los pastizales de los montes.

El segundo modelo, el de los rebaños grandes, ha sido siempre demandante de gran cuidado y de una plena dedicación al pastoreo. Según Díaz García (2007:17-18), a mitad del siglo XX todavía se seguían manteniendo en buena parte vigentes las Ordenanzas de 1885, siendo el aprovechamiento de los pastos tradicionalmente cíclico.

En primavera, a partir de abril, las ovejas se echaban a pacer a los montes bajos. Hacia mayo y conforme iba mejorando el tiempo, se solía empezar la subida de los rebaños hasta las grandes extensiones de pastos altos situados en las cumbres de los montes. Los rebaños se quedaban pastando hasta el mes de diciembre, época en la que

---

<sup>31</sup> En la cita original, los dos párrafos que he transcrito aparecen en el orden inverso. He considerado que su inversión mejoraba su inserción en mi propio texto sin menoscabar el original.

ya escaseaban los pastos o se cubrían de nieve. En los últimos días de diciembre los pastores de los grandes rebaños iniciaban la transhumancia hacia climas más benignos. Mientras, los rebaños pequeños iban bajando escalonadamente tratando de resguardarse con el viento sur hasta las zonas medias y bajas del Valle. Como he mencionado más arriba, a diferencia del ganado mayor, la resistencia al mal tiempo, su capacidad para comer hierba corta y su peso liviano permitía a las ovejas pacer en los prados de las partes medias y bajas del Valle cercanos a los barrios sin estropearlos, incluso aunque estuvieran mojados, lo que les permitía aprovechar los pastos aun en invierno, resguardándose por las noches en cuadras y casetas. Finalmente, cuando volvía a llegar la primavera, el buen tiempo señalaba de nuevo la ascensión hasta los pastizales del monte, cerrándose así el ciclo pastoril.

Los pastores se servían de cuevas, de pequeños abrigos rocosos y de rudimentarias construcciones para guarecerse de las inclemencias del tiempo y pasar las noches al cuidado y vigilancia de las ovejas cuando la presencia de depredadores, sobre todo el lobo, suponía un grave peligro para los rebaños. Ayudándose generalmente unos a otros, las casetas las construían en los altos de los montes y en sus laderas con los materiales que les proporcionaba el lugar elegido para su ubicación (Díaz García, 2007).



**Ilustración 16: Majadas Pastoriles**  
Instalación pastoril superviviente en  
Saltipiña, en los Montes de Ordunte.

La paulatina debilitación de las estructuras comunales y la privatización de las tierras del común dieron lugar a la aparición de cierros o roturas a manos de particulares y a la desaparición de zonas tradicionales de pastos y bosques de

aprovechamiento comunal de los Concejos en las laderas de los montes altos y en las colinas interiores del Valle. Estas zonas se iban a ir convirtiendo en praderas, en muchas de las cuales se construían casetas para el refugio de ovejas o vacas de monte (Díaz García, 2005-2006). Con ello, algunas zonas de pasto tradicional con estructuras y funciones particulares quedaron definitivamente extintas. De esta manera, están prácticamente desaparecidas las boherizas (espacios de pasto y arbolado comunes localizados en las proximidades de cada barrio de los que se beneficiaban exclusivamente los vecinos del lugar), las brenas (antiguas zonas de pasto natural o artificial creadas a partir de la deforestación y roza de las laderas de los montes) y los seles (antiguos espacios de terreno acotado, normalmente de forma circular y con un mojón en el centro, con unas determinadas características especiales de explotación). En Carranza actualmente sólo pervive una única boheriza, la de de la Calera del Prado al sur del Valle, dentro del hayal de La Calera (Díaz García, 2007:14-16).

Respecto a la alimentación de los rebaños cabe apuntar que antiguamente las ovejas no recibían ningún alimento además de la hierba que pacían en los pastizales y en los prados y de los frutos de los árboles que comían durante la otoñada en el monte. Cuenta Díaz García (Ibíd.:19) que, en invierno, en la década de los cuarenta, cuando nevaba copiosamente y quedaban los prados cubiertos de nieve, los pastores tenían la curiosa costumbre de hacer rodar bolas de nieve para que la hierba quedase al descubierto y las ovejas la pudieran pacer. También recogían en los bosques cercanos ramas de agracio, encina, borto, encina o yeras y las echaban sobre la nieve como alimento para las ovejas. Si la cantidad de nieve caída obligaba a mantener las ovejas estabuladas en la cuadra durante varios días, los pastores transportaban este tipo de ramas hasta las cuadras para alimentar a los animales junto con un poco de hierba seca y maíz. A lo largo del siglo XX, se empezó a complementar la alimentación de las ovejas con hierba seca, después con maíz y, más adelante, con piensos compuestos, con lo que su dieta se iría progresivamente sofisticando.

Además del ganado ovino, tradicionalmente el mayoritario en el Valle, a finales del siglo XIX y comienzos del XX la ganadería vacuna se componía mayoritariamente de vacas de monte de aptitud cárnica conocidas como “monchinas”, que permanecían la mayor parte del año en los pastos comunales de los montes altos (Díaz García, 2001-2002:131). En el caserío sólo quedaban los bueyes, novillos, las vacas empleadas en los trabajos agrícolas, las vacas paridas y el ganado que iba a ser sacrificado. Estos animales seguirían pastando en los terrenos comunales de los alrededores de los

barrios y sobre las llosas destinadas al cultivo, una vez que se habían recogido las cosechas y hasta que se sembraban de nuevo.

Como el resto de los pastos, los del vacuno también quedaban regulados por las Ordenanzas Municipales de 1855: “El ganado vacuno se echará a pastar desde principios de mayo hasta primeros de octubre a las sierras y ejidos altos, no consintiendo en las boerizas más que las vacas paridas y yuntas de labor; y en los meses de invierno, no pudiendo subir a lo alto, se echarán de sol a sol en los ejidos o boerizas, recogiendo por las noches si se viniera al casco del pueblo o entre llosas” (Vicario de la Peña, 1975 [1935]:579).

Según Vicario de la Peña (Ibíd.:141) las vacas de monte pasaban cuatro o cinco meses en los pastos comunes, bajando únicamente cuando las hembras tenían que parir. Mientras el ganado permanecía arriba, los dueños pasaban a revisarlo sólo algunos domingos por la mañana, muy temprano para poder encontrar a las vacas pastando en las sierras antes de que se fueran a los montes altos para sestear o rumiar. Esta dinámica da una idea de la libertad con la que campaban este tipo de vacas por el monte y los pocos cuidados que requería su explotación.

Sin embargo, el mismo Vicario de la Peña, que recuerdo escribe en el año 1935, explica cómo cada vez eran menos las vacas que se echaban al monte y más las de aptitud lechera que eran criadas en la cuadra y en los pastos de las cercanías de los barrios, presagiando ya el encaminamiento de la ganadería del Valle hacia la producción de leche:

Hoy existen magníficos ejemplares de vacas, novillas y terneras de raza suiza pura o de la holandesa y otras cruzadas, de excelentes condiciones para la producción de leche y para el trabajo. Antes el labrador tenía yunta de bueyes, en la que ponía sus grandes cuidados y se esmeraba en tenerlos buenos, constituyendo los bueyes un artículo de lujo y vanidad. Al lado de la pareja tenía una o dos vacas, mal tratadas y de poco precio que producían escasamente una cría cada dos años y una azumbre de leche cuando estaban paridas.

Hoy, por el contrario, las yuntas han disminuido mucho, en algunos barrios han desaparecido; pero todos los cuidados se han extremado con las vacas procurando tenerlas buenas y gordas, cada día mejores y en mayor número, que produzcan anualmente una cría, que si es ternero se

vende al mes [...] y luego la vaca produce de seis a ocho azumbres de leche que se utilizan para el consumo en casa o para la venta.

[...] [Hoy] muchos van quitando yuntas y tienen seis o más vacas lecheras y tres o cuatro terneras, de las cuales obtienen anualmente pingües utilidades, gobiernan mejor sus prados y alimentan mejor la familia, viviendo todos con menor fatiga. Este milagro se ha hecho aumentando los prados, abonándolos con abono de cuadra o mineral, cultivando plantas forrajeras y vendiendo diariamente la leche, aun a bajo precio (Ibíd.:142).

Aunque según Vicario de la Peña los prados permanentes siempre habían formado parte de las haciendas carranzanas (Ibíd.:161), éstos se multiplicaron y aumentaron de tamaño como respuesta al incremento de la demanda de leche en los centros urbanos, en pleno proceso de crecimiento e industrialización. Las mayores posibilidades de comercialización de la leche gracias al aumento de la demanda y la mejora de las comunicaciones provocó una tendencia a mantener el ganado estabulado. El uso de los abonos minerales aumentó de forma considerable el rendimiento de los prados. Por otra parte, la reducción de tierras comunales, que había sido una constante desde siglos atrás, encontró un nuevo sustento legal en el Reglamento para la Roturación y Legitimación de los Terrenos Comunales del Valle de Carranza de 1912, provocando nuevas roturaciones en los alrededores de los barrios para uso agrícola, pero también para la creación de nuevos pastos permanentes, como se ha visto en el Hito 2. De esta manera, los prados pasaron a constituir la principal riqueza agraria capaz de sostener una ganadería de producción láctea en auge.

La alimentación de las vacas lecheras giraba en torno a los prados permanentes y variaba según la estación del año. De primavera a otoño las vacas salían a pacer a los prados, aunque también se les podía complementar su alimentación con otros cereales como trigo, cebada o maíz. Aquellas vacas que estaban en plena producción de leche no eran sacadas a pacer y sus dueños tenían que segar la hierba, que de esta manera se denominaba “verde”, para llevársela al pesebre y darles allí de comer.

Sin embargo, en invierno no era posible sacar a las vacas a los prados por no sobrellevar bien el frío y las inclemencias meteorológicas, además, insisto, de que su gran peso provoca que, con la lluvia, los prados queden muy maltrechos, pisoteados y embarrados. Los dueños de los prados en este período los dejaban descansar de cara a la siguiente primavera, o bien los dejaban o los alquilaban para las ovejas. En cualquier

caso, en época invernal las gramíneas ralentizan su crecimiento, por lo que los pastos tampoco disponían de la cantidad de hierba suficiente para alimentar al ganado mayor, y las vacas tenían que ser estabuladas y alimentadas en la cuadra.

Precisamente una de las principales preocupaciones de los ganaderos fue siempre la de almacenar comida en verano para los animales de cara al posterior invierno. De hecho, el final del invierno fue siempre un periodo crítico porque, si el frío y las malas condiciones meteorológicas se alargaban más de la cuenta, existía el peligro de que se agotara la comida almacenada antes de que hubiera pastos u otros cultivos disponibles para alimentar al ganado, en un contexto además en el que ni había grandes espacios disponibles para almacenar comida, ni dinero para comprarla. Así, los ganaderos se podían ver envueltos en graves apuros si el tiempo no acompañaba (Peña, 2004a:93).

De hecho, la tarea agrícola más importante relacionada con la ganadería y que marcaba uno de los *taskscape*s tradicionales más relevantes de Carranza era la recolección y almacenamiento de la hierba que alimentaría al ganado estabulado en la cuadra durante el invierno. Constituía una de las faenas más laboriosas del campo en la que trabajaban familiares y vecinos durante tres o cuatro días. La temporada de corta se iniciaba sobre los primeros días de junio en función de la climatología, y paulatinamente se iba completando en todo el Valle hasta mediados de agosto, que se solía hacer en los prados de los barrios altos.

La hierba se segaba a dallo<sup>32</sup> y quedaba tumbada en el prado. Durante tres o cuatro días se iba dando vueltas a la hierba con rastrillas de manera que el sol la fuese secando. Se trataba de un proceso de henificación que convertía el forraje verde y perecedero en hierba susceptible de ser almacenada y transportada sin riesgo de deteriorarse. Cuando la hierba estaba ya seca se apilaba en “coloños”, que eran “sabanos” cargados de hierba, esto es, especie de sábanas confeccionadas con tela de saco con cuatro cabos que se ataban para formar el colono. Así, la hierba seca resultaba más transportable de cara a su almacenaje. Si en aquellos días llovía, el trabajo se hacía más penoso e incluso se podía echar a perder la hierba.

Mediante carros tirados por vacas o bueyes se transportaba la hierba en los sabanos hasta la casa donde se almacenaba en el “sobrao”<sup>33</sup> o parte alta de la casa,

---

<sup>32</sup> El dallo es como se denomina en Carranza a la guadaña.

<sup>33</sup> El sobrao es como se denomina en Carranza al pajar de la casa.



debajo del tejado, pisándola bien para que cogiera más y se acomodase mejor. A esta operación se le solía llamar “empayar” la hierba y a menudo se les decía a los críos que jugaran en el sobrao para que la hierba quedase bien pisoteada.

La siega y almacenaje de la hierba seca constituía, como he dicho más arriba, un mecanismo regulador que permitía guardar el exceso de comida en verano para su utilización en invierno, hierba que en cualquier caso no hubiera podido aprovecharse en su totalidad. Provocaba cambios cíclicos en el paisaje porque, tras el corte de la hierba, las praderas quedaban peladas, amarillas y secas.

Para hacer frente a la carencia de forraje en invierno, además de la hierba seca, también se plantaban algunos cultivos invernales como eran los nabos, el vallico y la remolacha, que complementaban la alimentación del ganado.

\*\*\*

Remedios nació antes de la guerra. Ha salido poco del Valle; es más, aunque es buena conocedora de su Parroquia, hay barrios de Carranza donde nunca ha estado. Tampoco echa de menos esta movilidad y prefiere que sean sus hijos y nietos quienes vengán a visitarla desde la ciudad donde viven ahora. Su vivencia del paisaje es claramente fenomenológica, lo que no le impide tener una visión estética acerca de la belleza del Valle. Un buen prado es el que da buen verde para las vacas. Pero además de útil también resulta vivo y bonito en sí mismo. Y cuando ese prado es descuidado y se llena de malezas y malas hierbas empieza a aparecerle como triste, muerto y feo.

Como Esteban, tiene multitud de recuerdos sobre la multifuncionalidad de su época. Todavía hoy sigue haciendo quesos, chorizos, sidra y pan. Del huerto también va sacando, y con orgullo habla de lo mucho que les gusta a sus nietos trabajar en él, curiosamente en contraposición del poco aprecio que le muestran sus hijos. A pesar de los años, sigue trabajando la tierra con placer y comen muchos de los alimentos que producen en su caserío junto con su marido. La leche que beben la ordeñan diariamente de la vaca que mantienen en la cuadra. La que no gastan, la comparten con los vecinos.

Remedios tiene verdadera pasión por las vacas y cuenta con detalle cómo era antaño el trabajo en la cuadra. Según dice, cuando ella era joven, quien tenía cinco o seis vacas tenía una ganadería grande. Ellos vivieron mucho de las vacas y de la leche antes de que muchas familias se decantaran por ello. Hubo una época en que llegaron a

tener diez buenos ejemplares. Recuerda lo laborioso del trabajo, pues ordeñaban a mano. Las vacas estaban en hilera contra los pesebres de la pared. Al punto de la madrugada empezaban a ordeñarlas. Su marido comenzaba por un extremo de la hilera y ella por el otro. El ordeño era manual y recogían la leche en cántaras. Había que limpiar y secar laboriosamente las ubres una a una, porque había que evitar que la leche pudiera contaminarse con residuos de las vacas. Se sonríe diciendo que no todo el mundo sabe ya ordeñar así y que requiere su arte hacerlo bien. Las ubres habían de presionarse firme pero suavemente con la mano llena y cerrada y usando siempre ambas manos. En la actualidad todo es ya mucho más mecánico y más rápido, aunque en el fondo la técnica sigue teniendo los mismos principios básicos. A diferencia de otras personas de su generación, no se lamenta de los cambios introducidos, pues los concibe como un avance en la calidad de vida. Piensa que pasaron muchas penalidades en su momento para sacar la familia adelante y, aunque no se queja por ello, ve los nuevos tiempos como un adelanto considerable.

Además del ordeño, obligado dos veces al día, el resto de trabajos de la cuadra tradicional los comenta como arduos y laboriosos: limpiar el caño (es decir, los excrementos líquidos), renovar la paja, amontonar los excrementos sólidos junto con la paja sucia, atender a otros animales como el cerdo o chon, que comparte la cuadra con las vacas, complementar la alimentación de los animales, preparar el abono para los prados o atender aquellos animales con algún problema. En invierno, además, las vacas se habían de mantener estabuladas y había que llevarles la hierba seca y demás alimentación a la cuadra. Y el resto del año comenta como laborioso el hecho de tener que entrarlas y sacarlas a los prados. Remarca cómo en verano, cuando el calor apretaba y para que las vacas no pasaran mucho calor, era conveniente que pasaran la noche al raso. A la mañanada nuevamente había que retornarlas a la cuadra para su ordeño.

Ahora ella y su marido ya no se dedican a la leche porque están jubilados, pero, insisto, mantienen una vaca en la cuadra. Como mujer cuyos recursos han sido bastante dependientes de la leche, sabe que la alimentación de las vacas era una clave fundamental del éxito de la producción. La hierba no era alimento suficiente, puesto que ésta no genera leche con el suficiente nivel de proteínas y grasa. Y recuerda orgullosa la pericia necesaria para obtener una leche con el equilibrio adecuado entre la cantidad de litros y lo sustancioso de éstos. Les pagaban por litros pero se exigía un determinado nivel de grasa. Pero es consciente de que los piensos han evolucionado

mucho y ahora son más sofisticados, aunque también más caros. Comenta sorprendida que ahora les ponen hasta algodón.

También se acuerda de algunos detalles que se han perdido para siempre de Carranza y de su paisaje. Uno muy habitual era el del “picachón”. Muchas familias que sólo tenían una vaca la sacaban a pastar a la llosa y solían ser las piezas<sup>34</sup> tan pequeñas que para que no se saliese de la pieza la amarraban al picachón, es decir a un pisón<sup>35</sup>, mediante una cadena. También era muy curioso cómo en tiempos existían las paradas de toro donde se llevaban las vacas a inseminar. Alguien le dijo que todavía queda hoy la placa de una parada de toro en el barrio de Bosobrón en el Molinar, al lado de la vía del tren.

Remedios ha ido viviendo cómo, con el paso del tiempo, la ganadería ha evolucionado mucho y las praderías se han ido haciendo cada vez más grandes, sobre todo en las zonas altas. Ella habla con mucha pena del contraste entre estas zonas tan extensas de praderas y otros prados que se están echando a perder por el poco interés que hay por seguir con las vacas. Y se lamenta de que en su barrio ya sólo quedan un par de explotaciones y que incluso la más grande y prestigiosa había cerrado esa semana. El trasiego de camiones transportando vacas por delante de su casa le alertaron de que algo estaba ocurriendo. Y efectivamente, en poco tiempo la explotación había quedado vacía. Resultó particularmente triste el repaso que hizo del cierre paulatino de explotaciones ganaderas. Detrás de cada cierre se encuentra la historia particular de una familia y de su bagaje en la estabulación ganadera moderna cuyo fin es leído entre la ambivalencia de la liberación del arduo trabajo y la pena de acabar con una forma de vida que la descendencia ya no quiere continuar.

\*\*\*

Los manejos tradicionales de las vacas que narra Remedios han resultado el principio de lo que ha acabado siendo el pilar básico de la economía ganadera del Valle. Pero como veremos más adelante al abordar los *taskscapes* contemporáneos, la superespecialización ha llegado hasta tal punto que hace tambalear sus propias bases.

---

<sup>34</sup> Las piezas eran las parcelas de terreno en las que se encontraban subdivididas las llosas.

<sup>35</sup> Un pisón es un instrumento pesado y grueso, de forma por lo común de cono truncado, que está provisto de un mango, y sirve para apretar tierra, piedras, etc.

En cualquier caso, y limitándome de momento a los *taskscape*s tradicionales, a este sistema cíclico de aprovechamiento del ganado y de los montes que vengo estudiando hay que sumar, por último, la agricultura. Ésta constituye un *taskscape* capital tanto por su contribución a la multifuncionalidad económica y social del territorio, como a la modelación y vivencia del paisaje.

Si el Valle de Carranza a lo largo de los siglos había sido un enclave típicamente ganadero, para finales del siglo XV<sup>36</sup> la agricultura se había desarrollado de tal manera que aparecía como una actividad plenamente asentada, habitual y cotidiana (Saratxaga, 1997:63). Durante los siglos XVII, XVIII y XIX hubo un paulatino e importante desarrollo agrícola por la introducción del maíz y de la patata. Las nuevas roturaciones convirtieron una buena parte de las tierras comunales en espacios agrícolas, lo que supuso su cerramiento y, por ende, su uso más individual e intensivo, teniendo como resultado una notable expansión de las áreas cultivadas (Saratxaga, 1997).

La venta de comunales para conseguir tierras para la roturación hizo que los bosques y los pastos de las partes bajas y medias se redujeran considerablemente. Con estas roturaciones muchos de los terrenos comunales pasaron a manos privadas, con lo que los antaño campos abiertos se fueron convirtiendo en cerrados mediante la colocación de setos, cercas, vallados y barreras que se fueron tornando en un elemento cada vez más característico del paisaje carranzano, además de una manifestación material de esa individualización de la propiedad. Muchas tierras dejaron de ser montuosas, incultas o boscosas para convertirse en agrícolas o en prados permanentes para la ganadería, lo que produjo una gran parcelación del territorio, acentuada por el hecho de que en Carranza prevaleciera la fórmula hereditaria de reparto igualitario entre la descendencia frente a otros mecanismos como el paso del patrimonio a un único heredero. El resultado final fue, hasta la Concentración Parcelaria ya muy avanzado el siglo XX, un grado muy elevado de fraccionamiento de las propiedades y, por ende, del paisaje.

El desarrollo del cultivo del maíz traería consigo un uso más intensivo de las tierras agrícolas, que ya no descansarían y empezarán a cerrarse impidiendo así la entrada de los ganaderos a pastar tras la recogida de las cosechas. Por tanto, los espacios comunales serían objeto de una apropiación individual cada vez mayor, a veces mediante simples cierres espontáneos de terreno y otras, las más, a partir de las

---

<sup>36</sup> Nuevamente estas referencias a un límite cronológico más allá del siglo XX tienen el interés de una contextualización del marco general y no pretenden ir más allá en cuanto a una profundización mayor.

ventas de estos espacios por la Junta municipal para poder satisfacer sus necesidades urgentes. El proceso llegará a su máxima expresión con la subasta de las dehesas y boherizas comunales para cubrir los gastos de la guerra de la Independencia primero y de las guerras Carlistas después. El resultado fue la disminución de los terrenos en los que la mayor parte del vecindario había llevado tradicionalmente a pastar sus ganados (Saratxaga, 1997:410).

Los espacios de cultivo procedentes de aquellas roturaciones, principalmente de cereal, se habilitaron en terrenos llanos o de escasa pendiente de cada barrio. Eran las llosas que agrupaban diferentes heredades o piezas de propiedad privada que, a su vez, resultaban ser de reducida superficie a consecuencia de las repetidas subdivisiones causadas por motivos hereditarios. En las piezas más cercanas a los barrios se cultivaba maíz o trigo y, dentro de la llosa, las parcelas más alejadas solían dedicarse a pradera y se conocían como campas. Las separaciones entre unas piezas y otras, en ocasiones, estaban formadas por un pequeño surco abierto en la tierra llamado riego. Lo que sí estaba cerrado, generalmente por setos vivos o paredes, eran los límites de la llosa, es decir, el conjunto de pedazos de tierra que la componían. Para acceder a la misma solía haber una entrada cerrada por una barrera, también llamada comunmente como “lata”. Como se puede ver en la ilustración 17, dicha entrada estaba construida con un par de maderos clavados verticalmente en la tierra, los pisones, y unos largueros dispuestos horizontalmente que se introducían por unos orificios abiertos en los pisones verticales. Estos largueros recibían el nombre de barrerones o latones.



**Ilustración 17: Lata Carranzana**

Infinidad de aquellas viejas latas pueblan el paisaje del Valle. Su estado de conservación es variopinto y muchas de ellas se encuentran enmendadas con añadidos contemporáneos como viejos somieres de cama.

Entre las llosas y las casas se cultivaban huertas, que eran de propiedad privada, y, próximos a las casas, se encontraban los huertos de pequeñas dimensiones cerrados con pared. Entre las llosas y las huertas se abrían paso los caminos y los cañados.

Más allá de las llosas comenzaban los terrenos dedicados a prados. Eran tierras ganadas al monte bajo o al arbolado. Se cerraban con cárcavas y vallados o con setos vivos. En algunos barrios se llamaban “praos” y en otros “cierros” (Peña, 2004a).

No obstante, la agricultura siempre tuvo su techo en Carranza puesto que, debido a una orografía muy accidentada y a un clima demasiado húmedo, nunca fue una actividad demasiado propicia y fructífera. Una intensificación en el uso de los suelos habría requerido mayor abonado justo en unos momentos en que el cierre de las llosas no hacía sino reducir el aporte de estiércol de los ganados. Por último, la incorporación de nuevas tierras para la agricultura, de ser posible, habría tenido que hacerse en terrenos cada vez peores y más alejados, por lo que ese esfuerzo no se habría visto compensado con mayores rendimientos (Saratxaga, 1997).

La agricultura era tradicional, basada en la rotación de cultivos y en el empleo de técnicas y herramientas tradicionales. Cada barrio tenía dividida su jurisdicción en dos partes aproximadamente iguales. Una parte la sembraban de trigo, habas, guisantes, nabos, alholvas y gramíneas, y la otra de patatas y maíz con alubias. Al año siguiente la siembra se invertía y así sucesivamente se iban alternando los cultivos cada año.

La relativa fertilidad de sus vegas, laderas y cañadas hacía que fuese muy frecuente la producción de diversos frutales como peras y manzanas de diversas clases, melocotones, nueces, castañas, ciruelas, guindas, cerezas, higos, brevas, avellanas, moras, membrillos, agraces y algunas sandías y melones. También era muy habitual cuidar huertos donde se criaban hortalizas y verduras como espárragos, espinacas, repollos, pimientos, tomates, nabos, remolachas, achicorias, rábanos, calabazas, puerros y cebollas. En las orillas de los arroyos también se daban abundantes berros. Sobre todo se hizo un gran progreso en la producción de manzanas, hasta tal punto que Vicario de la Peña en 1935 afirmaba que “hoy en día tiene Carranza más manzanas y mejores que todos los demás pueblos de Vizcaya y podrá competir con Guipúzcoa y Asturias” (Vicario de la Peña, 1975 [1935]:159-160).

Uno de los *tasksapes* tradicionales más importantes del Valle con respecto a la agricultura era la recolección del trigo, tarea muy costosa en la que los vecinos se ayudaban unos a otros. La recolección se hacía entre los meses de julio y agosto,

cortando el cereal a ras de suelo con la hoz y formando gavillas con los manojos para ser transportadas al caserío.

El ciclo continuaba con el laborioso proceso de la trilla en las eras, espacios comunales próximos a los barrios. Allí, con la espiga extendida y esparcida por la era, se separaba el grano mediante bueyes y yeguas que arrastraban trillos o corrían por la parva o mies.



**Ilustración 18: Trabajo en la Era**

Una vez trillado y aventado el trigo, ya sólo quedaba amontonar y recoger el grano.

Fuente: Díaz García (2008:47)

A pesar de su escaso rendimiento, la producción de trigo pervivió en Carranza hasta finales de los años cincuenta, década en la que dejó de sembrarse definitivamente. De hecho, en los últimos tiempos de su supervivencia si se mantuvo fue, en buena medida, porque los arrendatarios de los campos debían entregar parte de la renta en trigo y parte en maíz, lo que les obligaba a mantener los campos. Sin embargo, a medida que empezó a generalizarse el cobro de las rentas en dinero, los campesinos irían abandonando el cultivo del trigo (Saratxaga, 1997:588).

A partir de los años cuarenta la borona o maíz será el cereal más abundante. Se utilizaba, al igual que los nabos y la remolacha, como alimento forrajero para el ganado vacuno. El grano de maíz, una vez seco, se suministraba entero o molturado a los animales de la cuadra. Se sembraba en el mes de mayo, después de abonar la pieza con el estiércol de la cuadra, y se recolectaba los meses de octubre y noviembre, usando la hoz para el corte de la planta. Las mazorcas recogidas se transportaban hasta el caserío

para efectuar la deshoja, dejándolas después secar durante cierto tiempo. La última labor era la de desgranarlas, es decir, quitar el grano del carollo, que se hacía habitualmente a mano (Díaz García, 2008:48).

Según Vicario de la Peña, la evolución de la agricultura había sido tan próspera que las haciendas habían crecido en extensión, la pradería aumentado, la ganadería mejorado, los caseríos multiplicado y las plantaciones de árboles frutales crecido en número incalculable. Para él, “esta transformación se ha efectuado por el propio y tenaz esfuerzo del pueblo carranzano, que sintiéndose necesitado de terreno de cultivo inició las roturaciones y luchó contra las dificultades que oponían las rutinas administrativas del Ayuntamiento” (Vicario de la Peña, 1975 [1935]:157).

Este último autor fue un gran defensor y entusiasta de la roturación de nuevas tierras como medio para continuar la expansión y el aumento de la productividad de la agricultura del Valle. Como tal vivió como muy positiva la concesión de terrenos a particulares para la legitimación de terrenos roturados y alentó a seguir transformando “los cerros calvos en hermosas fincas de cultivo [...] mientras el cultivo no llegue a las zonas altas de los montes” (Ibíd.:158).

Como veremos más adelante, este autor se equivocó en cuanto al futuro de la agricultura del Valle, que acabaría desapareciendo, pero no en cuanto al desarrollo y expansión de la ganadería de vacuno de leche frente a la cual también mostró un gran optimismo y entusiasmo.

\*\*\*

Esteban, a quien he recurrido ya para que nos desvelase muchos de los entresijos de la multifuncionalidad, recuerda cómo la orografía y el clima carranzanos han sido siempre elementos peliagudos para el rendimiento de la agricultura. Según él, siempre se ha dicho que el trigo en Carranza crecía demasiado y no maduraba adecuadamente, al ser un terreno lluvioso y poco soleado. Por el contrario, el maíz se adaptaba mejor al Valle, por lo que se sembró también durante más tiempo.

Él ha visto crecer el trigo sobre todo en las partes altas del Valle, como su barrio o el de Bernales, por ejemplo, donde recuerda ver cómo una parte de las piezas las utilizaban para plantarlas “a maíz” y otra “a trigo”. Tiene el nítido recuerdo de ver desde las zonas bajas de Carranza cómo laboreaban las laderas y segaban el trigo. En cambio en el fondo del Valle apenas se veía este cereal. Sólo recuerda una vez una



parcela plantada con trigo, cuya era estaba en La Tejera, al lado de la carretera. En zonas como las del barrio del Cuadro, de menor altitud y situado al lado del río del mismo nombre, todo era maíz, patatas y huerta.

Al ser oriundo de Lanzas Agudas, situado en una zona de altura, Esteban recuerda haber visto cultivar el trigo, aunque es consciente de que en la década de los cincuenta éste ya desapareció del Valle. Las piezas cultivadas eran pequeñas y se trataba de una cosecha para las necesidades de la casa, sobre todo para hacer pan. Si bien afirma que tan sólo habrá convivido con él cinco o seis años, la intensidad del recuerdo es vívida y palpable. Ha conocido la preparación de la tierra y la siembra. Lo ha visto crecer, segar y trillar para recoger el grano. Dependía un poco del tiempo, pero en general la siembra se realizaba en el mes de noviembre y se recogía en verano, entre los meses de julio y agosto. Se segaba a dallo y se hacían gavillas para amontonarlo y recogerlo más cómodamente. Todavía queda en la vieja cuadra del caserío de la abuela algún cajón para medir el trigo en medias fanegas, celemines y cuartos<sup>37</sup>. Recoger veinticinco o treinta fanegas era ya una buena cosecha.

Como era un chaval en aquella época, recuerda cómo le gustaba ir a la trilla. Estaba deseando que su madre le mandase llevar el almuerzo al abuelo para ir. Como a todos los críos le encantaba sentarse en el trillo y viajar dando vueltas al run run de la caballería. Había familias que trillaban con yeguas y otras con pareja de bueyes. Lo habitual era arrastrar el trillo, que consistía en una plancha de madera plana pero curvada hacia arriba en su parte delantera y con su cara interior dentada. También había familias que lo hacían sin arrastrar el trillo, sólo haciendo correr sobre el trigo segado unas cuantas yeguas.

La trilla se hacía en la era, que resultaba ser de los pocos elementos colectivos que había en los barrios. Cada pequeño núcleo, incluso dentro del propio barrio, tenía la suya propia y en Lanzas Agudas había cuatro o cinco de ellas muy próximas al barrio, donde trillaban de tres a cinco caseríos respectivamente. Aunque se solían ayudar bastante entre los vecinos y vecinas, lo primero que hacían era sortear el orden de la trilla. Después se quemaba la era para preparar la tierra y limpiarla bien y se hacía una mezcla de arcilla y boñiga de vaca que extendían muy cuidadosamente por el piso. En verano era muy habitual que la lluvia agrietara los suelos arcillosos y con aquella capa sobre el suelo conseguían tapar bien todas las rendijas evitando que se colaran granos

---

<sup>37</sup> La fanega equivale aproximadamente a 48 kg. y a su vez se subdivide en medidas más pequeñas. Las más comunes eran la media fanega (24 kg.), el celemin (4 kg.), el medio celemin (2 kg.) y el cuartillo (1 kg.).

de trigo por las mismas. No había que desperdiciar ni un ápice de una ya de por sí no muy abundante cosecha. A Esteban esto siempre le llamaba especialmente la atención. Sus ojos de niño recuerdan el proceso hecho con mucho cuidado y lentitud.

En su casa se trillaba con el trillo tirado por yeguas, a las que hacían girar normalmente en círculos sobre la parva extendida, es decir, las gavillas de trigo sueltas y extendidas por la era. Recuerda al abuelo montado en el trillo azuzando a las yeguas. A veces incluso se sentaba en una banqueta para ir más cómodo. A Esteban le dejaba sentarse en el suelo del trillo y lo recuerda con emoción. Se solían turnar con otros primos. Entre el pisoteo de las yeguas y del trillo, la mies iba quedando magullada y el grano quedaba suelto. Para asegurarse de que saliese bien todo el grano, había que ir removiendo la mies con horcas. Una vez hecho esto con todas las gavillas recogidas quedaba separar la paja del grano. Lo hacían con una beldadora, que era una máquina a modo de molinillo de viento que aventaba la paja para separarla del grano y así facilitar su recogida. Sólo quedaba almacenar el grano en el sobrao de la casa. Casi todo lo llevaban al molino para convertirlo en harina.

En cuanto se acababa con la cosecha del trigo ya se volvía a preparar la tierra para la siembra de nabos, que resultaban muy útiles para las vacas estabuladas en el invierno. En el mes de agosto también se cosechaban las patatas, aunque Carranza nunca ha sido un terreno muy favorable para éstas debido a la humedad. Sobre octubre se recolectaba el maíz. Utilizaban un sistema que alternaba las piezas a patatas, y a maíz y a trigo.

Los recuerdos de Esteban del labrantío van indisolublemente unidos a la fuerza humana y a la animal. La maquinaria era muy rudimentaria y los bueyes y vacas uncidas resultaban ser la principal potencia de tiro. Hasta los años sesenta no empezaron a utilizarse los primeros pequeños tractores a los que todavía se llaman pascualis y que resultaban ser un avance y un alivio considerable para los afanosos trabajos de los agricultores.

Para llegar a las distintas piezas, el vecindario se servía de los antiguos cañados que iban desde los caseríos y los núcleos hasta las distintas llosas. Recuerda Esteban que, como las parcelas eran tan pequeñas, era frecuente tener que pasar por la pieza del otro para llegar a la tuya y esto podía generar discusiones, aunque también lo percibe como parte de la comunidad y de la armonía común, pues el arreglo de caminos y cañados se hacía comunalmente. Hasta incluso los años ochenta su mantenimiento era

vecinal. Tras una reunión anual del concejo, una persona de cada casa tenía que acudir a limpiar y adecentar los caminos.

Las orillas de los prados y de las parcelas de cultivo aisladas (no así las que estaban en llosas) solían estar plantadas con frutales, sobre todo con manzanos. Y también recuerda parcelas enteras de éstos, algo que ahora resulta inaudito. Había muchas manzanas en Carranza y hasta las vacas las comían.

Explica con pasión dónde había un terreno que se llamaba “El Manzanar”, que daba todo tipo de manzanas, y enumera al vuelo las blanquillas, las reinetas, las velascas rojas, las urtabetas, las morronas, las rayadas o las berracabras. Ahora, dice con pena, allí sólo queda un manzano caído. También señala de memoria “El Manzanar de la Indiana” y describe que donde ahora hay un eucaliptal, en sus tiempos había una pradera que recuerda con belleza, y el resto estaba plantado con manzanos. En especial rememora un manzano que tendría cien años y que daba unas urtabetas fenomenales y de gran olor que fue cortado recientemente. En su barrio recuerda cerezos, ciruelas y manzanas por todas partes. Son ahora árboles muertos, olvidados o cortados que su decrepitud o su ausencia quedan como recuerdo de otro tiempo.

\*\*\*

Así pues Carranza a principios del siglo XX había modelado un paisaje agropecuario con parcelitas agrícolas de trigo, maíz y huerta junto con praderas, pastos bajos y pastizales en las alturas. Era un paisaje fruto de una manera de rentabilizar la agricultura y la ganadería que he descrito como *taskscapes* tradicionales: el ciclo pastoril del ovino, el ciclo de alimentación de las vacas de monte, el mantenimiento cíclico de los prados permanentes, la recolección y almacenamiento de la hierba, la producción de abono, el aprovechamiento de los montes para obtener madera y otros productos complementarios y el ciclo de producción agrícola.

Con poco margen para adquirir insumos externos al Valle, la ganadería producía alimentos, pero también energía motriz y abonos para la agricultura. A su vez, parte de los productos agrícolas cosechados se utilizaban para alimentar al ganado. Los montes proporcionaban alimento para los animales, materia vegetal para elaborar abono y madera a la que se le daba múltiples usos, entre ellos la fabricación de aperos para la

agricultura y la ganadería. A su vez el pastoreo del ganado contribuía a mantener saneados de maleza los montes.

Se trataba de un sistema en el que los diferentes elementos (agricultura, ganadería y montes) estaban al servicio unos de otros. Se producía alimentos básicos que se transformaban en otros en las propias casas (pan, carnes, embutidos, quesos o sidra en otros) y materia prima para construir viviendas y para calentarse. Parte del esfuerzo se destinaba a conseguir dinero para comprar aquellos bienes que las familias no podían producir.

Todos estos *tasksapes* modelaban el paisaje y además marcaban una forma de vida en la que se desarrollaron los carranzanos en un determinado momento de la historia. En común tienen todos ellos su carácter cíclico y dependiente del paso de las estaciones y del clima, característica que les dota a los hacedores de dichos *tasksapes* de un conocimiento profundo de su medio, que utilizan para sobrevivir. Como ya dije antes, dichos *tasksapes* no es que fueran una forma de ganarse la vida, es que constituían una forma de vida.

Como se verá a continuación, el paso del tiempo y los cambios que trae la contemporaneidad económica, agrícola y ganadera va transformando estos *tasksapes* tradicionales en contemporáneos. Unos *tasksapes* desaparecen, otros se transforman y otros surgen nuevos. Con ellos unos paisajes mueren, otros se modifican y otros, o bien aparecen nuevos, o bien lo que resulta novedoso es su manera de pensarlos, experimentarlos o mirarlos.

## **CAPÍTULO 7: MIRADA COTIDIANA II. NUEVOS *TASKCAPES*, NUEVOS *LANDSCAPES***

Vicario de la Peña en 1935 se mostraba convencido de que “Carranza, si no se contraría e impide el entusiasmo y laboriosidad de sus habitantes, será el pueblo de Vizcaya que tenga mayor ganadería, más y mejores prados y más abundantes manzanas” (Vicario de la Peña, 1975 [1935]:142). Si bien respecto a la producción de manzana erró su predicción, acertó respecto al futuro de las praderías y la ganadería que él mismo como carranzano alentó: “las enseñanzas de la Diputación, la reglamentación de las paradas, los concursos y la popularización de los conocimientos científicos más prácticos y útiles, han contribuido y contribuirán al adelanto, multiplicación y mejora del ganado vacuno en Carranza” (Ibíd.). Para él, precisamente esa modernización que hiciera más productivas las prácticas tradicionales era el bastión en el que tenía que sustentarse el futuro del Valle.

Por aquel tiempo la economía carranzana ya se estaba empezando a decantar por la explotación de ganado vacuno de leche con la introducción de nuevas razas de producción lechera como la holandesa Frisona o la suiza Schwitz. Muestra del camino emprendido, que visto con perspectiva iba ya a ser sin retorno, fue la entrada en funcionamiento en 1928 de la lechería del Sindicato Católico-Agrario de Carranza, cooperativa que si comenzó vendiendo noventa litros de leche diarios, al cabo de un año ya comercializaba seiscientos (Altazubiaga, 1997:24).

Si Carranza pudo iniciar este viaje hacia la especialización lácteo-ganadera fue porque ya contaba con la biomasa pastable y henificable de sus praderas, tanto las naturales como las artificiales (sembradas y mejoradas), que irán ganando terreno al monte bajo y a las parcelas agrícolas. Como en otras áreas del norte húmedo, la pradera se erigió como elemento omnipresente y como componente básico de su sistema ganadero y de su paisaje, mantenida gracias a unas precipitaciones regulares y elevadas que garantizaban la disponibilidad suficiente de humedad.

Los años cuarenta y cincuenta viven el proceso lento pero gradual del aumento del número de vacas en los establos, la merma en el número de ovejas y de pastores y la debilitación hasta su desaparición de la agricultura con el abandono de la siembra del maíz y del trigo. Otras actividades tradicionales quedan prácticamente olvidadas, como son los caleros, la poda a trasmocho de los árboles o la producción de abono a la manera tradicional. Las pequeñas parcelas sembradas principalmente de trigo y de maíz que formaban mosaicos cerealísticos acabarán desapareciendo (antes el trigo que

el maíz), y con ellos también el cultivo de patatas, habas, alubias, nabos o guisantes que, debido al clima, tampoco daban grandes resultados. El paisaje cambiará notablemente. Durante la década de los cincuenta, la aparición de las grandes centrales lecheras supuso definitivamente la práctica dedicación a la explotación de leche, lo que conllevará paulatinamente un alto incremento del vacuno, en su totalidad de raza frisona a partir de los años sesenta.

Lo que ocurre en Carranza va unido a lo que ocurre en el resto del Estado y, más en concreto, en el norte peninsular. La población española estaba aumentando, junto con su nivel de renta y su poder adquisitivo, por lo que se dio un aumento de la demanda (en cantidad y calidad) de los productos alimenticios, incluida la leche. Al tiempo que aumentaba el grado de urbanización, se producía un éxodo rural sin precedentes como consecuencia de la demanda de mano de obra en la industria y servicios (Abad y Naredo, 2002; Arnalte, 2002; Mata, 2002; Regidor, 2002; Sancho, 2002; Sanz, 2002; Segrelles, 2002). A partir de los años cincuenta, Carranza avanza hacia un modelo de economía donde la comercialización de la leche adquiere una fuerza que parece ya imparable.

Comienza a ser tal el auge del vacuno de leche que a mediados de los años sesenta del siglo XX aparecen en el Valle las pequeñas cooperativas de San Miguel en Lanzas Agudas, San Isidro en Ahedo, San Bartolomé en Aldeacueva y la de San Esteban en el barrio del mismo nombre. Todas estas experiencias son fruto de la insistencia de los agentes de Extensión Agraria y de los párrocos de los barrios que instan a la necesidad de explotar intensivamente la producción de leche y a la unión de los ganaderos, promoviendo la profesionalización del modelo y el cooperativismo. Poco después de su creación, en el año 1968, aquellas pequeñas cooperativas que se fundaron en los barrios decidieron fusionarse para obtener precios más ventajosos en la compra de los productos, naciendo la cooperativa G.U.V.A.C., Ganaderos Unidos del Valle de Carranza, cuyas instalaciones, que fueron inauguradas en el año 1971, todavía siguen en funcionamiento.

La producción de leche en los establos a la manera tradicional ya no resultaba eficiente para producir la cantidad de leche que demandaban las centrales lecheras, porque éstas primaban y exigían a las ganaderías un volumen suficiente de producción y unos determinados estándares bacterianos y de calidad. En sí, el modelo productivo tradicional había estado dirigido básicamente al autoconsumo y parecía no tener ya cabida en un modelo que buscaba poner los medios técnicos necesarios para extraer la mayor producción de leche posible al ganado. Como ya hemos visto, antaño las vacas

tan sólo eran un sustento más de la economía familiar y se disponía de una o dos de ellas en la cuadra de la planta baja de la casa para autoconsumo o, como mucho, para vender algo de leche o algún ternero. Ahora la leche pasa a convertirse, en muchas familias, en su fuente de ingresos principal.

\*\*\*

Irene tiene algo menos de sesenta y cinco años y hasta hace poco se ha dedicado a su explotación de unas cincuenta vacas de ordeño. Pero la acaba de cerrar por jubilación y falta de relevo generacional. Trabajó incansablemente en ella y vivió de cerca el paso de las vacas de la cuadra tradicional a la explotación ganadera grande y todos los cambios sociales y paisajísticos derivados. También vivió la historia del cooperativismo en el Valle, del que su padre fue un gran entusiasta.

Cuenta cómo el movimiento cooperativo ganadero en Carranza tuvo mucho que ver con el empeño de algunos sacerdotes que allá por los años cincuenta tomaron conciencia de que los ganaderos necesitaban agruparse para salir adelante. Comenta divertida que, al parecer, fue desde el púlpito donde se exhortó hacia la cooperación entre ganaderos. Comprometidos socialmente, aquellos curas se empeñaron en hablar tanto con los ganaderos como con los técnicos de la administración. Hoy parece ser que los altares de antaño se han sustituido por los bares y las salas de reuniones de la cooperativa.

Cuando ella era pequeña, recuerda que quien tenía cinco o seis vacas ya tenía una explotación grande, salvo algunos pasiegos que venían al Valle con una mentalidad de tener incluso veinte vacas y a los que les alquilaban los terrenos grandes. Eran gente dedicada totalmente al pastoreo y no a la estabulación. Ha pasado el tiempo y hoy la ganadería ha evolucionado. El pastoreo ha venido a menos y lo que está funcionando es la producción de leche en estabulación con unas praderas muy grandes que se han ido haciendo, comenta.

En su casa se pasó, como en muchas otras, de tener una vaca o dos para el consumo de casa, a meterse de pleno en el negocio de la leche. La cuadra era muy grande y, al principio, suficiente. Cuando ya se sumaban una decena de vacas a ordeñar, dejaron de hacerlo a mano, pues se hacía interminable, y optaron por comprar una ordeñadora portátil. Era como un carrito que se transportaba por la cuadra y llevaba un pequeño motor eléctrico gracias al cual el ordeño dejaba de ser manual. El proceso se agilizaba mucho y se hacía más descansado, dejando más tiempo para el

resto del trabajo con los animales. Se veía venir que era el futuro, ya que muchos caseríos estaban por esa línea de especialización y de mecanización, aunque ella no cree que nadie sospechase que se iba a llegar tan lejos como en la actualidad. En muchas cuadras ya pasaron a ser todo vacas. Tener veinte vacas empezó a ser más normal, pero, con todo, insólito respecto a lo que había sido la cuadra de toda la vida. La leche producida se bajaba a ciertos puntos del Valle y se vendía a empresas grandes como Beyena, Ona o Nestlé. Si antaño había mucha oveja, Irene tiene la sensación de que empezó a ser minoritaria y de que todo empezó a bascular en torno a la vaca.

Allá por el año ochenta y cinco su familia decidió construir un pabellón al margen de la casa. Ya había demasiadas vacas en la cuadra y la situación se hacía muy inmanejable. Además resultaba demasiado sucio ya que los olores y las moscas subían a la vivienda en la planta superior. Toda la casa olía siempre a vaca, por no decir la ropa, recuerda un tanto incomodada. El tener tanta vaca en la cuadra no resultaba nada higiénico en un tipo de casas que no estaban pensadas para albergar tanto animal grande estabulado<sup>38</sup>. Irene rememora que el momento de hacer la explotación fue un momento clave porque supuso la apuesta definitiva por el camino de la leche. A pesar de todo lo que trabajaron, lo recuerda como un buen momento, tanto económicamente como por la ilusión de ver la ganadería crecer.

La explotación la hicieron de una manera modesta pero suficiente, y piensa que no se embargaron demasiado y enseguida consiguieron pagar las deudas. Opina que fueron unos años en los que se podía vivir muy bien de las vacas, no sin esfuerzo, claro. Los precios eran más justos y cada familia planteó una explotación acorde a sus posibilidades. Piensa que siguieron un poco la dinámica de toda la vida, sin parecer que vivían de prestado a los bancos. Por aquel entonces, dice, si ibas mal de dinero vendías un ternero y se solucionaba el problema.

Pero admite que las cosas han cambiado. Los precios de la leche son los mismos que los de antes o menores, por un ternero te pagan poco, tienes que costearte que te vengán a recoger una vaca vieja, la alimentación de los animales está muy cara, los combustibles más, y la enfermedad de las vacas locas les hizo mucho daño. Ahora ni el mercado ni la sociedad están con el productor, al tiempo que las explotaciones se han hecho muy grandes y requieren de grandes inversiones que no son tan fáciles de

---

<sup>38</sup> En el Capítulo 13, “El olor como factor de cambio en la casa y en el espacio urbano”, se tratará con más detalle la estructura de la casa, los cambios en ésta como consecuencia de los olores y otras consideraciones respecto a los animales.



rentabilizar. El sector está muy desanimado y dice que muchos, como ellos, lo han abandonado. Son tiempos muy duros y es desilusionante, comenta desmoralizada, pero contenta con la decisión de su hijo de no seguir con la explotación. Ella misma la considera demasiado esclava y con un futuro muy negro.

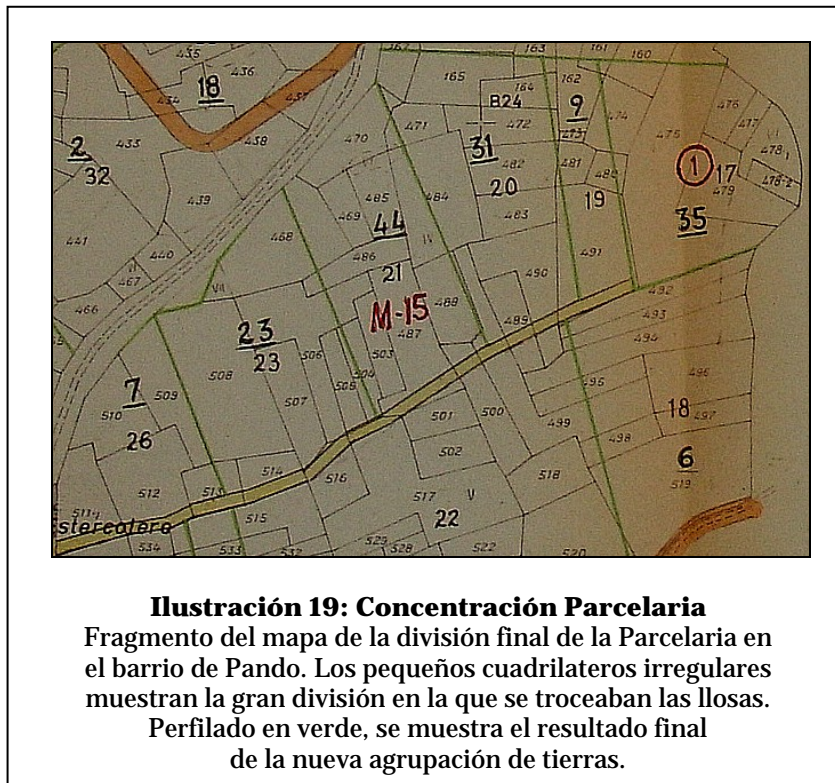
\*\*\*

Desde el punto de vista paisajístico, en medio de este proceso que cuenta Irene, resulta muy interesante la cuestión de la Concentración Parcelaria que se dio a principios de los años setenta del siglo XX. Dicho proceso ha aparecido como Hito 2 en la contextualización histórica por suponer un momento muy importante en la fisonomía y el hacer del Valle. Dicho hito se completa con los reglamentos y normativas para la roturación de terrenos de 1912 y 1948. Pero de las tres normativas, como ya se dijo en el desarrollo de dicho hito, se puede decir que la Concentración Parcelaria (también denominada comúnmente como Parcelaria a secas) ha sido la que más eco ha tenido en la memoria social de las gentes del Valle. Las otras, aunque provocaron un extraordinario aumento del terreno destinado a cultivos agrícolas y a pradería y por tanto una considerable modificación de su paisaje, no es recordada con tanta impronta ni siquiera por la gente de edad, bien porque fueron normativas que se olvidaron o bien porque no fueron percibidas como un cambio tan claro como el que motivó la Concentración Parcelaria.

La Parcelaria consistió en la reorganización de la titularidad de las parcelas dispersas de un mismo dueño juntándolas en lotes de mayor extensión. En la memoria colectiva queda fijada lo minúsculas que habían llegado a resultar las piezas agrícolas (ver Ilustración 19) por efecto de las divisiones y subdivisiones de éstas en un Valle en el que la igualdad en la herencia primaba sobre otras consideraciones. Esta fórmula de reparto igualitario entre los hijos frente al heredero único (Saratxaga, 1997:121-122) había reforzado el fraccionamiento de las propiedades y, por ende, la parcelación del territorio, añadiendo, además, un plus de improductividad a una agricultura ya de por sí poco fructífera por las particulares condiciones orográficas y climáticas del territorio.

La reunificación de las parcelas aceleró además el proceso de praderificación en un contexto de auge de la ganadería vacuna de leche. En aquellas parcelas refundidas apenas se volverá a plantar ya otra cosa que no sea hierba (o más tarde pinos o eucaliptos), con lo que las praderas se multiplicaron y ampliaron enormemente y la

agricultura quedó definitivamente liquidada. También provocó otros cambios notables en el paisaje porque con la reunificación de los lotes muchos de los setos, matas y árboles que los separaban desaparecieron. Asimismo se cambió la distribución de los caminos de acceso a los mismos y se cortaron muchos árboles frutales, siendo notoriamente recordada la gran pérdida de manzanos que tuvo lugar. Esta dinámica general de extensión de la pradera creó una relativa uniformidad paisajística en las partes bajas y medias del Valle en lo que se puede denominar monocultivo de hierba, e hizo disminuir, en unas zonas más que en otras, su carácter característico de campiña.



Todos estos cambios no han pasado desapercibidos en la memoria colectiva paisajística del Valle, que entiende la Parcelaria como el gran punto de inflexión contemporáneo en la historia de su paisaje.

\*\*\*

Ainhoa nació en el barrio de Pando, donde vivió hasta que emigró a los dieciocho años a Bilbao. Hubo un tiempo en el que ser ganadera (labor a la que sí se dedican sus hermanos) no se consideraba un buen oficio para una mujer, y prefirió seguir sus estudios en la ciudad. Amante del campo, vuelve puntual los fines de semana

y vacaciones a la que sigue considerando su casa. Ella tiene esa mirada especial de quien ha vivido casi veinte años en el pueblo y otros tantos (algo más en realidad) en la ciudad. Tiene esa vivencia rural y urbana al mismo tiempo que le dota de diferentes recuerdos y lecturas del territorio y de su paisaje.

Aunque apenas tenía diez años cuando se reorganizaron las parcelas del barrio, recuerda muchas cosas, ya no sabe si porque realmente puede acordarse por sí misma o por haberlas oído contar una y otra vez en la familia. Pero tiene claro que fue el primer gran cambio paisajístico que vivió. Como la gran mayoría de los habitantes de Carranza piensa que la Concentración Parcelaria se dejó sentir muchísimo. En su casa tiene oído que cuando vino la Parcelaria, en Carranza tenían la menor y la mayor parcela de Bizkaia. Había piezas que eran tan pequeñas como la sala de su casa. Recuerda oír que en su barrio un señor había comprado la casa de su bisabuelo y que detrás de ésta había tres parcelas, cada una de ellas como una habitación de pequeña. Tal era la forma de heredar, que la subdivisión de las parcelas había llegado al disparate, según todos. Comenta que de tan subdivididas que se encontraban las llosas, por un lado, era difícil sacar rendimiento a piezas tan reducidas y, por otro, para llegar a la pieza de uno era necesario pasar por encima de las de los demás, lo que generaba no pocos problemas. Así pues, la poca eficiencia del diminuto tamaño de las parcelas hizo que su reorganización fuera generalmente recibida como la solución más aceptable para el Valle y entendida, con el tiempo, como muy positiva.

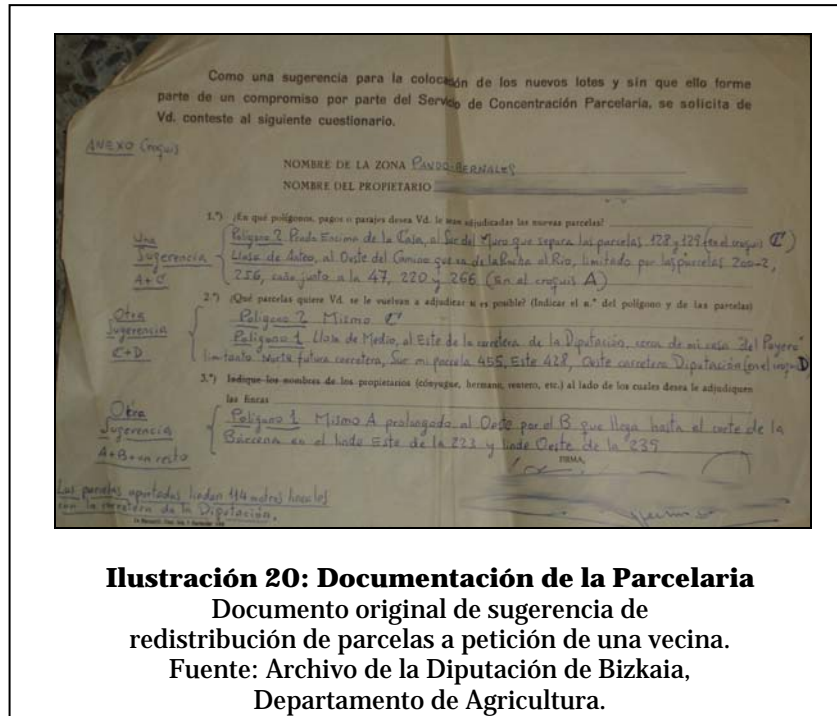
Repasando las escrituras de los terrenos de su caserío, Ainhoa muestra cómo lo que antes habían sido piezas dispersas muy pequeñas, incluso de medio obrero, una vez refundidas se convierten en parcelas de diez o doce obreros<sup>39</sup>, o incluso de una hectárea. En su casa, muchas de estas piezas pequeñas, algunas de las cuales estaban en ladera, se cambiaron por terrenos en mejores condiciones.

Admite que es cierto que también dio origen a pequeños conflictos, pero, según ella, no distintos de los que puede suponer el reparto de cualquier herencia. Parece ser que, en general, se hizo de una forma relativamente rápida y sin demasiados obstáculos. Todavía hay gente que protesta porque se dice que hubo ciertos privilegios en el reparto de tierras, que quien conocía a los ingenieros que hicieron las mediciones

---

<sup>39</sup> El obrero ha sido la medida tradicional de superficie en Carranza y equivale a 380 m<sup>2</sup>. Hoy en día el obrero ha caído en buena parte en desuso, sobre todo por parte de la gente joven que la ha abandonado a favor de la hectárea. Dicho abandono resulta lógico si pensamos que las parcelas de un obrero son muy pequeñas, haciendo falta más de 26 para completar una ha. A Isabel, de tanto oírlo y usarlo en casa, todavía le vienen las medidas en obreros.

se llevaron las mejores parcelas, que no se fue justo en el reparto de caudales o en la asignación de las peores parcelas. Pero piensa que las voces negativas son acalladas por una gran mayoría que opina que el pueblo salió ganando, aun cuando hubiera familias que perdieran algún terreno de gran valor productivo o sentimental para ellas. De hecho, afirma que la mejor prueba de que no fue un proceso problemático es que no abrió ni heridas ni litigios, sino que se asumió como algo positivo.



**Ilustración 20: Documentación de la Parcelaria**  
Documento original de sugerencia de redistribución de parcelas a petición de una vecina.  
Fuente: Archivo de la Diputación de Bizkaia, Departamento de Agricultura.

Aunque sí que se admitieron sugerencias para el reparto (ver Ilustración 20), a las familias no se les dio a elegir las parcelas, sino que éstas se fueron reasignando según las superficies escrituradas. Cuenta que con el reparto se llevaron muchas sorpresas, puesto que para la reasignación repartieron a todo el vecindario las escrituras originales y resultó que algunos campos que pensaban que eran suyos no eran tales. Se ve que era práctica común la permuta de piezas de forma oral sin mediar escrituras ni papeles para ampliar parcelas o mejorar el acceso a las mismas.

Según cuenta Ainhoa, con la reasignación de las parcelas, los propietarios tuvieron que invertir algo de dinero en igualar los terrenos con pequeñas palas excavadoras, porque las piezas solían estar separadas por una linde a modo de pequeño terraplén que las dividía y distinguía. Una vez unificadas, obviamente, dicha separación ya no tenía sentido. Así que incluso el territorio cambió orográficamente para igualar y uniformizar las parcelas.

Las llosas (en ocasiones también algunas piezas, aunque no era lo más habitual) solían estar separadas con setos vivos en los que crecía vegetación diversa e incluso árboles. Otros límites se establecían con alambre de espino y estacas o paredes, sobre todo en el sur del Valle, añade, donde había buena piedra de arenisca. Al unificar terrenos, este tipo de separaciones se derriban, cortan o eliminan dando como resultado un paisaje más abierto, amplio y despejado. Además, como aquellas piezas prácticamente no se vuelven a utilizar más que para pastizal, el resultado final es un paisaje de amplias praderas, donde un verde más uniforme domina el Valle. Hoy en día hay una gran diferencia entre, por ejemplo la zona de “El Mazo”, monotemáticamente verde y vallada, sin apenas árboles ni otro tipo de vegetación, y otras como la de Cezura o La Cerca, que resultan mucho más cerradas y que mantienen mucho mejor la campiña. Ella piensa que Carranza se parecía mucho más a estas últimas zonas que a la primera.

Otro elemento que cambió sustancialmente el paisaje del Valle fue la tala de árboles, bastante masiva según cuenta, en especial de manzanos. Ainhoa se lamenta (y su visión es compartida por muchos otros) de que se hiciera de una manera muy poco juiciosa, pues comenta que algunas personas si veían que no les iban a tocar frutales, castaños o rebollas en sus nuevas parcelas, cortaban los que tenían en las que ellos dejaban. Así, junto con la Parcelaria, parece ser que hubo un proceso de deforestación importante, un cambio paisajístico bastante radical. En un sentido bucólico, según dice, un paisaje mucho más bonito que ahora, aunque percibido como positivo por la mejora en la eficiencia del uso de la tierra que supuso. Con los árboles y las lindes también desaparecieron muchos cañados, pues se reorganizaron los caminos de manera que todas las nuevas parcelas tuvieran una adecuada accesibilidad. Con la antigua parcelación muchas personas tenían que pasar por el campo de otra propiedad para llegar a su terreno, y esto era motivo de conflictividad que había que evitar. La Concentración Parcelaria, según ella, fue el colofón para una serie de cambios que dejaban atrás la sociedad tradicional. Por ejemplo, las carreteras también fueron mejorando considerablemente, y donde antes había un camino donde podía transitar como mucho tan sólo una pareja de bueyes, a raíz de la modernización cabía un tractor.

Ainhoa comenta el caso de un familiar que volvió al pueblo al cabo de mucho tiempo y dijo “este ya no es el paisaje de mi pueblo”. Pero claro, argumenta ella, es que las cosas necesariamente han cambiado y los pueblos no viven de bucolismo.

\*\*\*

Cuando en 1986 España ingresa en lo que ahora se denomina Unión Europea, las explotaciones de vacuno de leche están en pleno proceso de ajuste y modernización tecnológica. Se apuesta por la mejora genética, la explotación de razas lecheras más productivas, la utilización de sofisticadas ordeñadoras y el uso de tanques refrigeradores que garantizan una mejor y mayor conservación de la leche. Todo ello estaba acorde con la política productivista que en los países del norte de Europa se había implementado desde la Segunda Guerra Mundial. Según sus directrices, el volumen de producción era la herramienta clave de competitividad en unos mercados mundiales regulados.

Animadas por las expectativas de la venta de leche, las familias en Carranza van aumentando el número de vacas de sus caseríos. Espacialmente este incremento resulta problemático porque la cuadra tradicional empieza a quedarse pequeña y han de ir anexando a la casa, sobre la marcha, instalaciones adicionales para albergar algunos de los animales. Estas ganaderías ampliadas siguen en principio la mentalidad tradicional y las vacas siguen sacándose a pastar a los prados diariamente excepto en época invernal.

Pero conforme el avance de la ganadería continúa, y aunque ha habido disparidad en cuanto a los modelos de explotación, se van construyendo granjas estabuladoras de más capacidad en entornos más o menos próximos a los barrios que, con el tiempo, se irán alejando de los núcleos hacia zonas de praderas más amplias<sup>40</sup>.

Este aumento del ganado también hace muy difícil compatibilizar las tareas diarias de ordeño con las de pasto en los prados, sobre todo si éstos no están contiguos a la explotación. Al hacerse el tráfico de coches algo habitual en los barrios, el hecho de entrar y sacar a las vacas a los prados resulta estresante para ganaderos y animales en un momento en el que éstos empiezan a no tener prioridad en los viales. A estas dificultades hay que sumarle que las vacas cansadas producen menos leche, por lo que la dinámica acabará siendo que éstas permanezcan completamente estabuladas por períodos de tiempo más largos. De esta manera, sólo serán las vacas secas y las

---

<sup>40</sup> Sobre este proceso de alejamiento de la ganadería de las casas hacia puntos más alejados se volverá a tratar con más detalle a través del concepto de “reespacialización” en el Capítulo 13, “El olor como factor de cambio en la casa y el espacio urbano”.

novillas<sup>41</sup> las que acabarán viéndose pastar en los prados al aire libre. El resto de los animales, salvo excepciones, permanecerán encerrados en la estabulación. Por ello se puede afirmar que Carranza pasa a ser un “paisaje ganadero sin ganado”<sup>42</sup>.

En suma, se trata de una progresiva sustitución del modelo de explotación tradicional, caracterizado por una lógica estacional y autoabastecedora, por otro intensivo orientado hacia el mercado, donde parte del trabajo es sustituido por el capital y la tecnología.

Según José Antonio Segrelles, este cambio no se debe a la evolución interna de las explotaciones campesinas, sino a la entrada del capitalismo en el sector y a las innovaciones técnicas que acceden con él (Segrelles, 1999:97). Dicha entrada desencadena una auténtica revolución ganadera en el conjunto del Estado que tendrá su reflejo en el Valle. Las nuevas relaciones de producción suponen nuevas pautas socioeconómicas y culturales que transforman los espacios ganaderos del vacuno lechero y los hacen depender de otros sectores provenientes de las áreas metropolitanas, engarzadas con centros de decisión que nada tienen que ver con las áreas rurales típicamente productoras.

Se puede decir que esta penetración del sistema capitalista en el sector ganadero, con unas necesidades y exigencias concretas, se ha reflejado espacialmente, puesto que las grandes empresas del sector lácteo son las que, en el fondo, gestionan y organizan la producción dictaminando cómo y cuánto producir. En cierta manera, las ganaderías del Valle se han convertido en centros dispersos de trabajo y producción de las grandes empresas del sector, tanto del producto final (producto intermedio para las empresas comercializadoras) como de las grandes cantidades de insumos que necesita el día a día de la explotación.

De esta manera, el caserío tradicional, productor con pocos insumos y consumidor de sus propias producciones, se convierte en una explotación de mercancías ajustada al esquema “mercancía-dinero-mercancía” (García Ramón y Fernández Tulla, 1981): el ganadero convierte la producción de leche en dinero que a su vez es destinado, además de al consumo y ahorro de la propia familia, a la compra de

---

<sup>41</sup> Se denominan vacas secas aquellas que no están produciendo leche. Por otra parte, las novillas o vacas de cría son aquellas vacas jóvenes que se crían para aumentar la producción o bien para sustituir a las viejas vacas que dejan de ser productivas.

<sup>42</sup> En el Capítulo 14, “Corporalidad y memoria en el paisaje cotidiano”, se tratará con más detalle esta disminución de animales al aire libre a través del concepto de “paisaje ganadero sin ganado”.

insumos para poder seguir produciendo. En esta lógica, se va haciendo un proceso de selección de explotaciones donde sólo pueden sobrevivir aquellas que consiguen un dimensionamiento suficiente o tienen al frente gente lo suficientemente joven como para pensar en la continuación de la explotación y no en la jubilación. Las explotaciones que no pueden adaptarse a las nuevas circunstancias del mercado, con nuevas y constantes exigencias en cuanto a la calidad y a la cantidad de producción, se ven abocadas a cerrar o a quedar al margen del mercado. Esta dinámica es avalada y estimulada por las administraciones que incentivan con subvenciones aquellas explotaciones que invierten capital en su ampliación, en tecnología y en competitividad.



**Ilustración 21: Explotación Lechera Moderna**  
La nave de la derecha está reservada a la estabulación de las vacas. Su anexo, de más reducidas dimensiones, es el habitáculo para conservar y almacenar la leche hasta su venta.

Se inició, pues, un modelo de producción especializado y dimensionado de tal forma que todos aquellos que no han entrado en dicho sistema, tarde o temprano, han tenido, tienen o tendrán que abandonar la actividad. Es lo que de Sousa (2005) define como formas de jerarquización de la modernidad capitalista, en cuanto que hay actores sociales que quedan excluidos del sistema. En este caso, todo aquel ganadero que no es capaz de producir según el sistema impuesto por la agroindustria y por la administración es excluido y se ha de quedar al margen.

Este paradigma en Carranza ha generado explotaciones agropecuarias especializadas altamente dependientes de sectores ajenos al Valle, ya que buena parte de los insumos necesarios para producir han de ser comprados al mercado. Además, son dependientes de diferentes servicios que desvían sus beneficios a otros actores



sociales como tratantes, intermediarios, veterinarios, personal de cooperativas, agentes de desarrollo rural o personal funcionario de agricultura. Siendo el ganadero quien soporta la inversión y quien se responsabiliza, trabaja al frente de la explotación y produce la leche, no se siente proporcionalmente recompensado ni a nivel económico ni a nivel social, puesto que, por un lado, muchos de sus esfuerzos se desvían a la compra de insumos y servicios y, por otro, siente que su trabajo no tiene el suficiente reconocimiento social.

En este sistema, los precios en origen de la producción cotizan a la baja y los de insumos (materias primas, combustibles y maquinaria) lo hacen al alza. Mientras, las empresas transformadoras, comercializadoras y distribuidoras tienen el papel dominante y ejercen grandes presiones sobre el mercado, siendo ellas las que obtienen los mayores márgenes de beneficio. El resultado es que, en la práctica, el complejo agroindustrial se ha apoderado en buena medida de la ganadería de tal manera que el productor se ha convertido más en obrero para la industria (arriesgando además sus propios fondos) que en dueño de su propio negocio.

En este proceso de cambio, el modelo por el que optó el Valle (o no le quedó más remedio que optar) dejó de ser relativamente autosuficiente para convertirse en un negocio especializado, altamente productivo en cuanto al número de litros de leche, pero también muy dependiente del mercado, de los flujos monetarios y del endeudamiento. Al ser los precios de la leche y de las materias primas muy inestables, dicho modelo ha acabado acarreado un alto grado de incertidumbre sobre la viabilidad de su propio futuro y, por consiguiente, del modelo paisajístico de praderas que generaba y en el que se sustentaba.

No todo fueron desventajas, pues este cambio de modelo permitió la capitalización de muchas familias y la renovación infraestructural de los barrios. Pero, sin duda, ha llevado también a un sistema desequilibrado en la medida en que la sustitución del sistema tradicional se hizo exclusivamente vía crecimiento y superespecialización, mientras que otros parámetros como la multifuncionalidad, la calidad, la sostenibilidad, el respeto por el medio o los animales quedaron en un segundo plano. Es un tipo de modelo que ha ido haciéndose cada vez más duro para los ganaderos, ya que tienen que ser capaces de producir “bueno, bonito y barato” (Mazzucchelli, 1997:288) en una difícil ecuación costes/precios.

Con la acentuación de la globalización en la primera década del siglo XXI, este sistema productivo se ha hecho todavía más severo con las explotaciones ganaderas.

Muchas de ellas se han visto abocadas al cierre por no llegar a los niveles óptimos de producción según los estándares exigidos o por el desánimo instalado en el sector, que provoca problemas de continuidad de las ganaderías por falta de relevo generacional.

Pero parece que se ha llegado a este modelo sin más y de una forma irremediable. Es como si no se hubieran podido estructurar otras vías de producción más equilibradas y no tan especializadas que hubieran acaso proporcionado una mayor integración territorial y una menor incertidumbre social y paisajística. Como afirma de Sousa (2005:260), el sistema tiende a hacernos pensar que no existen otras maneras alternativas de organización. La globalización aparece así como un proceso espontáneo, automático, inevitable, irreversible y consensuado. Para este autor, esta idea constituye una falacia ya que la globalización y los procesos que genera, lejos de ser consensuales, generan un vasto e intenso campo de conflictos entre grupos sociales, estados e intereses económicos poderosos (Ibíd.:236). En el caso de Carranza, las tensiones se dan entre los ganaderos y las corporaciones que compran, transforman y distribuyen su producto. Los estados no sólo no alivian dichas tensiones, sino que contribuyen a ellas en perjuicio de los productores, decidiendo qué políticas implantar sin apenas consenso con el sector primario y con poco margen de maniobra para éste.

\*\*\*

Julen es licenciado universitario e hijo de ganaderos jubilados que en su día llegaron a vender leche suficiente como para vivir de ella. Pero tuvieron que abandonar el ganado vacuno como actividad comercial por considerar que la especialización a la que se sentían abocados les llevaba a unas inversiones mayores de las que podían asumir a su edad y a una forma de producir ante la que se mostraron reticentes. Después de jubilarse, los padres se han dedicado a vivir del campo, produciendo casi todos los alimentos que consumen. Y Julen, por su parte, combina su trabajo en la ciudad con el del caserío, conviviendo en él con sus padres.

Él describe Carranza como un pueblo que ha pasado de ser pastoril a ser lechero, con un censo de ovejas y vacas que ha sufrido una evolución diametralmente opuesta debido al auge de la producción láctea de los años sesenta hasta la actualidad y la crisis paralela del ovino.

Piensa que aunque este proceso de crecimiento de las explotaciones lácteas al principio fue ilusionante, ha ido adquiriendo tales dimensiones que resulta preocupante. Más que por la propia determinación de los ganaderos, deduce que han

sido las exigencias del mercado las que los ha arrastrado hacia la especialización y el sobredimensionamiento de sus ganaderías sin dejarles a ellos demasiado margen de decisión.

Él, como hijo de campesinos que se vieron abocados a cerrar su explotación, lo ha vivido como un proceso complicado en el que las familias pasaron de producir leche para autoconsumo a verse inmersos en facturaciones y endeudamientos fuera de lo común y ajenos a toda costumbre. Algunos como ellos no quisieron aguantar la presión y, a pesar de que se habían unido en un principio al auge de la leche, decidieron apearse de él, porque lo vivieron como algo demasiado desanclado de la tierra.

En su casa están convencidos de que debería haber sido posible vivir de las vacas sin tener que introducirse en una dinámica de inversiones altas y de relación con la tierra y con los animales un tanto deshumanizada. Piensa que es duro que el futuro de la ganadería tenga que pasar obligadamente por un sobredimensionamiento de las explotaciones donde sólo puedan subsistir las más grandes. Sabe que son malos tiempos para lo pequeño y lo sencillo.

A pesar de haber vivido sus años de juventud en la ciudad como estudiante universitario, Julen ha conocido cómo todos los vecinos de su barrio vivían de la producción de animales y del campo y se muestra convencido de sus dones y su acierto. Detalla que sus padres llegaron a tener unas cuarenta vacas, que era ya una cifra más que considerable. Pero recuerda dolorosamente cómo llegó un momento en el que no tuvieron elección: o se transformaban en explotación moderna o desaparecían. Disconformes y disidentes con el sistema mayoritario, en su familia se considera que el mercado es bastante cruel con el productor y nada respetuoso con la tierra. Ellos optaron por vender sus vacas y retirarse del mercado: ni se sentían conformes con ese modelo ni capaces de embarcarse en él a una edad ya cercana a la jubilación.

La decisión del cierre fue punzante, pero a la vista de la actual crisis de la ganadería él se muestra más que satisfecho con haberla tomado, aunque en el fondo sabe que tampoco fue una decisión totalmente autónoma y libre. Recuerda que si no alcanzaban a producir un número determinado de litros les pagaban mucho menos. En sí, reflexiona, a las explotaciones pequeñas que seguían produciendo más o menos a la manera tradicional, nadie les prohibió vender, simplemente no tuvieron compradores dignos. Sabe que todavía hay gente que resiste trabajando en la cuadra con ordeñadoras de carrito, pero es minoritario: han tenido que luchar mucho

contracorriente por hacer de este modelo una manera viable y legítima de producir. Ellos optaron por abandonar.

Por otro lado, según él, se empezaron a exigir unos requisitos de higiene desproporcionados e imposibles de cumplir en la cuadra. Piensa que son requerimientos injustificadamente estrictos puesto que a la manera tradicional se logra una leche apta para el consumo humano. Recuerda que nadie se ha muerto por beber la leche tal y como la producían antes. Es más, opina que resultaba más sana, sabrosa y saludable ya que con la alimentación, medicación y estabulación contemporánea se ha perdido mucho del sabor, del olor y de las propiedades de la leche de antaño.

Se lamenta de lo pernicioso del mercado agroalimentario actual, donde el productor y el consumidor están en un posición desventajosa ante las grandes empresas transformadoras y distribuidoras. Piensa que es normal que el consumidor necesite alimentos baratos pero no a costa de la miseria del productor. El mercado, si bien acerca a unos y a otros, empobrece a ambos a costa de la ganancia de quien distribuye y comercializa el producto. Se pregunta si no sería más ética, justa y humana una venta directa al consumidor, o al menos que hubiera una posibilidad para ésta en el mercado. En la actualidad, ellos sólo producen para consumo propio o para permutar productos con otros vecinos, algo que, dice, se ha hecho toda la vida.

Para Julen, uno de los grandes problemas del actual modelo del Valle es su superespecialización basada en la leche y su gran dependencia de insumos, tanto de unas materias primas para alimentar a las vacas que Carranza no es capaz de cultivar, como de combustibles fósiles y servicios externos. Siempre se había tenido que comprar a terceros para vivir, pero hoy se hace en exceso. Las ganaderías son, de esta manera, demasiado vulnerables a los vaivenes de un mercado inestable, opina.

Está convencido de que un modelo más diversificado y autosuficiente habría sido más sano, y así lo demuestra el momento crítico que está atravesando el actual tipo de producción. Para él ha sido errático el haber renegado tanto de la tierra y confiado en el mercado, porque éste es demasiado abstracto, volátil, etéreo y sin dueño y, sin embargo, la tierra es concreta, se toca, se siente, se mira y tiene nombre.

Por otro lado, son funestas las consecuencias sobre la tierra y los ríos de un modelo que genera exceso de purines. Explica que parte son utilizados para abonar los prados como si fuera el estiércol de antaño aun sin serlo, y parte los vierten a balsas ilegales o directamente al río. Dice que antes los ríos se disfrutaban mucho y que, aunque mucha gente no sabía nadar, sí podía chapotear en el agua. Afirma que a partir

del barrio de Ambosríos, por ejemplo, ahora bajo ningún concepto se bañaría en el río pues el agua está muy contaminada por los vertidos de purines. Tampoco bebe de las fuentes naturales que manan de la tierra, a no ser que estén cerca de su nacimiento, como en los montes de Ordunte. Para él, son las ineficiencias de un modelo de producción intensivo que no sabe qué hacer con sus residuos.



**Ilustración 22: Almacenamiento Ilegal de Purín**  
Balsa ilegal de purines camuflada entre las zarzas, a pocos metros del río Las Escaleras. Es una de las consecuencias medioambientales más graves del modelo de intensificación.

Julen también se lamenta del poco respeto hacia el animal, del que sólo se piensa en términos de explotación máxima. Ahora las vacas se exprimen de tal modo que en pocos años hay que sustituirlas por otra cuando antes vivían muchos años más. Lo siente como otra consecuencia indeseada de la ambición de ordeñar tantos litros de leche.

Por todo ello piensa que Carranza se ha equivocado de modelo, pues se ha seguido el modelo europeo pero sin tener las características físicas o culturales de otros países. El Valle carece de grandes extensiones de terreno para cultivar cereal u otros productos básicos para la alimentación. Ironiza diciendo que los ganaderos franceses son muy poderosos y por eso votan a Sarkozy. En Francia las ganaderías no sólo tienen las vacas, sino también los campos necesarios para añadir a la ración de alimentación cereales como la soja o el maíz. Piensa que el desequilibrio que se experimenta viene de que el pueblo tiene las vacas y las praderas pero ni el clima ni la orografía acompañan para el cultivo. En estas condiciones es inevitable ser altamente dependientes del mercado.

Se trata de un modelo que a la larga ha producido una gran incertidumbre poco beneficiosa, ya que se depende más de los precios internacionales de las materias

primas, los combustibles o los servicios externos que de la pericia del propio ganadero como tal. Y, como ejemplo, comenta que en las últimas semanas se había dado un gran aumento del precio de la leche porque en Nueva Zelanda y Australia, los mayores suministradores mundiales, había habido una gran sequía que mermó mucho la producción mundial de leche. Pero al tiempo habían subido los precios de los cereales y de los combustibles. A las pocas semanas el precio de la leche volvió a bajar drásticamente de nuevo mientras que los de los otros insumos siguieron cotizando al alza. En este contexto, Julen piensa que el hecho de que factores tan ajenos al manejo influyan tanto en la ganancia final es muy desilusionante e inseguro para el productor.

Como colofón Julen se muestra convencido de que el propio paisaje del Valle está en juego. Da la sensación de que el paisaje tan praderificado es natural cuando no lo es. Si las explotaciones siguen cerrando, las praderas dejarán de utilizarse y se volverán a monte, se construirán casas o se plantarán explotaciones forestales en ellas. Habla de cómo se busca el máximo beneficio a corto plazo y lo ejemplifica a través del árbol: antes se plantaban robles para los nietos, luego pinos para los hijos y ahora eucaliptos para ya. Cree que el paisaje tiene más o menos el cambio asegurado y se pregunta si Carranza volverá a ser de nuevo, como lo sería en la Prehistoria, un bosque.

\*\*\*

Como explica Julen, la práctica totalidad de la producción actual de leche en Carranza, así como en el resto del Estado y en los países occidentales, se realiza en explotaciones estabuladas superespecializadas e intensivas. Se trata de una producción destinada al abastecimiento de las urbes, regulada por unos estrictos controles sanitarios e inmersa en un mercado muy competitivo, globalizado y exigente con el ganadero, que no es más que un eslabón intermedio de la cadena productiva.

En este contexto, el objetivo de las ganaderías, ahora empresas, es el de optimizar la productividad vitalicia de cada vaca. Así se refleja en este artículo (que transcribo parcialmente) publicado en el boletín periódico de Semex España, filial de la multinacional Semex Alliance, corporación dedicada al sector ganadero y especializada en inseminación artificial y mejora genética del ganado vacuno de leche. Dicho artículo escrito por el gerente de la filial se titula “¿Cuánto facturan sus vacas durante su vida productiva? La importancia de la producción vitalicia”:

Podemos definir de una manera clara la producción vitalicia como la facturación que nuestras vacas son capaces de hacer durante su vida productiva. Si viven más, producen más, y por consiguiente facturan más y son más rentables. Es fácil imaginar la ruina que nos supondría el tener que cambiar a los dos años un tractor nuevo que acabamos de comprar, o el que tuviésemos que cambiar antes de amortizarla una máquina de ordeño recién estrenada, que nos hubiera dado problemas desde el primer día. Con nuestro ganado ocurre lo mismo, aunque con una gran diferencia; la maquinaria no depende de nosotros, sino de un fabricante al que exigimos garantía y fiabilidad, mientras que **nuestro ganado sí depende directamente de nosotros**<sup>43</sup>: de nuestro programa genético, de la calidad de la cría, del trabajo profesional en la vida productiva... Es a nosotros mismos a quienes debemos exigir las garantías correspondientes, para asegurarnos de que todos los animales que pasen por la sala de ordeño hayan tenido un control de calidad riguroso, que garantice la productividad de la ganadería [...] Y además, si queremos facturar más, debemos empezar por **hacer una buena vaca**, capaz de durar lo suficiente para amortizarse, y que nos dé un beneficio empresarial. No debemos de tener vacas porque sí, porque el abuelo ya tenía vacas; las tenemos que tener porque nos dan dinero, y para esto hay que hacer vacas rentables, que sean capaces de tener una producción vitalicia lo más alta posible [...] En mi opinión, los ganaderos estamos preocupados por demasiados frentes que tenemos en las granjas, y somos poco reflexivos a la hora de tener muy claro que la principal herramienta de una granja, la que verdaderamente nos va a dar la rentabilidad, es **“la vaca”**. Tener buenas vacas no quiere decir ir a los concursos. **Tener buenas vacas es tener vacas de alta producción, libres de problemas y que sean capaces de aguantar el mayor número posible de lactaciones.**

[...] Una vaca tiene que tener capacidad suficiente para una alta ingestión, soportar los partos y los climas adversos, sobre todo el estrés calórico. Si no hay capacidad, no se tiene peso, si no se tiene peso, no se come y si no se come no se produce [...] Las vacas más adultas producen

---

<sup>43</sup> Las negritas que aparecen en la cita son del original.

más pero no es por tener más partos, sino porque la capacidad de una primeriza para comer no es la misma, no tiene físicamente donde meterlo. Si las primerizas parieran con 700 kilos, comerían y darían la misma leche que las de segundo o tercer parto [...] Las primerizas comen entre 3 y 4 kilos menos de materia seca que el resto, y por lo tanto tienen menos producción, y cada litro de esa leche es más cara de producir. Cuanta más capacidad tiene una vaca, más posibilidades tiene de comer, de producir y de hacer un litro de leche más barato.

[...] La clave es **los días trabajados que se pasa por la sala de ordeño**, no vale tenerlas secas 6 meses o mandarlas al matadero al final de la primera lactación. Si queremos tener producción vitalicia, debemos tener un gran número de días trabajados.

Igual que valoramos las horas trabajadas de un tractor para valorar su comportamiento (cuantas más horas trabaje nuestro tractor sin ir al taller, mayor será su rentabilidad), nos ocurre con los días trabajados de nuestras vacas (Ahedo Fernández, 2004:4-5).

Bajo esta filosofía empresarial, la ingente cantidad de leche producida por las explotaciones resulta inaudita para el sistema tradicional. Los manejos se orientan a maximizar la productividad de las vacas y a lograr un producto de acuerdo a los estándares determinados y exigidos por las centrales lecheras en cuanto a propiedades nutritivas, químicas e higiénico-sanitarias. Las vacas son consideradas máquinas y se denominan “vacas lecheras de alta producción”, de las que incluso se contabiliza su vida útil y su período de amortización. Para lograr la máxima eficiencia, el sistema resulta particularmente vigilante con la mejora genética, la alimentación y la condición corporal de los animales.

La cría selectiva de los animales fue siempre una práctica habitual, pero actualmente la inseminación artificial y la transferencia de embriones, técnicas basadas en procesos más complejos, se ha convertido en pieza clave de la explotación, además de en un gran negocio para el mercado. Debido a estos procesos, las vacas lecheras, mayoritariamente de raza Holstein o Frisona, son fenotípicamente muy homogéneas e incluso descienden de los mismos exclusivos sementales<sup>44</sup>. Además, en las granjas se

---

<sup>44</sup> A modo de ejemplo de esta homogeneización, Semex Alliance, la empresa de inseminación artificial más grande del mundo, vendió en el año 2007 casi ocho millones de dosis de semen producidas por unos dos mil toros. Un millón de estas dosis fueron conseguidas tan sólo con once de ellos.



informatizan detalles de cada vaca como tamaño, facilidad de parto, velocidad de ordeño o cantidad y calidad de su leche para obtener los valores genéticos transmitidos en sucesivas generaciones. Incluso existe la posibilidad de subcontratar el cuidado y manejo de las novillas jóvenes a empresas externas para que se mantenga el control genético de la explotación. El objetivo es garantizar exitosas futuras producciones y, por tanto, rentabilizar más el negocio.

Los manejos cotidianos dentro de la explotación se han modernizado: rápidas ordeñadoras (incluso automáticas a las que las vacas acuden solas); grandes tanques de frío en los que se almacena la leche diaria antes de su venta; máquinas que hacen más fácil la limpieza; rodillos a los que las vacas acuden a rascarse al no tener ya disponibles los árboles, piedras o muros de los prados; camas de material plástico de mayor durabilidad y comodidad de uso; u ordenadores para controlar la producción. Con todo, el trabajo sigue siendo duro, puesto que la producción se ha multiplicado exponencialmente.

La inversión en maquinaria, en insumos cotidianos o en crianza de novillas requieren de la movilización de grandes flujos monetarios que ahorran fuerza humana y ayudan a producir más. Pero suponen un enorme gasto que se satisface exclusivamente vía mercado y fuera del entorno ecológico de la explotación. Una de las características del modelo contemporáneo respecto al tradicional es precisamente la ruptura con la tierra circundante. El fin de la multifuncionalidad en lo agroganadero ha convertido al sector primario en excesivamente dependiente del mercado, pues el endeudamiento y la compra de insumos externos lo aleja de la tierra y lo deja demasiado al albur de un mercado poderoso y abstracto. Un ganadero carranzano tiene muchas posibilidades de ir ataviado no ya sólo con el mismo mono de trabajo (modelo de la multinacional DeLaval) que un asturiano, sino que uno francés, alemán o estadounidense. La alimentación de las vacas y las máquinas que facilitan su manejo, como las ordeñadoras automáticas, los rascadores o los parques de animales, son también prácticamente iguales. Se ha pasado de una relación de dominación-sumisión a las leyes y ciclos de la naturaleza a otra de dominio técnico de dispositivos biológicos y tecnológicos complejos. Es más, en la ganadería moderna la relación con los animales va más allá de ser simplemente una nueva técnica de producción para considerarse como la invención de una relación despersonalizada o no relación con el animal (Hervieu, 1996:108). En suma, las explotaciones lecheras contemporáneas tienen más de fábricas de producir leche que de viejas cuadras.

La mejora genética está muy relacionada, asimismo, con la alimentación y la condición corporal de las vacas. Es así porque uno de los objetivos de las ganaderías es conseguir unos animales con gran capacidad de ingesta, lo que se traduce en mayor volumen de leche ordeñada. Para ello, las vacas necesitan de una alimentación forzada mezcla de forrajes y concentrados que les haga producir al máximo, tanto en el presente (número de litros) como en el futuro (un buen índice reproductivo que garantice futuras lactancias). De esta manera, la alimentación es clave por su enorme repercusión sobre la producción, reproducción y características organolépticas de la leche y constituye uno de los costes más importantes de la explotación (Majano y Jimeno, 1997:197).

En esa mezcla de forrajes y concentrados las explotaciones carranzanas introducen la hierba recolectada en sus praderas. El resto necesitan comprarlo porque en el Valle actual no hay margen ecológico para producirlo de forma rentable, ya que ni la orografía ni el clima acompañan. En su mayoría es servido directamente a las explotaciones por la cooperativa G.U.V.A.C.

Desde el punto de vista económico y anímico, esta hierba es substancial en cuanto que, aunque también conlleva una inversión notable en maquinaria para su recogida y ensilaje, constituye una de las pocas partidas de la alimentación que la explotación puede producir por sí misma. Desde el punto de vista cultural, el uso de las praderas y el manejo de la hierba sigue siendo el *taskscape* más importante para el mantenimiento del paisaje carranzano.

Las nuevas técnicas de recogida, ensilaje y almacenaje de la hierba son mecanizadas, rápidas, sencillas y eficaces. Aunque hay diversos métodos, el más extendido es el que comúnmente se conoce como “hacer bolas”.

Los prados se siegan en verano dos o tres veces dependiendo de la prolificidad del suelo, del tiempo o del acierto en el manejo. Una máquina siega la hierba y elabora con ella un paca de grandes dimensiones prácticamente redonda; después otra la precinta de forma hermética rodeándola firmemente con plástico aislante. El proceso depende de la experiencia y del gusto del ganadero, pudiéndose empacar directamente la hierba fresca o dejarla secar durante un periodo breve de tiempo para evitar el exceso de humedad. También hay quien añade aditivos para mejorar las cualidades alimenticias o la conservación de la hierba. Las bolas se suelen almacenar a la intemperie en los mismos prados y se transportan con un tractor hasta la explotación conforme se van necesitando. Aunque las hay de diversos colores, las bolas más

numerosas son las de plástico negro, y ya forman parte del paisaje contemporáneo, siendo habitual verlas en los márgenes de los prados.



**Ilustración 23: Hierba a Punto de Segar**  
Pradera en Ahedo en el mes de mayo. La hierba, bastante crecida, pronto estará lista para su corta y ensilaje.

La relación entre los prados y las explotaciones no se circunscribe solamente a la hierba (ya sea mediante su siega o como pasto de algunas vacas o novillas). Las explotaciones intensivas generan gran cantidad de un líquido denominado purín que se suele esparcir sobre los prados mediante cisternas remolcadas por tractores. Se hace presuntamente con el objetivo de abonarlos, pues dicho purín es utilizado como si del estiércol de antaño se tratase. Pero, en realidad, esta es una práctica que combina de manera errónea los esquemas tradicionales y modernos en el funcionamiento de las praderas contemporáneas: su aplicación ya no responde tanto a las necesidades de los prados como a las dificultades del ganadero para deshacerse de la gran cantidad de residuos que genera debido a la intensificación del modelo.

En sí, este purín ya no es, como lo era tradicionalmente, un útil abono sólido resultado de la mezcla de material orgánico vegetal y animal, sino que es un líquido que incorpora, además de los excrementos animales, restos de medicamentos y de la limpieza de la explotación (que contiene agua y productos químicos) y poco o nada de materia vegetal. Lo que antaño era considerado como una fuente valiosa de nutrientes para prados y campos, hoy, dada su naturaleza y composición, no es más que un cuantioso residuo de difícil gestión y aprovechamiento.

El incremento del número de cabezas de ganado de cada explotación por encima de su superficie agrícola útil (Enerminde, 2006) no ha hecho sino empeorar la

situación, y los prados son regados con mucho más volumen de residuos del que pueden soportar. Estas aplicaciones masivas de purín, lejos de producir beneficios, generan un grave impacto ambiental que pone en una situación crítica incluso a las propias ganaderías. Los excesos de desechos ganaderos incorporan metales, metaloides, aditivos, residuos farmacológicos, parásitos y bacterias que pueden volver al animal por la ingestión de los forrajes (Prats, 1997a:403). Así, el riego excesivo de las praderas con purines no garantiza un correcto tratamiento del suelo, ya que tiende a repercutir negativamente en la composición florística del pastizal y en la aparición de especies no deseadas para la alimentación del ganado y, en suma, en la calidad de la hierba y del pasto (Izquierdo, 2008:181).

Para agravar más el problema, los purines sobrantes, sobre todo en invierno cuando los prados no pueden abonarse, se arrojan directamente a los cursos de agua o se abandonan en balsas ilegales (como se vio ya en la Ilustración 22) que, por filtración, acaban contaminando acuíferos, ríos y fuentes. El resultado está siendo aciago: la fauna fluvial ha desaparecido y los manantiales que han servido tradicionalmente para el abastecimiento de agua sufren a menudo contaminaciones bacterianas (Peña, 2004b:106). Ya no es fiable beber de la multitud de arroyos y fuentes naturales del Valle, se pueden encontrar numerosas balsas ilegales altamente peligrosas y, en determinadas zonas, los olores son intensos y desagradables y molestan al vecindario.

Esta situación es fruto de una de las incoherencias de un sistema que ha mostrado gran inquietud en la aplicación de las mejoras técnicas en instalaciones, sanidad, alimentación o mejora genética, mientras que sigue tratando de aprovechar los pastos como antaño sin tener en cuenta que las condiciones y los usos ya no son los mismos.

Es cierto que en Carranza es un problema que preocupa, aunque no se sabe bien cómo resolver. En el pueblo se plantean soluciones como limitar el número de animales en la superficie útil de pradera por explotación o distribuirlos entre diferentes usuarios según las necesidades de cada uno. Pero hasta la fecha no se ha concretado nada.

Desde la Diputación Foral de Bizkaia se baraja la posibilidad de construir una planta para reciclar los purines. Es un proyecto visto con desconfianza por varios motivos: la falta de transparencia sobre las dimensiones de la planta, dudas sobre el coste de construcción, la ubicación y el gasto de reciclaje para las ganaderías o el nuevo hipotético trasiego de camiones por los barrios colindantes. Además se duda de si sería utilizada para reciclar o deshacerse de otro tipo de sustancias peligrosas o

contaminantes provenientes de otras áreas. En cualquier caso, es claro que, de constituir un coste añadido para la explotación, el purín reciclado ya no sería fruto de un sistema autocontenido como era el tradicional, sino que necesitaría de un nuevo flujo monetario. Por ello, lejos de solventar las debilidades de la intensificación, seguiría acrecentando la concentración de las ganaderías, su desvinculación de la tierra y los desequilibrios entre las grandes y las pequeñas explotaciones familiares.

Quizá sí existen oportunidades alternativas al riego excesivo de los prados con purines o de la construcción de complicadas y caras plantas de reciclaje, ajenas al entorno ecológico del territorio. Así, por ejemplo, en otras Comunidades Autónomas como Asturias o Galicia, aunque tímidamente, se está explotando el concepto de “lombricultura”, es decir, la producción de abono natural a través de la biotransformación de estiércoles realizada por lombrices<sup>45</sup>. Según apunta Jaime Izquierdo (2008:180-181) esta posibilidad podría paliar el problema a través del compostaje, generando un recurso de valor añadido mediante la instalación de pequeñas empresas de lombricultura en el propio Valle. Utilizando una tecnología simple, barata y poco dependiente de insumos externos haría innecesaria la instalación de una industria de mayores dimensiones. Además para que se puedan convertir los purines en estiércol se necesita la parte vegetal que se utilizaba en la producción de abono tradicional como helechos u hojarasca. Esto haría que se volviese a la recolección de materia vegetal, lo que además de representar una aproximación al viejo modelo multifuncional de producción de abono, mantendría los montes más saneados de maleza y, consecuentemente, disminuiría la posibilidad de incendios forestales.

Además del grave problema de contaminación, la gestión actual de los prados y, en concreto, el modo de ensilaje de la hierba en forma de bolas, genera otro conflicto aunque de menor magnitud. Si bien estas bolas redondas forman ya parte del paisaje contemporáneo, la introducción de un material nuevo como el plástico, no absorbible por el medio, ha generado una problemática añadida, tanto medioambiental como, sobre todo, estética.

---

<sup>45</sup> En concreto se utiliza la lombriz “Roja de California”. Esta especie es resultado de cruces genéticos que han dado con una lombriz eficaz para la metabolización de materia orgánica a nivel industrial, de manera que es capaz de reciclar todo tipo de residuos orgánicos, obteniendo lo que se denomina “humus de lombriz”, un fertilizante orgánico natural y no contaminante, con capacidad de recuperación de suelos degradados y que bien puede suponer una alternativa para transformar el purín en un abono orgánico de utilidad.

La cuestión es que, una vez proporcionada a los animales la hierba del interior de las bolas, los enormes plásticos sobrantes raramente se recogen para su reciclado. En el mejor de los casos se queman (práctica que no se considera nociva); pero en muchos otros se abandonan en la propia explotación o al aire libre. Así, hay bastantes ganaderos que dejan sueltos y a la intemperie los plásticos ya sin uso, incluso en el interior de su explotación. El resultado es que éstos son arrastrados por el viento, desperdigándose por el Valle y quedando muchos de ellos enganchados en las vallas y verjas de las ganaderías. El producto de esta desidia es un nuevo paisaje de restos de plásticos negros enredados en los cercados que en algunas zonas es particularmente notorio. Como hay ganaderos que también llevan bolas a las vacas de monte, es posible toparse con este material plástico desperdigado en el monte o en el bosque.



**Ilustración 24: Quemando Plásticos**

Esta práctica no se considera nociva medioambientalmente, o al menos no lo suficiente como para que los ganaderos se sientan en la obligación de llevarlos al punto de reciclaje habilitado en Concha, que en cualquier caso, está demasiado alejado de la mayoría de las explotaciones.

De esta manera se pone a prueba las diferencias de apreciación y carácter del propio paisaje: mientras que para algunos los retajos de plástico enganchados en las vallas resultan particularmente molestos, vergonzosos y sucios, para los dueños de estas ganaderías dichos restos enredados, incluso en las verjas de su propia explotación, parecen ser invisibles. Como digo, la problemática va más allá de una cuestión de limpieza o civismo, enfrentándose dos miradas diferentes sobre lo que afea o envilece el paisaje. Para unos, con una mirada más esteticista, la práctica cotidiana de la ganadería no debería estar reñida con el respeto medioambiental y paisajístico a un entorno que pertenece a todos. Para otros, el día a día de las vacas queda al margen de consideraciones sobre la contaminación, la estética, la belleza o la chapuza.





**Ilustración 25: Plásticos a la Intemperie**

Abandono de plásticos en la explotación ganadera (que se enganchan en las vallas y se desperdigan por los alrededores) y en medio el bosque. Estos comportamientos sacan a relucir tanto cuestiones medioambientales como estéticas.

Se pone así en cuestión la naturaleza del territorio rural en tanto que éste ya no es un entorno destinado únicamente a la producción, sino que se ha convertido en espacio de vida para poblaciones cada vez más heterogéneas (Hervieu, 1996:60). Por ello, la convivencia entre ambas formas de vivir y de mirar el territorio debería de alcanzar un punto de encuentro y ser compatible. Dado que el problema es importante, una recogida organizada y sistemática de los plásticos sobrantes para su reciclaje podría ayudar a conseguir prácticas cotidianas más limpias, menos contaminantes y más convergentes con miradas estéticas paisajísticas, aparte de lograr una gran labor medioambiental.

Además de la problemática de la gestión de purines y plásticos, el otro gran dilema al que se enfrentan los prados de Carranza (como reiteraré a lo largo del

trabajo) es su propia continuidad. Se trata de una cuestión de gran repercusión social y paisajística.

Una de las características del modelo de producción actual es su tendencia, definida a nivel europeo e internacional, a la concentración de explotaciones. Este fenómeno implica que, aunque el número de vacas se mantenga o incluso aumente, éstas se distribuyan entre un número de explotaciones menor pero de mayores dimensiones. En el fondo, esta situación microeconómica explica en parte la crisis de la explotación familiar, ya que resulta un sistema agroalimentario muy exigente y duro con las ganaderías pequeñas. La falta de relevo generacional, las pocas expectativas de rentabilidad, la caída de los precios de la leche, la dureza del trabajo, la existencia de otros modelos sociales que ensalzan la jornada laboral de ocho horas frente al trabajo del campo sin horarios, la poca valoración social del productor y el declive en general del mundo rural explican el resto de la crisis del sector.

Los procesos y cambios han sido rápidos, vertiginosos incluso, sobre todo en las dos últimas décadas, y son de tal calado que superan la capacidad de reflexión y de adaptación de las familias que tienen que decidir qué hacer con su actividad ganadera según la coyuntura económica. Desprovistas de excesivo margen real para la toma de decisiones, estas familias son demasiado vulnerables al poder de los mercados globalizados, de hechos ocurridos muy lejos y de poderes fácticos que se antojan remotos pero que inciden fuertemente en la marcha diaria de su explotación. Las subidas y bajadas de los precios de la leche, de los cereales y de los combustibles al margen de aciertos o desaciertos propios en el manejo del negocio, y la entrada en escena de enfermedades, como la de las vacas locas, catalizadoras de la crisis del sector vacuno, dan al traste cada día con la capacidad de maniobra de los ganaderos, de manera que el sector se va reduciendo paulatinamente, al tiempo que envejece.

Este contexto crítico deriva en el paulatino cierre de explotaciones, lo que tiene sus consecuencias para el paisaje de praderas y amenaza seriamente su continuidad. Porque, como es bien sabido, una pradera que ya no tiene uso agropecuario, es decir, que ya no se pasta o siega regularmente pronto degenera y en pocos años se hace patente su estado de abandono.

El seguir manteniendo vivos sus prados encierra en Carranza algo más que una lógica productiva, ya que éstos son depositarios del orgullo de conservarlos en buen estado. A pesar de que a veces los prados no son siquiera propios sino comunales (siendo explotados a cambio del pago de un canon al Ayuntamiento), su uso es casi una



cuestión de satisfacción personal y familiar. Este agrado por evitar la degeneración de los prados, incluso cuando la actividad ganadera cesa, lleva a seguir diferentes estrategias cuando así ocurre:

Una alternativa posible es mantener una pequeña actividad ganadera o de recreo con ovejas, yegüas o caballos para que los pasten. Además se trata de una manera de prolongar la relación con los animales y el campo.

Otra opción es alquilar los terrenos a otra ganadería que esté necesitada de prados. Es una opción que consigue al mismo tiempo conservarlos en uso además de ofrecer algo de rentabilidad a sus dueños. Pero actualmente se hace difícil encontrar inquilino, ya que la crisis del sector hace que haya más oferta que demanda de prados.

La tercera vía es sanearlos de matorrales, rastrojos y malas hierbas manualmente con ayuda de maquinaria como desbrozadoras. Pero se trata de una tarea dura e ingrata, sobre todo si el prado está en cuesta o no tiene un fácil acceso. En el fondo, es un procedimiento muy laborioso que no puede sostenerse a medio plazo. Sin aprovechamiento productivo ganadero, el mantenimiento de una pradera como tal se hace inviable.



**Ilustración 26: Abandono de Prados**

Degeneración de prados en una colina a los pies de La Tejera. Cuando los prados dejan de ser útiles y productivos se llenan de rastrojos y malas hierbas. La imagen visual del nuevo paisaje da cuenta de los cambios.

La manera de conservar el paisaje de praderas como tal es seguir utilizando éstas mediante siega o pastoreo regular. Hacerlo sin convertir la biomasa en renta agraria es difícil de prolongar indefinidamente. Es un principio del *taskscape*, que cuando deja de ser algo cotidiano y productivo, es decir, deja de ser *taskscape*, el paisaje cambia de función y con ello de forma y estética.

Por ello, cuando la función agroganadera de la pradera se hace definitivamente inviable y no es posible alargarla, o se le aplica un cambio de función o queda desahuciada al albur del crecimiento descontrolado de la maleza y de la vegetación autóctona. Como en otras zonas de la cornisa cantábrica, en Carranza dicha refuncionalización de las praderas se hace a través de dos vías: la forestal y la residencial.

La primera opción, la forestal, consiste en replantar los prados con pinos o eucaliptos. Hacerlo da rendimientos pecuniarios relativamente rápidos por lo que es una opción bastante bien acogida. No obstante, se está expuesto a las críticas de los vecinos (sobre todo si el prado está contiguo a un barrio), así como a enfermedades de los propios árboles o a los vaivenes del precio de la madera.

En la segunda vía, la de reutilización residencial del prado, éste se destina a la construcción de una vivienda. A pesar de que el Valle ha quedado bastante al margen de la especulación urbanística de la última década, sí se ha visto contagiada del aumento del precio del suelo y de la vivienda, por lo que suelen ser los propios dueños de los prados o alguno de sus familiares los que los reaprovechan en este sentido. En los últimos tiempos el Ayuntamiento es más estricto en cuanto a la posibilidad de construir en lugares alejados de los núcleos urbanos, pero, no obstante, se ha tendido a aprovechar lagunas de las normas urbanísticas subsidiarias para hacerlo. Además del aprovechamiento del propio prado ya sin desempeño ganadero, otra causa de este nuevo uso del suelo agrario está vinculada con el surgimiento de una nueva sensibilidad paisajística según la cual las panorámicas del Valle se descubren como valor para la residencia individual. Y en un Valle montuoso como Carranza muchos de los prados se caracterizan precisamente por tener esas bellas vistas deseadas<sup>46</sup>.

De esta manera, la utilización forestal y la residencial se erigen como dos nuevos *taskscapes* en las partes medias y bajas del Valle. Éstos, junto con los prados abandonados y desaliñados, conforman nuevas maneras de hacer fruto de las nuevas condiciones sociales y económicas, que muy probablemente se seguirán acentuando en un futuro próximo continuando con la modificación del paisaje.

El deterioro de los prados tiene consecuencias tanto sociales como paisajísticas. Diría que ambas se retroalimentan, puesto que conjuntamente conducen al Valle a un progresivo desánimo. La pérdida de la pradería resulta ser un espejo paisajístico que refleja cotidianamente el progresivo declive de la ganadería y del envejecimiento de la

---

<sup>46</sup> Este tema se tratará con más detenimiento en el capítulo 9 dedicado a la mirada arquitectónica.

población. O dicho de otra manera, se trata de un malestar económico que acarrea una dolorosa ruptura estética con el paisaje que se considera heredado, aunque, como hemos visto anteriormente, la omnipresencia de la pradera en las partes bajas y medias es relativamente nueva en relación a la evolución histórica del Valle. En suma, este cambio paisajístico en pleno proceso es reflejo, causa y consecuencia del grado de inquietud y desconsuelo que genera la situación crítica de las explotaciones y la falta de perspectivas de futuro entre una población que se veía a sí misma como ganadera, o al menos campesina, y que cada día lo es menos.

Merece la pena detenerse en el porqué de los factores que inducen a la falta de interés, incluso animadversión, de las nuevas generaciones hacia la continuación de la explotación ganadera de sus predecesores, puesto que en ellos, y no en los ancianos, recae el futuro del Valle y su paisaje.

Previamente hay que tener en cuenta que la ganadería es una profesión casi exclusivamente hereditaria. Para dedicarse a ella se hace necesario una inversión previa en tierras, animales, maquinaria o naves, una dosis suficiente de vocación, o al menos, una cierta familiaridad y conocimiento práctico de los manejos. Pero, hoy en día, estos factores no parecen bastar para aspirar a continuar en la ganadería, e identifico varias variables que inducen a la apatía y al poco o nulo interés por seguir con la explotación familiar.

En primer lugar, se conoce de cerca la dureza de una profesión muy absorbente y exigente tanto en términos de trabajo como de responsabilidad. Sin apenas vacaciones ni días libres, tiempo de ocio o descanso, además del mantenimiento cotidiano de la explotación, las vacas han de ser ordeñadas obligadamente dos veces al día, lo que exige una presencia física casi constante en el pueblo. Incluso aun en los casos en que el sistema se ha robotizado y las vacas acuden a ordeñarse solas, hay que estar siempre alerta ante cualquier problema, puesto que se trabaja con animales vivos. En estas circunstancias, los trabajos asalariados, cada vez más extendidos en el medio rural, se ven como símbolo deseable de autonomía al contar con remuneración, horarios de trabajo y vacaciones más estables y prefijados de antemano.

Tampoco ayuda que se tienda a imitar, o incluso se impongan, modelos de trabajo poco flexibles. Cuesta mucho romper con las dinámicas familiares heredadas y son frecuentes las reticencias para trabajar en equipo con otros ganaderos o contratar algo de mano de obra para poder tener vacaciones o descansar los fines de semana. La gente joven, heredera y continuadora de la explotación, empieza a trabajar en una

explotación sobre la que tienen muy limitada la toma de sus propias decisiones, pues se ve presionada para seguir haciendo las cosas como se hacían antes o como las siguen haciendo sus familiares, que todavía suelen estar en activo. Pero es que incluso desde la propia casa se desalienta a seguir con la ganadería, animando a los jóvenes a estudiar o a buscar otras salidas profesionales consideradas más dignas y exitosas.

Por último, uno de los problemas más graves a los que se enfrentan los ganaderos es el poco reconocimiento social de la profesión que les conduce también a una falta notable de autoestima. Por un lado, se sienten poco valorados por una sociedad que parece no comprender su trabajo, esfuerzo e importancia social. Por otro, sienten cómo, a pesar de ser ellos los productores, mucha otra gente asalariada vive de su trabajo sin arriesgar tanto como ellos (personal veterinario y técnico, funcionarios de extensión agraria o mano de obra de la cooperativa). Si a nivel social se sintiesen valorados y reconocidos como proveedores de alimentos y como paisajistas, a pesar de las dificultades, apreciarían más los aspectos positivos de su trabajo frente a otros más convencionales: mayor libertad de horarios, regencia de su propio negocio, capacidad de mejorar e innovar en los manejos, superación de retos, contacto con la naturaleza o disfrute cotidiano del pueblo y de sus paisajes.



**Ilustración 27: Autoestima Ganadera**

Ligeras remodelaciones de las explotaciones a través de la estética y del sentido del humor (como en este caso) pueden ayudar a dignificar y revitalizar el trabajo ganadero.

Es verdad que los *tasksapes* contemporáneos más importantes para la configuración del paisaje actual, al menos en torno a los barrios, se derivan del ganado

vacuno de leche. Actividades como el trabajo en las explotaciones, el manejo de las praderas o hacer bolas son las principales actividades paisajistas. Pero al ser Carranza un Valle históricamente pastoril que ha ido dejando de serlo para incorporarse al vacuno lechero, hay que reconocer que los nuevos *taskscapes* no se limitan a las labores cotidianas con las vacas sino que, aunque actualmente minoritarias, es necesario reseñar concisamente las principales características, cambios y problemáticas modernas del ganado ovino.

La trashumancia, actividad fuertemente arraigada para los rebaños de tamaño considerable, dada su dureza, fue dejando de realizarse hasta llegar a los años noventa en los que ya puede decirse que es una actividad abandonada. Así pues, como en muchas otras zonas, el ritual de marchar los pastores en invierno con sus rebaños hacia climas más benignos deja de hacerse. Antes de la reaparición del lobo, los pocos pastores que todavía quedaban en el Carranza moderno echaban a pacer a sus rebaños a la media ladera de los montes desde mediados de abril hasta mediados de mayo. Después los conducían hasta los pastos altos en busca de nuevas zonas de pasto y de brisa para el verano. Por último, con el comienzo del mal tiempo invernal, y ya sin trashumancia, volvían a bajar a los cerros próximos a los barrios.

Pero con el éxodo a la ciudad, el auge del vacuno, el envejecimiento de los pastores y los pocos atractivos que supone el pastoreo a una gente joven que al aspirar a otro tipo de trabajos le da la espalda, el golpe definitivo al ovino se produce a raíz de la reaparición del lobo en el año 1986. El lobo había desaparecido de los montes sobre el último tercio del siglo XX facilitando enormemente la vida de los pastores que habían podido dejar de pernoctar en los montes para vigilar a sus ovejas cuando permanecían en las cumbres de las sierras. Subir sólo de vez en cuando para controlar su estado y recontarlas, pudiendo dejarlas libremente y sin vigilancia en los montes, suponía un trabajo muy desahogado y un alivio más que considerable respecto al pastoreo tradicional.

Estos reaparecidos ataques del lobo hicieron que los pastores (en número ya de por sí mermado) tuvieran que volver a estar constantemente vigilando a las ovejas como antaño, lo que suponía estar todo el día en el monte e incluso pernoctar en cabañas, en el tractor o sobre la hierba envueltos en mantas. Las casetas pastoriles que todavía se mantenían en pie volvieron a ser ocupadas. Algunas que se encontraban medio en ruinas se reconstruyeron, e incluso en el año 1991 la Diputación Foral de Bizkaia levantó nuevas casetas de madera con corral para recoger el ganado y con

comodidades tales como dormitorio, sala, cocina y aseo, más acordes con la vida moderna.

Acostumbrados a un par de décadas de cómodo pastoreo sin lobos, se hizo muy duro volver a modos de vida ya abandonados, lo que volvió a provocar un fuerte retroceso de la actividad pastoril. En poco tiempo los pastores dejaron de subir sus rebaños a los pastos altos y, con el cese del pastoreo en las cumbres, las viejas casetas tradicionales de piedra, e incluso las nuevas de madera, quedaron definitivamente relegadas al abandono, borrándose con ellas una parte vital del *taskscape* del ovino y de su paisaje asociado. Actualmente de la mayoría no queda ni rastro. La ruina de otras, sobre todo en los altos y laderas de los Montes del Ordunte y Sierra Mesada (tradicionalmente las zonas de mejores pastos), quedan como testigos del pasado. Excepcionalmente alguna se mantiene en buen estado como la de Sagastibelza en El Carrascal (Pando). Incluso de las que se hicieron nuevas ya sólo quedan restos de maderas caídas.



**Ilustración 28: Viejas Casetas de Monte**

La primera, aunque deteriorada y con el tejado amenazando ruina, todavía sirve de refugio para algunas vacas y ovejas. La segunda, aun en mejor estado, apenas es utilizada.

Actualmente, pocos son los pastores que ya sólo se dedican a la explotación de ovejas. En la mayoría de los casos, los pequeños rebaños que se ven pastar por los cerros o zonas bajas del Valle son de ganaderos que dedican la mayor parte de su tiempo a la explotación de vacuno, constituyendo ésta su principal fuente de ingresos. Como se ha visto ya, estos pequeños rebaños se suelen utilizar más como una forma de mantener pastoreados y vivos los prados, que como actividad productiva propiamente dicha. Y, en cualquier caso, los pastores ya no suben las ovejas a los pastos comunales más altos de los montes, sino que sus rebaños quedan pastando en las zonas medias y bajas, ya sean en prados propios o alquilados (Díaz García, 2005-2006, 2007).

No obstante, estamos en una época en la que los *taskscapes* no sólo se definen en función de las actividades agropecuarias. Se ha visto ya cómo la entrada del país en la Unión Europea supuso un fuerte impulso hacia la modernización de las explotaciones y hacia el ajuste estructural del sector en toda la Cordillera Cantábrica. Paradójicamente, dicha apuesta llega cuando en Europa empieza a ponerse en cuestión un modelo que se mostraba ya insostenible, tanto económica como medioambientalmente. Del debate surge, en 1992, la reforma de la Política Agraria Común que pone trabas y limitaciones al exceso de producción de alimentos. Dicha reforma supone el inicio del cambio de paradigma que se ha señalado como Hito 3, el paso del productivismo al postproductivismo agrario.

Pero el cambio no se hace del día a la mañana y, aunque se abandonan los mecanismos de adquisición subvencionada de toda la producción agraria, en realidad se da un solapamiento de discursos muchas veces contradictorio: apoyo a la explotación familiar pero estímulo de la concentración; ayudas medioambientales pero aliento a la intensificación y al abandono de las explotaciones pequeñas; revalorización del paisaje pero no tanto en términos agrícolas como turísticos y patrimoniales.

Así, el postproductivismo deja de concebir el medio rural exclusivamente en función de la producción agroganadera. Las funciones de lo rural se amplían pasando de ser exclusivamente abastecedor de alimentos a también proveedor de ocio, espacios naturales, patrimonio y paisaje.

En Carranza, en esta última década, el ajuste postproductivista comienza a apuntarse de forma tímida cuando ni siquiera se ha culminado el ajuste productivista anterior. Se ensalza su naturaleza y su paisaje pensando en el turismo y tratando de atraer visitantes que diversifiquen una economía ganadera con problemas

estructurales. Las iniciativas se estudiarán más detalladamente en el capítulo 10 sobre la mirada institucional y sus respuestas.

Los impulsos en el sentido postproductivista no sólo afectan a la mirada institucional sobre el paisaje, sino que también tienen su influencia en la cotidiana y van calando en la forma en que los propios habitantes del Valle miran, viven y experimentan su paisaje. Se puede decir que la mirada postproductivista institucional se alza como un nuevo *taskscape* porque modifica las relaciones cotidianas con aquél. De acuerdo a este nuevo *taskscape*, el paisaje es creado por los estereotipos estandarizados del turismo y valores sociales más cercanos a los cánones de belleza de lo connotativo que de lo agroganadero. Puntos turísticos como las cuevas de Pozalagua o el Karpin Abentura se convierten, además, en nuevos puntos de importancia para muchos de sus habitantes. Está por ver si también ocurrirá con la reciente declaración del Parque Natural de Armañón.

El solapamiento de discursos productivistas y postproductivistas crea sin duda nuevas oportunidades pero también incertidumbre e inseguridad en una población ganadera desorientada: las nuevas iniciativas e inversiones en producción de ocio y turismo se basan en un paisaje y patrimonio que el sector agropecuario ha creado, al tiempo que éste, en pleno proceso de crisis, se debate entre la intensificación y la desmantelación.

La gestión cotidiana de la ganadería contemporánea junto con la mirada postproductivista del territorio son fenómenos que están ligados a los movimientos de desterritorialización-concentración-estandarización que afectan a la industria y a los servicios y se inscriben igualmente en la lógica de una cierta uniformización cultural y homogeneización a la que tiende la globalización (Hervieu, 1996:83). Estos procesos de reestructuración productiva y globalización socioeconómica en curso están asociados a una nueva lógica territorial en la que los distintos ámbitos espaciales se aprestan a activar sus propios recursos para no quedar al margen o para poder competir con éxito en un mundo cada vez más interconectado (Ojeda y Silva, 2002:69). Así, lo turístico empieza a dejar sentir su importancia en Carranza pero sin terminar de despuntar. A la vez, el sector primario demasiado dependiente y vulnerable a las coyunturas de los mercados globalizados genera problemas de superespecialización, concentración, endeudamiento, falta de rentabilidad y contaminación a los que tiene difícil dar solución por sí mismo, porque superan los manejos cotidianos. Paradójicamente se intenta hacer servir la belleza del municipio para diversificar rentas en un momento en el que el futuro de su paisaje de praderas, clave en la idiosincrasia económica,



identitaria y estética del Valle, empieza a ser incierto debido a la crisis del sector. Se trata de un momento complejo en el que el paisaje es reflejo de tensiones sociales y económicas sin resolver.



## CAPÍTULO 8: ¿PAISAJES AUTÉNTICOS?

La mirada cotidiana a la luz de los *taskscape*s en sus diferentes tiempos, el tradicional y el contemporáneo, invita a descubrir los principales cambios paisajísticos, que no los únicos, acaecidos en el Valle: aquellos relacionados con la experimentación próxima del paisaje, con el territorio y con su habitar. En esa tensión a través de la que he definido el paisaje en el marco teórico, la mirada cotidiana la he circunscrito a lo fenomenológico, a lo cercano y a lo diario más que a la distancia y a la lejanía sobre las que habitualmente se piensa el paisaje. Se trata del hábito cotidiano que convierte las tareas en *taskscape*s y éstos, a su vez, en *landscapes*<sup>47</sup>.

Del *taskscape* tradicional al contemporáneo median modelos de hacer muy diversos, fruto de unos tiempos que han cambiado mucho en poco tiempo. De estas disparidades germinan diversos paisajes y heterogéneas formas de relación con el territorio, consecuencia de las circunstancias económicas y sociales de cada momento histórico. Algunos momentos supusieron en el pasado, y lo harán en el futuro, puntos de inflexión o hitos en la configuración paisajística del Valle. Luego, ¿cuál de estos paisajes y de estos territorios resulta más auténtico?, ¿no será que cada uno de ellos es producto de su tiempo y de tensiones sociales y económicas muchas veces inconclusas?

Excepto algunos ancianos, ya no se siega a dallo, ni se utilizan sabanos, ni se empaya la hierba en los sobraos de las casas porque Carranza no es, ni pretende ser, un museo de *taskscape*s ni de paisajes, ni se guía por nociones prefijadas de autenticidad. Los dueños de las explotaciones que resisten y permanecen en el sector en estos tiempos adversos, aunque desanimados, aspiran a seguir viviendo de éstas. Las ganaderías no pretenden ser productoras de paisaje, sino de leche, aunque son muy conscientes de que sin el cincel de su trabajo las praderas (pivote de la mirada cotidiana en mi análisis) pronto mudarían de aspecto. Incluso inquietándoles el futuro del paisaje, su preocupación inmediata se refiere a sus explotaciones, y cuando se les plantea la belleza de los paisajes como recurso económico, se preguntan si acabarán produciendo leche o sólo paisaje, no vaya a ser que al final no se ganen la vida ni con lo uno ni con lo otro.

Las nuevas prácticas de mantener los prados, conservar la hierba o producir leche, los nuevos *taskscape*s en suma, son innovaciones a las que el sector se ha tenido

---

<sup>47</sup> Me permito volver a introducir el término *landscape* para insistir en la relación entre el *taskscape* y el paisaje, que queda más patente en la terminología anglosajona.

que ir adaptando empujado por la vida contemporánea y por sus vicisitudes. Estas novedades implican cambios técnicos y, a su vez, transformaciones culturales.

La desaparición de la práctica agrícola y la sustitución de la ganadería familiar por otra intensiva ha entrañado la desestructuración de la explotación campesina tradicional forzando la innovación en sus explotaciones, manejos y razas de ganado. Este proceso, en buena medida, ha desenraizado la cultura campesina de sus prácticas ligadas a la tierra y de su sentido multifuncional por el que, a base de duros trabajos, obtenía muy buen partido de su entorno ecológico. Sin esa disposición, el modelo actual es mucho más dependiente de un mercado infinitamente más desarrollado que antaño, pero ante el que resulta en extremo vulnerable.

Sin pretender idealizar la relación ganadero-tierra-animal de antes, es claro que ésta ha cambiado. Si buena parte de la actividad tradicional aconteció al aire libre, ahora transcurre mayormente en el interior de la explotación. Se ha pasado de un sonoro paisaje animal a un paisaje ganadero sin ganado. Respecto a la técnica, los descendientes de los hombres y mujeres (o incluso ellos mismos) que transportaban con el carro sabanos de hierba hasta el sobrao de la casa utilizan ahora el ordeño automático y el ordenador para controlar la producción. Son otros tiempos, otras vivencias y otras dinámicas.

Pero una vez admitida la parte del desanclaje con la tierra de los *taskscape*s contemporáneos, no conviene ahondar en la idealización del modelo tradicional *per se*, y se hace necesario huir de ella: ¿las nuevas explotaciones intensivas de vacuno de leche alteran el paisaje de Carranza?, ¿el resultado de esa alteración es menos auténtico que el paisaje tradicional?, ¿el uso de máquinas para segar la hierba representa un *taskscape* menos auténtico que el de la recogida manual?, ¿son las bolas de hierba envueltas en plásticos artificios dentro de un paisaje (Guerra, 2008:26)?

En la actualidad no hay tiempo ni mano de obra suficiente, pero, ante todo, ninguna intención ni motivación de seguir con las esforzadas técnicas tradicionales que se consideran, con alivio, superadas. En algunos *taskscape*s como el de las praderas se dan paradojas por conjugar el esquema tradicional con la mentalidad y prácticas modernas: a la vez que el interés por mantenerlas, se da su paulatino abandono y cambio de uso; unos manejos se mantienen, otros nuevos se introducen; algunas novedades ahorran mucho tiempo, pero otras han conducido a problemáticas medioambientales y estéticas de difícil solución. Pero si en la contemporaneidad los cambios demográficos y culturales hacen imposible seguir con la manera tradicional de

trabajar el campo, es justo reconocer que los nuevos procedimientos y técnicas, aun con sus desequilibrios, son los responsables en buena medida de que el paisaje de praderas haya pervivido.

Las innovaciones y cambios van de la de mano de lo viejo y suponen su continuación: se mantiene la época de corta de la hierba, aunque se haya introducido la mecanización; la hierba se almacena para ser consumida a lo largo del invierno, aunque se haya cambiado la técnica de recogida y almacenaje; las viejas cuadras se han actualizado para cumplir funciones similares a las de antaño. Así, las nuevas granjas intensivas son las marcas contemporáneas de una producción láctea que se ha consolidado y desarrollado respecto al modelo de autoconsumo tradicional. Éstas, a su vez, permitieron en su momento la modernización de los barrios, la capitalización de las familias y la incorporación de Carranza a un mercado agrario de mayor entidad.

En cuanto a las bolas de plástico negro, éstas y las vaquerías diseminadas se han integrado al paisaje contemporáneo. A mi juicio, no suponen la negación del paisaje de praderas, sino su continuidad. Porque la autenticidad no sabe tanto de materiales y formas como de producción, de la que emerge un paisaje dinámico que varía a través del tiempo, el espacio, la tecnología, la economía y la cultura.

A pesar de que la tecnificación (más bien la especialización) ha traído consecuencias indeseadas, las nuevas tecnologías no deben ser vistas como algo abstracto que ha traído la modernidad y que ha borrado las prácticas tradicionales (Cloke y Jones, 2001:658). Quizás la metáfora más ejemplificadora de la innovación rural es la denominación de origen, término que se aplica a productos locales cuya garantía se sustenta en unir la autenticidad del pasado con la innovación del presente, sea en vinos, quesos, tejidos, turismo rural o patrimonio sostenible <sup>48</sup> (Buxó, 2004d:329).

A pesar de la vulnerabilidad del modelo de intensificación ganadero, la técnica hace también que el paisaje de campiña siga existiendo e incluso haya aumentado en los últimos sesenta años, puesto que el fin de la agricultura y la Concentración Parcelaria se hicieron principalmente aumentando el suelo dedicado a pradera. Que ahora vivamos un inquietante periodo de regresión de ésta no quiere decir que, de no haberse modernizado el modelo tradicional, este retroceso no se hubiera producido antes.

---

<sup>48</sup> En el caso de Carranza, la producción artesanal de su queso se incluye en la Denominación de Origen Idiazabal, exclusivamente elaborado con leche de oveja latxa o carranzana.

Si nos dejamos llevar por el concepto de paisaje o de *taskscape* auténtico, se puede llegar a considerar, como hace a mi juicio erróneamente un autor como Ignasi Prats (1997a:398), que en contraposición con las granjas actuales, las construcciones agrícolas y ganaderas tradicionales sí tenían en cuenta su integración paisajística. Según él, aquellas edificaciones estaban en consonancia con los materiales de la zona y se hacían de tal forma que no destacasen negativamente en su entorno, mientras que las actuales están construidas con materiales foráneos y no valoran su integración con el paisaje, pensando más en buscar la máxima edificabilidad que en su impacto visual.

Pero lo cierto es que nuestros antepasados no buscaron no destacar en el paisaje o construir acorde con él. Se trabajaba, evidentemente, con lo que había más a mano, y las innovaciones, que siempre han existido, eran mucho más lentas. Pero no debemos olvidar que en la actualidad somos unos privilegiados de la mirada, y que antes no se disponía del tiempo ni del ocio, ni de la distancia para apreciar el paisaje (Roger, 2008:74). Aunque sí que hay que admitir que, paradójicamente, gozaban, como dice Berque (2009), de un excelente pensamiento paisajero<sup>49</sup> mediante el que conseguían una armonía muy loable con su entorno. Las bordas ya a medio desmoronar que todavía salpican el paisaje carranzano son buena muestra de este buen gusto.

Las miradas bucólicas nos pueden inducir a pensar que la introducción de los nuevos métodos contemporáneos de producción de leche y el abandono de las técnicas tradicionales representan una pérdida porque constituían formas más auténticas de trabajar la tierra, que generaban también un paisaje más auténtico. Pero, ¿acaso el paisaje que ahora consideramos tradicional no representó asimismo un cambio respecto a paisajes anteriores? Hubo momentos históricos concretos para la introducción del maíz, el trigo o la patata que en aquel entonces supondrían notables innovaciones paisajísticas. ¿Hasta cuándo deberíamos remontarnos para encontrar el paisaje genuino del Valle?

En Carranza, los paisajes de robles y hayas fueron sustituidos en su día por paisajes parcelados de cereal y praderas. Los paisajes roturados, por paisajes de pinos y otros árboles no autóctonos y por extensas praderas. La campiña se va sustituyendo despacio pero sin pausa por pinos, eucaliptos y un tímido urbanismo difuso. Quién sabe si todo volverá a ser un bosque de nuevo. Quién sabe cuáles serán sus paisajes del

---

<sup>49</sup> En el Capítulo 9, "Mirada arquitectónica", se trabajará en mayor profundidad el concepto de pensamiento paisajero, contraponiéndolo, como se verá, con el de pensamiento paisajista para explicar cambios en la manera de entender, concebir y utilizar la arquitectura y el urbanismo.

mañana en un mundo globalizado que, con un repentino cambio de tendencia económica, la irrupción de una enfermedad del ganado o de un nuevo manejo forestal, agropecuario o urbanístico, puede transformar en poco tiempo cualquier paisaje, por más auténtico que lo creamos.

Roger nos habla (2007, 2008) de lo esclerótica que suele ser nuestra mirada cuando se empeña en seguir queriendo lo viejo con nostalgia según modelos bucólicos más o menos caducos. Él propone aprender a mirar el territorio reencontrándonos con él. Esto implicaría, por ejemplo, no considerar las estabulaciones como antiestéticas, como habitualmente hace el pensamiento urbano. Para Roger, del deleite crítico del territorio pueden salir los paisajes bellos del mañana, convirtiendo lo ahora concebido como feo en estético. En cualquier caso, pensar que se puede mejorar el buen gusto en la integración paisajística limitando los materiales o los colores de las explotaciones ganaderas como hacen algunos autores, por ejemplo Pascual Riesco (2000) e, infructuosamente, infinidad de normas subsidiarias municipales que no se cumplen, no resulta muy realista en un entorno ganadero donde lo estético no es una prioridad.



**Ilustración 29: Reutilización de Cachivaches**  
Los trastos viejos que pueblan los prados y los entornos de las explotaciones, ¿son antiestéticos?, ¿envilecen el paisaje? ¿El reciclaje se percibe como positivo o como negativo según quién, cómo y qué se recicle?

Ahora bien, al igual que es legítimo poner en cuestión la autenticidad del paisaje, tampoco se debe caer en el extremo contrario que nos induzca a creer que todo cambio paisajístico, cualquiera que sea, es bueno *per se*. La mirada cotidiana ha puesto de manifiesto que el paisaje contiene una memoria de actividades, de trabajo colectivo, de sentimientos y de emociones que conviene conocer y respetar. Por ello, aun

asumiendo que los paisajes son cambiantes y tienen poco de auténticos, es deseable admitir que las transformaciones paisajísticas deberían ser respetuosas con el compás y la memoria del territorio, pues cambios poco considerados con los paisajes pueden conducir al desarraigo y al desconocimiento del propio entorno. Esto equivale a concebir el territorio y el paisaje como dinámicos pero asentados en un reconocimiento de escalas que, consciente y sabiamente, puedan conservarse o superarse fruto de la reflexión o del consenso. De igual manera que el territorio no debe aspirar a la paralización o congelación del paisaje como si de un museo se tratase, el cambio no debe ser fruto de la inmediatez, la irreflexión o la especulación (Ojeda y Cano, 2009). El problema no reside en la transformación *per se*, sino en la intensidad y carácter de dicha transformación. La incapacidad para saber actuar sobre el paisaje sin destruirlo, sin romper su carácter básico, sin eliminar aquellos aspectos que le confieren continuidad histórica es uno de los dramas de nuestra civilización (Nogué, 2007b:139). Se trata de evitar territorios a corto plazo o instantáneos<sup>50</sup>, donde los espacios públicos urbanos se diseñan sin tener en cuenta las permanencias acuñadas en el territorio por el transcurso del tiempo (Vivas, 2006/7).

El ser humano no está preso de sus paisajes, pero en su vínculo con ellos se da una expresión tanto de libertad como de responsabilidad, por lo que subyace una cuestión moral. De este modo, en nuestro diálogo con el paisaje, debería primar el planteamiento previo del significado cultural del territorio y la inserción cuidadosa y delicada de los cambios (Martínez de Pisón, 2007:328).

Además, ante los desequilibrios que la contemporaneidad ha conducido al mundo rural y a su paisaje, debería tomarse una actitud positiva buscando alternativas sociales, sostenibles y viables que, sustituyendo a los modelos tradicionales, los superen (Izquierdo, 2008:77). Soluciones como las apuntadas en el anterior capítulo (el reciclaje de plásticos, la lombricultura o la revalorización social de la ganadería) pueden convertir las debilidades del modelo productivo actual en oportunidades y no sólo en obstáculos.

En definitiva, deberíamos pensar en el uso correcto de la inteligencia compartida que cada generación ha ido legando a la comunidad como memoria, fruto de diferentes compases propios. No creer en la autenticidad del territorio no puede significar tampoco borrar bruscamente la singularidad de un paisaje que es disfrutado

---

<sup>50</sup> El autor habla de “ciudad a corto plazo” y “ciudad instantánea”. He considerado que la sustitución del término “ciudad” por “territorio” se adaptaba mejor a mi objeto de estudio.



en lo cotidiano, aunque, en la mayoría de los casos, su valor sólo salga a la luz cuando se está a punto de perder.



## **CAPÍTULO 9: MIRADA ARQUITECTÓNICA**

### **9.1 ¿QUÉ ES LA MIRADA ARQUITECTÓNICA? COMPLEJIDAD E HIPÓTESIS DE PARTIDA**

Entiendo por mirada arquitectónica sobre el paisaje la manera de dar forma e integrar las edificaciones en el territorio. Se trata de una mirada tanto a la reiteración de una tipología arquitectónica con rol significativo como a la disposición relacional de las edificaciones en la trama urbana. Es una mirada importante en el análisis del paisaje en cuanto que la apariencia formal y funcional de las casas y su disposición individual y grupal generan espacios y paisajes en una forma muy humana de imprimirse y extenderse en el medio. Por ello, nos ofrece información sobre el carácter de la sociedad en la que se inserta. Mediante el concepto de emplazamiento y el principio de asentamiento, el entorno se convierte en la esencia de la producción arquitectónica (Gregotti, V., 1983, citado en Frampton, 2009:334).

La mirada arquitectónica no es ni monolítica ni uniforme sino que encierra un alto grado de complejidad: es cambiante a lo largo del tiempo, del espacio y de los colectivos, fruto de los dinámicos contextos históricos y sociales. La mirada experta de los y las profesionales de la arquitectura y del urbanismo actual difiere de la del maestro albañil de antaño, o ésta de la de las instituciones. Asimismo todas las clases sociales no tienen la misma percepción sobre la arquitectura. Es más, estas diferentes miradas entre grupos tampoco deben pensarse como homogéneas, pues sería basarse en supuestos estereotipados. Además, en la práctica arquitectónica existen condicionantes sociales, geográficos, presupuestarios, legales, estéticos, formales y culturales que median en ella. El dinamismo del cambio también se escapa a la uniformidad porque puede ser consciente o inconsciente, ensayado o improvisado, premeditado o irreflexivo, lento o rápido, generoso o egoísta, entusiasta o apático.

Este capítulo pretende reflexionar sobre fenómenos sociales que inciden en el cambio paisajístico en relación a la tipología de la arquitectura y la composición de la trama urbana.

Al igual que en la mirada cotidiana diferencié los *taskscares* tradicionales de los contemporáneos, también en esta mirada analizo el cambio desde la práctica arquitectónica tradicional a las nuevas formas de construir de las últimas décadas y de la contemporaneidad.

Al comparar viejos y nuevos haceres arquitectónicos bajo esta óptica en relación con el paisaje muchas son las cuestiones que surgen: ¿qué sociedad produce qué

arquitectura y qué urbanismo?, ¿qué sensaciones, qué sentires y sentidos dieron lugar a los territorios que hoy leemos como paisaje y cuáles son las que los modelan en la actualidad?, ¿es tan claro que en la práctica arquitectónica tradicional estuvo ausente el gusto estético y paisajístico y que en la actual esté siempre presente?, ¿quién demuestra ser más “ciego frente al paisaje” (Maderuelo, 2009:221), el maestro albañil de ayer o el arquitecto de hoy?, o al revés, ¿quién de ellos ha sido más consciente y coherente con su paisaje? Si ha habido un cambio, ¿en qué fase nos encontramos ahora? Son preguntas tan pertinentes como difíciles de responder. En cualquier caso, la tipología de las casas, los materiales con los que están construidas, sus emplazamientos y las formas de ordenarlos constituyen una narrativa cultural que describe y ordena secuencialmente las relaciones entre los lugares y las cosas y el sistema social, transmitiendo valores y principios de organización y credibilidad (Buxó, 2003:86).

Como punto de partida voy a trabajar con la hipótesis de identificar dos líneas de pensamiento dispares que generan dos maneras de integración de la arquitectura y la trama urbana en el paisaje. Se trata del “pensamiento paisajero” frente al “pensamiento paisajístico”. Ambos, en tensión, dan lugar a un cambio social y paisajístico.

“Paisajero” es un neologismo acuñado por Berque (2009) con el que el autor caracteriza un tipo de pensamiento que entronca con el *taskscape*, concepto recurrente en mi análisis de la mirada cotidiana. Dicho pensamiento se caracteriza por ser creador de paisajes a ritmo lento a través de las tareas diarias y de formas de hacer encarnadas y fenomenológicas relacionadas con el territorio, con la proximidad y con el habitar del paisaje. Paisajísticamente hablando, se trata de acciones que no tienen en cuenta el paisaje, ni para darle forma ni para disfrutar de él, pero que, sin embargo, interaccionan con él y en él, imprimiendo su huella en el paisaje de manera equilibrada e inteligente. Desde el punto de vista moderno, se podría decir que se trata de un pensamiento que logra crear paisajes ricos y proporcionados sin tan siquiera proponérselo.

No obstante, conviene introducir una matización al concepto. Si el pensamiento paisajero se caracteriza por ser la acción directa la que crea el paisaje por encima de su reflexión sobre él (que incluso se niega), ¿no resulta contradictorio llamar “pensamiento” a una forma de hacer sobre la que, según se define, no media pensamiento consciente y expreso que modele el paisaje?, ¿no sería mejor denominarlo “acción paisajera” para enfatizar la importancia del *taskscape*? Por ello, me referiré a la acción paisajera en lugar de al pensamiento paisajero.

Por otro lado, por contraponerlo al paisajero de Berque, denomino pensamiento paisajístico a aquellas maneras de construir y urbanizar conscientes del paisaje en sí mismo. Enlazaría con los *taskscares* contemporáneos y la connotación. Este pensamiento resulta consciente de la presencia del paisaje y se preocupa por disfrutarlo al entenderlo como algo deseable y placentero. De él deriva una forma de hacer más vinculada a la parte de la tensión del paisaje relacionada con la lejanía, con el observar y con la manera de mirar el territorio.

Vinculo este cambio paisajístico con el Hito 3 (“Del productivismo agrario al paradigma postproductivista”) en el que lo rural empieza a cambiar de función y pasa de proveedor de alimentos a espacio para disfrutar a través del ocio y la mirada, donde lo natural, lo verde, el paisaje como espacio de contemplación, incluso como bien de consumo, el silencio o la soledad adquieren valor en sí mismos por encima del cultivo de la tierra y la producción de alimentos. En los ambientes rurales la teatralidad del paisaje adopta caracteres épicos puesto que a menudo son identificados como símbolo de los orígenes y la pureza de la identidad nacional, a pesar de que en la actualidad estén marginados política y económicamente (Nogué, 2007a:13).



**Ilustración 30: Viejo Horno de Pan**  
Viejos haceres, nuevos usos: antiguo horno de pan obsoleto utilizado por el vecindario como rincón de charla.

He definido estas dos formas de pensamiento y acción para relacionarlas con la forma de construir y plantear las viviendas. Por tanto, ¿qué maneras de integración en

el paisaje generan estas dos maneras de pensamiento?, ¿qué influencia tienen en la práctica arquitectónica? La relación entre práctica arquitectónica y paisaje es un tema complejo y, aunque ambos conceptos (acción paisajera y pensamiento paisajístico) fundamentan dos formas de hacer arquitectónico y de configurar tramas urbanas, como en toda realidad social, no conviene tomar como dicotómicas y completamente opuestas la una de la otra. En el fondo plantean cuestiones acerca de nuestra forma de estar en sociedad que no son fáciles de resolver. La dicotomía, aunque estructura los haceres de una forma más accesible, hace parecer la sociedad menos compleja de lo que es, por lo que, en las realizaciones concretas de estas dos formas de hacer es más correcto presentarlas situadas en grados intermedios de una tensión social que en extremos opuestos. Tensión que es necesario resolver en positivo y de manera creativa.

## **9.2 ARQUITECTURA Y TRAMA URBANA TRADICIONAL EN CARRANZA: CARACTERÍSTICAS Y PROCESOS**

Aunque hoy en día encontramos caseríos, ermitas y palacios en ruinas, la riqueza arquitectónica del Valle, tanto en tipologías como en calidad constructiva, es evidente e indiscutible. Casas-torre, magníficos palacios, exuberantes casas de indianos, iglesias o ermitas se entremezclan con una mayoritaria arquitectura popular, excelente pero no siempre suficientemente valorada: caseríos, hornos de pan y cabañas de ganado y de pastores.

El estado de conservación de la arquitectura tradicional carranzana es variopinto. Desde edificios habitados en lustroso estado hasta otros completamente arruinados, encontramos toda la gama imaginable de estadios intermedios: en perfectas condiciones, habitados pero en regular estado, deteriorados, rehabilitados, reestructurados, semiabandonados, ruinosos pero en pie u olvidados.

Para una contextualización estético-visual convencional, sólo apuntaré un par de ideas generales que puedan ayudar a centrar el tipo de arquitectura vernácula del Valle. No abordaré detalles exhaustivos sobre tipologías arquitectónicas describiendo o enumerando edificios concretos, y prescindiré del análisis de aquellos nobles o señoriales, pues mi interés en este capítulo se limita a la vivienda popular.

A grandes rasgos, una parte de los caseríos carranzanos presenta características comunes con la arquitectura popular de la comarca de Las Encartaciones, mientras que el resto se aproxima más a las casas de montaña cántabras.

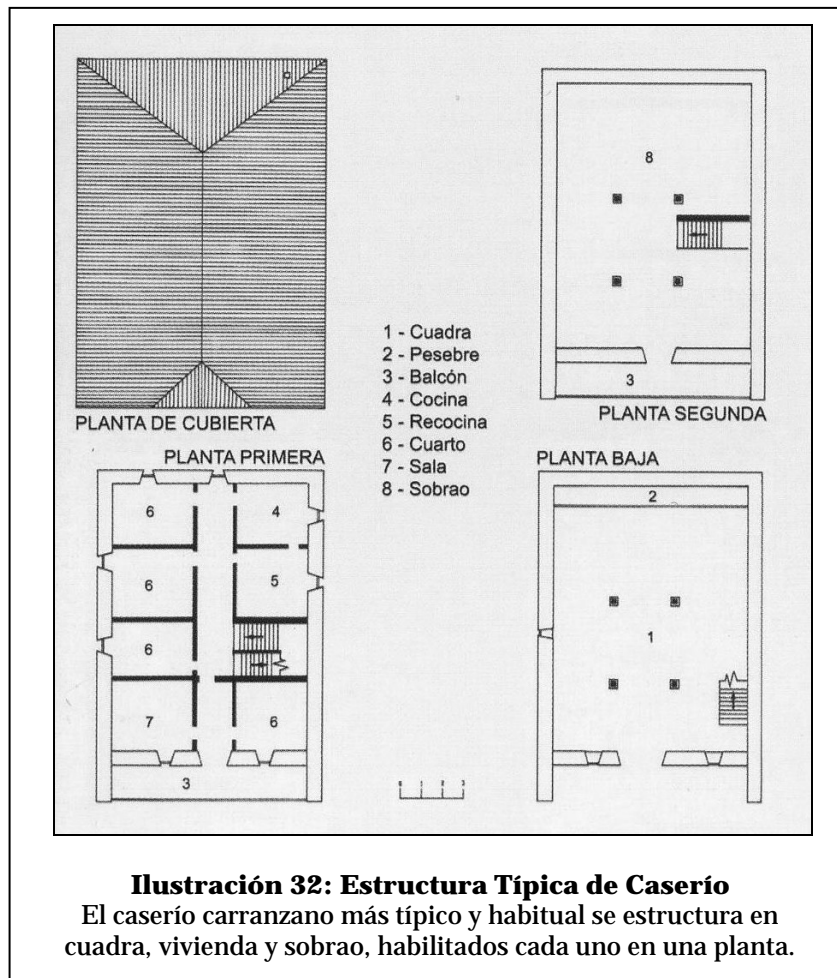


**Ilustración 31: Caserío Tradicional**

Caserío tradicional carranzano a la entrada del barrio del Callejo. Su estructura en tres pisos (cuadra, vivienda y sobrao) y remate del tejado en “cola de milano” es la más típica. El estado de abandono de muchos de estos caseríos es patente.

En su variante encartada, los caseríos presentan generalmente una o dos balconadas de madera en los pisos primero y segundo amparadas por el alero y los prominentes muros laterales. Uno de sus rasgos más característicos es el tejado a doble vertiente quebrado que se denomina “cola de milano”. Esta solución dota de un curioso aspecto a las fachadas principales, que tienen un remate a modo de visera. Al parecer, se trata de un recurso para ofrecer más resistencia a los vientos. Al igual que en la mayor parte de los caseríos vizcaínos, los vanos de mayores dimensiones están en la fachada principal. La variante montañesa es más simple y se caracteriza por balconadas corridas a lo largo de las fachadas laterales (Paliza y Díaz, 1989:39-40).

La casa carranzana tradicional tiene la función típica del caserío ya que constituye tanto una unidad residencial como de producción agropecuaria. Como se puede ver en la Ilustración 32, la casa suele tener tres plantas: en la baja dispone de una cuadra para la estabulación de los animales, en la primera se habilita la vivienda familiar y en la segunda, bajo el tejado, el granero, al que se le denomina sobrao. Aunque el estilo no sea ni mucho menos homogéneo, las casas de un mismo barrio han estado tradicionalmente en consonancia arquitectónica, dotando a cada uno de ellos, en general, de una personalidad propia y de un papel significativo y singular dentro del paisaje sociocultural.



Respecto a la trama urbana sobre la que se van construyendo dichas viviendas, el barrio es la unidad espacial por excelencia. Esto indica que la concentración ha sido históricamente la práctica predominante, que no exclusiva, en la agrupación de la población. Los barrios fueron vertebrándose ya desde la Edad Media, configurando un espacio a la vez disperso y compacto, pues la población se distribuía en núcleos de no muchas casas pero bastante agrupadas. El de Biáñez parece ser el primer barrio referenciado como tal en Bizkaia (Saratxaga, 1997).

Los núcleos urbanos, es decir, los barrios, son muy heterogéneos y siguen distintos patrones formales: a) distribución lineal, a modo de camino que suele llevar hacia un edificio principal (la iglesia o algún palacio), como en Bernales; b) distribución compacta, donde las casas tienden a agruparse de forma más o menos concéntrica en torno a un espacio central, como en Ranero; c) agrupación de casas pero sin seguir un criterio determinado, como en San Ciprián de Treto; d) grupos de casas o lugares (voz



hoy en desuso) en los que se subdividen algunos barrios como en Pando<sup>51</sup>; e) y, por último, aunque constituye una excepción, dispersión total como en Las Torcachas.



**Ilustración 33: Trama Urbana de Bernales**

El barrio de Bernales tiene una distribución urbana lineal, además de poseer buenos ejemplos de tipología de casa montañesa.

Así, el asentamiento de la población tiene un cierto aire disperso, aunque mucho menos que el hábitat típico de Las Encartaciones orientales donde el caserío se distribuye de manera más desordenada. Carranza, de este modo, se acerca más al tipo de aldeas concentradas montañesas existente en Trucíos y Arcentales, los pueblos encartados más occidentales.

En un Valle como este, con un carácter tan montuoso repleto de ondulaciones, cuevas y pendientes, parece lógico que la orografía fuese un factor decisivo en la ubicación de una población mayoritariamente pastoril. Por ello, tradicionalmente la mayoría de los núcleos urbanos fueron asentamientos en ladera o incluso en altura, aunque siempre aprovechando los escasos rellanos que el terreno ofrecía y evitando el fondo del Valle por la amenaza constante de inundaciones de unos ríos no muy caudalosos pero fácilmente desbordables. A pesar de esto, barrios como Ambasaguas, Concha (actual centro administrativo) y La Tejera se sitúan justo en su parte más profunda.

<sup>51</sup> En Pando los lugares serían Aldea, Cueto, El Chorrote y Lasamosillas.

Se puede afirmar que el barrio ha sido uno de los éxitos más notorios de la acción paisajera del Valle a lo largo de su historia: la consecución de una entidad para vivir muy integrada desde los puntos de vista social y paisajístico. Incluso aquellos que no parecen tener una estructura muy clara en torno a una plaza o una iglesia, la vida social logró encontrar puntos de encuentro y lazos lo suficientemente sólidos, propios y diferenciados para que cada barrio haya sido siempre el referente social, identitario y paisajístico de sus habitantes, muy por encima de la idea de pertenencia a un mismo Valle o municipio. La familia tradicional extensa y la necesidad de realizar trabajos del campo muy costosos y laboriosos en común contribuirían a hacer de él un lugar comunitario de trabajo, encuentro, reunión y socialización, aunque esto no quiere decir que socialmente fuese un sistema ni justo ni ideal. La idea de Parroquia (es decir, el conjunto de barrios que constituyen una unidad eclesial) también aparece como aglutinador del vecindario en torno a una noción de identidad, aunque de segundo orden.

El caserío en Carranza constituía una unidad productiva familiar cuya estructura respondía a las necesidades y funciones de los distintos espacios y cuya forma se inspiraba, como norma general, en las distintas tradiciones constructivas locales. Hasta la modernización del campo y sus consecuentes cambios sociales, la acción paisajera consiguió desarrollar de manera instintiva y sin necesidad de reflexiones academicistas formas equilibradas y muy bien integradas paisajísticamente: resolvía funcionalmente las necesidades de la vida cotidiana de vivienda, sociabilidad, producción y confort al tiempo que dotaba al espacio urbano de carácter afectivo. La idiosincrasia formal y arquitectónica de los barrios, forjada con diferentes compases y en periodos de tiempo largos, convertían al espacio común en escena urbana singular y en marco referencial de la vida cotidiana. Constituían asimismo un espacio de referencia que se mantenía anónimamente en silencio. No se hablaba de identidad con el entorno ni con el paisaje, pero existía y creaba lazos fuertes. Aunaba, sin pretenderlo o precisamente por ello, la coherencia de un hacer con la emoción de saberse en un lugar con identidad y fisonomía propia, pero, sobre todo, conocido, familiar y arraigado.

El pausado y silencioso crecimiento de los barrios, al dictado de unas necesidades sociales cotidianas cercanas y no especuladoras demuestra así ser inteligente en cuestiones formales y organizativas. Al margen del conocimiento legal y experto, pues no sabe de normas subsidiarias sino de costumbres, ni de títulos académicos sino de saber acumulado, la acción paisajera que diseña el espacio urbano

da muestras de sentido común y de “inteligencia compartida” (García *et al.*, 2008; Ojeda, 2009).

Habitualmente se suele presentar a la arquitectura tradicional, que aquí relaciono con la acción paisajera, como integrada paisajísticamente debido a su funcionalidad, utilitarismo y adaptación al medio. Por ejemplo, Elena Escar (1997) considera la arquitectura popular y el urbanismo rural como fruto de las condiciones climatológicas, del entorno geográfico, del devenir histórico, así como de motivaciones económicas y sociales. La volumetría de este tipo de arquitectura sería armónica y equilibrada por la experiencia secular de sus constructores, obtenida de la familiarización con los materiales, los modos de vida, la tradición local, la acumulación de experiencia en materia de construcción y la respuesta a unas necesidades muy concretas. Se suele admitir que este tipo de factores son los que logran la integración paisajística.

A falta de criterios más sólidos es cierto que supone una hipótesis razonable y defendida por múltiples autores. Sin embargo resulta insuficiente por no explorar las transformaciones contemporáneas de la mirada arquitectónica sobre el paisaje en cambios sociales de más relevancia. Dichos cambios no sólo hay que buscarlos en la construcción de casas con estilos que se alejan del tradicional, sino que debemos ahondar en la modernización de la vida del Valle a nivel familiar y productivo y en la inclusión del paradigma postproductivista en la vida cotidiana.

### **9.3 ARQUITECTURA, URBANISMO Y CAMBIO SOCIAL**

#### **9.3.1 Urbanización rápida de la hondonada del Valle: primera ruptura del compás territorial.**

Como hemos visto ya en los hitos paisajísticos y en la mirada cotidiana, los cambios sociales se empiezan a sentir a partir de mediados del siglo XX: los procesos migratorios producen desplazamientos de la población hacia las ciudades industriales y hacia los barrios del centro del Valle, la familia se va acortando y la actividad agropecuaria reespecializando y reespacializando<sup>52</sup>. Algunas actividades como la agricultura van desapareciendo reemplazadas por otras como la ganadería de vacuno de leche que se va expandiendo e intensificando. Consecuentemente, los núcleos

---

<sup>52</sup>Remito a la lectura del Capítulo 13, “El olor como factor de cambio en la casa y en el espacio urbano”, donde se estudian con más detenimiento los procesos a los que aquí aludo de reespecialización (o intensificación) y reespacialización (o cambios en la ubicación de los animales).

urbanos y los espacios de la casa también van cambiando de función, se recolocan o desaparecen.

El abandono de los barrios periféricos a favor de otros más céntricos, principalmente el de Ambasaguas, junto a la estación del tren, produce un retroceso muy notorio de población de los barrios más alejados y menos accesibles. Desde el punto de vista del paisaje, este cambio constituye una primera muestra de debilitación de la acción paisajera, en el sentido de que tal desplazamiento poblacional rápido produce una urbanización atropellada y desordenada en Ambasaguas sobre los años sesenta y setenta de la que ha quedado como testimonio numerosas viviendas en altura de caótico orden y extraña apariencia urbana, radicalmente diferentes a la del resto de los barrios (a excepción de parte del de Concha donde se dio un fenómeno parecido pero de menor alcance).

Se trata de una fase del cambio en la que todavía no se puede hablar de pensamiento paisajístico, puesto que la intervención arquitectónica está inspirada en un tipo de construcción similar a la de la ciudad y de la fábrica y, a juzgar por el resultado, se olvida por completo del paisaje al hacerlo. Además de cambiar la forma e identidad del paisaje preexistente en dicho barrio, introduce modificaciones radicales y sustanciales en el territorio (Vivas, 2005:9). Se da la paradoja de que al ser Ambasaguas el barrio de entrada al Valle, da cuenta bastante equivocada y discordante de lo que formal y paisajísticamente es éste.

En la arquitectura tradicional siempre hubo incorporación de novedades estilísticas y formales fruto de modas o de cambios en las formas de hacer, pero la acción paisajera era básicamente comedida y equilibrada. De hecho, la construcción de villas indianas en décadas anteriores, aunque supusiera la introducción de una arquitectura totalmente extraña y ajena al Valle, no fue ningún desmán ni se percibió como tal porque, aun constituyendo decisiones arquitectónicas arriesgadas, supo respetar los compases del desarrollo territorial carranzano. Sin embargo, lo que ocurrió en aquella urbanización atropellada fue fruto de las prisas y de esa imitación del desarrollismo de las ciudades que era considerado como un valor en sí mismo. Al mismo tiempo, los barrios periféricos sufrieron una despoblación considerable. Incluso dentro del propio Valle hubo familias que decidieron dejar su lejano barrio y su casa o caserío familiar (normalmente autoconstruido o autopromocionado) para comprar un piso más cercano a la estación del tren. El resultado de la urbanización rápida de la hondonada del Valle fue banalidad y desarraigo.

La diferencia entre el viejo hacer calmado y este nuevo precipitado no se encuentra sólo en la velocidad y en la dimensión de los cambios, sino en la ausencia de un reconocimiento del compás territorial previo a la actuación urbanística. Es decir, que la reurbanización del barrio no se adaptó, o no supo hacerlo, al ritmo propio de crecimiento del barrio ni al carácter de su fisonomía. La rapidez, la falta de reflexión y la imitación de otros modelos desarrollistas desembocaron en cambios sociales que no fueron armónicos con la relación identitaria de la trama urbana y las tipologías arquitectónicas preexistentes. Es decir, se ignoraron las acumulaciones culturales del barrio, confundiendo la rapidez y la velocidad con el progreso y el desarrollo al igual que pasó en tantos otros pueblos y ciudades del territorio vasco. Hacer lo contrario no tendría por qué haber implicado copiar las tipologías de los caseríos, sino adaptar su urbanización respetuosa y coherentemente con el medio ya construido. En Ambasaguas las nuevas construcciones se alejaron de la acción paisajera, no porque se produjeran innovaciones, sino porque éstas no supieron reconocer ni aplicar el compás propio del territorio carranzano.

### **9.3.2 Fragmentación urbana y heterogeneidad arquitectónica contemporáneas**

Aquel desplazamiento de población fuera y dentro del Valle, junto con cambios económicos y sociales, van introduciendo transformaciones funcionales y estéticas en las viviendas. La heterogeneidad aumenta, aunque en un principio las novedades se producen dentro de los propios barrios. Será después cuando empiecen a apuntarse cambios en la estructura de dichos barrios, teniendo hacia su dispersión. A pesar de las transformaciones, es necesario aclarar que se trata de un Valle donde la especulación no ha estado presente.

La primera casa moderna enteramente residencial construida muy distante de cualquier barrio o agrupación de casas fue recibida con sorpresa. A pesar de que los barrios son pequeños, vivir alejado de ellos no era considerado como ventajoso. Si bien los servicios disponibles son escasos, sus instalaciones se convierten en centros de convivencia: alguna pequeña tienda de ultramarinos, el bar (frecuentemente ambos en el mismo local), la iglesia (que tradicionalmente ha supuesto un punto de encuentro independientemente del grado de devoción de los habitantes), la plaza, la parada del autobús (que algunas vecinas denominan “la casa de la palabra” por ser un lugar donde conversar con la llegada del buen tiempo) o centros de ocio y reunión habilitados por los vecinos en algún local, como las viejas escuelas.

Con el tiempo, este fenómeno de fragmentación urbana (Low, 2005) va dejando de ser excepcional. Bien es cierto que en Carranza no existen urbanizaciones de chalés descontextualizados social y urbanísticamente de los núcleos de población que tanto han proliferado en otras zonas. No obstante, particularmente en la última década, la construcción de manera difusa y aislada se va incorporando al hacer arquitectónico como una práctica habitual. En ocasiones, con la construcción de una vivienda independiente del resto del vecindario que se aísla de éste mediante vallas y setos. En otras, construyendo la casa lejos de la trama urbana del barrio.

Estos cambios dan cuenta de los nuevos usos y prioridades del barrio y de un caserío que cada vez tiene menos de espacio productivo y más de vivienda. Las transformaciones sociales tienen dos consecuencias en materia arquitectónica: nuevas tendencias en la tipología constructiva, al tiempo que lo tradicional va envejeciendo y desmoronándose; y unos núcleos de población que se van expandiendo difusamente más allá de sus límites habituales. Ambos forjan un cambio paisajístico importante.

Yendo de lo general a lo particular, varios son los fenómenos que han conducido a Carranza hacia esta nueva situación: primero, el paso de una sociedad basada en la costumbre y la herencia a otra más racional, individualista y diferenciada que ofrece más libertad y más cotas de reflexión a costa de una mayor incertidumbre; segundo, la ampliación de las funciones asignadas al medio rural; y tercero, la sustitución de la acción paisajera por el pensamiento paisajístico. A su vez estos fenómenos generales se traducen en otros más específicos: cambio de uso y función de la tierra y la casa, aumento del abanico de formatos y estéticas constructivas donde elegir y menor intervención de los maestros albañiles en pos de otros profesionales que priman otros criterios como la originalidad y la singularidad.

En su análisis de la contemporaneidad occidental, François Ascher (2000), en lo que denomina “tercera revolución urbana moderna”, nos describe una sociedad que en lugar de recurrir sistemáticamente en su hacer y en su pensar a la costumbre, a las creencias o a la tradición, trata de tomar decisiones en base a la reflexión libre individual, para la que siempre hay un espacio a pesar de los fuertes condicionantes e influencias sociales y culturales que recibimos. De la tradición emerge una forma de vivir aparentemente más comunitaria, pero también con un margen más estrecho para la individualidad. De la reflexión individual, sin embargo, surgen individuos más autónomos, pero que han de decidir y medir por sí mismos las consecuencias de sus actos. Esta autonomía aumenta la incertidumbre al desanclarse de una costumbre que, aunque reste crítica social, aporta mayor seguridad a las decisiones al no cuestionarse

ciertas actitudes sociales y familiares. Dicha incertidumbre aumenta si pensamos que la individualización se hace cada vez más potente y pujante: no es sólo que podamos elegir, sino que debemos hacerlo continuamente.

Esta dinámica social hace que el sistema en el que se construyen las decisiones se vuelva más complejo, y a pesar de que la globalización contemporánea homogeneiza porque difunde los mismos objetos y referencias, también diferencia porque amplía la posibilidad de elección. Si antes cada generación más o menos reproducía los usos y costumbres de las generaciones precedentes, hoy ya no es así, y las categorías son menos homogéneas y más móviles, con vínculos más débiles pero más numerosos y heterogéneos. De esta manera, la sociedad se compone hoy de individuos con múltiples pertenencias que se desenvuelven en campos sociales diferenciados, y el futuro se vuelve menos previsible y planificable con una economía cada vez más urbana y con profundos cambios sociales, económicos, culturales, políticos y territoriales.



**Ilustración 34: Nuevas Arquitecturas**

Las nuevas arquitecturas en el Valle se caracterizan por su heterogeneidad. Responden más a la libertad de criterio del autopromotor que a los modelos tradicionales.

Por otra parte, la ampliación de las funciones de la ruralidad hay que contextualizarla en el paso del productivismo al postproductivismo agrario (estudiado con más detalle anteriormente) por el que hay un mayor interés intrínseco por el disfrute del paisaje estético como espacio de contemplación, al margen de los trabajos de la tierra que lo crean. Este mayor interés supone, a su vez, la debilitación de la acción paisajera y el fortalecimiento del pensamiento paisajístico.

En la decisión de hacerse una casa en este nuevo espacio rural, el tener buenas vistas dentro de ella (pensamiento paisajístico) tiene mucho más peso que el crearlo

fenomenológicamente (acción paisajera) porque muchas de las familias autopromotoras ya no están ligadas al sector primario, a pesar de vivir en el pueblo.

Urbanísticamente hablando, se va rompiendo la costumbre de emplazar la vivienda dentro del núcleo urbano del barrio por dos razones: por un lado, porque se anhela una mayor privacidad y autonomía en el contacto con el vecindario y unas mejores vistas hacia el paisaje, optando por emplazamientos más individualistas o alejados del barrio. Por otro, por cambios en la función de la tierra producidos por la crisis de la actividad agropecuaria, ya que parte del suelo rústico circundante a los barrios que había sido destinado a praderas (o anteriormente también a campos de cultivo) se reutiliza para usos residenciales y forestales, aprovechando ampliaciones del suelo urbano o lagunas permisivas de las normas subsidiarias municipales. A pesar de que no haya habido movimientos especulativos, el precio de la tierra y de la vivienda ha aumentado, con lo que los propietarios optan por su reutilización residencial para la propia familia.



### Ilustración 35: Nuevas Construcciones

El agujero a cuyos pies se levanta este cartel anunciador de una nueva promoción de viviendas constituye una metáfora entre lo viejo y lo nuevo: el antiguo muro circundante del prado en el que se van a construir las viviendas se derribará, a la vez que se levantarán otros nuevos que rodearán los chalets. Los usos y formas del territorio, así, se suceden.

La nueva casa simplifica y amplifica a la vez sus funciones como fruto de esa sustitución de la acción paisajera por el pensamiento paisajístico: se reducen las funciones de caserío agrario a la de vivienda, pero se introduce la función de la casa



como lugar privado para contemplar vistas y recrearse en un jardín. Así, el pensamiento paisajístico emerge y el paisaje se considera un bien intangible de deseo y de valor. Si en la acción paisajera el paisaje se creaba a través de lo próximo, del habitar y de lo fenomenológico, ahora el paisaje se disfruta desde la lejanía y desde la observación distante. Al cambiar las funciones y necesidades de la casa es lógico que algunos de sus espacios varíen, porque ya no tiene sentido plantearlos para una actividad agropecuaria inexistente o para una familia que ha dejado de ser numerosa. ¿Para qué un sobrao, una cuadra o una casa de grandes dimensiones? El abandono de la herencia local y el paso a la sociedad más urbana y compleja defendida por Ascher provoca en Carranza una relectura del paisaje.

En los tiempos y compases del campo hay poco margen para la contemplación y el ocio. El territorio no es observado como paisaje sino vivido como tierra que da la vida, en contacto inmediato y corporal. El paisaje no se contempla sino que se modela en la vivencia cotidiana. En consonancia con esta forma tan fenomenológica de relacionarse con el medio, la arquitectura y el barrio paisajeros no dan muestras de mirar hacia el entorno con interés estético. Los vanos son pequeños y prácticamente inexistentes en la cara norte de la casa, no buscan el paisaje sino resguardarse del frío, cerrándose al norte y abriéndose hacia el sur cálido y soleado; las estancias resultan poco luminosas e incluso existen alcobas ciegas; la entrada de la casa da directamente al barrio, es decir, al espacio público de la calle, de la plaza o de la iglesia, pues el ámbito de la privacidad se circunscribe al interior de la casa; no existe jardín recreativo ni contemplativo alrededor porque no hay ni tiempo ni interés en él. Pero, paradójicamente, sin un criterio estético consensuado, las viviendas adquieren un rol significativo que da identidad y crea paisaje. El barrio, así, se inserta en el Valle de manera equilibrada y armoniosa ante los ojos urbanos y paisajísticos. La acción paisajera acierta paisajísticamente hablando a pesar de no estar tan motivada por el paisaje como el pensamiento paisajístico.

En cambio, la nueva arquitectura sí mira hacia el paisaje. Este fenómeno resulta bastante indicativo del cambio social. Ahora el emplazamiento de la casa busca y desea el paisaje, por lo que las ventanas se ponen también en su cara norte. A su vez, el jardín como espacio contemplativo y recreativo aparece como una necesidad formal y funcional de la casa. Es decir, la nueva arquitectura, al contrario que la tradicional, prioriza la luminosidad, las hermosas vistas del Valle recién descubiertas y el jardín privado de recreo, en lugar de maximizar los espacios disponibles para lo agrícola-ganadero, para alojar a una familia extensa o para su integración en el barrio, al que no

existen reparos en darle la espalda o ignorar. La vida social, en suma, ha cambiado su escala de valores y predilecciones, y la arquitectura y trama urbana lo refleja. Con todo, no deja de ser paradójico que el paisaje de campiña carranzano, en su componente estético, se valore como nunca justo en el momento en el que su futuro es incierto dada la crisis que atraviesa el sector agropecuario.

El jardín no es algo totalmente novedoso en Carranza, pues las casas (más correcto sería decir mansiones) que muchos indios de primera o segunda generación construyeron en el Valle tuvieron siempre jardín circundante de recreo, símbolo del nuevo estatus de riqueza y muestra de la nueva función exclusivamente residencial de la casa<sup>53</sup>. Pero en la contemporaneidad, hacerse una casa con jardín es algo extendido, independientemente del estatus de la familia. Si antaño no hubo tiempo ni predilección por el jardín, en los tiempos urbanos de la fábrica, de la oficina o de la jornada laboral, independientes de las estaciones, del clima, del biorritmo de los animales o de los cultivos, sí hay cabida para él o incluso para la consideración del territorio como jardín, que es como se puede considerar en sí mismo el paisaje cuando se enmarca, en forma de panorama, desde una ventana. El jardín, así, se ofrece a la mirada como un cuadro vivo que contrasta con la naturaleza circundante. Se entiende como un recinto cerrado, separado, un espacio interior, cultivado por el ser humano para su propio deleite, disfrute y calma, que contrasta con la naturaleza desordenada, anárquica y llena de peligros (Roger, 2008:67-68). Privacidad, complacencia, ocio y moda se superponen en la necesidad contemporánea de hacerse una casa con jardín y revelan nuevas actitudes ante la vida social y ante el paisaje.

La proliferación de viviendas aisladas, rodeadas de una valla, con menos contacto directo con el barrio y más vistas al paisaje, da pie a una actividad urbana más autónoma y a la aparición de una nueva geografía hecha de objetos independientes, desmarcada del barrio y que no participa del mismo (Muñoz, 2008). Mientras los viejos caseríos y los prados se abandonan o cambian de función, las nuevas casas, ya enteramente residenciales, se construyen en los extrarradios o aisladas del vecindario. Este hecho supone un debilitamiento del barrio como núcleo urbano por excelencia y como lugar de encuentro, reunión y socialización, además de la transformación del paisaje, que se va poblando paulatinamente de casas aisladas y desperdigadas. El espacio público se debilita frente a una nueva arquitectura, reflejo y no causa del cambio social, que concibe la casa de una manera más individualista. Esto supone,

---

<sup>53</sup> Si hubo función productiva, ésta se situaba en edificios aparte y diferenciados de la casa principal.

además, un alto coste al Ayuntamiento, pues la diseminación aumenta los gastos de urbanización del pueblo con sus correspondientes y costosas traídas de luz, agua y alcantarillado. Sin pretender en absoluto idealizar la cohesión ciudadana del pasado, la vida común de los barrios se va desmembrando y se va perdiendo sentido vecinal.

Con respecto a la nueva heterogeneidad de estilos arquitectónicos, se construye en consonancia con el gusto particular del dueño, que es autopromotor<sup>54</sup>, y de su arquitecto, con el que ha trabajado el proyecto residencial. Quien se construye una vivienda ya no siente la responsabilidad de continuar con la costumbre arquitectónica, ya que las funciones de la casa, como hemos visto, han cambiado. Hay multitud de estímulos y de modelos nuevos, y los tradicionales se ven como algo anticuado, desgastado y poco práctico, en consonancia con la mayor posibilidad de elección personal de la que nos habla Ascher.

En un Valle en el que hay un gran abanico de ocupaciones y la agropecuaria tiende a dejar de ser la mayoritaria, es lógico que las expectativas a la hora de hacerse una vivienda varíen y se amplíen. Si la acción paisajera hizo que cada generación reprodujera en mayor o menor medida los usos arquitectónicos y urbanísticos de las precedentes, hoy en día los individuos, inmersos en redes sociales más amplias y complejas y ante un panorama muy vasto de opciones donde elegir (entre ellos el de caserío nevasco que trataré en el punto siguiente), se guían por unos gustos más particulares, personales y autónomos, e incluso arriesgados.

La individualización contemporánea de las formas estéticas y su difusión urbana, que salpica de viviendas las antiguas praderas, transforma mucho más rápidamente el paisaje. La acción paisajera construía en sintonía con el paisaje moderno pero a sus espaldas. Y, sin embargo, el pensamiento paisajista construye de cara al paisaje pero no siempre consigue su sintonía porque no sabe o porque no puede hacerlo.

En este contexto subyacen cuestiones importantes que generan múltiples interrogantes: cuando se es conciente del paisaje como bien intangible contemplativo, ¿cómo se construye en consonancia con él?; en las decisiones concretas de levantar una vivienda, ¿cómo se ha de hacer para construir paisaje de forma armónica?; ¿la mayor libertad de elección social y arquitectónica supone realmente un deterioro paisajístico o verlo así es fruto de la nostalgia de lo tradicional?, ¿supone una segunda ruptura de la

---

<sup>54</sup> En la arquitectura contemporánea carranzana, aunque la ha habido, la construcción de bloques de viviendas ha sido mínima, tanto de protección oficial como de promoción particular.

acción paisajera o es una nueva forma de acción paisajera, que, en última instancia, tampoco tiene tan claro qué es y cómo trabajar el paisaje? ¿La desestructuración de la trama urbana de los barrios, aunque lenta, desembocará en una situación similar de banalidad y desarraigo a la de la primera ruptura de la acción paisajera?

### **9.3.3 Reinención de lo tradicional: la simulación y el caserío nevasco**

Por su extendido uso contemporáneo más allá de Carranza quisiera detenerme brevemente en el nuevo caserío nevasco, que aquí entronco con un concepto de simulación arquitectónica que reinventa lo tradicional en un intento añorante de mezclar pasado y presente, basándose no en las tradiciones locales sino en un estándar imaginario.

Este caserío nevasco, que lo conceptualizo como fruto de la “simulación del caserío”, no se trata de algo nuevo. A principios del siglo XX hubo en el País Vasco una corriente arquitectónica a la que se suele denominar de Estilo Nevasco que caracterizó a edificios públicos y privados proyectados por arquitectos de renombre. Dichos edificios parten de elementos tradicionales del caserío y lo reinterpretan formalmente, aunque ya no desempeñen su función ni tengan que insertarse necesariamente en un entorno rural. Estas construcciones se caracterizan por utilizar sillarejo visto en los marcos de los vanos y en los esquinales; entramado ficticio; ladrillo visto en el frontón, a veces con imitación de huecos de ventilación triangulares; tejado a doble vertiente; caballete perpendicular a la fachada principal; cortafuegos decorativos; balcones con balaustres de madera o de hierro y chimeneas de ladrillo con copete. En Carranza, por ejemplo, lo encontramos en la casa de Nicolás Vicario Peña<sup>55</sup>, que proyectó Smith Ibarra en el barrio de Concha (Gómez, 1999, 2003).

En la historia de la arquitectura formal, el Nevasco se circunscribe básicamente a principios de siglo, sobre todo a la década de los años veinte, y se liga a nombres de arquitectos reconocidos. Sin embargo, en la actualidad, sigue existiendo esta tendencia en la arquitectura doméstica popular y anónima (es decir, no firmada por arquitectos de élite) en base a la que se construyen infinidad de viviendas unifamiliares o adosadas en todo el territorio vasco. En consonancia, muchas de las construidas en la última década en Carranza, que no todas, tienen como modelo ese caserío vasco estándar que tiene más de arquitectura nevasca de los años veinte que

---

<sup>55</sup> Autor carranzano que ha sido referenciado en numerosas ocasiones en los capítulos 6 y 7 sobre la mirada cotidiana por su monografía *El Noble y Leal Valle de Carranza*.

de caserío carranzano. Es una arquitectura que no se inspira en la tradición, sino en reinterpretaciones epidérmicas (Vivas y Arnaiz, 2007:187) del caserío nevasco.

La tipología de caserío vasco es mucho más heterogénea, rica y diversa que este estándar contemporáneo homogéneo tan extendido en la geografía actual. Ese estándar es fruto de una selección y recreación de una tipología de la vivienda que emula el pasado, recomponiéndose en una nueva arquitectura iconográfica que acumula “citas y préstamos arquitectónicos cual operación de muestreo” (Muñoz, 2008:191), pero que simplifica tanto estructural como funcionalmente la casa popular campesina. Para Muñoz, que a su vez se basa en Baudrillard (1998), este proceso de emulación se sustenta en un mecanismo de simulación: el objeto arquitectónico simulado (el caserío tradicional) no tiene una relación directa con un original auténtico (porque no existe un único caserío tradicional vasco), sino con un modelo (el caserío nevasco de los años veinte) que puede ser simulado conformando una serie (la reinención del caserío nevasco).

El modelo se simula y copia una y otra vez. Sustituye los originales (los caseríos tradicionales) por otro modelo que ni siquiera es su copia (el Estilo Nevasco de los años veinte) sino copia de copia (la edificación contemporánea). Esta copia de copia, esta simulación o simulacro (ver también Vivas, 2007), en suma, es lo que permite que la casa nevasca pueda ser reproducida independientemente del lugar (en Álava, Lapurdi, Hernani o Carranza), porque ya no tiene la obligación de representar ni significar el caserío. Al carecer de una función diferenciada en el territorio, es posible conseguir una casa reducida en cuanto a sus atributos (la estética) y simplificada en cuanto a sus contenidos (la función).

Dicha reinterpretación arquitectónica realizada casi en serie en un espacio tan amplio y diferenciado como el vasco da como resultado en Carranza unas casas que, pretendiendo emular formalmente un caserío, nada tienen que ver con la casa carranzana, emparentada, como hemos visto con anterioridad, con el caserío encartado o con la casa montañesa. Al perderse en buena parte del Valle la función productiva del caserío, la estructura de las nuevas casas, como es lógico, sólo responden a un uso residencial. Sin embargo, muchas de ellas pretenden seguir rememorando la estética de la casa campesina reinterpretada en función de una moda arquitectónica añorante, aunque sólo sea superficialmente, de un pasado tradicional.

Sin duda, esta moda arquitectónica tan extendida tiene su respaldo en las normas subsidiarias de muchos municipios rurales. En el caso de Carranza se señalan

una serie de especificaciones para la construcción de una casa de obligado cumplimiento (si bien es cierto que, en la práctica, se admiten excepciones): las pendientes de los tejados han de tener una inclinación de entre el 30 y el 50% , el material de acabado de cubierta tiene que ser de teja de color rojo, las cubiertas tienen que rematarse con alero no inferior a 50 cms., para el acabado de la fachada se recomienda el empleo de la piedra y de los raseos para pintar, las carpinterías exteriores tienen que ser de madera y quedan expresamente prohibidos los materiales vitrificados como el gres u otro tipo de plaquetas. Así, aunque no se impone el modelo neovasco, con estas especificaciones se alienta.



**Ilustración 36: Simulación Arquitectónica**

Esta vivienda ejemplifica la simulación del caserío vasco, que emula el tradicional pero sin serlo. Copia de copia, salpica el territorio vasco más allá de Carranza.

Este proceso de simulación arquitectónica en el Valle entronca con algo mucho más global, extendido a nivel mundial. En cuanto al paisaje urbano, ciudades distintas, con historia y culturas diversas, de población y extensión nada comparables y localizadas en lugares muy diferentes del planeta, experimentan transformaciones muy similares y producen un tipo de paisaje estandarizado y común. Éste aparece repetido y reincidente como territorios cortados por el mismo patrón en un mismo relato visual<sup>56</sup> (Muñoz, 2008:11). En zonas rurales, algunas restauraciones o conservaciones de pueblos mantienen formalmente su arquitectura y fisonomía pero sin poseer ya su antigua función campesina, lo que da como resultado pueblos turísticos pintorescos simuladores de lo tradicional pero con tintes de artificialidad. Cortados con un mismo

---

<sup>56</sup> Pensemos en centros históricos o puertos deportivos cada vez más estandarizados.

patrón, resultan atractivos para fotografiar pero tan previsibles e intercambiables que acaban siendo poco singulares<sup>57</sup> aunque tengan mucho éxito turísticamente hablando.

Esta reinención de la reinención o simulación de la simulación en la arquitectura se convierte, una vez más, en un indicador del cambio social. El paisaje, leído a través de la arquitectura, se simplifica en un modelo que se repite en un vasto territorio, al mismo tiempo que las diversidades estéticas del mismo (los viejos caseríos tradicionales) caen en desuso, se desmantelan y se derrumban. ¿Será en un intento de salvaguardar nuestro interés por lo comunitario y tradicional dentro de nuestra búsqueda, deificada por la sociedad contemporánea, de una vida más individual y autónoma?

#### **9.4 AUSTERIDAD, PRECAUCIÓN Y LENTITUD ANTE EL CAMBIO: REFLEXIÓN ABIERTA**

La debilitación de las variedades constructivas locales, la introducción de nuevos modelos exógenos al Valle, la dispersión de la trama urbana y la individualización de la vivienda van despersonalizando la unidad espacial más exitosa de la acción paisajera carranzana: el barrio. Son nuevos haceres arquitectónicos que entroncan con ese pensamiento paisajístico contemporáneo que, paradójicamente, buscando el paisaje desde la casa (tener buenas vistas) no mejora su integración estética en el conjunto del paisaje. El Valle se hace más simple y más complejo al mismo tiempo.

Pero para ser justos con la práctica arquitectónica y urbanística de las nuevas generaciones que pretenden seguir viviendo en el Valle, el juicio de la incorporación de novedades constructivas no debería de basarse en la comparación con la tradición sino en el respeto al compás del *locus* carranzano, la funcionalidad o la habitabilidad de la vivienda. Por ello, es necesario huir de criterios esencialistas basados en la tradición (es decir, una vivienda es acertada si sigue modelos constructivos tradicionales y no lo es si innova) y se deben tener en cuenta otros criterios nuevos: eficiencia energética, racionalización de la construcción, incorporación de nuevas técnicas constructivas, sostenibilidad o enriquecimiento del entorno colectivo. Ahora bien, este tipo de juicios son más complejos, pues si la tradición hacía más fácil la lectura del territorio, la

---

<sup>57</sup> Pensemos en pueblos como Santillana del Mar o Donibane Garazi, por poner algunos ejemplos relativamente cercanos.

disparidad de elección contemporánea y lo incierto de la sociedad actual dificultan mucho la lectura de las consecuencias sobre el paisaje de las nuevas formas y estilos.



**Ilustración 37: Casa de Nueva Construcción**  
Sus funciones ya no son las del caserío productivo,  
por lo que ya no tiene porqué responder a  
las formas del caserío tradicional.

Es claro que la arquitectura y el urbanismo actuales necesitan de flexibilidad para adaptarse a los cambios económicos y sociales, pues las nuevas generaciones en Carranza no viven movidas por criterios de autenticidad ni pintoresquismo. Pero esa flexibilidad tiene que ir acompañada del equilibrio suficiente para que no se pierda el sentido de lugar y de barrio, uno de los elementos que caracterizó el territorio carranzano. El respeto a la idiosincrasia del Valle debe ser entendido como alentador de su futuro y no como una cortapisa. Para lograrlo, bien se podría optar por una arquitectura basada en la austeridad y la precaución (Zavaleta, 2010), la lentitud y la reflexión (Ojeda, 2009). Hoy, que todo parece ir tan deprisa, se necesita tomar tiempos y distancia para el acuerdo social, para respetar los nexos sociales que se dibujaban en el barrio tradicional y para ser coherentes lo más posible con la idiosincrasia del territorio. Pensar en estos términos no tiene por qué equivaler a inmovilismo ni a repetición de una arquitectura tradicional que, de nueva planta, difícilmente se va a volver a repetir, ya que los usos y funciones de la casa y del territorio han cambiado.

El hacer arquitectónico y urbanístico debería basarse en la tranquila introspección previa de la inteligencia compartida y la funcionalidad, efectuada en varios tiempos: primero, el tiempo del conocimiento y reconocimiento de los ritmos y compases propios del territorio; segundo, el de la adaptación rejuvenecida a dichos



compases a través de la ordenación; tercero, el de la ruptura consciente y meditada de algunos de ellos para elegir moldes valientes que abran expectativas de futuro.

Es necesaria la reflexión acerca del entorno construido porque éste es una representación física de su historia y del modo en que se han acumulado diferentes niveles de significado para formar la cualidad específica del emplazamiento, no sólo lo que parece ser en términos perceptivos, sino lo que es en términos estructurales (Frampton, 2009:333). Dentro de esa reflexión, el barrio como pilar de identidad y sociabilidad carranzana debería tener un papel importante porque, aunque cambiante en la contemporaneidad, totaliza y acumula históricamente buena parte de su idiosincrasia.



**Ilustración 38: Lo Nuevo Frente a lo Viejo**

Las nuevas viviendas se construyen al mismo tiempo que los viejos caseríos se deterioran. En el caso de la fotografía, la nueva construcción era acometida por una de las personas herederas del viejo, sobre cuya propiedad se mantenían disputas.

Como la complejidad social ha aumentado, a la hora de abordar paisajísticamente el territorio deberíamos introducir herramientas y miradas que resuelvan y combinen imaginativamente las viejas y las nuevas formas de hacer en materia arquitectónica y urbanística:

1º) Avivar el debate de la rehabilitación de los viejos caseríos que, sin uso, se desmoronan al mismo tiempo que se construyen nuevas casas. En algunos de ellos, dada su amplitud, podrían habilitarse varias viviendas. Este modelo cumple con la

función de combinación de viejos espacios con nuevos usos, respetando la idiosincrasia del territorio al tiempo que se rejuvenece, fortaleciendo el barrio y evitando la dispersión.

2º) Introducción de medidas eficientes que limiten y, en todo caso, articulen la urbanización periférica con los barrios, fomentando consensuadamente el espacio común frente a su disolución individualista. Para no perjudicar a los propietarios de terrenos que pretenden reutilizarlos con fines residenciales se pueden articular reglas de compensación a sus dueños, facilitando la construcción en el entorno de los barrios y disuadiendo de la construcción dispersa. La ordenación territorial municipal y la distinción del suelo entre urbanizable y no urbanizable da margen para ello.

3º) Reconocer la validez paisajística de nuevas arquitecturas bioclimáticas eficientes energéticamente.



**Ilustración 39: Casas de Paja**

También tiene que haber espacio para arquitecturas alternativas que, aunque no estén en consonancia con la arquitectura tradicional, busquen su integración con el medio a través de la sostenibilidad. Las balas de paja eran el material característico de esta casa singular que era conocida en el pueblo como “choza”, levantando curiosidad y expectativa.

Aquí el acierto no tendría por qué leerse tanto en términos de integración estética sino en términos de la recuperación de la multifuncionalidad de la acción paisajera, construyendo en función de criterios sostenibles: proyectar de acuerdo al clima local y al ahorro de energía, adoptar fuentes de energía renovables y utilizar materiales ecológicos, a poder ser, disponibles localmente. Cuando la valoración paisajística se hace tan incierta y los resultados finales son tan mediocres, quizá sea

más inteligente socialmente hablando establecer nuevos criterios como deseables, en vez de empeñarnos en mantener otros que tampoco conducen a un territorio más equilibrado ni bello.

Si se quiere respetar la idiosincrasia de los barrios y sus paisajes característicos se debería entender que la forma y el emplazamiento de los núcleos son cultura, formas de existencia y, aunque cambiante, maneras de comprender la vida e intentos de apropiación que nuestros cuerpos experimentan en su prolongación o discontinuidad con el espacio construido (Zavaleta, 2006; ver también Sennet, 2007 [1994]), visual y funcionalmente. Y el tipo de arquitectura que se elige no sólo da contenido y estética a esos núcleos, sino que también “afecta al imaginario de la gente, sus cuerpos, sus sueños y sus necesidades físicas” (Moore y Allen, 1978:167).



## **CAPÍTULO 10: MIRADA INSTITUCIONAL Y SUS RESPUESTAS**

### **10.1 ¿CÓMO Y QUÉ MIRAN LAS INSTITUCIONES?**

Los paisajes de la mirada institucional tienen vocación de ser accesibles y sobre todo gestionables por unas instituciones que se posicionan ante los valores del paisaje para orientar, justificar y explicar algunas decisiones de ordenación territorial. Constituye una mirada que vincula el paisaje con su uso y control, y que valora y cuantifica sus cualidades, prioridades y amenazas tendiendo a ofrecer rangos y jerarquías paisajísticas. Aunque a menudo no resulta coherente entre el discurso y la práctica, dicha mirada busca elementos de valor que deban potenciarse o conservarse (Ojeda, 2003b).

En el caso del paisaje, considero que esta mirada institucional fue introducida en el Valle fundamentalmente a través del Hito 3. Se trata de una mirada más relacionada con lo postproductivista que con los *taskscapes* agropecuarios, lo que implica un análisis del mundo rural y su paisaje desde la multifuncionalidad. A través de esta nueva mirada los pueblos ya no son sólo productores de alimentos, sino de ocio, naturaleza, cultura o paisaje. El objetivo ahora es multiplicar los usos del territorio, a veces como medio para salvaguardar su patrimonio y otras para diversificar sus rentas a través del turismo. En ocasiones, las más, la revalorización de la cultura y del paisaje aspiran a ir de la mano: que el patrimonio ayude a incentivar la actividad económica. Para ello se habla de planificación paisajística y de gestión y ordenación territorial que aspiren a alcanzar un determinado modelo paisajístico, porque hay ocasiones en que la intervención parece ser el único medio para preservar los valores y memorias del paisaje o de diversificar las rentas rurales.

Se trata de una mirada sobre el paisaje, la institucional, cuyo principal sustento ya no se basa en las actividades productivas agrarias y ganaderas, sino en los cánones de belleza de lo connotativo y de los estándares paisajísticos del turismo. Desde el punto de vista de la tensión, esto implica un paisaje más afín a lo lejano y a lo observado que a lo próximo y a lo habitado; implica una mirada más relacionada con modelos connotativos que con un territorio corpóreo y fenomenológico, ligado a la tierra, a los cultivos o a los animales. El consumo principal que hace el turismo, así, se basa en la imagen más que en la aproximación sensitiva, en el panorama lejano más que en el contacto físico. Se trata de un uso del territorio que tiene mucho de urbano y poco de agropecuario.

Una de las miradas institucionales más recientes y con más repercusión mediática (está por ver si efectiva) es el Convenio Europeo del Paisaje aprobado en el año 2000 (Consejo de Europa, 2000) y ratificado por el Gobierno de España en noviembre de 2007. Dicho documento nació con vocación de convertirse en un instrumento legal vinculante que contase con la suficiente flexibilidad como para abarcar la totalidad de los paisajes paneuropeos (Askasibar, 1998:4). Abogando por la protección, gestión y ordenación de los paisajes, su objetivo es el de proporcionar a los países europeos una base jurídica más firme que haga posible la homologación de los instrumentos jurídicos de ordenación paisajística en Europa e impulsar las políticas en esta materia. La Comunidad Autónoma Vasca también ha mostrado su interés por adherirse a nivel autonómico a este Convenio<sup>58</sup>, sobre todo ligándolo a la publicación de su Anteproyecto de Catálogo de Paisajes Singulares y Sobresalientes.

La filosofía del mismo y su aplicación a nivel regional parte de la preocupación social y gubernamental, a veces superficial o contradictoria, de que estamos presenciando un proceso de deterioro paisajístico acelerado ante el que se hace necesario la reflexión y la introducción de mecanismos de ordenación del paisaje en la agenda política y territorial.

Aun partiendo de la premisa de que los paisajes han sido, son y serán cambiantes por definición, consecuencia y fruto de cambios socio-económicos, culturales y estéticos, es necesario reconocer que se hace difícil asumir cambios bruscos, rápidos, sustanciosos y generalizados en los paisajes, sobre todo presa de desarrollismos abusivos dudosamente éticos e inciertamente beneficiosos para el interés general de un territorio. El mal uso y abuso del suelo urbano y rústico, de espacios naturales y de paisajes se puede transformar en una cierta sensación de pérdida y desasosiego en buena parte de nuestras conciencias individuales y colectivas (Nel-lo, 2005). Y si la imagen de algunos territorios no es agradable, es decir, culturalmente aceptable, y si el paisaje que estamos construyendo no es satisfactorio, entonces es que nos estamos equivocando (Maderuelo, 2006b).

Dada la alta capacidad destructora de nuestra sociedad, está justificado debatir sobre las consecuencias de la despreocupación por el paisaje, la legitimidad de una política de ordenación paisajística y la metodología e instrumentos para llevarla a cabo (Elías, 2008; Elías *et al.*, 2008; Martínez de Pisón, 2000; Nogué *et al.*, 2009a, 2009b;

---

<sup>58</sup> Como ya lo han ido haciendo otras autonomías. En este sentido, Cataluña fue la pionera, ratificándolo incluso antes que el gobierno estatal.

Nogué y Sala, 2008; Zavaleta, 2010; Zoido, 1998, 2002) o proponer guías de integración paisajística (Buch, 2007; Busquets, 2007, 2008; Español, 2009; Varios, 2008). La mirada institucional, en este sentido, plantea el reto de cómo no borrar “la vida del territorio” (Ojeda, 2003a) a la que pueden conducir cambios rápidos en los paisajes sin lanzar sobre ellos miradas demasiado románticas o estáticas. Aunque como veremos más adelante al plantear un caso de conflicto territorial en Carranza, la propia Administración llega a incumplir su misma regulación.

Un exceso de bucolismo en la mirada institucional puede implicar una congelación y desfuncionalización indeseada y evitable del territorio (habitualmente de lugares singulares) a los que se tiende a preservar como si de museos se tratase (Martínez de Pisón, 1998; Nello, 2005). La mirada institucional no debería centrarse, como suele hacer, en proteger mediante figuras legales sólo paisajes excepcionalmente bellos, peculiares o intensamente connotados, sino que debería extender también su mirada hacia paisajes menos reconocidos. En el caso de que un paisaje estuviese necesitado de gestión, los esfuerzos institucionales deberían tender a estudiar cuáles son los fenómenos que lo hacen evolucionar y no sólo a legislar normas para su protección. Sólo a partir de ese conocimiento y de la reflexión pausada debería fundamentarse la manera más adecuada de proceder. Dicha reflexión no tiene porqué resultar en un acurrucamiento y anquilosamiento en el pasado (Roger, 2007, 2008), sino que también puede derivar en la toma de decisiones arriesgadas, siempre que éstas sean rigurosas y coherentes, no hagan desaparecer la lógica histórica o el sentido cultural de un paisaje y contribuyan a avivarlo o dignificarlo (Ojeda y Cano, 2009).

Conservar el paisaje no significa mantenerlo como está, sino hacer que evolucione de acuerdo con los nuevos usos del territorio de forma armónica, manteniendo los valores adquiridos y añadiendo otros (Sanz, 2000:285). A la práctica paisajística le sucede lo mismo que a toda creación artística: no podría obstinarse en el letargo de los museos. Por tanto es necesario también inventar los paisajes del mañana o las miradas del futuro, igual que en su día fueron inventados los paisajes del mar, de la montaña o del inhóspito desierto (Roger, 2007, 2008).

También, como veremos más adelante, es necesario que las instituciones amplíen su margen para la participación social, pues la ciudadanía debería sentirse corresponsable de los procesos de transformación del paisaje de acuerdo a sus necesidades como colectivo y no primando el interés individual y a corto plazo. En este sentido, el consenso entre distintos grupos de usuarios y entre éstos y la administración puede resultar más eficaz que una protección exclusivamente administrativa o

patrimonial, pues es la propia ciudadanía la que puede erigirse en garante de sus paisajes. Uno de los papeles de las instituciones debería ser el de fomentar el debate y la participación social en lugar de evitarlos y actuar con poca voluntad de transparencia, como a menudo sucede.

Es todo un reto de la mirada institucional enfrentarse al paisaje de manera que sea capaz de avanzar en la evaluación de alternativas, la toma de decisiones y la resolución de conflictos entre intereses contrapuestos. Para ello se requieren visiones que posibiliten la integración de distintos enfoques (González-Daimiel, 1989:100) y que ayuden a resolver la tensión existente entre las dimensiones individuales y colectivas de un recurso común como es el paisaje en una sociedad en la que todo el mundo parece tener derechos pero nadie responsabilidades (Hardin, 1968; McCay, 1993; Ostrom, 1990).

Si bien la administración pública no puede controlar todos los procesos que configuran y modifican el paisaje, puede actuar estableciendo criterios e indicadores paisajísticos, protocolos de actuación en cuanto a infraestructuras, planificación territorial y urbanismo, legislando y regulando los usos del suelo, coordinando las diferentes actuaciones políticas de distinta índole que afectan al paisaje o bien incentivando o desincentivando determinadas prácticas estatales o empresariales (Cañellas-Boltà *et al.*, 2005). Pero, sobre todo, puede actuar aumentando el conocimiento sobre los diferentes ritmos de los paisajes, introduciendo y escuchando el debate sobre éstos en la sociedad y procediendo fruto del consenso y nunca desde la irreflexión y mucho menos desde el lucro.

El pensar en la ordenación y gestión de los paisajes para la mirada institucional va ligado a menudo a conceptualizar al paisaje como un recurso patrimonial y económico. Es positivo que así se haga en la medida en que obtener un provecho económico y social del paisaje supone conectar inteligentemente lo físico-natural con lo cultural e, incluso, con las posibles rentas monetarias y de disfrute del paisaje (Elías, 2008; Ojeda, 2003a). La valoración, respeto y conocimiento de los paisajes, visto desde una perspectiva económica, pueden suponer un recurso de cara a sostener y consolidar determinadas áreas, una oportunidad tanto para el territorio como para sus usuarios esporádicos que pueden disfrutar de él puntualmente. Su valoración implica su respeto, su conocimiento, una mayor vinculación e identificación personal e identitaria de los habitantes con su entorno y con su medio y, por último, la posibilidad de explotación económica de los paisajes a través de actividades agropecuarias, culturales y turísticas.



Así, “la estima de los paisajes es un modo de manifestarse la autoestima” (Martínez de Pisón, 2007:334).

No obstante, resulta problemático compaginar la gestión de los paisajes con una mirada paisajística totalmente libre, espontánea e imaginativa. No es fácil tampoco que zonas rurales con poca tradición turística como el Valle de Carranza obtengan rentas basadas en el paisaje sostenidas a lo largo del año. Tampoco sería deseable que se apostase por la completa sustitución de lo agropecuario por lo turístico por dos razones: por un lado, porque el sector primario es básico en la configuración y creación del paisaje; y, por otro, porque el turismo es un sector altamente estacional y dependiente de coyunturas locales y mundiales a corto plazo. Pero es cierto que una cierta conciencia paisajística social e institucional es necesaria para revalorizar el territorio y evitar desatinos irreversibles.

Por ello, las instituciones no deberían implicarse exclusivamente en la construcción y evolución de los paisajes en clave económica, porque, ante todo y aunque esto no supusiera rédito alguno, el paisaje es memoria de los territorios y puede constituirse en indicador del desarrollo de cualquier comunidad humana, si por desarrollo se entiende la inteligencia compartida que permite humanizar la superficie terrestre sin envilecerla (Ojeda y Cano, 2009).

En este capítulo, a nivel práctico, analizo tres ejemplos de cómo la mirada institucional ha abordado el Valle de Carranza y en particular su paisaje: en primer lugar, el turismo en el Valle a través del parque Karpin Abentura y otras infraestructuras turísticas; en segundo, la contestación a la mirada institucional a través de un proceso de oposición a un parque eólico en la cordillera del Ordunte, al sur del Valle; y en tercer lugar, el paisaje desde el punto de vista de la Agenda Local 21.

## **10.2 KARPIN ABENTURA Y OTRAS INFRAESTRUCTURAS TURÍSTICAS**

Antaño conocido como “El Palacio”, “El Palacio de don Urbano”, “El Palacio del Barbero” o “La Casa del Ingeniero”, y hoy más comúnmente denominado “El Palacio de El Carpín”, este monumental edificio constituye uno de los ejemplos de arquitectura indiana más conocidos del Valle de Carranza (Paliza, 2004:74). La mansión da nombre a toda la finca en la que se haya, así como, desde hace unos años, al centro de recuperación de animales y al parque temático sobre la evolución de las especies que se levantan en ella.



**Ilustración 40: El Carpín en 1985**

En la actualidad su fachada se encuentra bastante más deteriorada con los cristales rotos y las puertas y ventanas desvencijadas. No obstante, sigue resultando bello e imponente.  
Fuente: (Paliza, 2004:74)

“El Palacio de El Carpín” perteneció a la familia de Urbano Peña Chávarri<sup>59</sup> (1852-1941), indiano de segunda generación que habiendo estudiado ingeniería de caminos, canales y puertos en Londres, diseñó, proyectó y dirigió las obras de la mansión y del jardín de recreo circundante para uso residencial propio que culminaron en 1911. La finca ocupa en total unas quince hectáreas e incluye zonas ajardinadas con diseño formalista, áreas boscosas, praderas y árboles frutales. El resultado fue una casa con treinta y dos habitaciones, capilla, sacristía, gimnasio perfectamente equipado y todo tipo de detalles. Se encontraba rodeada, además, por una considerable extensión de terreno que contenía distintas comodidades para el disfrute de la finca como un

---

<sup>59</sup> Urbano Peña Chávarri era uno de los trece sobrinos de Romualdo Chávarri de La Herrera, que nació en el barrio de Biáñez y emigró a Puerto Rico donde se dedicó a negocios textiles con los que amasó una considerable fortuna. Romualdo acabó regresando a España y afincándose en Madrid. Su amor por su pueblo natal le llevó a realizar varias donaciones e intervenciones en el barrio de Biáñez como la iglesia, el cementerio, la traída de aguas y la carretera que enlaza el barrio con la carretera general de Bilbao-Santander. Romualdo Chávarri no tuvo hijos de modo que proahijó a trece sobrinos, uno de los cuales fue Urbano Peña Chávarri, promotor de la finca de El Carpín (Paliza, 1989:55-57).

estanque con embarcadero o una pista de tenis y otros elementos infraestructurales destinados a la supervivencia de una finca, como caserío, invernadero, gallinero o establo (Paliza, 1989:57; 2004:74-79).

Pero la historia del edificio y la finca quedó marcada por la Guerra Civil, pues la casa fue utilizada sucesivamente como guardería, cuartel del ejército republicano y hospital. Tras tantos avatares, vicisitudes y abandonos posteriores, todo el conjunto sufrió muchísimo y gran parte del mobiliario y de las obras de arte de la casa fueron expoliadas (Paliza, 1989:62). Respecto al jardín, la desidia y el tiempo fueron haciendo mella en él, y aunque no resulta fácil recomponer su estado original, sí que es posible imaginar buena parte de sus ornamentos estructurales, de los que quedan múltiples vestigios entre las prestaciones que dan nuevo uso a la finca.

Sobre el año 1993 la Fundación Xabier Maiztegi, institución sin ánimo de lucro dedicada a la protección de los animales, se planteó trasladar su centro de recuperación y exhibición de fauna ibérica situada en Garai (Bizkaia) a la finca “El Carpín”, puesto que sus instalaciones, de dimensiones mucho más reducidas, se habían quedado pequeñas. El objetivo del centro era el de recoger animales heridos, enfermos o abandonados para tratar de curar y poner en libertad a los más posibles y trasladar a las dependencias de la exhibición, con intención didáctica y de sensibilización, a aquellos cuya independencia resultara inviable pero que contaran con posibilidades de sobrevivir en el centro.

La finca de Carranza parecía reunir las características necesarias para el desarrollo de los objetivos que se planteaba la Fundación: superficie suficiente e incluso ampliable, vegetación arbórea importante, entorno naturalizado con grandes pendientes y relieve accidentado, teniendo además el incentivo de encontrarse en una zona económicamente deprimida (Inforlur, 1993). La gran cantidad de robles centenarios, encinas, fresnos, tilos, abetos, tejos, pinos, madroños, espinos, laureles, árboles frutales y, como en toda buena finca indiana, especies exóticas como eucaliptos, palmeras, magnolios o camelias, combinados con las infraestructuras ya existentes, aunque en la mayoría de los casos muy deterioradas, convertían a la finca en un lugar interesante para el proyecto.

La Mancomunidad de Las Encartaciones se mostró interesada por la idea de la Fundación y en 1993 adquirió la finca, que se encontraba en un manifiesto estado de abandono, para establecer allí el centro de recuperación. Sin embargo no sería hasta 1995 cuando se inaugurara como tal. Quedaba mucho trabajo por hacer: las

edificaciones, las zonas ajardinadas, el bosque y las praderas se hallaban en buena parte invadidas por zarzales; segmentos de los muros que circundaban la finca se encontraban en estado ruinoso; y era necesario arreglar caminos y levantar los servicios básicos para albergar a los animales y recibir a los visitantes.

Las obras para la recuperación y rehabilitación de la finca fueron financiadas por diferentes entidades administrativas públicas (Departamentos de Agricultura, de Medio Ambiente y de Educación de la Diputación Foral de Bizkaia, Mancomunidad de Las Encartaciones y Ayuntamiento de Carranza), que ven en el proyecto una manera de revitalizar y dar a conocer a la comarca de Las Encartaciones y a un municipio como Carranza, alejado de núcleos urbanos y con una dependencia fuerte de un sector ganadero en situación crítica.

A partir del año 2003, y ya bajo la gestión de la empresa Iniciativas Ambientales, al centro se le añade una nueva área temática denominada “La evolución de las especies”, en la que dinosaurios y otros seres y personajes animados complementan la visita a los animales de verdad.

Los nuevos usos de la vieja finca indiana de “El Carpín” se enmarcan dentro de los nuevos conceptos de multifuncionalidad del territorio y los procesos de desarrollo postproductivista del medio rural que se han visto en el Hito 3 (del productivismo agrario al paradigma postproductivista). Si el proyecto interesó a la Mancomunidad de Las Encartaciones y a la Diputación Foral de Bizkaia fue porque suponía aprovechar con otra lógica un territorio marginal tradicionalmente ganadero. La reutilización pública de este espacio, hasta entonces privado, le brindaba a Carranza la oportunidad de atraer al visitante urbanita a su Valle y con ello seguir acomodándose paulatinamente a la mirada multifuncional de su territorio como proveedor de ocio, que es una de las miradas que más frecuentemente realizan las instituciones sobre el paisaje.

El nuevo parque resultante, Karpin Abentura, está dividido básicamente en dos zonas, con nombres que las hacen comercialmente atractivas: “Animalia”, que es la parte dedicada a los animales vivos y que responde a la idea original de la Fundación Xabier Maiztegi, y “Terrasauro” y “Gastornisland” en las que, a modo de parque temático, figuras gigantes animadas imitan la forma y sonidos de dinosaurios y otros grandes mamíferos y aves que sobrevivieron a los primeros. Todo ello está acompañado de figuras humanas de exploradores que explican didácticamente la forma de vida de los extintos dinosaurios.



De hecho, su transformación en 2003 de simple centro de recuperación y exhibición de animales a parque temático multiplicó las visitas, aunque el conjunto sigue enfrentándose al problema de la estacionalidad y aglomeración en ciertos fines de semana claves, como Semana Santa.

La tímida explotación turística del Valle ya había comenzado años antes con la apertura al público de la cueva de Pozalagua por parte del Ayuntamiento de Carranza. La gruta había sido descubierta a finales de 1957 tras una grieta abierta por una explosión en la cantera “Dolomitas del Norte”, que dejó al descubierto la cavidad. Desde su descubrimiento resultó de gran interés para la espeleología y la investigación, dada la profusión de grandes espacios recubiertos de estalactitas peculiares y poco habituales denominadas excéntricas<sup>60</sup>. Esta peculiaridad fue una de las principales razones por las que en la década de los noventa fue adaptada al turismo, iluminándola

<sup>60</sup> Las estalactitas excéntricas no son muy habituales, caracterizándose por crecer en cualquier dirección, resultando así de gran vistosidad y belleza.

artificialmente y habilitando una pasarela metálica para acotar y guiar su visita, tratando de aprovechar el tirón turístico que otros territorios han conseguido mediante sus cuevas.

Al tiempo se descubrió también la “Torca del Carlista”, una rareza del subsuelo que tras una bajada vertical de 154 m. revela una gran sala subterránea de 450 m. de largo, 250 de ancho y 110 de alto (Paliza y Díaz, 1989). El Ayuntamiento, dentro de sus planes expansivos y decidido a incrementar el potencial turístico de Pozalagua, pensó en abrir la torca al turismo, de acceso restringido a especialistas espeleólogos, mediante la construcción de un túnel acristalado desde la antigua cantera o incluso desde la misma cueva de Pozalagua. Pero una vez iniciadas algunas obras para sondear el terreno y tras varios contenciosos judiciales, finalmente, en febrero de 2006, el juzgado de Balmaseda ordenó su paralización por un presunto delito ecológico, al encontrarse el conjunto en una zona declarada como L.I.C. (Lugar de Interés Comunitario) por la Unión Europea. En la sentencia se reconocía que, no ya el propio túnel, sino incluso el simple sondeo para la prospección de las posibilidades reales de ejecución de la obra podría afectar el microclima de la cavidad y provocar daños irreversibles en un ecosistema muy sensible.

Esta negativa resultaba incomprensible para el Ayuntamiento, que, aunque acató la sentencia en aquel momento, no alcanzaba a comprender cómo se podía dejar pasar la oportunidad de abrir al público una singularidad que podría haberse convertido en un gran impulso para el desarrollo rural del Valle.

Hay quien opina si sería lícito arriesgarse a malograr una rareza natural del Valle a cambio de obtener unas rentas que, por otro lado, tampoco están garantizadas, y mucho menos a medio y largo plazo. ¿Sería coherente, además, hacerlo cuando el Ayuntamiento propone la visita conjunta de la cueva de Pozalagua y del parque Karpin Abentura como oferta turística estrella bajo el lema “Disfruta de manera natural”?

En este sentido Juan Francisco Ojeda se pregunta qué es el desarrollo rural y cómo debemos de medirlo: ¿en rentas?, ¿en equidistribución?, ¿en autoconocimiento?, ¿en autoestima? Para él debería de entenderse como un despliegue cualitativo de potencialidades definidas en función del logro de una serie de metas económico-sociales-culturales. Una sociedad que no logre una cierta renta per cápita real y equidistribuida es poco probable que llegue a estar desarrollada. Pero si se viese empujada a conseguir determinados indicadores de crecimiento a costa de otros componentes del desarrollo, como las libertades, el conocimiento, la autoestima o el

respeto a sus patrimonios, también podría ser dudoso afirmar que se encuentre desarrollada. Para este autor los propios patrimonios deben apreciarse como valores intrínsecos y no sólo como productos vendibles, integrándose en las iniciativas propias de forma respetuosa. Parafraseando al poeta Antonio Machado, afirma que “todo necio confunde valor y precio” (Ojeda, 2004:276-277).

La paradoja es que el patrimonio de dicha cueva pasó desapercibido para los propios carranzanos durante décadas (incluso aun después de su descubrimiento), pero ahora que se ha llegado a su reconocimiento no parece importar alterarla para convertir ese valor en ingresos como rentas turísticas.



**Ilustración 42: Eslogan Turístico**

“Disfruta de manera natural” es el lema turístico del Valle en el que se trata de aunar lo verde y la naturaleza, identificando el territorio con un logotipo que aspira a su fácil reconocimiento por parte del público.

Consideraciones éticas aparte, y a pesar de que actualmente hay ocho instalaciones de alojamiento, lo cierto es que Carranza se encuentra con dificultades para poder hacer del turismo, hoy por hoy, uno de sus focos dinamizadores. Sus mayores retos giran en torno a la estacionalidad, las reticencias de la población ante el turismo y el logro de una mayor diseminación de la oferta turística.

El problema de la estacionalidad es algo común a todos los proyectos turísticos y provoca visitas demasiado localizadas en el tiempo y en el espacio. Sí que el Valle es visitado a lo largo del año fundamentalmente por aficionados a la caza, a la micología o

a la montaña, pero ni su mirada ni su comportamiento es turístico, por lo que no dejan rentas en forma de uso de servicios o de consumo propiamente dicho.

Además la población sigue siendo reticente a la convivencia con el turismo y un tanto escéptica sobre si realmente éste puede formar parte de la estructura económica del Valle de manera estable, más allá de beneficios puntuales para algunas personas o en determinados momentos del año, de los que no se duda. La idiosincrasia carranzana sigue estando ligada a las actividades agroganaderas, aun cuando sean cada vez menos los que siguen manteniendo su explotación con planes de futuro.

Por otro lado, las infraestructuras principales de turismo, la cueva de Pozalagua y Karpin Abentura, se encuentran ubicadas en la misma zona, más o menos unidas por la carretera principal. Así pues, son muy pocos los visitantes que se animan a conocer el resto del Valle, ya sea para disfrutar de la naturaleza y de los paisajes o para conocer sus barrios. Rentas reales de estas infraestructuras sólo parece redundar en los bares y restaurantes próximos y en la gasolinera de Ambasaguas (barrio de paso entre ambos puntos turísticos). En un día de masiva afluencia al Karpin Abentura no es raro encontrarse los bares de la capital del municipio, Concha, medio vacíos u ocupados exclusivamente con gente del pueblo.

Conscientes de las dificultades para atraer turistas y hacerles aumentar el gasto en pernoctaciones o en restauración, se acaba de poner en marcha otra infraestructura en el interior del Valle: Kobenkoba. Ésta consiste en un centro de interpretación del arte Paleolítico en la cueva abandonada de “Los Judíos”, utilizada antaño para la extracción de mineral. Se ha abierto con una exposición permanente que trata de mostrar escenas de la vida de los cazadores paleolíticos así como de su arte con réplicas de pinturas rupestres de otras cuevas. Como recurso de atracción se ha potenciado la idea de los “cinco sentidos”. En dicho centro de interpretación se recurre al reclamo de poder rememorar y experimentar escenas de la vida cotidiana de la Prehistoria: tocar utensilios de sílex, escuchar los sonidos de un bosque del Paleolítico, oler un hogar típico de una cueva, saborear los frutos que daba el bosque, sentir ráfagas de aire gélido, así como aprender técnicas y soportes artísticos del arte rupestre.

Otros proyectos como “La Mina Ángela” y “El Parque Temático de Armañón” se van retrasando por problemas presupuestarios o por falta de apoyo de otras instituciones supramunicipales.

La apertura de La Mina Ángela para mostrar vestigios de la actividad minera en el Valle, además de otras formaciones geológicas de valor que allí se encuentran, se



mantiene a la espera. En el año 2006 ya se realizaron visitas guiadas, pero la experiencia no dejó de ser piloto y, tras un breve periodo de funcionamiento, la iniciativa quedó en suspenso *sine die*. Como testigo y esperando tiempos más favorables, sigue quedando en el barrio de Ambaguas, junto a la carretera hacia Concha, un cartel de madera que invita al visitante a acercarse a la mina.

Por otro lado, dentro del Plan Rector de Uso y Gestión del Parque Natural de Armañón, declarado como tal en septiembre de 2006, está prevista la construcción de un parque temático (según la denominación del Ayuntamiento) que dé a conocer el área natural de Armañón, su subsuelo kárstico y sus cuevas. Según los planes, dicho parque contaría con un centro de interpretación y un museo sobre la tradición fabril del Valle y se ubicaría en la antigua fábrica de extracción de dolomitas, junto a la cueva de Pozalagua. A modo de reclamo se ubicaría en la parte alta de la fábrica un mirador con “catalejos multimedia” que al enfocar hacia un punto del Valle ofrecería información sobre el mismo y, en el sótano, en una cueva artificial, se instalarían mecanismos multimedia que mostrasen de forma virtual el mundo subterráneo de Armañón.

\*\*\*

Leire es una mujer emprendedora. Superando apenas los treinta años y contra todo pronóstico, se ha atrevido a hacer realidad su sueño: construir y regentar un “hotel con encanto”. Lo ha hecho en su pueblo, en Carranza, en un extenso prado de la familia. Desde sus ventanas y balcones unas preciosas vistas a un dilatado paisaje deleitan al visitante. Como ella dice, el Valle tiene energía y en su hotel la transmite y comparte con notable éxito.

La idea del hotel no surgió porque pensara que Carranza necesitara una infraestructura de este tipo, sino, en primer lugar, porque era su ilusión y su proyecto, recuerda. Pero, además, se mostró convencida de que tenía cabida y de que encajaba en el pueblo a la perfección. Es de la opinión de que el Valle tiene amplias posibilidades de desarrollo en este sentido. Según ella, el turismo en Carranza admite diversos formatos pero está todavía infrutilizado.

No es algo nuevo, dice. El patrón turístico como fuente de ingresos existe en infinidad de lugares y funciona, aunque aquí no sean muchos los que se hayan animado, añade. Lo que se hace en el Valle de Soba u otros parajes cántabros y asturianos no tan lejanos, de características y paisajes similares, bien puede aplicarse aquí. Pero hace falta iniciativa privada, apoyo institucional y, ante todo, creérselo y

arriesgar. Piensa que se carece de modelos a imitar, sobre todo para la gente joven. Sería necesario que se ampliase el abanico de opciones de futuro, pues la nuevas generaciones no deberían aspirar sólo a encontrar un puesto fijo en el Ayuntamiento, quedarse a regañadientes en la explotación ganadera familiar (por la que la gran mayoría ya no quiere optar), trabajar en la construcción o al volante de un camión o irse a la ciudad a estudiar una carrera universitaria. Ella es optimista acerca de las bondades de vivir en el pueblo. Piensa que tiene algunos inconvenientes, pero se muestra convencida de que merece la pena quedarse en él con un proyecto propio que aúne imaginación y osadía. Ella bien puede constituirse en un modelo emergente (del Valle *et al.*, 2002).

Dentro de esos modelos que ella echa a faltar, cree que la educación debería de tomar un papel clave. Pero habla de un enfoque no calcado de cualquier otro currículum educativo, sino adaptado a las necesidades y carácter del pueblo. En ese modelo educacional debería trabajarse la revalorización de los valores del pueblo: su entorno, su paisaje, sus costumbres, sus tempos, su actividad, su idiosincrasia en suma. No se trata de volver a la manera tradicional de hacer las cosas, defiende, sino de valorar sus especificidades para lograr varios objetivos al mismo tiempo: la autoestima de sus habitantes, la valoración de lo suyo y la consecución de un futuro más prometedor. Y pone como ejemplo que hacer embutidos, dulces o quesos puede ser una cosa de valor. Con poco esfuerzo de aprendizaje, pues son actividades y artes que se han podido hacer en casa durante toda la vida, se puede lograr la técnica necesaria y adecuada para emprender un negocio. Insiste en que no se trata de montar una industria, sino de funcionar a pequeña escala e intentar ganar un sueldo corriente. En el caso de los productos artesanos, sostiene, hay que saber aprovechar el hueco de mercado existente y utilizar las líneas adecuadas de distribución para este tipo de productos tradicionales y de calidad, porque sí hay clientela específica para ellos. No es fácil y hay también gran competencia, pero piensa que con ilusión, esfuerzo y ganas se puede conseguir. Hay que creer que es posible vivir en Carranza y de Carranza, subraya.

Tristemente, dice, este tipo de salidas no se fomentan ni en casa ni en la educación secundaria. Primero, como dice, por falta de modelos; y segundo, porque probablemente no se cree en ellas. Además, cuenta que los proyectos educativos en el pueblo adolecen de un grave problema como es la gran rotación del profesorado. Al estar en un pueblo alejado, el propio sistema de listas no fomenta su estabilidad. Parte del profesorado llega allí por no tener puntuación suficiente para ejercer su profesión en otros lugares más céntricos y poblados. Pero es que, aun en el caso de que les

gustara quedarse allí, el sistema no promueve la estabilidad para los empleados interinos y es muy probable que al curso siguiente los profesores sean otros. Y, por último, es difícil insistir en las potencialidades de una cultura y un entorno que se desconoce o que no se valora lo suficiente. Las prioridades probablemente van por otros derroteros académicos. En este sentido, y no es la única informante que lo resalta, sobre los años cincuenta hubo una escuela de capacitación laboral que hizo una labor encomiable, mucho más acorde con las necesidades del propio pueblo. A nivel más general, critica un modelo educativo que no suele apoyar opciones alternativas de vida como pintar, fotografiar, hacer mermeladas o cultivar huertos. El conocimiento al margen de lo académico-universitario no parece estar reconocido, a pesar de que son opciones muy plausibles y muy capaces de convertir a las personas en individuos realizados y felices.

Leire insiste en que el pueblo necesita de un análisis serio y riguroso de dónde está, qué quiere ser y cuáles son sus oportunidades. Defiende que a veces da la sensación de que se toman decisiones sobre la marcha y sin demasiada reflexión incluso desde el propio Ayuntamiento. Respecto al fomento del turismo hubo un tiempo en que ella pensó que se habían tomado en serio esta vía de desarrollo rural y estaba muy esperanzada. Se inició el lema “Disfruta de lo natural” junto con el logotipo “K” de Carranza, que resultaba ilusionante. Sin embargo, se muestra un poco desengañada con la trayectoria seguida porque afirma que hay veces en la que se dan pasos que parecen ir en contra de los avances logrados. Cree que dichos pasos erráticos son fruto de la irreflexión, de las prisas, del desconocimiento o de la falta de un compromiso serio. Un ejemplo de esta falta de coherencia, relata, es el lugar barajado para construir una hipotética depuradora de purines, aunque el proyecto no sea algo todavía en firme. Ella dice no querer entrar en la polémica de si es necesaria o no la planta por no tener un criterio lo suficientemente informado, y acepta que se lleve a cabo si otros así lo consideran. Pero no puede entender la ubicación a priori planteada: justo a la entrada del Valle, bien visible y al lado de uno de los establecimientos hoteleros más reconocidos. Se pregunta si no es posible un mejor emplazamiento. Aunque de momento el proyecto no acaba de arrancar, piensa que en sí mismo el hecho de plantear dicho lugar resulta contradictorio con la idea de afianzar el turismo. De hacerse, bien tendría que haber otro lugar en Carranza factible pero discreto, alejado de miradas intrusas fácilmente accesibles, que hiciera compatible el desarrollo turístico y paisajístico con un proyecto que a buen seguro resulta antiestético y que rompería la

imagen de natural, verde y patrimonial que esforzadamente se trata de difundir. Y no es la única actitud que ella percibe como incoherente y contradictoria.

En cuanto a actuaciones concretas sobre el fomento del turismo, piensa que se debe plantear un mínimo de dotación infraestructural pensando en los visitantes. Por ejemplo, menciona el hacer unas pequeñas rutas peatonales, fáciles y accesibles para todos. Las que aparecen actualmente en los mapas turísticos de Carranza son demasiado difíciles para el público corriente. Por el contrario, para los aficionados a la montaña no resultan muy útiles, ya que éstos ya tiene sus propias redes y conocimiento especializado para llevarlas a cabo, por lo que, en general, quedan bastante desaprovechadas y desatendidas. Además, dichas pequeñas rutas serían patrimonio de todo el pueblo, estando disponibles para todos, no sólo para los visitantes o los clientes de las infraestructuras turísticas. Nombra por ejemplo lo impropio que le resulta que no se pueda ir a pie desde la estación de tren hasta el centro del pueblo (Concha) salvo por una peligrosa carretera sin aceras. Acondicionar esta vía u otra alternativa para los peatones sería muy útil para propios y extraños y una buena carta de presentación para el pueblo en sí.

Ella es consciente de que otro de los *handicaps* a los que tiene que hacer frente Carranza es el desconocimiento. El Valle constituye un territorio que pasa muy desapercibido incluso en la propia Bizkaia. Dice que la experiencia del hotel le ha mostrado que no es conocido ni siquiera por la gente de Bilbao, capital de provincia más cercana, que suele preguntar cómo se llega hasta allí. Aunque es posible hacer, y así lo reivindica, una lectura positiva de dicho olvido: que el pueblo se haya mantenido al margen de la proliferación de las urbanizaciones, algo que en lugares cántabros no tan lejanos ha estado a la orden del día en estos años del *boom* de la construcción. Para ella es vital que se siga en esta dinámica, porque de lo contrario el gran valor de Carranza, su belleza, su paisaje y su idiosincrasia, correría un serio peligro.

Para mantener un lugar tan especial con una mezcla tan potente de arquitectura tradicional, paisaje, bosques o riqueza natural no debería especularse con él. La venta de Carranza en pequeñas parcelas para la construcción de chalets, por ejemplo, supondría la pérdida de su encanto, que precisamente es lo más importante a potenciar y revalorizar, tanto de cara a sus habitantes como a sus hipotéticos visitantes. Esto no equivale a mantener a Carranza en una urna de cristal, porque entonces acabaría muriendo, sino, insiste, en poner en valor lo que han hecho y hacen los propios carranzanos. Y una vez más, insiste en la educación para lograr el reconocimiento. Nombra el ejemplo de las cuevas de Pozalagua, hoy muy visitadas, pero bastante

olvidadas hasta hace apenas un par de décadas. Lo que hoy se ha convertido en fuente de satisfacción para todos, fue objeto de desidia y abandono por falta de conocimiento y respeto, recuerda. Ahora, en cambio, tras años de revalorización, se han dignificado y no sólo a nivel infraestructural: la gente se siente orgullosa de ellas.

Piensa que en esa línea puede ir también la declaración del Parque Natural de Armañón. Aunque en general la gente es bastante escéptica e incluso negativa sobre las bondades del Parque, ella cree que el entorno de Armañón no cambiará mucho más allá de adecentar alguna ruta o limitar algún uso ganadero puntal. Pero, en cambio, puede que logre, no sin esfuerzo y tiempo, aumentar el respeto por él en el propio pueblo. Un reconocimiento externo puede que dé a entender su valor entre sus habitantes. Y ójala, dice, dé sus frutos en cuanto a la atracción de un turismo verde, aunque es consciente de las dificultades. En un mercado turístico tan saturado, este tipo de proyectos ella siempre los ve con buenos ojos.

\*\*\*

El tipo de iniciativas turísticas o patrimoniales organizadas poco a poco en el Valle (cuevas de Pozalagua, parque Karpin Abentura, centro de interpretación Kobenkoba sobre el arte Paleolítico o la declaración del Parque Natural de Armañón) demuestran preocupación por parte de las entidades municipales y supramunicipales por sacar el municipio adelante y una actitud positiva, activa y abierta ante el discurso de la multifuncionalidad del mundo rural. Pero, no obstante, quizá no sea correcto reducir esta voluntad a la creación de nuevos centros turísticos o a buscar financiación de entidades europeas o supramunicipales para el inicio de los proyectos. Una infraestructura turística no se acaba el día de la inauguración, sino que es ahí donde inicia su andadura y donde comienzan los retos para mantenerla viva y en uso. La infraestructura está necesitada de un plan que le dé sentido y consolide para que no la haga caer en el olvido, y que justifique también el gasto realizado ante una población ya de por sí escéptica que podría alegar que el dinero se podría haber invertido en otras necesidades más acuciantes. No es suficiente, pues, con proyectar nuevas ideas y rellenar papeles y permisos para obtener las subvenciones correspondientes y acudir después a los medios de comunicación para anunciarlas. De por sí la apertura de una infraestructura turística no garantiza la vigorización de la zona si no se toman otras medidas estructurales o si no existe un plan bien hilvanado. Si no, lo que ocurre es que

se va sembrando el territorio de testigos mudos, como el cartel que indica la dirección a seguir para llegar a la mina Ángela o la caseta abandonada de turismo a la entrada del barrio de Ambasaguas que, a juzgar por su deteriorado aspecto, debió de tener un pasado (no muy lejano) mejor.

Además, al tiempo que se proyectan grandes parques temáticos, museos o centros de interpretación, se llevan a cabo actuaciones municipales cotidianas que hacen dudar de que el turismo forme parte de planteamientos integrales, sosegados, críticos y globales para todo el municipio.

En este sentido se toman decisiones sin demasiada coherencia con la imagen turística que se quiere ofrecer. Ejemplo de ello es la apertura en 2005 de una fábrica de productos lácteos junto a la carretera principal que da una impresión estética y funcional al visitante bastante alejada de lo que en realidad es el Valle. O, como comentaba Leire, el proyecto de abrir una planta depuradora de purines justo al lado de uno de los establecimientos hoteleros más antiguos, con más solera, tradición y encanto de todo el Valle, como es el Balneario de El Molinar. ¿No habría sido posible encontrar otras ubicaciones, igualmente factibles, más apropiadas, meditadas y acordes con la apuesta turística y multifuncional del Ayuntamiento?

En síntesis, apostar por la multifuncionalidad y abrir nuevas vías económicas no se consigue sólo a base de habilitar infraestructuras turísticas, centros de interpretación o museos, o de editar folletos y guías. Quizá es verdad que en el mundo de la “espectacularización” (Prats, 1997b) y “monumentalización” (Vivas, 2007) en el que vivimos todos esos elementos sean necesarios como reclamo al visitante potencial, pero es imprescindible también que no queden ahí como acciones puntuales, sino que complementen el resto de políticas del Valle dentro de un diseño estratégico de actuación a medio y largo plazo. Y mucho mejor si cuentan con la participación y la complicidad de la ciudadanía.

### 10.3 CONTESTACIÓN A LA MIRADA INSTITUCIONAL

*Salduero, silencio...*

*En pocos sitios una tiene la sensación de sentir la naturaleza de la forma en que se percibe en la Llana de Salduero y en tan singular montaña como es el Zalama, que es, junto al Gorbeia y el Anboto, una de nuestras tres grandes montañas de Bizkaia. Es el techo encartado. La más significativa al occidente de Euskal Herria. ¿Alguien se imagina un parque eólico en una de ellas?*

*Salduero es un lugar espacioso, solitario, misterioso... Visitarlo en distintas épocas es aprender a apreciarlo cada vez más. Perderse por su "mesada" es reencontrarse con una misma. Allí, en el centro de Valle que forma, donde nace el río Rebedules, en Pozo Negro, ni las aguas oscuras que manan de sus turberas se atreven a susurrar sonido alguno. Sólo se escucha el silencio...*

*¿Quiénes somos para invadirlo con gigantes de hierro, para romper con rotores y aspas su silencio, cuando ni el suave viento se atreve a hacerlo?*

*Elena Laserna, Balmaseda (carta al director, Gara, 15-10-2004)*

El quince de octubre de 2005 tuvo lugar en Carranza un hecho insólito para un pueblo de sus características: entre seiscientas y mil doscientas personas (las cifras en estos eventos varían enormemente según quien las contabiliza) se concentraron en el barrio de Concha para protestar por la futura instalación de un parque eólico en la sierra de Ordunte, cordillera que domina el sur del Valle de Carranza y el norte del Valle de Mena en Burgos. La manifestación supuso un hito y un fuerte espaldarazo a un proceso de oposición ciudadana que se había ido fraguando lenta pero sólidamente desde que se supo del proyecto en firme. Los cincuenta y siete gigantes proyectados, finalmente, no acabarían redibujando el paisaje de Ordunte por ninguna de sus vertientes.

La plataforma social independiente Karrantza Naturala, creada en 2002 para luchar contra el parque eólico<sup>61</sup>, fue la cabeza visible de un proceso al que se fueron adheriendo tanto la población carranzana como diferentes fuerzas extramunicipales afectadas directa o indirectamente por el proyecto o simplemente convencidas de la inoportunidad del mismo. De esta manera, a un movimiento que iniciaron débilmente algunos agentes sociales se le fueron uniendo otros (en principio independientes), de tal forma que cada uno podía aportar su punto de vista, sus alegaciones y sus argumentos para hacer la oposición más sólida, fuerte y defendible. La fortaleza de la red fue capaz de redirigir la acción del Gobierno Autónomico y supuso un golpe de efecto para los movimientos sociales, pues no sólo puso en cuestión la forma unidireccional, jerárquica y monopolista de ejercer el poder de las entidades públicas, sino que logró una decisión administrativa a su favor. El conflicto supone así la expresión de tensiones y malestares latentes sobre la ordenación del territorio en general y sobre la implantación racional de la energía eólica en particular. En aquel momento dicha tensión se visibilizó y se convirtió en un proceso de reacción social ante una manera de entender el territorio y la política hecha sin consenso, sin claridad y con fallas en la coherencia institucional.



**Ilustración 43: Manifestación por Ordunte**  
Una de las más multitudinarias manifestaciones habidas en Las Encartaciones visibilizó las tensiones sociales que pueden provocar decisiones infraestructurales no consensuadas con la ciudadanía.  
Fuente: El Mundo, 16 de octubre de 2005

<sup>61</sup> Posteriormente, en 2007, Karrantza Naturala se decidiría a entrar en política bajo el nombre de Karrantza Zabala para poder participar más de lleno en las decisiones políticas del Consistorio Municipal.



Pero volvamos atrás para entender el proceso que dio lugar a la oposición. La historia de la elección de Ordunte como emplazamiento para un parque eólico se remontaba a la “Estrategia Energética de Euskadi 2010” en la que se planteaba una serie de medidas para avanzar hacia el ahorro energético y para impulsar las energías renovables en la línea del cumplimiento de los compromisos del protocolo de Kioto. La energía eólica pretendía constituirse en clave de este impulso.

De esta manera la estrategia se materializó, entre otros, en el Plan Territorial Sectorial (P.T.S.) de la Energía Eólica del año 2002, en el que se identificaban como emplazamientos preferentes para la implantación de parques los lugares de Ordunte, Ganekogorta, Oiz, Mandoegi, Elgea-Urkilla y Badaya. Otros emplazamientos como Gazume, Kolometa, Arkamo, Badaya, Montes de Iturrieta y Cruz de Alda-Arlaba se apuntaban y dejaban en reserva. El estar muchos de ellos situados en montañas, o en parajes sensibles, incluso protegidos, puso en alerta a Ekologistak Martxan y a la Federación Vasca de Montaña, organizaciones, por un lado, más sensibilizadas y conocedoras de los valores naturales intrínsecos y simbólicos de estos parajes, y, por otro, con más experiencia en reivindicaciones sociales. Ellos fueron los que interpusieron las primeras alegaciones administrativas al plan en lo que sería una de las semillas del proceso opositor a la instalación de los molinos en Carranza. La otra llegó del propio Valle de la mano de la plataforma ciudadana Karrantza Naturala, que se convirtió en motor de información y denuncia a nivel local. A pesar de aquellas primeras alegaciones, el P.T.S. siguió adelante y el Parque Eólico de Ordunte comenzó su andadura promovido por Eólicas de Euskadi<sup>62</sup> y auspiciado por el Departamento de Industria del Gobierno Autónomo.

Ordunte, además de constituir un espacio emblemático para el montañismo vasco, había sido designado por la U.E. como Lugar de Importancia Comunitaria de la Red Europea Natura 2000 (L.I.C. Ordunte) en diciembre de 1997 por constituir un hábitat prioritario a nivel natural, animal y vegetal, y como medida de protección supragubernamental frente a factores exógenos que pudieran alterarlo.

A nivel de la Comunidad Autónoma, además, Ordunte estaba incluido dentro del Listado Abierto de Áreas de Interés Naturalístico de las Directrices de Ordenación Territorial, dentro del Plan Territorial Sectorial Agroforestal y del Medio Natural y

---

<sup>62</sup> Empresa semipública formada a partes iguales por el Ente Vasco de la Energía (E.V.E.) y la empresa Iberdrola. A su vez, el E.V.E. es la agencia energética del Gobierno Vasco encargada de desarrollar iniciativas y proyectos energéticos en línea con las políticas definidas en el Gobierno.

dentro del de Ordenación de Márgenes de los Ríos y Arroyos del País Vasco. Sus turberas y trampales estaban incluidos en el de Zonas Húmedas y constituían un ecosistema único a nivel autonómico y especialmente sensible; la turbera del Zalama también estaba incluida dentro del Plan de Gestión de *Eriphorum Vaginatatum* como Área de Interés Especial. En sí, todo el espacio abarcaba cuatro montes del Catálogo de Montes de Utilidad Pública.

Así pues, el interés como ecosistema de Ordunte era algo que ya había sido reconocido, incluso administrativamente, antes de que el P.T.S. de la Energía Eólica se fijara en él como emplazamiento. Esto hizo que cuando en septiembre de 2004 se abriera el periodo de exposición pública del proyecto, dándose a conocer también el informe de Impacto Ambiental, llegaran las primeras alegaciones, todavía minoritarias, y la denuncia a instancias europeas de la plataforma local Karrantza Naturala por daños medioambientales a una zona declarada como L.I.C. Todas ellas reclamaban la paralización y suspensión del parque por impactos al patrimonio natural, ambiental, cultural y paisajístico de los Valles circundantes, entre ellos el de Carranza. La Unión Europea dio aliento a estas denuncias cuando en diciembre de ese mismo año, siete meses más tarde del nombramiento de Ordunte como L.I.C., lo incluyó en la Lista de Lugares que integran la región Biogeográfica Atlántica, aumentando de esta manera su reconocimiento y, por consiguiente, la legitimidad de la oposición.

El mismo Informe de Impacto Ambiental recogía afecciones sobre fauna (en especial avifauna), vegetación, patrimonio y paisaje. Como puede verse a continuación, dichas afecciones serían producidas tanto por la instalación del parque eólico en sí mismo como por la línea de alta tensión requerida para evacuar la electricidad.

Los primeros y más notables impactos se preveían en la instalación de la infraestructura: desbroces y adecuación de los caminos de acceso para llevar las enormes y largas piezas de los aerogeneradores hasta las cumbres, y montaje de una línea de media tensión para la construcción e instalación de las zapatas necesarias para colocar los molinos, que incluían operaciones de excavación, encofrado, hormigonado y tapado, especialmente dañinas para la turbera cobertora existente en el terreno.

Una vez instalados los aerogeneradores, el informe apuntaba afecciones severas a las comunidades vegetales de alto interés, en especial a los brezales húmedos y a la turbera cobertora del Zalama, riesgo severo de colisiones de aves de interés en el tendido eléctrico aéreo y en los aerogeneradores, así como agresión severa por la intrusión en el paisaje de éstos. También apuntaba afecciones moderadas a la fauna del

entorno, posible contaminación de aguas por las obras de instalación, riesgo de interacción con elementos del patrimonio de la zona y tala de rodales y ejemplares sueltos de especies arbóreas autóctonas en el proceso de instalación del complejo (Romero, 2004). El informe preveía un plan de vigilancia tanto durante la fase de instalación como en la de explotación, aunque no entraba a emitir ningún juicio sobre la inoportunidad global del proyecto.

Para tratar de zanjar las afecciones derivadas del informe en el año 2005 los promotores realizaron algunos cambios que incluyeron en un anexo al proyecto. Dichos cambios se limitaban a mover ligeramente su emplazamiento, eliminar varios molinos y resolver algunas cuestiones técnicas. Pero desde la oposición al proyecto no fueron entendidos como una verdadera resolución de las cuestiones medioambientales y paisajísticas planteadas. Como consecuencia, a raíz del nuevo periodo de exposición pública del proyecto modificado y gracias a una sensibilización pública creciente, las alegaciones fueron mucho más numerosas e incluían a muchos más agentes implicados. Así, fueron más de ciento veinte las alegaciones presentadas contra el proyecto en el Departamento de Industria del Gobierno Vasco.

Situándose al margen o ignorando en cierta manera la protesta social, ni los promotores, ni el Gobierno Vasco ni Iberdrola fueron conscientes de que el proceso de oposición al parque había crecido consolidándose a nivel asociativo y ciudadano y que había comenzado a remover conciencias políticas.

La oposición al parque eólico había dejado de ser una cuestión solamente medioambiental para convertirse en un problema territorial y social. Así lo muestra la gran variedad de entidades y personas a nivel individual que presentaron escritos de alegación: desde asociaciones ecologistas a sindicatos, organismos privados, asociaciones de diversa índole, corporaciones municipales o particulares. Se implicaron agentes sociales tan diversos como el servicio de Guardería de Montes de la Diputación de Bizkaia, el Club de Atletismo Valle de Mena, la Asociación de Turismo Rural de Las Merindades, la Asociación Cultural de Danzas Ecos del Valle, la Sociedad Polideportiva de Tiro, Caza y Pesca del Valle de Mena, el sindicato Euskal Herriko Nekazarien Elkartasuna (E.H.N.E.) o la Plataforma para la Implantación Racional de la Energía Eólica en Euskadi, por poner algunos ejemplos. Importante fue el compromiso del Ayuntamiento del Valle de Mena, municipio al otro lado del Ordunte, por representar un apoyo institucional al proceso. El de Carranza, sin embargo, se mantuvo en una postura más ambigua por cuestiones políticas. Otros escritos llevaban la firma de profesores de la Universidad del País Vasco, de la Universidad de Burgos y de

miembros del Colegio Oficial de Biólogos de Euskadi. En suma, la oposición al proyecto fue despertándose en diferentes frentes que acabaron confluyendo en un mismo camino que se hizo fuerte.

Así pues, el avance en la tramitación del parque iba de la mano del aumento de las protestas contra el mismo y, paralelamente, del conocimiento de unos montes bastante olvidados en Bizkaia, que no habían sido lo suficientemente reconocidos ni tan siquiera por los propios carranzanos.

\*\*\*

Alejandro fue uno de los oriundos del Valle que, desde la asociación Karrantza Naturala, lideró el movimiento contra el parque eólico, por ello su visión del conflicto resulta singular. Comenta que la primera noticia que tuvo del proyecto, antes de haberse constituido el movimiento conservacionista, data de la salida a exposición pública del avance del Plan Sectorial para la Energía Eólica. Fue entonces cuando algunas personas vinculadas a la asociación, alertadas por voces sociales ajenas al Valle, empezaron a darse cuenta de las intenciones respecto a Ordunte.



**Ilustración 44: Turbera Cobertora en Ordunte**  
Paisaje del Valle visto desde lo alto de Ordunte. En primer plano aparece la turbera cobertura que fue objeto de polémica.

El primer acto de sensibilización que organizaron fue una charla acerca del Plan Sectorial a cargo de concedores del mismo para explicar las pretensiones y objetivos de los promotores del proyecto y en qué línea los contrarrestaban las primeras alegaciones al mismo. A partir de ahí, afirma Alejandro, todo fue un proceso muy lento donde el grupo de oposición iba haciéndose cada vez mayor, informando, realizando

asambleas, preparando alegaciones cuando correspondía y sacando el tema a los medios de comunicación. El movimiento de oposición, así, fue creciendo hacia algo de mayor consistencia.

Admite que en dicho proceso de oposición Karrantza Naturala aprendió mucho. Fueron dando pasos que, aun sin calcular demasiado sus consecuencias, eran positivos de cara a lograr su objetivo. Piensa que, en última instancia, la oposición nunca fue un capricho, sino que el patrimonio natural sobre el que se quería levantar el parque (la llana de Salduero, los humedales y la turbera cobertora) era de gran sensibilidad, lo que terminó por reconocerse y admitirse.

La primer intención, comenta Alejandro, fue colocar en toda la cordillera ciento cuarenta y tantos molinos. Aparecía en el Plan Sectorial, continúa, pero la cifra fue disminuyendo gracias a las alegaciones y a otras trabas administrativas, pues, entre otras cosas, muchos de aquellos molinos se pretendían colocar en la provincia de Burgos, territorio fuera de las competencias del Gobierno Vasco.

Aunque desde Karrantza Naturala siempre pensaron que la oposición la tenían que liderar ellos por situarse el plan en su municipio, fue muy importante el apoyo y coordinación con otras asociaciones e instituciones de fuera del Valle, como el Ayuntamiento del Valle de Mena (municipio de la cara burgalesa de los montes de Ordunte) o Ekologistak Martxan, por nombrar los que más peso institucional o mediático tuvieron. Confluyeron intereses sociales de lo más variopinto, no todos relacionados con la montaña, que acabaron convergiendo en el camino y sumando fuerzas.

Para Alejandro, la admisión a trámite de la denuncia que interpusieron ante instancias europeas fue un punto de inflexión, ya que otorgaba una legitimidad de peso a la oposición. Pero también recobraba ante la ciudadanía el valor de un paraje que ya había sido protegido en 1997 como Lugar de Interés Comunitario y que justo en pleno proceso de oposición se había seleccionado como lugar de especial relevancia de la región Biogeográfica Atlántica. Este hecho, además, dejaba en evidencia la poca credibilidad de un sistema que concedía figuras legales de protección que acababan siendo incumplidas incluso por las propias administraciones.

En un principio, admite Alejandro, no eran muchos los que tuvieron el espíritu crítico suficiente para ser conscientes del destrozo pero, a través del trabajo de información y sensibilización, la mayoría acabó reprobando la instalación de los molinos. Dice que entre la gente joven no hay movimiento social. La crisis del sector

ganadero ha generado un gran pasotismo, quizá por pensar que está todo perdido. Nada que ver con la movilización de hace veinte años, cuando ante cualquier tema que les afectara había reuniones multitudinarias, recuerda. Por ello fue un movimiento forjado poco a poco. Buzonearon mucho, y piensa que esto fue un acierto. Habría quien en un principio ni leería las notas, pero, poco a poco, se estimuló la reflexión. Cree que al final la movilización de Concha fue un éxito, teniendo en cuenta la poca predisposición del entorno a una actuación de estas características y a la gran indefinición del Ayuntamiento ante el tema.



**Ilustración 45: Oposición a los Molinos**  
La carretera, en un municipio tan desperdigado, se convirtió en lugar de expresión de la protesta.

Respecto al paisaje, cree que tuvo su papel sobre todo en la última fase, dando más razones para el rechazo. Al final, el conjunto de argumentos naturales, patrimoniales, sociales y paisajísticos formaron un todo que lograron paralizar la puesta en marcha del proyecto. A nivel ciudadano, Alejandro no tiene muy claro que el paisaje fuese algo importante para su cuestionamiento. En general, cree que en Carranza el paisaje es algo tan cotidiano que no se valora demasiado. Aunque está convencido de que el mayor conocimiento de los montes de Ordunte que se iba logrando conforme avanzaba el proceso fue aumentando la sensibilidad paisajística. También que, a raíz de la oposición, se acabó conociendo mucho más una zona del Valle de la que pocos conocían sus virtudes y excelencias, tanto en el propio Carranza como en el resto de la provincia. Ordunte, dice, salió reforzado en el proceso. Y con el éxito de la movilización, los procesos ciudadanos también.

Finalmente se muestra optimista con la repercusión que dicho proceso tuvo para el movimiento social en general, pues en un momento de bastante desmovilización ciudadana lanzó el mensaje de que la respuesta social sigue siendo una vía posible para conseguir objetivos transformadores. Sin embargo, a nivel de municipio piensa que la crítica social se paró un poco y que no ha servido para fomentar la creación del estado de opinión reflexivo sobre el Valle que Karrantza Naturala pretendía. Para ellos, afirma Alejandro, era importante la participación e intentar crear conciencia dando información y planteando los problemas desde diversos puntos de vista. Y, sostiene, que no es fácil de mantener dicho estado de opinión en un pueblo.

\*\*\*

Tal y como apunta Alejandro, la plataforma ciudadana Karrantza Naturala mantuvo entre los años 2002 y 2005 tres ejes de acción: en primer lugar, el administrativo-judicial, tratando de ralentizar el proceso de ejecución del proyecto presentando alegaciones y recurriendo su tramitación; en segundo lugar, la concienciación, llamando la atención en el pueblo sobre los valores del emplazamiento elegido mediante buzoneo de información, reuniones, carteles o el boca a boca, creando un estado de opinión y reflexión en el pueblo; en tercer lugar, la visibilización de la oposición, acudiendo a los medios de comunicación a nivel provincial y autonómico para generar noticias de cada uno de los pasos del proyecto. A estos cuatro ejes se les acabaría uniendo el científico (los informes elaborados en la Universidad) y el propio institucional (es decir, los apoyos que se fueron fraguando desde dentro de la propia Diputación de Bizkaia).

De esta forma, la dinámica de la protesta va encontrando alianzas que la van haciendo más fuerte y dando argumentos más sólidos para contrarrestar a los promotores del proyecto. No fue un trabajo en solitario sino en red con otros actores implicados. En el trabajo *Per una nova cultura del territori?* (Alfama *et al.*, 2007) a este tipo de red se le denomina “red de acción colectiva crítica”, y se define como “las amplias coaliciones sociales que se generan a lo largo de la movilización, el entorno social que es movilizadado por las plataformas y los núcleos organizadores de la protesta y que pueden incluir, entre otros, científicos, políticos, entidades cívicas y sociales diversas” (Ibíd.:12). Esta red muestra la existencia de nuevas lógicas de funcionamiento social que no deberían haber sido ignoradas o minusvaloradas por las instituciones,

pues no contar con la fortaleza de su trabajo fue un factor muy importante en el fracaso de un proyecto que no había sido consensuado ni consultado con la ciudadanía. Funcionando al margen de los partidos políticos (aunque algunos partidos también se convirtieron en un actor social más), el grupo de presión policéntrico contribuyó de manera relevante a la construcción de un estado de opinión contraria a la instalación del parque en Ordunte.

Si por un lado la sociedad civil jugó un papel importante movilizándose, presionando y dando argumentos en contra de los molinos, el otro frente se libró a nivel político e institucional. Partiendo de la opinión contraria del Servicio de Montes de la Diputación Foral, que se forjó una vez ya iniciado el proceso crítico, la conciencia del destrozo que generaba el parque se extendió a la propia Diputación, que fue la que presionó al Gobierno Vasco. En dicho Servicio de Montes (que poseía un buen conocimiento *in situ* de Ordunte) se acabó elaborando un informe oficial denunciando y alertando de la destrucción del ecosistema y del alto impacto sobre el paisaje que supondría la construcción del parque eólico. Este informe constituyó la primera toma de postura institucional contraria al proyecto. El asunto generó enfrentamientos incluso entre miembros del grupo juntero en el Gobierno y entre cargos de la Diputación y del Gobierno Vasco.

En octubre de 2004, la Diputación vizcaína acabaría condicionando la construcción del parque a la elaboración de cinco informes independientes realizados por la Universidad del País Vasco: afección a las aves, variaciones de humedad del suelo, repercusión de la construcción de viales, incidencia de éstos en el suelo y comparación paisajística del antes y el después de la presencia de los molinos. Los resultados de dichos informes supusieron un acercamiento claro de las posturas de la Academia a las reivindicaciones sociales.

Un hito en el movimiento de oposición al parque y a favor del reconocimiento de sus valores fue la visita de un grupo de junteros al lugar del futuro emplazamiento. Dicha visita guiada fue importante para el convencimiento, a nivel político, de la inoportunidad del terreno previsto como lugar para albergar torres eólicas. Este cuestionamiento del proyecto, una vez visitado el lugar, plantea cuestiones éticas y metodológicas sobre la forma en que habitualmente se plantea una infraestructura, cualquiera que sea su naturaleza, ya que demuestra que a menudo se diseñan sobre el mapa sin hacer un estudio serio y riguroso del lugar.



En el caso de la energía eólica se suelen proponer los emplazamientos analizando el mapa de vientos sin tener en cuenta otras consideraciones. Al instalarlas en las cumbres de las montañas, como en el caso de muchos de los parques planeados en el País Vasco, no se piensa en el significado emocional, estético y paisajístico de éstas ni en la necesidad de legar al futuro la riqueza natural y arqueológica que suelen conservar. El conocimiento de los valores naturales y emocionales de los lugares debería incluirse en la agenda política y en un debate previo a la hora de legislar y proyectar para, al menos, sopesar objetivamente pros y contras y tomar decisiones que tengan en consideración diversos puntos de vista. El hecho de que un lugar ya esté protegido, como en el caso de L.I.C. Ordunte, debería invitar a ser especialmente escrupulosos y vigilantes en aquellas actuaciones que podrían alterar su aspecto formal o su hábitat. De lo contrario la protección de poco sirve, y se es incoherente con los compromisos previos alcanzados. El no hacerlo, además de suponer una falta de sensibilidad por parte de la Administración, puede llegar a acarrear el fracaso del propio proyecto, como en este caso.

En octubre de 2005 la Diputación Foral de Bizkaia, disconforme ya con el proyecto y avalada por los informes complementarios que le llegaron desde la Universidad, se posiciona oficialmente en contra del parque. A raíz de dicho posicionamiento negativo, en enero de 2006 la Dirección de Biodiversidad y Participación Ambiental del Gobierno Vasco emite otro informe desfavorable al proyecto que supone ya la paralización definitiva del mismo.

Las alegaciones de la empresa promotora del proyecto no lograron un cambio de postura del Departamento de Medio Ambiente, y su veto supuso, por primera vez en el País Vasco, la paralización por impacto ambiental de un proyecto industrial en estado avanzado. Además, la desestimación del proyecto en Ordunte daba pie a seguir cuestionando otros emplazamientos y, en general, el P.T.S. de Energía Eólica, pues varios de los emplazamientos propuestos se encontraban asimismo incluidos en Espacios Naturales Protegidos: Arkamo, Montes de Iturrieta, Kolometa y Gazume están declarados como L.I.C. (quedando además Kolometa dentro del Parque Natural de Gorbeia) y Cruz de Alda-Arlaba está declarado como Z.E.P.A. (Zona Especial de Protección de Aves). De esta manera, las movilizaciones sociales en contra de estos emplazamientos han continuado alentando a la concienciación política. Y en 2008 el Gobierno Vasco paralizó los proyectos pendientes y planteó la revisión del P.T.S. vigente por considerarlo obsoleto.

En última instancia, el movimiento de contestación supo identificar, visibilizar y poner a su favor las contradicciones existentes entre los actores institucionales que declaran protegidas determinadas partes del territorio para después incumplir sus propias normativas de protección. Asimismo abogaba por una gestión más próxima, reflexiva y sostenible de los recursos del territorio: la necesidad de protección de los espacios naturales, del paisaje, de la montaña y de los yacimientos arqueológicos se planteaba como un recurso ligado al territorio y, por tanto, necesitado de cuidados y respetos adicionales.

El hecho de que el éxito de la movilización empezase a poner en cuestión otros emplazamientos, e incluso el P.T.S., da a entender que el valor de la acción concreta va más allá del logro puntual. Dicha acción crítica puede dar pie a otras movilizaciones e incluso a replanteamientos de políticas enteras como es el caso del cuestionamiento de la concentración de la energía eólica en unas determinadas zonas como las de montaña, máxime si se trata de lugares ya protegidos o de alto valor natural o identitario. El éxito del trabajo en red supone una construcción colectiva del conocimiento y de la reflexión basada en la acción y en la voluntad de transformación social y territorial.

Es necesario resaltar que la oposición al parque eólico en Carranza tuvo mucho que ver con la irrupción de la identidad local. Ésta se vio amenazada por una decisión vivida como una agresión por considerar que desde entidades supramunicipales sólo se recurre a zonas rurales para proyectos ajenos a su beneficio, pero no para solventar sus problemáticas cotidianas. La manifestación del quince de octubre se vivió como una confirmación del sentir local: ahí se demostraba quién era carranzano de verdad y quién no. Esa identidad que reivindicaba la autenticidad y la singularidad de un lugar se mostró lo suficientemente poderosa como para acabar presionando e influyendo en la decisión política de instalación del parque eólico.

Un conflicto territorial como el librado en Ordunte evidencia la necesidad de una mayor fluidez en el diálogo entre administración y ciudadanía y de una mayor participación de esta última en la elaboración de las políticas territoriales y de planificación. En un marco de creciente fragmentación y desconfianza entre los agentes que intervienen en la elaboración de las políticas territoriales (diferentes niveles de Gobierno, departamentos, partidos políticos, grupos de presión o grupos comunitarios), los poderes públicos y privados dejan de ser los actores exclusivos en la definición y gestión de las políticas territoriales. Así sucede cuando los movimientos sociales aparecen como un nuevo actor relevante en los debates territoriales al introducir nuevos temas, cuestionar las formas de tomar decisiones, proponer nuevas

formas de desarrollo territorial y elaborar proyectos alternativos. En este escenario, el aumento de los conflictos territoriales evidencia la existencia de expresiones de descontento hacia las actuales formas de gobierno, hecho que hace necesario que se evolucione hacia unos nuevos estilos más democráticos y efectivos para que todos los actores que participan del territorio puedan influir en las propuestas de planificación y conseguir una gestión menos tensa, menos dificultosa y más democrática (Cruz, 2008:376).

Esta red social que consiguió su objetivo revela el potencial positivo de la acción crítica, al demostrar cómo una presión participativa es capaz de poner en cuestión la forma habitual de tomar decisiones por parte de la Administración, que tan poco se para a consensuar temas territoriales o infraestructurales con la ciudadanía. El éxito del movimiento contestatario en Ordunte muestra que la acción de la crítica social puede contribuir de manera activa a la definición de las políticas públicas. Muestra también que dichas políticas no sólo son (o no deberían ser) el producto de una planificación técnica elaborada desde las oficinas de la Administración, sino que son también el resultado de las interacciones, conflictos y negociaciones entre multitud de actores de diferentes tipos (institucionales y no institucionales), desde diferentes posiciones, con desiguales recursos y fuentes de poder, y distinta capacidad de incidencia. Así, las plataformas ciudadanas, igual que los *lobbies*, los políticos, los técnicos de las administraciones y los medios de comunicación son actores a tener muy en cuenta a la hora de explicar los resultados finales (Alfama *et al.*, 2007:208).

Es cierto que Carranza debería haber aprovechado mejor esta red social abierta a raíz de este conflicto territorial para implicarse en un proyecto colectivo de acción crítica que pusiese a debate dónde está el futuro del Valle y cuáles son los principales retos a los que se enfrenta. Sí es verdad que la plataforma Karrantza Naturala se convirtió en partido político (Karrantza Zabala) con voluntad de construir un discurso más amplio y solucionar más problemas concretos del Valle. Pero a nivel ciudadano se echa de menos que la capacidad de movilización y pensamiento crítico quedase un tanto paralizada tras el conflicto. Habría sido muy positivo seguir generando nuevas propuestas de desarrollo alternativo y proactivo desde el propio Valle.

Teóricamente es cierto que con la creación de mecanismos de información, consulta y participación (como por ejemplo planes estratégicos, consejos sectoriales, consejos de ciudad, agendas 21 o planes comunitarios) se abren nuevas oportunidades de influencia para la ciudadanía. Sin embargo, en las (escasas) ocasiones que se opta por ofrecer un espacio para la participación en las decisiones, la presencia de nuevos

agentes no es garantía de que todos tengan el mismo peso en la toma de decisiones ni de que la participación vaya a ser real y efectiva (Alfama *et al.*, 2007). En un escenario en el que asociaciones, actores sociales y ciudadanía pudieran intervenir en el proceso de elaboración de las políticas, y en el que el Estado ya no figurara como el único actor que decidiera y monopolizara la política, habría más posibilidades de que los diversos intereses pudieran tenerse en cuenta y convergiesen. También que la gestión y la ordenación del territorio podría desarrollarse más al margen de espacios de conflicto y más centrada en espacios de consenso. Podríamos, pues, pensar en un escenario donde la ciudadanía no se viera obligada a recurrir a la protesta y al conflicto para hacer llegar su voz y sentirse escuchada y correspondida (Cruz, 2008:379).



**Ilustración 46: Mirando a Burgos desde Ordunte**  
La implantación de los molinos no sólo afectaba a Carranza, sino también, y especialmente, a la vertiente burgalesa de Ordunte, cuyo paisaje se ve al fondo de la ilustración.

Para acabar, y al hilo del planteamiento central del trabajo, es importante destacar que en un conflicto territorial como el abordado aquí el concepto de paisaje estaba presente. Muchas de las alegaciones y del sentir hacia el proyecto hacían alusión a la modificación paisajística que supondrían los molinos, así como a la propia vivencia del paisaje *in situ* de un lugar relativamente poco humanizado como es Ordunte. De esta manera, en una verdadera política de participación social podría trabajarse el concepto de paisaje introduciendo los debates que preocupan a la ciudadanía. Aunque es verdad que, en muchas ocasiones y Carranza no es una excepción, el paisaje es algo tan cotidiano que sólo se valora cuando está a punto de perderse o sufre una agresión que se ve como irreversible, como en el caso del parque eólico. Esta inquietud me ha conducido al estudio de la implementación de la Agenda Local 21 (único tipo de proceso de participación ciudadana estructurado y promovido institucionalmente en el Valle) que tuvo lugar en el municipio entre los años 2004 y 2006, y a analizar el tipo de abordaje que se hizo respecto al paisaje.

#### **10.4 MIRADA INSTITUCIONAL EN LA AGENDA LOCAL 21**

Dentro de la mirada institucional es interesante ver el tipo de abordaje y tratamiento que un proceso participativo gestionado por las instituciones como la Agenda Local 21 hace respecto al paisaje.

Se hace necesario puntualizar que la aplicación del proceso de Agenda Local 21, al menos en el contexto vasco, no ha sido muy eficaz. En la Comunidad Autónoma Vasca dicho proceso ha sido liderado, gestionado y fomentado por el propio Gobierno Autonómico. A pesar de su repercusión mediática, ni ha conseguido analizar en profundidad y críticamente las realidades locales, ni implementar procesos duraderos y reales de participación ciudadana, y ni mucho menos lograr cambios de actitud en la toma de decisiones políticas o en la cotidianidad ciudadana. En contextos rurales como el de Carranza, en los que el término “medio ambiente” se suele percibir, a priori, con desconfianza, el éxito de dicho proceso es todavía más cuestionable y más bien ha tenido nula repercusión.

A pesar de esta puntualización crítica, considero que los documentos de diagnóstico y acción resultantes del proceso de Agenda Local 21 implementado en Carranza entre los años 2004 y 2006 son útiles desde el punto de vista de la mirada institucional sobre el paisaje, así como desde la relación entre esta mirada y las preocupaciones cotidianas de la población.

Estructuro mi análisis de esta cuestión en tres secuencias que van de lo general a lo particular. En la primera explico en qué consiste y de dónde surge la Agenda 21, y lo hago además desde una perspectiva crítica poniendo en cuestión los conceptos de sostenibilidad y desarrollo y aplicándolo al concepto de paisaje. En segundo lugar, me refiero al procedimiento concreto que se ha aplicado en el País Vasco y, por ende, en el municipio carranzano, pues se ha seguido el mismo protocolo en todo el territorio. Por último, planteo las presencias y ausencias del concepto de paisaje a la luz de los documentos de diagnóstico y acción concretos redactados en Carranza.

##### **10.4.1 Del desarrollo sostenible al paisaje sostenible**

El año 1972 supone un hito, puesto que tanto el Club de Roma, a través del informe *Los límites del crecimiento* o *Informe Meadows*, como la *Conferencia de Estocolmo sobre Ambiente Humano* cuestionaron el modelo económico desarrollista, llamando la atención sobre el agotamiento de los recursos naturales de la Tierra y sobre

los límites de su capacidad. Por primera vez se pusieron de manifiesto los factores políticos en el uso y gestión de los recursos, las diferencias sociales en el acceso a éstos, las dinámicas de desarrollo y sus efectos sobre el medio ambiente, y la articulación entre los contextos locales y globales (Escobar, 1995).

Sin embargo, la primera definición internacionalmente reconocida de “desarrollo sostenible” aparece en el año 1987 en el *Informe sobre Nuestro Futuro Común*, más conocido como *Informe Brundtland*, publicado por la Comisión Mundial sobre Medio Ambiente y Desarrollo de las Naciones Unidas. En él se define desarrollo sostenible como “aquel que satisface las necesidades de las generaciones presentes sin comprometer las posibilidades de las generaciones futuras para atender las suyas”, definición que ha tenido una gran repercusión mediática, política, teórica y social y que pasa por ser la más aceptada, aunque como veremos más adelante, suele ser criticada por su ambigüedad e inoperancia (Naredo, 1997).

Veinte años después del *Informe Meadows* se celebra la Conferencia de las Naciones Unidas en Río de Janeiro, conocida habitualmente como Cumbre de la Tierra, en la que además de una declaración de principios sobre medio ambiente y desarrollo, se aprueba la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, el Convenio sobre la Diversidad Biológica y el documento Agenda 21. Este último ha servido de modelo para poner en marcha planes de acción local para la sostenibilidad a nivel mundial, tratando además de involucrar a la sociedad civil. El objetivo de la Agenda 21 es, pues, servir de guía a aquellos agentes locales que quieran favorecer estrategias basadas en el desarrollo sostenible. Pero conviene detenerse en este último concepto.

Fue en los años ochenta cuando las nociones de desarrollismo y medioambientalismo, campos hasta entonces considerados diferentes, contradictorios o incluso adversarios, se funden en el concepto de desarrollo sostenible. Dicha fusión ha creado un terreno de gran indefinición semántica, acomodándose en él multitud de significados diversos que lo convierten en un concepto más bien ambiguo e inoperante (Sachs, 2002:64-65) aunque muy exitoso mediáticamente.

Según Naredo, el triunfo de este concepto se ha debido al halo de ambigüedad que lo acompaña, pues se trata de enunciar un deseo muy general sin precisar mucho ni su contenido ni el modo de llevarlo a la práctica. La indefinición con la que se maneja este término provoca que las buenas intenciones que lo informan queden en meros

gestos en el vacío, sin que apenas contribuyan a reconvertir la sociedad industrial sobre bases más sostenibles (Naredo, 1997).

Para Wolfgang Sachs (2002:66) el problema reside en que la mayor preocupación reinante sobre sostenibilidad no se ha traducido en una reconsideración y reconversión operativa del modelo económico. Administraciones, empresas y consumidores maquilamos con la etiqueta “sostenible”, a lo más, ligeros cambios que no solucionan las ineficacias del sistema ni transforman el modelo en otro decididamente sostenible y respetuoso con el medio ambiente. Paradójicamente, de la preocupación por la conservación de la naturaleza se ha pasado a la preocupación por la conservación del desarrollo. Para Sachs (Ibíd.:63) se abriría una salida al dilema si existiera un estilo de desarrollo que usara menos naturaleza e incluyera a más gente.

Aplicando el concepto de sostenibilidad al de paisaje, cabe preguntarse qué deberíamos entender por desarrollo sostenible del paisaje. Según la definición del informe Brundtland, podríamos plantear que paisaje sostenible es aquel que “satisface las necesidades paisajísticas del presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades paisajísticas”. Pero, ¿cuáles son nuestras necesidades paisajísticas?, ¿somos capaces de satisfacerlas?, ¿son las mismas para todas las generaciones, culturas y estatus?, ¿cómo establecemos qué línea de acción es más sostenible?, ¿quién lo decide y por qué?, ¿qué tipo de paisaje es deseable legar a las generaciones futuras y cuáles serán sus necesidades dado que el paisaje y las culturas son necesariamente cambiantes? De nuevo nos encontramos con una gran ambigüedad.

Sin embargo, utilizando la definición de desarrollo de Ojeda (2004), un paisaje sostenible se apoya en el respeto y en la valoración de sus cualidades intrínsecas en relación con la cultura que lo ha creado, y no solamente en función de su belleza o los réditos monetarios que se puedan obtener de él. Así, el paisaje se concibe como una parte del patrimonio natural y cultural de toda sociedad y como un inestimable componente de la calidad de vida y bienestar de la ciudadanía, pero insistiendo en el valor del conocimiento y del respeto a los principios básicos de organización de los paisajes. Para lograrlo hay que ser capaces de gestionar el territorio de tal forma que se garantice el respeto y la funcionalidad del paisaje, a la vez que preserven y ensalcen sus valores en beneficio de la colectividad (Ojeda, 2004).

#### **10.4.2 Proceso y metodología de implantación de la Agenda 21**

Para promocionar e implementar el documento de Agenda 21<sup>63</sup> en el País Vasco se constituyó en el año 2002 la Red Vasca de Municipios para la Sostenibilidad, denominada también Udalsarea<sup>64</sup>, a la que se fueron adhiriendo buena parte de las comarcas rurales de la Comunidad Autónoma, entre ellas Las Encartaciones en la que se inserta el municipio de Carranza. Para poder formar parte de esta Red, el municipio tenía que haber ratificado el Compromiso por la Sostenibilidad de la Comunidad Autónoma del País Vasco o la Carta de Aalborg y estar inmerso en el proceso de implantación de su Agenda Local 21. De esta manera, todos los municipios de la Red disponen ya de un diagnóstico económico, ambiental y social, de un Plan de acción plurianual aprobado por el pleno municipal y de canales para la participación de la ciudadanía.

Para que las autoridades locales no se enfrenten en solitario al diseño de su Agenda Local 21, diferentes municipios, que normalmente pertenecen a una misma comarca administrativa, forman un grupo denominado Udaltalde<sup>65</sup> con el propósito de intercambiar información y experiencias entre ellos. Este Udaltalde está constituido por varios municipios (entre 4 y 15), varias entidades supramunicipales y una empresa consultora experta en la ejecución de la Agenda Local 21.

La Agencia de Desarrollo Comarcal o la Mancomunidad, en nuestro caso la de Las Encartaciones, toma el papel de entidad coordinadora y dinamizadora del proceso, gestionando el presupuesto y apoyando a los municipios más pequeños que cuentan con menos recursos humanos y económicos. El papel del Gobierno Vasco y de la Diputación Foral de Bizkaia a través de sus respectivos Departamentos de Medio Ambiente es fomentar e incentivar la constitución del Udaltalde y hacer más ágil su funcionamiento. Por último, la empresa consultora es la responsable de implantar la metodología, llevando a cabo las tareas de trabajo de campo, asesoría técnica, formación y redacción de los documentos finales.

---

<sup>63</sup> La aplicación concreta de la Agenda 21 suele pasar a denominarse “Agenda Local 21”, por lo que a partir de ahora aparecerá con esta denominación.

<sup>64</sup> En euskera el término “udalsarea” está constituido por los vocablos “udal”, que significa municipio y “sarea”, que significa red.

<sup>65</sup> En euskera el término “udaltalde” está constituido por los vocablos “udal”, municipio, y “talde”, que significa equipo.



Una vez habilitados los mecanismos necesarios se inicia un proceso de análisis en cada municipio a través de reuniones sectoriales y los denominados “foros de concertación”, que constituyen un lugar de debate estructurado en el que la ciudadanía puede tomar parte libremente, compartiendo y debatiendo sus ideas, opiniones e inquietudes. El objetivo último es la elaboración de un diagnóstico descriptivo y analítico, reflejo del Udaltalde a nivel local, sobre todo desde una perspectiva medioambiental y haciendo hincapié en su vertiente social. De esta forma se abordan temáticas como la ordenación del territorio, el planeamiento urbanístico, la movilidad, la contaminación, el uso de la energía o la gestión ambiental del municipio, entre otros.

Tras la obtención del diagnóstico se establecen unas líneas estratégicas para la resolución de los problemas detectados, fruto de las cuales se priorizan una serie de objetivos y medidas concretas. El siguiente paso es plasmar las iniciativas en un plan de acción plurianual consensuado con su correspondiente cronograma de ejecución que debe ser aprobado en el pleno municipal, por lo que supone, a priori, un compromiso real de los Ayuntamientos.

Una vez que los diferentes planes municipales del Udaltalde han sido aprobados éste se disuelve, y aquellos municipios más comprometidos con el proceso tienen la posibilidad de formar parte de la Red Vasca de Municipios hacia la Sostenibilidad.

Por último, hay que señalar que el Gobierno Vasco ha elaborado y publicado una guía metodológica para el cálculo de indicadores e índices de sostenibilidad clasificados por temáticas, como territorio y planeamiento, movilidad y transporte, recursos naturales, residuos, integración del medio ambiente en las actividades del municipio o medio social y económico. Estos indicadores permiten, de alguna manera, la cuantificación numérica de los problemas locales de cara a facilitar la comparación y el seguimiento de las dificultades a resolver<sup>66</sup>.

De los doce indicadores de seguimiento propuestos por el Gobierno Vasco, ninguno de ellos introduce el paisaje como criterio a valorar. A lo más, encontramos tres que, examinándolos de forma optimista, podríamos decir que se relacionan con él aunque sea de forma tangencial: “disponibilidad de zonas públicas abiertas y de servicios en el municipio”, “usos sostenibles del suelo” y “satisfacción de la ciudadanía con la comunidad local”. Aunque podemos afirmar que el paisaje está ausente de los

---

<sup>66</sup> Algunos de estos indicadores son, por ejemplo, “disponibilidad de zonas públicas abiertas mayores de 5000 m<sup>2</sup>”, “número medio de desplazamientos que cada habitante realiza a diario” o “consumo doméstico de agua”.

indicadores vascos de Agenda Local 21 puesto que ninguno de ellos hace referencia explícita al mismo, sí me interesa señalar su relación con estos tres indicadores concretos.

El primero de ellos, trata de cuantificar entre otros parámetros la disponibilidad de zonas públicas abiertas en el municipio, y para ello evalúa “el porcentaje de la población que reside a una distancia menor o igual a 300 metros de zonas públicas abiertas (mayores de 5000 m<sup>2</sup> y de cualquier tamaño)” (Ihobe, 2003:8). Este indicador parte del supuesto de que es valorable la existencia de zonas verdes abiertas o naturales en las poblaciones. Sin embargo, en las zonas rurales se suele criticar la inoperancia de este indicador puesto que los pueblos suelen estar rodeados de zonas abiertas muy grandes y esto no garantiza ni el esparcimiento ni el respeto al medio ambiente o al paisaje.

El segundo de ellos se refiere al uso sostenible del suelo. Aunque tampoco trata de medir el paisaje ni de hacer un planteamiento respecto al mismo, podría ser un indicador que en un futuro se utilizara para medir sus cambios, puesto que recoge “una serie de aspectos que ofrecen una visión integrada sobre el grado de sostenibilidad en el uso del suelo” (Ibíd.:12). Los índices que genera este indicador son el porcentaje de suelo artificializado, de suelo abandonado y potencialmente contaminado, la intensidad en el uso del suelo, la distribución de nuevas construcciones, la restauración de superficies urbanas y la superficie protegida respecto del total de la superficie del municipio. Los objetivos que persigue este indicador son mantener controlada la regeneración de áreas degradadas y hacer un consumo racional del suelo mediante los instrumentos de ordenación del territorio. En mi opinión, y aunque no se explicita el concepto de paisaje, sí implica una cierta preocupación por los cambios paisajísticos que se ligan a un uso indiscriminado y acrítico del suelo.

Por último, el tercer indicador que estoy valorando aquí, “satisfacción de la ciudadanía”, aunque tampoco aborde explícitamente el paisaje, se aproxima de una manera que puede ser interesante de cara al análisis paisajístico. En general este indicador trata de medir la satisfacción de la ciudadanía con la comunidad local, valorando una serie de aspectos como la calidad de la vivienda o las oportunidades laborales. Entre los aspectos a estudiar se han tenido en cuenta tanto la calidad y cantidad del entorno natural (zonas verdes, ríos), como la calidad del entorno edificado (calles, espacios públicos, estado de los edificios). Para mí la importancia de este indicador respecto al paisaje reside en la posibilidad que ofrece de cuantificar factores

que inciden en la percepción subjetiva y emocional de la calidad del paisaje y de la vivencia del espacio público.

#### **10.4.3 El paisaje en la Agenda Local 21 de Carranza**

El documento de diagnóstico de sostenibilidad del municipio (elaborado en el año 2005) está dividido en doce áreas temáticas: medio social y económico; entorno físico; ordenación territorial y planeamiento urbanístico; sistemas naturales; movilidad y transportes; sectores clave (agua, residuos, energía, acústica); contaminación atmosférica; emplazamientos potencialmente contaminados; incidencia ambiental de actividades económicas; riesgo ambiental; sensibilización y participación ciudadana; organización y gestión ambiental municipal.

Las áreas en las que de una manera u otra, no siempre explícitamente, se aborda el paisaje son la segunda (entorno físico), la tercera (ordenación territorial y planeamiento urbanístico) y cuarta (sistemas naturales).

En el área de descripción del entorno físico se describe cuantitativamente el municipio de manera más o menos pormenorizada en base a su geología, geomorfología, litología, hidrología, vegetación y climatología, pero no se hace mención alguna explícita a los paisajes como tales.

En el área de ordenación territorial se realiza un acercamiento a los usos del suelo según su consideración de urbano, urbanizable o no urbanizable, estudiando también su nivel de protección, así como los planes urbanísticos en el ámbito de las Normas Subsidiarias del municipio. En esta área se hace un muy tímido acercamiento al paisaje.

Por último, en el área de sistemas naturales se estudia lo que se denomina “áreas naturales del municipio” y la existencia o ausencia de planes para protegerlas, con especial atención a los sistemas fluviales y forestales y a los catálogos de fauna y flora, aunque, curiosamente, las menciones explícitas al paisaje son mínimas.

La mención más importante al paisaje a la que se alude en todo el documento de diagnóstico se lleva a cabo al comentar el Plan Territorial Parcial de Balmaseda-Zalla (“Área Funcional” en el que está inserto el municipio de Carranza). Se trata, sin embargo, de una mención genérica y ni siquiera circunscrita exclusivamente a nuestro municipio de estudio. En esta mención se describe así el territorio del Área Funcional:

Está organizada en Valles delimitados por laderas cuya fuerte pendiente es el rasgo más determinante para sus posibilidades de uso. La topografía ha condicionado históricamente la utilización de estos terrenos para la agricultura o las actividades edificatorias. Todavía hoy el paisaje está marcado por un mosaico de prados y masa de pinar como hayas, castaños, robles y quejidos, con una variación cromática a lo largo del año, lo que otorga a estos espacios un gran atractivo que es fundamental para la calidad paisajística del territorio.

[...] Sus municipios constituyen unos espacios rurales de enorme calidad natural y paisajística con un elevado potencial para las actividades turísticas y una posición idónea para vincularse en esta estrategia a las zonas litorales especializadas en este sector<sup>67</sup>.

También a un nivel muy genérico, el documento se refiere a las alteraciones paisajísticas que conlleva la energía eólica, aunque sin entrar en la polémica del proyecto del Parque Eólico Ordunte, de viva actualidad en aquel momento:

El impacto paisajístico es sin duda el principal factor a cuidar en la implantación de parques eólicos, a fin de minimizar sus efectos ambientales negativos.

[...] Los parques eólicos son instalaciones de producción de energía renovable y limpia. La actitud ante la contemplación de estas infraestructuras puede ser, por tanto, más positiva que ante otras que pudieran ocasionar impactos paisajísticos comparables pero que pudieran considerarse con menor justificación ecológica.

En cualquier caso, parece claro que la presencia de parques eólicos con una gran número de aerogeneradores en cada uno de ellos puede suponer un detrimento de la calidad del paisaje, por el contraste y pérdida de naturalidad que implicarían, teniendo en cuenta además que la posición de los parques en zonas altas acrecienta su incidencia visual.

En un plano más concreto, en lo que al municipio de Carranza se refiere, el documento hace alusión al número de hectáreas de suelo no urbanizable, según las Normas Subsidiarias del Ayuntamiento del año 1992. Éste tipo de suelo se divide en

---

<sup>67</sup> En los fragmentos que se recogen de los documentos de diagnóstico y plan de acción no se explicitan los números de página por constituir documentos de trabajo, finales pero sin publicar.

diversas categorías, entre ellas la de “áreas de protección del paisaje” que constituyen casi el treinta por ciento de todo el suelo no urbanizable y en las que se prohíbe totalmente la construcción de viviendas. Pero no se hace ningún otro tipo de análisis adicional, ni cuantitativo, ni mucho menos cualitativo.

Por último, en el área temática que describe los sistemas naturales, tan sólo se hace una mínima referencia al paisaje (y no se refiere solamente a Carranza) cuando hace alusión a la fauna asociada a prados y cultivos atlánticos:

Una de las unidades más extensas en la vertiente atlántica es la campiña, en donde caseríos, setos y pequeños riachuelos forman un gran mosaico paisajístico. La alternancia de formaciones vegetales le dan un carácter continuo de ecotono, hábitat ideal para un gran número de especies.

Su importancia reside en la variedad paisajística que se refleja en una alta diversidad faunística. La comunidad de vertebrados está compuesta por especies europeas, cuya presencia estaría de acuerdo con las condiciones impuestas por este tipo de hábitat; se ven favorecidas las especies más tolerantes al hombre y aquellas propias de hábitats herbáceos.

Al nivel de municipio se limita a decir que “en el área de estudio los prados y cultivos atlánticos son, junto con las repoblaciones forestales, las unidades de vegetación más extendidas” para a continuación hacer un listado de anfibios, reptiles, aves y mamíferos, no quedando claro si se refiere al total de la fauna de los prados y cultivos atlánticos o a Carranza concretamente, aunque más bien parece ser que constituye un listado genérico.

A nivel local el documento sí enumera los espacios naturales protegidos existentes en el municipio: un “Árbol Singular” (se trata de una encina en el barrio de Paúles calificada como tal), así como dos espacios incluidos en la Red Natura 2000, el de los Montes de Ordunte y el de Ranero-Los Jorrios (este último acabaría siendo declarado Parque Natural en el año 2006). La descripción que de ellos se hace es bastante superficial y en ellas no se hace referencia alguna al paisaje.

Por otro lado, siguiendo la metodología de la Agenda Local 21 descrita en el anterior apartado, en base a ese documento de diagnóstico y a las discusiones surgidas en el foro de discusión con la ciudadanía y demás entes locales, se elaboró un plan de acción para la sostenibilidad. Según la propia introducción de este documento supone un “programa que refleja actuaciones de mejora muy concretas y que habrán de

desarrollarse a corto, medio o a largo plazo, en función de su interés, alcance y complejidad [...] detallando los trabajos a emprender, cuantificando sus presupuestos de ejecución y priorizando aquellos que se consideren más relevantes para la materialización de los cambios esperados”. Sin embargo, a pesar de hacer explícito este objetivo, las medidas propuestas son vagas y genéricas, no apuntan ningún plazo de ejecución o presupuesto concreto ni, por ende, ningún tipo de medida de control en la realización del plan de acción.

Debido al poco interés apreciado en el documento de diagnóstico por el paisaje, no es de extrañar que no se previera ninguna medida en torno a éste en el plan de acción. Es verdad que al requerir la metodología de Agenda Local 21 el abordar problemáticas específicas para ofrecer soluciones concretas resulta difícil entrar a valorar una cuestión como el paisaje, percibido como un término demasiado abstracto. Pero no deja de resultar sorprendente que no se haya plasmado ninguna inquietud acerca del paisaje en un municipio en el que sí existe preocupación por el futuro del mismo. El abandono de praderas, la proliferación de zarzas en ellas y la plantación de pinos y eucaliptos cada vez más cercana a los barrios son problemáticas que generan expectación sobre el futuro de un paisaje que se sabe incierto y que están presentes en las conversaciones cotidianas de la ciudadanía.

Es necesario leer entre líneas para intuir cierta preocupación paisajística en algunos objetivos del plan de acción, si bien las medidas que se aportan son vagas e inespecíficas e insisto, no hacen mención alguna al paisaje en sí mismo. Me refiero a algunos objetivos de sostenibilidad que se asumen en el plan: reconocer los límites del crecimiento urbanístico teniendo en cuenta las características del territorio y el medio natural; establecer herramientas de gestión adecuadas para las zonas de interés naturalístico; proteger y recuperar las zonas de interés naturalístico, favoreciendo intervenciones sobre los ecosistemas de interés; o mejorar el conocimiento, las infraestructuras y la valoración ciudadana a propósito de las zonas verdes y los espacios naturales. No pretendo equiparar términos como medio, espacio o zona de interés natural o zona verde con paisaje, pero son los únicos objetivos en los que se podría deducir cierto interés sobre el mismo.

Incluso las medidas concretas asociadas a dichos objetivos también adolecen de vaguedad en afirmaciones como “integrar criterios de sostenibilidad en la revisión de las Normas Subsidiarias” o “fortalecer el medio natural”, y las pocas medidas concretas que se proponen son las de “recuperar antiguos caminos o atajos de monte que se están perdiendo y mantenerlos en posibilidad de uso”, “informar sobre la prohibición de

circular fuera de pistas” o “apoyar el Parketxea-Aula de la naturaleza en Ranero” (lo que en un futuro se llegaría a convertir en el Parque Natural de Armañón).

En comparación con otros documentos de diagnóstico y planes de acción de otros municipios rurales de Bizkaia (Cano, 2006/2007), en el de Carranza la mirada institucional sobre el paisaje se encuentra poco presente. En aquellos se percibía mucho más la influencia de documentos institucionales como el Convenio Europeo del Paisaje y el Anteproyecto de Catálogo de Paisajes Singulares y Sobresalientes de la Comunidad Autónoma del País Vasco, pues en todos ellos los conceptos de proteger, conservar, recuperar y ordenar el paisaje aparecían de manera más o menos reiterada en consonancia con lo que constituye el discurso institucional más en boga actualmente (aunque no siempre la práctica). Sin embargo, dichos conceptos no aparecen ni siquiera en los documentos de la Agenda Local 21 de Carranza.

Como se verá al abordar la mirada connotativa, paradójicamente el Valle es el único municipio de toda la Comunidad Autónoma cuyo paisaje aparece tres veces recogido en el Anteproyecto de Catálogo de Paisajes Singulares y Sobresalientes de la Comunidad Autónoma Vasca: se apuntan como singulares el paisaje de los Montes de Ordunte (que son catalogados junto con las cuencas visuales de Lanzas Agudas y Pando, situadas en su base), el de Ranero-Mazo (se catalogan las cuencas visuales de Carranza, Remendón y Jorrios y Trucíos) y el Valle de Carranza en su totalidad. La mirada institucional de dicho Anteproyecto dota al Valle de un elevado nivel de singularidad pues, pero contrasta con la ausencia de reflexión sobre el paisaje en el documento de diagnóstico de la Agenda 21 municipal. Y la preocupación del Valle acerca de su futuro contrasta con la ausencia de reflexión y apuesta por explicitar medidas en el plan de acción de dicha Agenda (aunque fueran igualmente vagas, ya que el paisaje no es fácil de abordar a nivel local).

Estas discrepancias me hacen dudar de la metodología seguida en un proceso de Agenda Local 21 que no ha sabido dar cuenta de la importancia del paisaje del Valle ni en el documento de diagnóstico ni en los foros de concertación ciudadana, en los que aparece ausente a pesar de que sí existe preocupación sobre el tema. Es posible también que, a pesar del reconocimiento del paisaje en el Anteproyecto de Catálogo de los Paisajes Singulares de la Comunidad Autónoma, en la práctica, se siga siendo muy poco consciente de la importancia y sensibilidad del paisaje de un Valle que constituye una zona marginal y tradicionalmente olvidada y poco valorada en el conjunto del País Vasco. O quizá haya tenido que ver con la forma de plantear el debate en los foros o con la terminología usada en los mismos.

Estas discrepancias también dan cuenta de las carencias del planteamiento de la Agenda Local 21 entendida como un proceso participativo puntual y no como una verdadera involucración de la sociedad civil en la marcha cotidiana de su municipio, que debería ser su objetivo último, como así consta en el documento internacional original. La propia autoridad local, a pesar de que utiliza la Agenda Local 21 como muestra de su interés por la participación ciudadana, en realidad la percibe como una intromisión política y no le dota de un verdadero contenido ni de reflexión ni de actuación. Una muestra de esto se aprecia en la superficialidad y generalidad de la reflexión sobre los acuciantes debates en los que está en realidad inmerso el municipio, la falta de concreción en las medidas a tomar (probablemente también por desconocimiento) y la ausencia de compromisos en el organigrama temporal y presupuestario.

A la falta de voluntad política local le podemos añadir la falta de sensibilidad y compromiso por parte del Gobierno de la C.A.P.V. hacia la dotación de partidas presupuestarias reales a favor de la sostenibilidad en las áreas rurales. El Gobierno Vasco se ha preocupado mucho más por la promoción de la Agenda 21 que por medidas concretas, y cuando éstas se han materializado los fondos han ido destinados más al ámbito urbano que al rural, pues se han promovido aspectos como el cambio climático y la movilidad sostenible, temas que no están dentro de la agenda social prioritaria de un municipio como Carranza.

Todos estos elementos ayudan a explicar el aire de escepticismo que acompaña a este proceso entre las personas que más se han involucrado, así como el desconocimiento o incluso hostilidad hacia la iniciativa por parte de la población.

No obstante, la Agenda Local 21 bien y coherentemente implementada podría suponer una buena oportunidad para reflexionar sobre el presente y el futuro del paisaje en el Valle, sobre los elementos críticos que pueden condicionar su desarrollo, así como sobre la relevancia de éste desde el punto de vista de la idiosincrasia e identidad del municipio. Para ello sería necesario que la Agenda Local 21 se introdujera dentro del organigrama de la política municipal y no quedase como algo puntual, teniendo como objetivo el conseguir una verdadera participación y debate social en todo lo que atañe al municipio.

A otro nivel, el pensar a nivel local podría suponer una buena oportunidad para que de este proceso surgieran documentos más sensibles hacia el paisaje que el documento original de Agenda 21 del año 1992. En aquél, las alusiones al paisaje se



limitaban a tres referencias someras en la sección de conservación y gestión de los recursos para el desarrollo, estando ausente de un capítulo tan importante como es el de las dimensiones económicas y sociales del medio ambiente. Sería muy positivo que en los documentos que fueran surgiendo del debate ciudadano local (si hubiera voluntad política para ello) se fuera introduciendo el paisaje atendiendo a su sentido cultural y patrimonial y haciendo hincapié en los procesos que motivan los cambios paisajísticos. Es algo que resulta complejo, pero la reflexión local se erige como un paso imprescindible para que decisiones supramunicipales tengan sentido y coherencia.



## **CAPÍTULO 11: MIRADA CONNOTATIVA**

El 26 de abril de 1336 Petrarca hizo realidad el insólito deseo de subir a la cumbre del Ventoux, el monte más alto de la región. Aquel esfuerzo de ascensión sin necesidad alguna ha sido señalado por muchos como el origen de la sensibilidad paisajística en Occidente: asombrado y conmovido por el panorama a sus pies, el poeta descubrió el mundo como algo físicamente bello, emoción que plasmaría después en su poesía (Maderuelo, 2007:5-6). Desde las alturas, el artista, con un ejemplar de las *Confesiones* de San Agustín bajo el brazo, adivinó una íntima relación entre lo que observaba y su espíritu (Vivas y Arnaiz, 2007:185), “artealizando in visu” el territorio (Roger, 2007, 2008), es decir, convirtiéndolo en obra de arte a través de una mirada particular e intencionadamente transformadora, artística y connotadora.

Roger (según él mismo retomando una palabra olvidada del filósofo Montaigne) denomina “artealización” a la operación de transformar el territorio o la tierra en paisaje. Para este autor hay dos formas de “artealizar” el “país”: la primera es la artealización *in situ* inscribiendo el código artístico directamente en el lugar a través de los jardines y los parques (también contemporáneamente a través del Land Art); la otra es la artealización *in visu*, es decir, operando sobre la mirada colectiva a la que se le proporcionan modelos de visión y esquemas de percepción y gozo.

Este tipo de mirada es necesaria para comprender los esquemas de percepción sobre los que se basa la aprehensión de los paisajes, pues a la hora de valorarlos interviene todo un artefacto cultural construido acerca de lo que es dicho paisaje: no vemos casi nunca un paisaje por primera vez, sino como escenario común y heredado; ni tampoco directamente, sino a través de la cultura (Martínez de Pisón, 2009:20). Me refiero tanto al propio concepto de paisaje (¿qué es el paisaje?) como a la valoración de paisajes concretos: por qué unos paisajes pasan desapercibidos, otros resultan ordinarios y otros, en cambio, son calificados como bellos, pintorescos, extraordinarios o sublimes.

La mirada connotativa constituye la máxima expresión de la parte del paisaje relacionada con la lejanía, el observar y la manera de mirar, pero igualmente influye en la mirada fenomenológica cotidiana, ya que la mediatiza haciendo que algunos aspectos de los paisajes se prioricen frente a otros.

El Valle de Carranza destaca justamente por la falta (que no ausencia) de connotación: su gran potencial paisajístico aparece minusvalorado por una mirada connotativa vasca que no parece haber reparado en él. Si bien sobre otros paisajes hay

multitud de páginas escritas sobre ellos, para este territorio el despliegue de esta mirada es breve, estando escasamente desarrollada. Quizá sea porque se trata de un territorio fronterizo con la provincia cántabra y en dicha periferia su paisaje queda diluido como en tierra de nadie, pues en sí, paisajísticamente hablando, el paisaje carranzano y el cántabro suponen una continuación.

Como ya mencioné en el capítulo anterior<sup>68</sup>, Carranza es el único municipio de toda la Comunidad Autónoma cuyo paisaje aparece tres veces recogido en el Anteproyecto de Catálogo de Paisajes Singulares y Sobresalientes de la Comunidad Autónoma Vasca (IKT y Paisaia, 2005): se apuntan como singulares el paisaje de los Montes de Ordunte, el de Ranero-Mazo y el del Valle de Carranza en su totalidad. Es decir, el Valle tiene un elevado nivel de singularidad a la luz de la mirada institucional recogida en dicho Anteproyecto.

Sin embargo, a pesar de esa mirada institucional experta que le ha dotado recientemente de gran peculiaridad, el Valle no ha tenido demasiados espejos donde mirarse a sí mismo y encontrar su paisaje, que ha sido tradicionalmente poco reconocido. Aunque el entorno casa a la perfección con el imaginario vasco de lo rural, lo montañoso, lo ganadero, lo verde y lo tradicional, el paisaje carranzano ha constituido un área bastante ignorada en el conjunto del territorio. Carranza ha quedado al margen de los discursos paisajísticos de lo vasco, que se han centrado más en lo guipuzcoano, lo vasco-navarro e incluso lo vasco-francés. El Valle ha sido poco recreado a través de imágenes, canciones, metáforas, guías o textos, y no encontramos apenas discursos que connoten su mirada. En guías del tipo “los mejores paisajes vascos”, guías de arquitectura tradicional o popular o lugares encumbrados o idealizados del territorio vasco destaca la falta de interés por el mismo o incluso su llamativa ausencia. Particularmente notorio resulta el poco lugar que se le ha dado en manuales de arquitectura tradicional vasca frente a otros Territorios Históricos cuya arquitectura en general está bastante peor conservada que la del Valle. Esta ausencia resulta ciertamente curiosa ya que se trata de un paisaje similar al cántabro o al asturiano (¿o quizá precisamente por ello?) que, sin embargo, se han dado a conocer mejor y más emblemáticamente.

Uno de los pocos modelos de percepción que he encontrado ha sido la publicación desde hace una década de unos calendarios anuales con fotos del Valle realizadas por Miguel Sabino Díez, fotógrafo y etnógrafo del pueblo, que han dado a

---

<sup>68</sup> Subcapítulo 10.4.3, “El paisaje en la Agenda Local 21 de Carranza”.

conocer rincones del Valle desconocidos para muchos y hacer a sus habitantes sentirse reconocidos en ellos. Él ha descubierto y mostrado a sus propios vecinos muchos de sus encantos, así como lugares que permanecían escondidos e inéditos. También ha logrado aumentar el reconocimiento de su paisaje global, es decir, de su vista general desde las alturas que, con todo, es el paisaje o cuenca visual más conocido y valorado del Valle, más allá de sus otros “micropaisajes” (Nogué, 2009:197-201). A nivel local también existe alguna publicación como el libro *Así es el Valle de Carranza* (Ahedo Arriola, 1996), en el que se manifiestan las virtudes del Valle y de su paisaje, pero que no ha trascendido fuera. Por último, desde hace unos años, el Ayuntamiento alienta a la visita de sus paisajes a través de su página web y de folletos propagandísticos, conocedor de su potencial para incrementar el turismo.



**Ilustración 47: El Color Ocre**  
Pradera recién segada. Al ser el verde el color por excelencia del norte, el ocre posterior a la siega suele ser ignorado por la imagen gráfica.

No obstante, al ser un paisaje eminentemente verde (salvo en algunos veranos secos cuando la hierba ha sido ya cortada y hay sequía) es más fácil que se considere bello al existir un modelo connotativo general que relaciona lo verde con lo placentero, lo bonito y lo fértil. Es lo que Roger denomina “verdolatría” (2007) por la que los paisajes en los que el color verde es el predominante se suelen valorar como espectaculares.

En mi opinión, el encontrar la vista panorámica del Valle bella o espléndida tiene también mucho que ver con lo que se puede denominar “paisaje *Windows*”. Lo llamo así porque la imagen de paisajes verdes, montañosos y ligados a lo rural suele constituir un modelo recurrente y muy explotado por los fondos de escritorio del sistema informático más utilizado, constituyendo un motor creador de paisajes

prototípicos, aunque resulte un modelo de referencia posterior al que se refiere Roger. Este “paisaje *Windows*”, esta ventana virtual, constituiría una versión contemporánea de aquella “veduta”, la ventana del paisajismo en miniatura de los pintores italianos que descubrieron el paisaje en el Renacimiento. Aquella ventana clásica renacentista y esta ventana contemporánea virtual tienen en común el seguir produciendo modelos paisajísticos donde descubrir paisajes.



**Ilustración 48: Paisaje *Windows***

Nuevos modelos de connotación influyen en nuestros cánones de belleza e interpretaciones del paisaje. *Windows* titula a este escritorio elegido como ilustración con el epígrafe de “Felicidad”.

Así, los Valles carranzanos, con pocos modelos que construyan connotativamente su paisaje, sí encuentran referentes más globales, como la verdolatría y el paisaje *Windows*. Para estos modelos lo montañoso y lo verde aparecen como hermoso, admirable y placentero al espectador contemporáneo, ahora también habitante.

Queda mucho por descubrir y connotar en el paisaje carranzano. Pero es posible hacer una lectura positiva de esta ausencia: el paisaje del Valle está por inventar o reinventar y ofrece unas posibilidades para la experiencia mucho más libre de miradas predefinidas y encorsetadas. Como se apunta en la Ilustración 49, lo desconocido del

Valle sugiere que pueden existir nuevas formas de reinventarlo y connotarlo al margen de los estereotipos de belleza más extendidos.



**Ilustración 49: Nuevos Usos para Viejos Silos**

Además de los modelos connotativos más extendidos, la imaginación puede crear nuevas formas de reinventar la belleza del Valle dignificando elementos de la vida cotidiana ya obsoletos como son estos silos de hormigón sin uso, muy habituales por toda la geografía del Valle.

Al igual que las ventanas renacentistas descubrieron un nuevo territorio en su tiempo y las ventanas ofimáticas redescubren los paisajes contemporáneos en la actualidad, quedan muchas ventanas que abrir todavía y nuevas rendijas e intersticios



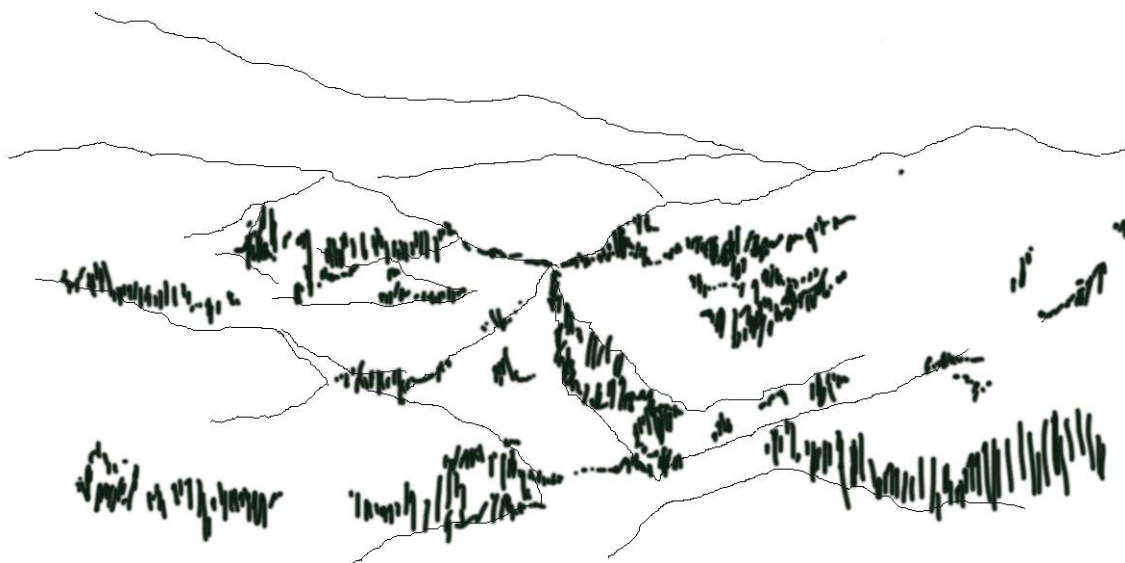
que descubrir para poner en práctica el juego de la multiplicidad de miradas (del Valle, 2008:27). Todos ellos ofrecerán posibilidades para seguir estudiando y descubriendo reencuentros connotativos novedosos con los que convivir y enaltecer los paisajes carranzanos. El cómo se abre como un campo fructífero repleto de posibilidades de cara a investigaciones, experiencias, imaginaciones y vivencias futuras.



**Ilustración 50: Ventanas e Intersticios**  
Nuevas ventanas e intersticios a través de los que mirar el paisaje del Valle aparecen como posibles futuras referencias para reencontrarse connotativamente con los paisajes del Valle.



**PARTE IV. MÁS ALLÁ DE LA VISTA:  
PAISAJES CON TODOS LOS SENTIDOS**





*—Konyune onorange-tanka?— (¿Qué tal está tu nariz?)— Le pregunta una Ongee de las Islas Andaman (al Sur del Pacífico) a su amigo al pasar. Para los Ongee el olfato se encuentra en el centro de su identidad personal y social y los olores son vitales en su idea del universo. Su calendario está construido en base a los olores de las flores y cada estación del año tiene incluso el nombre de un olor particular. De esta manera, su nariz representa algo así como su yo y, de hecho, una Ongee se tocará su nariz para referirse a sí misma, y ese gesto significará tanto ella como su olor (Classen, 1993:1).*

*A primera vista se me ocurre que la conceptualización occidental del espacio poco tiene que ver con la nariz de los Ongee. Pero, de repente, pienso en un comentario de una buena amiga que, con voz tenue y mirada perdida, se confiesa a sí misma con pena acerca de un amante que no le conviene demasiado "...pero me gusta tanto su olor...". Y dudo sobre la lejanía de los Ongee.*

La mirada multisensorial sobre el paisaje tanto por su potencialidad como por su peso en la investigación es desarrollada como la Parte IV del trabajo. No en vano tanto la tercera hipótesis como la tercera unidad de análisis definidas en la metodología versan explícitamente sobre dicha multisensorialidad.

Esta parte se inicia con un capítulo que enmarca cuál es el papel de la multisensorialidad en el paradigma moderno analizando las claves de la ausencia de lo no visual en comparación con el sentido de la vista. Este sustento teórico da pie a otros cuatro capítulos que constituyen su parte práctica y etnográfica: "El olor como factor de cambio en la casa y en el espacio urbano", "Corporalidad y memoria en el paisaje cotidiano", "Las bambalinas del Karpin Abentura" y "Paisajeando con todos los sentidos". En el primero de ellos se aborda el cambio funcional del espacio urbano y arquitectónico en el Valle a través de los olores y de la relación de las personas con los animales y sus excrementos; el siguiente consiste en un acercamiento a la corporalidad del paisaje desde el contacto multisensorial y cotidiano del cuerpo con el paisaje; en el tercero se tratan ciertos aspectos sensoriales que me han resultado muy sugerentes del parque Karpin Abentura y de un espacio anexo a él; y el último constituye un ejemplo, escrito en primera persona, de cómo puede ser vivido y experimentado el paisaje desde el cuerpo y desde todos los sentidos.

El objetivo de esta parte es reflexionar sobre la importancia de los sentidos no visuales como parte indisociable del paisaje, como fuente de emoción en la relación de las personas con los lugares y como conocimiento de la sociedad. A pesar de la aparente preeminencia de lo visual en nuestra cultura, debemos realizar el ejercicio de acercar el paisaje a nuestro cuerpo, distanciándonos de la abstracción y la lejanía con el que es abordado habitualmente. Y una manera de hacerlo es reconociendo y estudiando lo que de táctil, sonoro, olfativo y gustativo contiene.

## **CAPÍTULO 12: OTROS SENTIDOS EN EL PARADIGMA MODERNO**

En la Europa de los siglos XVI y XVII se produce una transformación sin precedentes en la manera de entender el mundo de la que derivan muchas de las luces y sombras de nuestro mundo actual: la llamada Revolución Científica. Una de las características de ésta es tomar como lo verdaderamente real sólo lo que es cuantificable y medible. Por lo tanto se considera (Galileo y Descartes, entre otros, lo dicen sin rodeos) que los colores, olores, sabores, las apreciaciones de sentido o de belleza y todo lo que constituye nuestra experiencia inmediata del mundo no son más que ilusiones y ficciones. Lo único real es lo que se puede medir: lo que verdaderamente existe no son los colores, sino ondas del espectro electromagnético de tantos o cuantos nanómetros [...] Desde entonces, nuestra subjetividad aparece como una anomalía en el universo objetivo de la ciencia moderna (Pigem, 2008:107-108; ver también Toulmin, 2001).

Pigem termina su artículo “La naturaleza como espejo de la cultura” (Ibíd.) con un epílogo que titula “Breve historia de la naturaleza y del mundo (y del espejismo de creer que para elevar a la humanidad habría que denigrar al mundo y a la naturaleza)”. Este pequeño final define muy bien las principales etapas o paradigmas en las que la humanidad, desde la óptica de Occidente, ha concebido su relación con el mundo y la naturaleza. Su virtud es repasar con acierto y sencillez los diferentes estadios de esta relación para entender cómo, en general, mientras las culturas que el autor llama “primordiales” perciben el mundo como un conjunto armonioso, la cultura moderna pone un énfasis exagerado en las nociones de crecimiento, desarrollo, aceleración o progreso, obsesionada por cuantificar el mundo y la naturaleza pero bastante incapaz de respetarlos.

Así, distingue los siguientes paradigmas de esta relación (Ibíd.:109):

1. Experiencia primordial de los pueblos indígenas y de los místicos y sabios de diversas culturas.

El mundo: un jardín donde cada árbol, cada río y cada sonrisa son tal como tienen que ser. La naturaleza es expresión de una armonía cósmica, armonía en la que los humanos participamos plenamente.

2. Platonismo: piedra angular de Occidente.

El mundo: bueno, bello y perfecto, pero a la vez reflejo de un mundo abstracto e ideal que todavía es más bueno, más bello y más perfecto. La naturaleza se vuelve mera copia, deja de ser original.

3. San Agustín: giro medieval hacia la interioridad.

El mundo: caído, aunque todavía bueno y bello en tanto que creado por Dios. Todo el protagonismo radica ahora en el diálogo entre Dios y el alma humana, o en el monólogo del alma consigo misma. La naturaleza no es parte de esta obra: es sólo su escenario, su decorado, su trasfondo.

4. Descartes: arranque del mecanicismo moderno.

El mundo: ni bueno ni bello, sino inerte, sordo y ciego, simple suma de materiales que podemos explotar como se nos antoje. El universo es un gran reloj mecánico cuyos movimientos siempre se pueden explicar racionalmente y se pueden y deben poner a nuestro servicio. La naturaleza es *res extensa*, simple expresión material, sin pies ni cabeza.

5. Mobilización total del mundo: siglo XX y posmodernidad.

El mundo: fábrica e hipermercado global, donde todo se puede manipular y vender. La naturaleza va desapareciendo, incluso como concepto. “¿Naturaleza? Todo es naturaleza”, dice la frívola lógica del sistema, y parpadea.

6. Transmodernidad: se desvanece el espejismo que nos hacía creer que no somos de este mundo, del mundo natural y terrenal.

El mundo: hostigado, pero aún vigoroso, esperando a que despertemos, que le miremos a los ojos y le escuchemos. Sólo cuando redescubramos el mundo nos redescubriremos a nosotros mismos.

En esta correlación de etapas paradigmáticas encontramos una de las claves en relación a cómo entendemos actualmente la naturaleza. La separación platónica entre los seres verdaderos y los que pueblan el mundo sensible hizo posible que la mirada cristiana de San Agustín se desviase de los seres para buscar al ser verdadero en la conciencia. Pero también, paradójicamente, fue el origen lejano de una visión científica moderna que, por el contrario, se ha empeñado en conocer a los seres físicos a través de su medida cuantitativa.

Con ello la modernidad europea ha convertido a la naturaleza en objeto de su mirada, dividiéndola en dos mundos incompatibles: de un lado, lo que de él nos revelan nuestros sentidos (el paisaje); de otro, lo que de él nos enseña la ciencia (la verdad). Y resuelve que la verdad no está en el paisaje, que se considera lo sensible, sino en lo medible. Es este corte el que se refleja aún hoy en la ambivalencia de la palabra “paisaje” (Berque, 1997:20). Precisamente esta ambigüedad es la que dificulta nuestra comprensión completa y ontológica del término y la que me ha llevado a evitar una definición unilateral de paisaje para poder resolver la cuestión, proponiendo las tensiones proximidad/lejanía, habitar/observar, territorio/manera de mirar, naturaleza/cultura como articuladoras del concepto.

Berque incluso llega a afirmar que el paradigma occidental moderno clásico es “el gran mata-paisaje” (2009:92) por no reconocer más que un universo geométrico, mecánico, puramente cuantitativo y neutro. Es decir, un universo que denomina “objetual” porque, según él, se define a modo de objeto que existe en sí mismo pero que no tiene un vínculo con nuestra propia existencia. La cosmología newtoniana instaura el principio de un espacio absoluto, es decir, descentrado, homogéneo e infinito: el espacio universal y puramente mensurable de las coordenadas cartesianas. Por el contrario, el paisaje entrega a nuestros sentidos un espacio siempre singular, centrado, heterogéneo, orientado, limitado por un horizonte, que sólo puede ser relativo e irreductible a la medida puesto que es intangible. Para Berque este paradigma es completamente antimundano porque tiende a descosmizar el entorno humano y convertirlo en un objeto neutro, abstraído de nuestra existencia. Semejante separación de las cosas con nuestra existencia resulta sumamente incoherente e insostenible según él, y todavía no ha sido resuelta (Ibíd.:92-95).

En cualquier caso, ni en todas las culturas ha existido o existe la noción de paisaje, ni todas lo han entendido o lo entienden de la misma manera. Como afirma Berque, pretender lo contrario sería, por etnocéntrico y anacrónico, un “cosmicidio”. Sería matar otros mundos en provecho del nuestro que sí se caracteriza por la existencia del paisaje (Berque, 1997, 2009). Por ejemplo, en China, cuna del paisaje, nunca se ha dado esta ruptura entre los seres sensibles y los verdaderos, y la unidad cósmica no ha dejado de afirmarse, en nombre de su misma naturaleza, en el “shanshui” (uno de los términos chinos para referirse al paisaje) formada por las ideas de “shan” (montaña) y “shui” (agua). Para esta cultura iniciática del pensamiento paisajístico, “el hombre de bien se complace en la montaña, el sabio se complace con las aguas” (Confucio), lo que da ya una imagen moral positiva a lo que después tendrá la

palabra shanshui. El escritor Xie Lingyung (385-433) escribió el primer poema propiamente paisajístico de la literatura mundial en su verso “El sentimiento, a través del gusto, crea la belleza”. Y esta belleza tiene que ver más con la mirada que se dirige a las cosas que con éstas mismas: es el sentimiento lo que crea lo bello. Dicho de otra manera, si para la cultura china la naturaleza se convierte en algo bello y agradable de mirar es porque la miramos como paisaje (Berque, 1997).

Así pues, la cultura occidental moderna, extendida hoy por todos los centros de poder del mundo, ha visto el universo como un objeto inerte y sometido a leyes puramente mecánicas. Sólo superando los presupuestos de la modernidad estaríamos en condiciones de poder volver a redescubrir el mundo y la experiencia sensorial (Pigem, 2008:108) y recomplejizar unas nociones de naturaleza y paisaje que no tan sólo se basen en un sujeto que pretende observar, controlar y dominar éstos mediante herramientas ópticas y cuantitativas. Entraríamos así en la sexta etapa paradigmática, la que Pigem denomina “transmodernidad”. En suma, el paisajismo moderno es una aproximación eurocéntrica y elitista y hay que caminar hacia una comprensión de las miradas al paisaje desde otras perspectivas u otras culturas como la china o las precolombinas (Ojeda y Cano, 2009).

Una manera de superar estos presupuestos modernos que han impuesto lo cuantificable, lo visual, lo abstracto y lo lejano en nuestra relación con el paisaje, una forma de redescubrir el mundo, y de paso a nosotros mismos, es reconocer lo que de táctil, sonoro, olfativo y gustativo contiene el paisaje, distanciándonos de la abstracción y la distancia con el que es abordado habitualmente. Si así lo hacemos, podremos entablar una relación llena y plena con él. Sería absurdo negar la importancia de lo visual en el paisaje, pero pretendo llamar la atención sobre el valor de los otros sentidos como parte indisociable del paisaje y como fuente de información y conocimiento de lugares y grupos humanos.

Ya en el marco teórico inicial, fundamentalmente mediante la tensión proximidad/lejanía, mostraba cómo al ser el paisaje una noción cultural y una abstracción inventada, en Occidente necesitamos la perspectiva visual para saber de qué hablamos cuando nos referimos a él. Pero esto no es óbice para reivindicar lo significativo de los demás sentidos como medio para alcanzar una comprensión compleja de algunas dimensiones fenomenológicas y emocionales que normalmente quedan al margen de los análisis paisajísticos.



Ante el paisaje deberíamos abrir la mente y dejar de contemplarlo sólo desde una perspectiva visual, por difícil que nos resulte. Es complejo, puesto que nadamos a contra corriente de un concepto que en Occidente surgió como visual. Pero si lo conseguimos, estaremos aportando al paisaje la multidimensionalidad que se merece y que tiene, estaremos acercándolo a nuestro cuerpo y dejándolo de situar como algo ajeno, lejano y abstracto. Necesitamos incluir los sentidos no visuales en el paisaje (Nogué, 2009) porque éstos tienen la capacidad de penetrar en el cuerpo, despertando emociones y estimulando sentimientos de placer, nostalgia, repulsión y afecto (Porteous, 1990:7). Además nos explican parte de la vida cotidiana, que no es sólo visual sino plenamente sensorial. De esta manera, el paisaje se cuele con fuerza como escenario en diálogo con la sensorialidad corporal para conseguir el contrapunto equilibrador hacia la serenidad interior y hacia la transformación de la realidad exterior (Buxó, 2004c:250).

En psicología se utiliza el término *haptic perception* para describir una manera holística de comprender el espacio y describir las distintas sensibilidades que el cuerpo utiliza para aprehender y percibir el mundo (O'Neill, 2001:3). Es más, experimentamos el mundo, sentimos los lugares, vivimos los paisajes a través de la integración con la memoria de todas nuestras capacidades sensoras, motoras y culturales. Nuestros sentidos y nuestra capacidad de orientación y de movimiento se funden con nuestras experiencias pasadas y presentes para dar sentido a nuestros lugares en un proceso que está en continuo desarrollo y que no supone tan sólo una mera asociación con lo que una vez aprendimos: “lo que da a los objetos su significado sensorial, y lo que podría darle a ellos nuevos significados, no son sólo las memorias asociadas con ellos, sino cómo estamos experimentándolos justo ahora” (Howes, 2003:44). Sentidos y espacio se retroalimentan para formar el concepto de lugar: nuestros sentidos y las sensaciones percibidas por ellos crean lugares, y los lugares crean sensaciones que les dan sentido. Así, la capacidad de percibir y los sentimientos percibidos se funden.

Este abrumador carácter multisensorial de la experiencia perceptual es el que debería animar a una conceptualización también multisensorial del espacio (Feld, 1996:94) y del paisaje.

Tocar, oler, escuchar o saborear el paisaje no son acciones engarzadas ni con la lejanía ni con la observación con la que tradicionalmente se analiza el paisaje, sino con la proximidad, con la experiencia corporal y con el hecho de habitar, ocupar y experimentarlo directamente.

La mayor parte de las investigaciones paisajísticas utilizan métodos cuantitativos basados en herramientas ópticas, informáticas y mapas que procesan cuencas visuales o que comparan la parte física de los paisajes en el tiempo y en el espacio. Son análisis positivistas de base cartesiana, centrados en lo visual y en lo tangible. Pero a través de estos métodos convencionales no es fácil estudiar sensaciones percibidas a través de sentidos que no sean la vista. A lo más, algunas investigaciones humanísticas minoritarias analizan los *soundscales* o paisajes sonoros mediante la grabación, clasificación y análisis de los sonidos característicos de un determinado ambiente o cultura (Feld, 1990, 1996; Schafer, 1977).

Y es verdad que no podemos registrar olores, tactos o sabores ni desaparecidos ni actuales, ni procesarlos en gráficos, tablas o estadísticas, pero sí que podemos poner de manifiesto su fuerza evocativa (o no) para un determinado grupo o comprender los cambios en un determinado lugar estudiando aspectos sensoriales. El hecho de que sea muy difícil o incluso imposible registrar sistemática o computacionalmente las sensaciones que provienen de otros sentidos como el olfato, no quiere decir que no sean importantes para los grupos humanos o que no merezcan su estudio. La antropología, al tener como uno de sus fundamentos metodológicos el recoger elementos especialmente cualitativos y permitir que afloren aquellos aspectos no tan evidentes (del Valle, 2004/2005:8-9), nos brinda la oportunidad de captar y reflexionar sobre estos sentidos no visuales.

Teniendo en cuenta esta complejidad multisensorial del territorio que defiende, en esta parte IV propongo que los paisajes desde los otros sentidos constituyen paisajes invisibles e intangibles (Nogué, 2008a). Invisibles porque (aunque Nogué no lo utilice en este sentido) no es posible mirarlos, fotografiarlos o pintarlos. Intangibles, porque constituyen geografías que no se miden ni se pesan, pero existen, y su cambio y evolución se puede pulsar, estudiar y analizar. Para su estudio etnográfico me aproximó a ellos valiéndome de dos conceptos: el *taskscape* y el *tactil space*.

El *taskscape* es un concepto que ya se ha utilizado reiteradamente a lo largo del texto, fundamentalmente en la mirada cotidiana (capítulos 6 y 7), y permite pensar en el paisaje en términos de corporalidad, reivindicando la importancia de las acciones cotidianas en la formación y cambio del paisaje. El *tactil space* (Carolan, 2006, 2007a, 2008a), o espacio táctil, es un concepto que presenta las acciones encarnadas fenomenológicamente a través de todos los sentidos.

No pretendo argumentar que el *taskscape* y el *tactil space* estén reñidos con lo visual, sino que me sirvo de ellos para el estudio de lo no visual por ser lo que ha sido postergado del análisis paisajístico tradicional.

Como ya se ha apuntado en el marco teórico y en la mirada cotidiana sobre el paisaje, son los *taskscapes* (los paisajes de las tareas cotidianas) los que producen buena parte del carácter de cualquier paisaje: las maneras de vivir de sus gentes, sus movimientos, sus prácticas o sus trabajos. La fisonomía de dicho paisaje persiste en la medida en que estas actividades continúan. Así, el paisaje está mucho más relacionado con el estar en el mundo y con la actividad práctica de la vida que con una observación imparcial y desinteresada de un mundo separado de la cotidianidad (Ingold, 1993a:40). En definitiva, estamos asociados indisolublemente a la naturaleza de una manera práctica, cultural y corpórea, de forma que nuestro conocimiento se inscribe en el paisaje y viceversa (Michael, 2000:112).

Si el *taskscape* rescata para los paisajes lo cotidiano y la acción diaria, los sentidos no visuales introducen críticamente la corporalidad en dichos paisajes, añadiendo los sonidos, los sabores, los tactos y los olores a su análisis. Ambos, el *taskscape* y los sentidos no visuales, son las herramientas de las que me sirvo para defender la corporeidad y la sensorialidad del paisaje, no limitándome a sus aspectos visuales y representacionales.

Ignorar de nuestro análisis que el paisaje es algo corporal sería prescindir de una importante fuente de conocimiento. El pensarlo como algo meramente mental supone divorciar la mente del cuerpo y del paisaje, que es lo que precisamente hizo el cartesianismo con su “pienso luego existo”, instaurando en Occidente un pensamiento introspectivo, una rígida línea entre el yo y el universo distante que le rodea (Carolan, 2008a).

De hecho, el número de investigadores que defienden el peso e importancia de la experiencia cotidiana y del conocimiento sensorial y encarnado del territorio en el ámbito de la geografía humana es cada vez mayor (Carolan, 2007a, 2009; Castree y Macmillan, 2004; Harrison, 2000; Hetherington, 2003; Laurier y Philo, 2006; Spinney, 2006; Thrift y Dewsbury, 2000; Waitt y Lane, 2007). Como apunta Wylie (2002:441), el reconocimiento de los roles constitutivos del *embodiment*, la práctica y el *performance* en el estudio de la subjetividad está creciendo al frente de las agendas de la geografía humana utilizándose, por ejemplo, en estudios de la práctica turística y

en la construcción de lo natural y de lo rural vía corporalidad (Edensor, 2000; Macnaghten y Urry, 2000; Michael, 2000).

Como afirma Mitch Rose (2002:463), el paisaje también lo es por las prácticas encarnadas que lo han construido. Por eso, y pensando ya en el paisaje del Valle, cuando las prácticas rurales cotidianas cambian, también se transforman los paisajes y lo que incorporamos y excluimos en él, incluidos sus paisajes sonoros, odoríferos o táctiles. Por eso el mundo rural no debe pensarse como discurso teórico sino como un estar en el mundo (Carolan, 2008a:419).

Por otro lado, el *tactil space* persigue introducir en el análisis la vertebración del cuerpo, todos los sentidos y el medio en el que se desarrolla la acción. Se trata de un estar en el mundo fenomenológico encarnado en el medio y en las redes sociales donde los individuos negocian físicamente su mundo. La tactilidad va más allá del sentido del tacto, refiriéndose a la tangibilidad de las acciones. En ella la acción engarza con todos los sentidos y con el cuerpo nutriendo su inteligibilidad.

A pesar del énfasis que la Academia suele hacer en lo representacional, lo simbólico y lo identitario, las ligazones más sólidas entre la población y el espacio en el que desarrolla su vida están cimentadas en la esfera mundana de la cotidianidad. Las formas de trabajar, de habitar, de socializarse y de relajarse en el espacio familiar y cotidiano constituyen hábitos irreflexivos, pero son constructores de lazos sólidos de los individuos a sus lugares a través de sus tareas diarias, sus placeres y sus rutinas cotidianas. Y esa cotidianidad, aunque después puedan hacerse de ella lecturas simbólicas, se construye en el día a día a través de las prácticas corporales rutinarias, del sentido común y de las interacciones sensitivas y encarnadas con el espacio afectivo y sus gentes.

Las texturas, temperaturas, atmósferas, sonidos, olores, contornos y trayectorias cotidianas animan a las personas a seguir particulares cursos de acción y producción en la orientación práctica del día a día. Integrar estas maneras inconscientes en las que la identidad toma forma, estas acciones irreflexivas pero culturalmente localizadas, ayuda a constituir un sentido de pertenencia a lo rural (Edensor, 2006a:491-492).

El hecho mismo de apostar por un análisis corpóreo y sensorial del paisaje supone decantarse por la proximidad y por la vivencia del territorio por encima de la lejanía y de la observación. Y esta perspectiva no sólo revela emociones y sensaciones

que despiertan los paisajes, sino que nos brinda un mayor conocimiento de los grupos sociales y de los lugares.



## **CAPÍTULO 13: EL OLOR COMO FACTOR DE CAMBIO EN LA CASA Y EN EL ESPACIO URBANO**

Almagor (1987) nos descubre un ejemplo que pone en cuestión la objetividad del olor en sociedad. Se trata de la relación con el ganado y sus olores de los Dassanetch, un pueblo al suroeste de Etiopía. Para ellos, el ganado con el que se sustentan tiene mucho valor y se identifican con él a través de su olor. Oler a vaca es algo que no sólo es aceptado socialmente sino que es deseable y simboliza un elevado estatus. Tanto es así que desde que son adultos mojan sus manos en orina del ganado: los hombres para frotar después con estiércol sus cuerpos y las mujeres para embadurnarse con mantequilla sus hombros, cabezas y pechos. Muy al contrario, sin embargo, desprecian el olor a pescado por considerar a los pescadores y a sus familias como un grupo social inferior.

Un comportamiento así pone de manifiesto que el olor no es tan sólo un fenómeno biológico y psicológico, sino también cultural. Así pues, la íntima y emocional carga del olfato no proviene de ninguna característica intrínseca de los olores, sino de los códigos de valores que los miembros de una sociedad tienen interiorizados y que a su vez son maleables y cambiantes (Classen, 1993; Classen *et al.*, 1994; Howes y Classen, 1991).

De acuerdo con la Antropología de los Sentidos, según Joël Candau, hay tres constantes en torno al olor: su gran importancia en la memoria personal y social por las emociones que suscitan; la dualidad del espacio hedonístico entre buenos y malos olores; y lo invasivo de las cualidades olfativas, particularmente cuando conciernen al cuerpo humano. Pero aunque el olor no es relativo, las cualidades por las que son definidas son altamente personales e idiosincrásicas y están social y culturalmente determinadas (Candau, 2004).

Como todos los sentidos y dominios de la experiencia sensorial (Howes, 2003:xi), el olfato es también una percepción cultural fruto de los roles e interacciones sociales. Mientras que en una sociedad, en un grupo o en una época histórica un olor puede ser considerado como símbolo de buen gusto, estatus o salud, en otras, puede significar todo lo contrario. Por ejemplo, en la vida urbana contemporánea el hombre fuerte no es ni el trabajador sudoroso ni el aristócrata perfumado sino el pulcro hombre de negocios (Classen *et al.*, 1994:185). El olor a ganado con el que los Dassanetch se identifican y del que se sienten hasta tal punto orgullosos que se frotan con su estiércol,

para otras sociedades resultaría humillante e indigno. Sin embargo, el olor intrínsecamente es el mismo.

Pero a pesar de la importancia del mundo de los olores, éste encuentra una gran dificultad para ser descrito por la ausencia de un vocabulario pertinente. Al menos en castellano, tenemos que recurrir frecuentemente a perífrasis o metáforas para describirlos: el olor a las madalenas recién hechas, el olor a sal o a tierra húmeda. Puesto que tenemos los olores apenas categorizados, en nuestra vida cotidiana solemos recurrir a categorías más propias del gusto (olor picante, ácido, dulce, amargo), a adjetivos o adverbios (bien, malo, horrible) o a flores (a rosas, a lavanda, a violetas). De hecho, el olfato se denomina el sentido mudo porque apenas tiene palabras propias: aunque los olores induzcan y evoquen sensaciones importantes, su sensorialidad es un territorio ambiguo y difícil de describir, reconocer, designar, nombrar y medir, de manera que nunca es descrito de forma directa sino en relación a algo, a alguien o a sus atributos (Buxó, 2005:1240).

Precisamente las dificultades de comunicación inherentes refuerzan su potencial expresivo, sutil y evocador. Su volatilidad los hace difícil de categorizar, nombrar, capturar, grabar o reproducir de forma efectiva. Al ser fluidos se resisten a ser introducidos en unidades discretas y medibles y traspasan, sin orden ni control, fronteras, puertas y barreras. Ese mismo carácter a la vez etéreo y firme los convierte en susceptibles de crear sensaciones y emociones al instante pero perdurables, de generar señales de peligro o de atraer miradas y deseos.

Los olores son, asimismo, activos, reflejo de las acciones, las costumbres y la vida cotidiana; sociales y culturales; e históricos, fruto de un contexto social y económico. El análisis de los *smellscapes* o paisajes de los olores no es usualmente muy tenido en consideración porque se piensa que es superfluo, poco accesible, difícilmente entendible o apenas cuantificable. Sin embargo, el olor se revela como una herramienta importante para comprender los cambios sociales y deja entrever las estructuras sociohistóricas y los patrones sociales. Cuando olemos, aunque nos pase desapercibido, nos estamos embuyendo con el peso del presente y del pasado, por lo que comprender la percepción del olor es un factor de análisis del cambio social. También el paisaje de los territorios contiene vivencias íntimas y duraderas que pasan por el olfato (Ojeda, 1999:7).

En mi análisis del Valle de Carranza considero relevante explicar algunos procesos relacionados con el olor que a su vez tienen que ver con cambios en valores



culturales y estructuras socioproduktivas. En dichos procesos, la reespecialización de los animales desde una convivencia intensa con las personas hacia su expulsión de la casa y del barrio tiene un protagonismo considerable. También están relacionados con discursos y nociones sobre el olor, la higiene e incluso la moral, y lo que se considera oportuno e inoportuno, aceptable o inaceptable, deseable o indeseable en la relación de las personas con los animales. Estos cambios resultan muy sugerentes porque se trata de analizar, en última instancia y desde una óptica alternativa, cambios sociales más amplios. Me refiero a la transformación de la propia noción de ruralidad de una sociedad que se va terciarizando y cuyas funciones y ocupaciones van alejándose cada vez más de las campesinas tradicionales y diferenciándose cada vez menos de las urbanas y de la sociedad de servicios. Todo ello tiene su reflejo en la arquitectura y en el urbanismo, pues, como iré viendo, los animales acabarán dejando de estar presentes en la casa conforme el modelo de explotación lechera se vaya intensificando, pero también conforme los discursos de salud pública vayan cuestionando aquellos olores y prácticas tradicionales que empiezan a considerarse como insalubres.

Estudios de este tipo han sido realizados por autores como Philo (1995) y Carolan (2007b, 2008b). Philo estudió para Inglaterra cómo los animales, salvo excepciones como las mascotas, fueron lentamente excluidos de las ciudades a finales del siglo XVIII para ser permitidos sólo en el medio rural. Según él, este desplazamiento, que sin duda se extendió por otros países según se fueron modernizando, está relacionado con discursos de salud pública y acabará afectando también al propio entorno rural y a la manera de relacionarse de éste con su medio y con sus animales.

Carolan distingue esta relación con los animales como apropiada o inapropiada en función del lugar y del momento histórico, relacionándola también con otros aspectos sensoriales como el olfato. Señala que antes de la expulsión de los animales de la ciudad, éstos y los humanos convivían regularmente. Para él esa expulsión significa una primera "reespecialización" de los animales que a su vez supone una nueva relación de las personas con aquéllos. El campo será, según él, el último bastión en donde la presencia de los animales junto a las personas pueda ser considerada como apropiada, a excepción de los de compañía o de los confinados en un zoológico. Pero incluso en el campo, con el tiempo, los animales irán sufriendo nuevas reespecializaciones. Primero, de la casa a las granjas. Después, con la extensión de los procesos de urbanización y desagrarización del campo, la presencia de los animales en los pueblos será también

paulatinamente considerada como inapropiada. En este punto lo que está ya en juego es la propia noción de ruralidad.

Tomo de Philo y Carolan las nociones de desplazamiento, expulsión y reespecialización de los animales para ver cómo éstos han sido sacados de la casa carranzana y progresivamente alejados de los barrios. Relaciono este proceso con el fenómeno de la intensificación ganadera, lo que denomino “reespecialización”, y estudio cómo han cambiado, por un lado, la relación de las personas con los animales y con sus olores, y por otro, el tipo de olores generados por una actividad ganadera que ha cambiado cuantitativa y cualitativamente sus prácticas. Todo ello tiene sus consecuencias sobre la estructura de la casa y sobre la trama urbana.



**Ilustración 51: Explotaciones Periféricas**

Estas explotaciones intensivas están en la periferia del barrio de Biáñez. Allí se encuentran los animales estabulados.

El fenómeno es fruto de la reespecialización y la reespecialización de la ganadería, es decir, de la paulatina expulsión de los animales de los barrios y de la intensificación y especialización de la producción.

Comúnmente el caserío o la casa popular carranzana ha sido especialmente amplia y generosa con una estructura que se repite al margen de su fisonomía externa: la cuadra para mantener estabulados a los animales en la planta calle, la vivienda en la primera planta y el granero o “sobrao” en la segunda, bajo el tejado. Como regla general, la cuadra ha ocupado toda la extensión de la planta de la casa y a ella se ha accedido directamente desde la puerta principal, sin vestíbulos, patios, pasillos o paredes que la separen de la entrada de la casa. Ya en la cuadra, bien en un lateral o bien en medio, unas escaleras sin ornamentos han conducido a la vivienda del primer piso. Por último, el granero o sobrao ha sido el espacio tradicional destinado a almacenar la hierba seca, la paja, el cereal, el maíz, las patatas u otras cosechas y, en

función del espacio disponible, también otros cachivaches viejos. Los animales en la planta baja y la hierba almacenada debajo del tejado resultaban un eficaz y económico aislante térmico durante el invierno.

Antaño, en la cuadra, cuando el número de vacas en la casa todavía era pequeño, la cuadra estaba dividida en varios apartados. Una buena parte del espacio era ocupado por las mismas, que permanecían atadas al pesebre dispuesto junto a una de las paredes y a lo largo de ella. Si se tenían ovejas, solían estar sueltas en un recinto cerrado por banzos, tablas o bardanascas hechas de varas entretejidas (Peña, 2004b:98). También se criaban cerdos (denominados “chones” en Carranza) y otros animales domésticos como yeguas de montar o burros a los que se solía atar a un poste<sup>69</sup>.

Esta estructura, que todavía sobrevive en algunas casas viejas, implicaba que la entrada a la vivienda se realizaba directamente por la cuadra, lo que suponía una relación inmediata y diaria con los animales que no presentaba inconveniente alguno. Este tipo de contacto formaba parte de una relación muy directa con la tierra, con el medio y con el paisaje. De hecho, cuando llegaban visitas a la casa, sobre todo si tenían también ganado, el hombre nunca subía directamente hacia la vivienda, sino que revisaba las vacas en compañía del dueño, charlando acerca de las bondades de cada una o de los problemas que habían surgido. Era inconcebible que no se hiciese esta revisión previa en la que a veces también estaban las mujeres, aunque éstas hablasen de otros temas. Parece lógico, pues, que nadie encontrase indecoroso el entrar por la cuadra.

Pero en 1935 ya empiezan a formularse críticas acerca de esa unión entre la cuadra y la entrada de la casa en una sola estancia. En esa fecha Vicario de la Peña se lamentaba de que las casas de los labradores en Carranza, aunque fuesen buenas y amplias, tuvieran unas condiciones higiénicas precarias según las modernas exigencias de la ciencia, ya que el portal y la cuadra solían formar una sola pieza (1975 [1935]:261).

De acuerdo con este tipo de discursos, a mediados del siglo XX se comienzan a abordar de forma generalizada mejoras en las redes de saneamiento, alumbrado, agua corriente, carreteras e infraestructuras de la mano de la especialización modernizadora

---

<sup>69</sup> De ahí el dicho popular: “— Pater noster, ata la burra al poste. —No quiero, áatala tú que a mí me da coces”.

que trae la economía de mercado, que va introduciendo en el Valle algo más que cambios en los manejos agropecuarios.

Mencionaré ampliamente un informe elaborado por Bernardo Rodríguez (1947) para el Ayuntamiento de Carranza porque en él se explicitan las medidas que se fueron tomando en torno a la generalización del agua corriente, la modernización de los barrios y las mejoras tanto en la higiene de las personas como en la salubridad de la convivencia con los animales. Los juicios emitidos son relevantes porque dan cuenta de cambios tanto de valores como formales que empiezan a forjarse en el Valle.

En primer lugar, en este informe se aprecia la preocupación por la generalización del agua corriente en el Valle relatando cómo ésta, no sin dificultades, se va paulatinamente extendiendo:

Puede decirse que el problema del abastecimiento de aguas potables a los Municipios es uno de los que en estos últimos tiempos más preocupados tiene a los encargados de la administración municipal [...] no sólo por comodidad y limpieza sino también para la salud pública [...].

En este Municipio se llevó por primera vez este precioso don de la Naturaleza a los domicilios de los principales núcleos de población en el año 1927 en que se estableció un servicio regular mediante la captación de un importante manantial situado en el barrio de Presa y conducido por tubería en una distancia de más de siete kilómetros a través de un terreno sumamente quebrado.

Las condiciones en que se encuentra la población del Municipio, diseminada por todo su territorio, la falta de núcleos de población de alguna consideración, el caudal de agua potable de que se podía disponer, la capacidad de los depósitos de reserva y las disponibilidades económicas del Ayuntamiento, no permitieron en aquellas circunstancias ampliar ni extender el servicio a otras barriadas, quedando algunos núcleos de población del centro del Municipio sin que les pudiera llegar el beneficio del agua, y entre ellos, quizás el que más lo había de necesitar, que es el de Ambasaguas, uno de los de más importancia del Municipio, por su población y por converger en su centro todas las comunicaciones del interior y con el exterior.

Pues bien, con las particularidades señaladas, este barrio carece, casi en absoluto de agua potable, y lo poco de que disponen sus habitantes, de muy poca o ninguna garantía de potabilidad (Rodríguez, 1947:85).

Y hablando del proyecto de Ambasaguas, que parece que está ya en su fase final de acometida, continúa:

A punto de terminar, y aun cuando quedan muchas barriadas sin un servicio ordenado para el abastecimiento a las mismas de agua potable, el grave problema de abastecimiento de aguas, si no completamente, puede considerarse resuelto en su punto más agudo. Los demás barrios que carecen de este servicio no tienen planteado el problema en la forma tan grave y acuciante como le pasa al de Ambasaguas, pues sin agrupaciones de casas de alguna importancia, aislados o separados de los centros de comunicaciones y todos disponiendo de alguna fuente más o menos próximas, si no es de una manera completa y de facilidad o cómoda, su problema de abastecimiento lo tienen resuelto [...] Mas no por eso hemos de aconsejar al Ayuntamiento que puede tranquilamente dormirse en sus laureles ni acostarse a sestear a la sombra de los mismos, su despreocupación en este caso puede llegar cuando este elemento tan útil y necesario que nos da la Naturaleza, llegue a raudales a todos los domicilios de los vecinos del Municipio, porque entonces y solamente entonces podrá considerar cumplido su deber en materia tan importante (Ibíd.:85-86).

Estas mejoras en la salubridad todavía se prolongarán durante años dado lo costoso de su generalización para una población extremadamente dispersa en un territorio tan vasto. De hecho, hasta el inicio de los años sesenta el agua no llegaría a la mayoría de las viviendas (Díaz García, 2008).

La modernización de los barrios en cuanto a las condiciones de potabilidad de las aguas y de mejora de la sanidad humana y animal, junto con los cambios en los manejos, van mejorando las condiciones de vida de los campesinos pero también calando en su mentalidad, modelando y modificando su relación con la tierra y con los animales. También cambiando los conceptos de lo que se considera limpio, sucio, higiénico o poco decoroso. Y, en este sentido, la percepción de los olores se verá afectada de manera sustancial.

En el mismo informe de Rodríguez podemos leer cómo, en nombre de la salud pública y la moral, se empieza a ver con preocupación una estructura de la casa en las que los animales y las personas conviven, a juicio del autor, “de manera vergonzosa”:

La inspección sanitaria en el término, tropieza y adolece de muy serios inconvenientes para que su labor pueda desarrollarse con eficiencia; por una parte, las características del territorio ya varias veces comentadas; por otra, la población en su mayoría desparramada por toda su enorme extensión, es de tipo puramente rural, muy anticuado y abandonado, conviviendo en la misma edificación personas y animales de todas clases, en muchas de ellas en contacto de aposentos y con una promiscuidad, a veces, vergonzosa.

Ni que decir tiene que tales construcciones que como viviendas son mixtas para personas y animales, carecen en absoluto de lo más elemental para la higiene y para la salud; y no digamos nada de las condiciones de saneamiento, éste no existe.

[...] tampoco se puede lograr convencerles [a los ganaderos] de que para el cuidado, desarrollo y conservación de los ganados, supone mucho el buen acondicionamiento de los establos; esto sin tener en cuenta lo que influye en la salud de las personas que cuidan de ellos o conviven, en la misma edificación. Es muy frecuente oír a muchos ganaderos, cómo explican, hasta con aire de entendidos, que ellos no sacan nunca del establo las basuras hasta ser destinadas a las fincas, porque así conservan mejor las sustancias.

Es cierto que contra estas costumbres y rutinas, gracias a la labor que hoy desarrollan los Inspectores Veterinarios, a la campaña emprendida por el Instituto Nacional de Colonización y a la iniciativa de algunos ganaderos más cultos y cuidadosos de sus intereses, se va logrando inculcar, aun cuando muy lentamente, y hacer comprender al ganadero rutinario que se hace necesario reformar sus anticuados procedimientos acondicionando los establos, usando de tratamientos previsoros contra las enfermedades y epidemias contagiosas o combativas para los casos de su existencia, y que debe mejorar la raza cruzando sus vacas con sementales bien seleccionados; se les incita a que construyan establos y estercoleros con arreglo a una técnica moderna cuyas directrices quedan

marcadas con los proyectos que presenta el Instituto Nacional de Colonización ya citado (Rodríguez, 1947:87-88).

En este informe vemos cómo lo “puramente rural” y su manera de entender su relación con los animales se considera anticuado, promiscuo, vergonzoso y anti-higiénico. En contraposición, alaba las construcciones modernas situadas en el centro del Valle en la que dicha convivencia ya ha cambiado, puesto que los establos y estercoleros se construyen de manera independiente a la vivienda:

No ocurre lo mismo en los núcleos de barriadas situadas en el centro del Municipio; sobre todo en las construcciones modernas, las cuales además de toda clase de comodidades en la mayoría, (en algunas sus instalaciones son de verdadero lujo), reúnen todas las condiciones sanitarias más exigentes.

También en las nuevas construcciones de tipo rural, merced a las medidas adoptadas por las Autoridades sanitarias y en especial por la Fiscalía de la Vivienda, se van asegurando aquellas condiciones mínimas de higiene y saneamiento.

En otros aspectos sanitarios, se aprecian considerables adelantos merced a los métodos impuestos por las autoridades; son frecuentes tanto las vacunaciones antivariólicas y antidiftéricas en la población infantil, como las antitíficas, adoptándose cuantas medidas se consideran necesarias para prevenir las epidemias o enfermedades contagiosas y para combatirlas cuando éstas se han presentado.

También en estos últimos tiempos se vienen notando los beneficios que reporta en la vida campesina la labor que desarrolla el Instituto Nacional de Colonización a través de la Caja de Ahorros Vizcaína, su colaboradora. Mediante su gestión se van construyendo estercoleros con independencia absoluta de las viviendas, establos también independientes, habiendo varios expedientes de esta clase de construcciones en tramitación y otros ya resueltos y en ejecución de obra (Ibíd.:88).

Esa preconización de la construcción de establos al margen de la vivienda irá forzando al cambio en la estructura de las casas, que irán dejando de tener la entrada y la cuadra como una misma estancia dedicada enteramente a los animales. Con el crecimiento del número de vacas en la cuadra, es decir, con el inicio de la

especialización lechera en el Valle, muchas explotaciones dejarán de funcionar en la casa para pasar a una granja o nave estabuladora, como se puede ver en las Ilustraciones 50, 51, 52 y 55.



**Ilustración 52: Nave estabuladora en Bernales**  
Explotación de vacuno de leche a la entrada del barrio de Bernales. Los animales han salido de la casa pero todavía se encuentran en el mismo núcleo urbano.

Para tal cambio se esgrimen dos tipos de razones: la primera alude al hacinamiento de los animales que hacía ya muy difícil el manejo; la segunda hace mención a cuestiones higiénicas, ya que al estar la vivienda del ganadero en el piso de arriba y tener que entrar a la casa por la cuadra, los olores, las moscas, el estiércol y los manejos comienzan a verse como indeseables, poco decentes y sucios.

El informe mencionado supone la ratificación de las duras críticas que recibe la convivencia de animales y personas bajo el mismo techo en nombre de la salubridad pública, pero también de la moralidad, denunciando una falta de higiene y de honrabilidad que es conveniente erradicar. De ahí que se empiece a hacer habitual la construcción de establos al margen de las casas, lo cual supone un primer desplazamiento o reespacialización de los animales, o si se prefiere, expulsión. No obstante, este proceso de reespacialización de la casa a las granjas fue gradual y en consonancia con el aumento del número de vacas en el Valle: se fueron construyendo casetas junto a los muros de las casas para alojar, por ejemplo, las novillas y las becerras mientras que las vacas de leche se mantenían en la cuadra; otras se construyeron para almacenar hierba y maquinaria, porque al aumentar la cabaña



aumentaban sus necesidades. Algunos ganaderos solucionaron el problema del incremento de vacas arrendando otra cuadra o una caseta de monte, aunque esto suponía un gran esfuerzo e incomodidad. Con el tiempo se empezarían a construir naves más grandes ubicadas en los propios barrios. Después en sus proximidades inmediatas. Más tarde, las grandes dimensiones que empezaron a adquirir las estabulaciones, la necesidad de ir alejándolas de los barrios o la preferencia por situarlas en zonas de grandes pastos, hicieron que se fueran alejando cada vez más, instalándose granjas prefabricadas ya totalmente al margen de los barrios.



**Ilustración 53: Explotación Lejana**

Esta explotación situada en la zona de grandes pastos de “El Mazo” se encuentra muy alejada del pueblo. Los animales aquí han sido expulsados por completo de la vida cotidiana de los barrios.

Volviendo a la cuadra, es claro que los animales debajo de la vivienda eran utilizados como un elemento calefactor clave en el caserío tradicional, ya que su presencia suponía un buen y barato aporte de calorías a la casa. Pero es evidente que, a la vez que el calor, también los olores traspasaban al resto de la casa impregnando ropas, cuerpos, alimentos, mobiliario, corrientes de aire y vida cotidiana en general. El propio estiércol se solía almacenar en la cuadra, y cuando el alimento base era “silo” (es decir, hierba conservada mediante fermentación, no mediante secado) podía llegar a tener un olor bastante fuerte.

Sin embargo, en unas familias en las que la convivencia con los animales era algo acostumbrado, aceptado y necesario, ¿estos olores podrían verse como algo insalubre o indeseado? No, porque como se viene señalando, la caracterización del olor como bueno, malo, aceptable o inaceptable no se reduce a sus componentes biológicos

objetivos e intrínsecos, sino que dichas calificaciones son fundamentalmente sociales y, como tales, varían a lo largo del tiempo y del espacio. Y la cotidianidad con los animales y su estiércol (algo que puede llegar a ser tabú en la sociedad urbana contemporánea) normalizaba toda relación con sus olores.

En Carranza los dichos “trabájame bien, trabájame mal, échame abono y yo te daré pan” o “la basura no es Dios, pero hace milagros” ponen de manifiesto la importancia que se atribuía al estiércol (Peña, 2004b:104). Éste, es decir, los excrementos sólidos de los animales (particularmente en Carranza de las vacas) mezclados con la materia orgánica de sus camas (paja, árgumas, hojas), era algo cotidiano en la vida de los barrios. El estiércol amontonado formaba parte del paisaje ya que se encontraba en el interior de las cuerdas o a sus puertas preparado para ser llevado a la huerta o a los prados o en éstos listo para ser esparcido. Fuente de nitrógeno esencial, el estiércol era deseado y necesario, y se consideraba pertinente y adecuado. Aceptado sin el menor problema, formaba parte de la vida rural.

De hecho, la producción tradicional de estiércol era una actividad muy arraigada en las familias, pues hasta mediados del siglo XX en casi todas las casas solía haber algo de ganado, huerta, cereal, patatas u otros cultivos. O si no, lo trabajaban para otras con más recursos. Aunque no exclusiva, la actividad agropecuaria era la norma en el Valle y la producción y el uso de abono algo con lo que se estaba muy familiarizado, aunque su producción a la manera tradicional ya había ido declinando desde principios de siglo. El contacto con el estiércol y con los excrementos de los animales formaba parte del paisaje del Valle, y sus habitantes estaban muy acostumbrados a convivir con él. Producirlo y utilizarlo era común, aunque, según Vicario de la Peña, ya en 1935 “se empleaban grandes cantidades de superfosfatos, nitratos, etc., para abonar prados, trigos, patatas y demás cultivos” (1975 [1935]:162).

Se ha de pensar, pues, en un espacio rural con una gran convivencia con los animales. Las vacas eran sacadas a pastar a los prados; también había que llevarlas a beber a la fuente o a los abrevaderos cuando en las casas no había agua corriente, a veces incluso dos veces al día si era invierno y las vacas comían mucha hierba seca; bueyes, vacas, caballos y burros constituían fuentes de energía de tiro y de carga; se criaban muchos animales para obtener huevos, carne, etc.; los gatos y perros eran numerosos. En algunas épocas del año, además, había rebaños de ovejas pastando por los prados circundantes a los barrios. Todos estos animales formaban parte del paisaje carranzano.

En este contexto no se hace difícil imaginar los cañados y los caminos de tierra (en los que sus pequeñas dimensiones sólo permitían el paso de personas a pie, a lomos de caballería o lo más en un carro) bastante transitados y embarrados debido a un clima lluvioso, a pesar de que los vecinos se ocupaban de conservarlos comunalmente previa convocatoria a Concejo. En ellos, los excrementos formaban parte de su cotidianidad, si bien es necesario puntualizar que dichos excrementos eran absorbidos rápidamente al ser los caminos y calles de tierra, no como en el actual de asfalto o de cemento.



**Ilustración 54: Viejo Camino Embarrado**  
Aspecto estrecho y embarrado del camino de "La Ranchada" a mitad del siglo XX. Los trayectos a pie, los animales sueltos y una mayor convivencia con los excrementos formaban parte de la vida cotidiana del Valle.  
Fuente: Díaz García (2008)

Como se viene diciendo, el espacio cotidiano estaba muy ligado a los animales, por lo que sus excrementos estaban también muy presentes. Incluso también los de las personas resultaban más visibles y cotidianos, ya que los cuartos de baño tardaron en ser instalados. Los excrementos formaban parte de la vida del Valle y, con ellos, sus

olores, aceptados por los habitantes con naturalidad y sin pensar demasiado en ello, sobre todo por los ganaderos, pues eran parte del discurrir vital de los barrios.

También es verdad que, a pesar de lo normal de la presencia de los excrementos, había categorías más o menos establecidas en cuanto a la tolerancia a los olores. Por ejemplo, los de perros y gatos se solían considerar como desagradables, particularmente si se encontraban en la vivienda. Entre el ganado los peor aceptados eran los de los cerdos y las gallinas, aunque obviamente se soportaban por la importancia de ambas especies. Por esta razón había una tendencia a hacer gallineros, aunque no pocilgas, fuera de la cuadra.

Por otro lado, los excrementos cambiaban su olor en función de lo que comían los animales. Por ejemplo, cuando los cerdos comían nabos cocidos, olía peor que cuando comían harina desleída en agua; y el olor tampoco era igual cuando las vacas comían hierba seca en invierno que cuando la comían fresca en primavera, en cuyo caso el olor estaba asociado de alguna manera al de la hierba verde recién segada.

Con el tiempo, nuevas formas de trabajar y de redistribuir las tareas van provocando que la producción de abono por el sistema tradicional vaya decayendo en el Valle hasta desaparecer. Los manejos cambian forzados por el incremento del número de vacas en la cuadra: hay menos tiempo disponible para ir al monte a por vegetación seca; a su vez esto produce que los excrementos se hagan cada vez más líquidos al contener menos materia vegetal; los excrementos menos solidificados se hacen también más difíciles de manipular; y el espacio disponible para amontonar excrementos también se hace cada vez menor (Peña, 2004b). En definitiva, la laboriosidad de la preparación del abono junto con la facilidad de comprar en el mercado productos alternativos para abonar la tierra desincentivan su producción tradicional.

Actualmente, con el cambio ganadero a un modelo productivista, el estiércol ha dejado de estar presente en la vida cotidiana del Valle. No es sólo una cuestión de un cambio en un manejo puntual, sino que forma parte de la transformación de toda una concepción de la producción y de una reorganización del espacio ligada a la intensificación ganadera. A su vez este nuevo modelo ha generado graves consecuencias en la gestión de sus residuos como ya he estudiado en el capítulo 7 sobre los *taskscape*s contemporáneos, pues lo que antes era estiércol se ha convertido en purín, fruto de procesos productivos diferentes y caracterizado por generar una distinta percepción del olor.

El purín es fruto de la intensificación de la producción lechera basada en la sustitución de parte del trabajo manual por capital, por nuevas tecnologías químicas y biológicas y por otras maneras de organizar el ciclo productivo de la vaca, incluida la alimentación. Dicha intensificación ha producido un incremento exponencial de la producción de leche, pero también ha generado un grave problema de gestión medioambiental, pues el purín resultante constituye un subproducto difícil de eliminar y muy contaminante.

En el interior de las explotaciones, con una gran concentración de animales incomparable a la de antaño, los olores producidos por la respiración, exudación, corporalidad, emisiones de amoníaco de los animales y por la fermentación de las deyecciones o por la propia química que contiene el purín, son objetivamente mucho mayores que antes. Aunque el que se desprende del purín cuando se esparce por los prados o se tira al río, las maneras más frecuentes de desahucarse de él, es el que generalmente más se aprecia y más molestias causa por su gran concentración.

Además, en una sociedad carranzana cada vez más terciarizada donde ya menos de un cuarto de la población se dedica a actividades agropecuarias, el rechazo hacia el olor animal y sus residuos va en aumento por un doble motivo: por un lado, el incremento exponencial del número de cabezas produce un incremento del volumen de residuos igualmente exponencial y una concentración muy elevada del olor en comparación con el estiércol de antes; por otro, la falta de familiaridad con los animales reduce la cotidianidad y tolerancia hacia sus olores y sus residuos que se perciben como mucho más insalubres, inapropiados y molestos.

En suma, la especialización y la concentración de las explotaciones ha traído consecuencias en el paisaje de los olores tanto desde el punto de vista de la percepción, como del olor en sí mismo, que objetivamente se ha hecho más intenso. Los olores dan cuenta pues de cambios en los valores sociales (lo que se considera propio o impropio, salubre o insalubre), y en última instancia remiten a transformaciones en el propio concepto de ruralidad. Pero también avisan de que los procesos de intensificación están generando problemas y desequilibrios medioambientales a los que conviene dar solución. Es decir, están enviando a la sociedad una señal de alarma acerca de la insostenibilidad de los nuevos manejos altamente contaminantes de suelos y ríos. Éstos constituyen nuevos problemas invisibles que, paradójicamente, el olor los visibiliza.

Respecto a la estructura de la vivienda, con la salida de los animales al exterior de la casa muchas de las cuadras se han ido reconvirtiendo con el tiempo en “txokos”<sup>70</sup>, trasteros o garajes o han sido reabsorbidas por el resto de la casa, cuya entrada ya no se funde con la vieja cuadra.



**Ilustración 55: Fachada de Caserío**

Caserío tradicional en uso en Soscaño. En uno de los extremos de la fachada se aprecia cómo en su día se habilitó una puerta estrecha como entrada de la casa. La que fue la entrada principal ahora ya es exclusivamente utilizada como cuadra. Asimismo, la fachada está poblada de cosas útiles para el día a día ganadero de sus moradores, que contrasta con el tipo de elementos, estrictamente decorativos, que aparecen en las casas que sólo funcionan como vivienda rural.

En el proceso, que ni es lineal ni homogéneo, se fueron probando distintas estrategias dentro de las posibilidades de cada familia y a menudo imitando otras soluciones de familiares, vecinos o amigos. En algunos casos se optó por construir un tabique que separase la entrada de la cuadra y la de la vivienda, como en el caso de la Ilustración 55. De esta manera se habilitaba una puerta estrecha para que cuadra y vivienda conformaran dos lugares autónomos y separados. Así, el contacto entre animales y personas disminuía o incluso se eliminaba si finalmente los animales pasaban en su totalidad a una nave estabuladora independiente. En la actualidad, la mayor parte de las casas que continúan con la cuadra en funcionamiento debajo de la

---

<sup>70</sup> Los “txokos” son lugares pequeños de encuentro, donde frecuentemente se realizan comidas o reuniones entre amigos o familiares.

vivienda son de personas mayores que siguen teniendo alguna vaca u otro animal más para autoabastecimiento y por entretenimiento que como negocio. En las casas de nueva construcción, claro está, ya no se habilita aquel tradicional espacio destinado a la cuadra, pues son casas que ya no cumplen la función de caserío productivo sino tan sólo de vivienda rural.

Por último, el confinamiento de los animales en granjas fuera de los núcleos urbanos provoca también una dispersión del espacio urbano, salpicándose el paisaje de nuevas construcciones prefabricadas funcionales y estándares. Se trata de explotaciones estabuladoras más o menos similares a otras de cualquier estado moderno y constituyen una muestra de la globalización del mercado agroalimentario. La sustitución de los elementos tradicionales por otros contemporáneos prolifera y los nuevos complementos agrícolas (bombos para pienso, plásticos envolventes de la hierba empacada, protectores de vallado hechos con trozos de botella de plástico) son instalados habitualmente, producto de un mercado y un hacer que da respuesta rápida a las necesidades de la agricultura y ganadería (Riesco, 2000). Así, los nuevos olores de las granjas quedan proscritos a los márgenes, alejados de los barrios habitados.



**Ilustración 56: Dispersión de Instalaciones**

El nuevo modelo intensivo saca a los animales fuera de los núcleos salpicando el paisaje con las nuevas construcciones estabuladoras y transformándolo con su dispersión.

En suma, y a modo de conclusión, insistir en que el olor y la relación de la población con los animales (factores ambos interrelacionados) explican algunos cambios importantes tanto desde el punto de vista estructural como funcional del espacio urbano y arquitectónico del Valle. Estos son elementos a tener muy en cuenta

en la investigación social a pesar de que habitualmente pasen desapercibidos en el análisis. En el Valle son cambios que comienzan a notarse ya desde la segunda mitad del siglo XX y que hacen presagiar una evolución de la relación de la población rural con la tierra.

Dichas transformaciones implican una reconsideración sobre el tipo de olores que se consideran apropiados o inapropiados, sobre todo en relación con los animales. Los olores a silo, a estiércol, a vaca u otros animales empiezan a considerarse indeseables. Esta indeseabilidad no es algo objetivo, sino que es fruto de mecanismos culturales según los cuales determinados olores dejan de pasar desapercibidos en una sociedad que va abandonando la actividad agroganadera como su principal ocupación. No obstante, la jerarquización de los olores no es algo nuevo, pues, como se ha visto, en la sociedad tradicional campesina también hubo unos olores que tuvieron peor reputación que otros (como los del cerdo), aunque se tolerasen bien por su importante aportación a la subsistencia del caserío.

Dos fenómenos se dan al mismo tiempo: discursos negativos relativos a la higiene, a los olores y a la convivencia con los animales que invitan a la población a repensar y replantearse algunas formas de hacer tradicionales y que disminuyen la tolerancia hacia algunos olores; y cambios en el modelo productivo tendentes a la sustitución de la agricultura y la ganadería de subsistencia por la explotación intensiva del vacuno de leche y por el sector servicios, lo que hace bien aumentar el número de vacas en las casas imposibilitando su manejo en la cuadra tradicional o bien haciendo desaparecer totalmente el contacto con los animales.

Los olores y la relación tan directa con los animales que provenía de la estructura tradicional del caserío, con la entrada a la vivienda directamente por la cuadra, van considerándose inadecuados por lo que la casa tiende a reestructurarse y los animales a ser expulsados primero de la propia casa y después del barrio. La arquitectura de nueva construcción delata la pérdida de las funciones productivas agropecuarias del caserío, pues lógicamente su estructura contemporánea, como se ha visto en el capítulo 9 sobre la mirada arquitectónica, ya no responde al modelo tradicional.

Si antaño una gran variedad de animales al aire libre formaba parte del paisaje carranzano, hoy ese paisaje animal se ha sustituido por una mayor dispersión urbanística en donde las vacas (cuyo número ha crecido vertiginosamente) son confinadas buena parte de sus vidas productivas. A su vez, este nuevo modelo ha



producido cambios en el paisaje olfativo derivados de la nueva gestión de los residuos de las vacas, mucho mayores y diferentes en cuanto a su composición y a su procesamiento. Los nuevos manejos resultan en buena medida insostenibles por la gran contaminación que generan, problema que aunque resulta bastante inapreciable a simple vista, el olor los hace visibles.

Son cambios que en una sociedad agraria en crisis y cada vez más terciarizada advierten de que es incluso la propia noción de ruralidad la que está en juego.



## CAPÍTULO 14: CORPORALIDAD Y MEMORIA EN EL PAISAJE COTIDIANO

### Los primeros ruidos de esta primavera<sup>71</sup>

Luis Manuel Peña, Carranza

*Esta semana ha comenzado la primavera y quizá, por compasión, ha salido el Sol. En mi niñez y todavía en mi juventud, en cuanto se asomaba el Sol de primavera y calentaba el aire hasta templarlo, se comenzaban a oír pequeños tractores por todo el pueblo. Después del silencio del invierno en que no sonaba el motor de ninguna máquina, a lo sumo el susurro acompasado y somnoliento de las pequeñas ordeñadoras, el ruido de aquellos pasqualis era la demostración de que un año más renacía la vida.*

*La primavera llegaba con el Sol, con la luz nueva aún sin estrenar por los ojos, con la fragancia de las primeras flores, con las lluvias de pétalos blancos y con los ruidos: los de los pasqualis y... los de los abejorros. La primavera es un acto de resurrección y esos sonidos las campanadas naturales que la anuncian.*

*Todos comenzaban a afanarse en preparar la tierra donde sembrar y plantar los nuevos cultivos, en realidad los cultivos de siempre, la simiente que enlazaba cada año con el anterior y aquél con el que le precedía y así, generación tras generación hasta el principio. Y esta semana, cuando ha salido el Sol de primavera, no he escuchado ningún pasquali en mi pueblo, ni siquiera el motor de un tractor de los grandes. En esta ocasión los ruidos que han llegado hasta mis oídos han sido nuevos: sólo he escuchado las excavadoras y las hormigoneras. Por todas partes se levantan casas nuevas y se remozan, o más bien destrozan, los viejos caseríos. Asisto con el corazón encogido a un desastre que sólo había llegado a imaginar en mis peores pesadillas: la destrucción del paisaje que me ha acompañado durante toda mi existencia y que es casi el mismo que contemplaron los ojos de mis padres, de mis abuelos y de los que les antecedieron.*

---

<sup>71</sup> Bajo este título aparece una versión reducida de un relato inédito de Luis Manuel Peña, nacido en Carranza, donde sigue viviendo en la actualidad. Lo recojo como nota introductoria al capítulo porque transmite bien desde la vivencia del propio Valle ideas acerca de la memoria del paisaje cotidiano, en relación también, a mi juicio, con la corporalidad.

Buena parte de la vivencia, los sentimientos y la memoria hacia el paisaje cotidiano no se hace explícita como tal por constituir una experiencia encarnada y fenomenológica más relacionada con un estar corpóreo diario que con la expresión abierta de la importancia de las emociones e identidades que genera. Esto no quiere decir que no haya menciones explícitas al paisaje, pero sí que en el día a día y en la cotidianidad el disfrute del paisaje es más implícito, y, por tanto, las referencias a él también. Esta falta de referencias podría inducir a la idea de que el paisaje no es importante. Sin embargo, al contrario, considero que el hecho de que la memoria del paisaje sea más implícita que explícita no le resta fuerza sino que le dota de riqueza y complejidad. Así, ésta resulta ser una memoria multifacética y evocadora, un bien intangible que parece deslizarse entre los dedos (del Valle, 2006a).

Relacionar el paisaje con la memoria requiere al mismo tiempo:

Por un lado, entender que el paisaje está constituido por el conjunto de interacciones y diálogos con el medio que, dentro de los cambios, dan continuidad y estabilidad a un territorio. Es memoria en la medida en que no se trata de una mera sucesión de hechos, sino de significado construido a lo largo de tiempo por muchas generaciones y que puede ser objeto de interpretación. Esto implica que cada territorio es portador de un universo de significado, el cual puede descomponerse en los hilos conductores o grandes tendencias que han marcado la interacción entre el ser humano y un medio determinado. El paisaje “no es simplemente expresión de un tiempo, sino manifestación de todos los variados tiempos que, actuando con el sitio y la materia, definen espacialidades, memorias e identidades” (Carapinha, 2009:121).

Por otro, apreciar que el paisaje es memoria del territorio porque puede entenderse como el orden simbólico y visual, accesible a la experiencia actual y cotidiana, que expresa las “claves biográficas” o hilos conductores antes mencionados. Si adoptamos un punto de vista hermenéutico puede decirse que el paisaje es un sistema de signos que puede ser interpretado. Si, en cambio, adoptamos una perspectiva kantiana y se asume la distinción neta entre ética y estética puede decirse que existe una dimensión ética de la estética del paisaje (Zimmer, 2008). En este sentido, el paisaje es un interesante punto de encuentro entre ética y estética: en él se encuentran entrelazados con fuerza naturaleza y cultura, pero también las dimensiones éticas de un uso práctico de la naturaleza y las propias de una experiencia y configuración estéticas (Nogué, 2008b:20-21).

Es de interés social estudiar qué elementos y mediante qué mecanismos se produce la vivencia y el recuerdo del paisaje (del Valle, 2006a), aunque no es algo que resulte ni mucho menos evidente. Lo que a un visitante foráneo le pudiera llamar la atención del paisaje del Valle de Carranza, en el día a día cotidiano podría pasar desapercibido, porque, como se ha ido viendo a lo largo del trabajo, dentro de esa tensión en la que siempre se basa el paisaje prima la actividad diaria y la construcción fenomenológica más que la representacional. De ahí que sea legítimo y adecuado buscar la memoria del paisaje cotidiano en la corporalidad, en la acción del cuerpo engarzada con la tierra y con la actividad diaria, pues éstas nos puede dar claves para entender dicha relación. El cuerpo recoge a su vez la memoria individual y puede ser sujeto de la memoria social ya que acumula diversidad de experiencias (del Valle, 1995a). Ya se abordó buena parte de esta relación en la mirada cotidiana sobre el paisaje a través de los *taskscapes*, pero, si cabe, en este capítulo la relación entre cuerpo y memoria se hace más explícita<sup>72</sup>.

En el texto con el que comienza este capítulo, a pesar de haber escasas menciones explícitas al término paisaje, se lee un amor implícito y emocionado hacia el mismo. Esa emoción se construye justamente desde lo próximo, lo corpóreo y lo fenomenológico, y no desde lo representacional o lo connotativo. Sólo al final del escrito, cuando con desaliento el autor se plantea la destrucción del paisaje de sus antepasados y de su infancia, es cuando se hace explícita la mención del paisaje con toda la carga semántica con la que normalmente nos referimos a él. Hasta ese final, el autor experimenta el paisaje más que lo hace explícito, añorándolo expresamente tan sólo en el momento en el que lo considera en peligro. Según del Valle, esto puede constituir un mecanismo de evocación como estrategia para enfrentarse al vacío de lo que se percibe como un futuro incierto (del Valle, 2006a:15). Ante esa incertidumbre, el autor recrea el pasado a través del paisaje y lo hace mediante una descripción en la que los sentidos cobran gran fuerza: las sensaciones térmicas de las estaciones del año; los sonidos primaverales; las referencias al tiempo atmosférico y al tiempo de la agricultura y la ganadería; los ruidos; o lo táctil de las experiencias de la cosecha, la siembra y la recogida. El territorio emerge a partir de la persona evocadora del

---

<sup>72</sup> De hecho, algunos de los ejemplos etnográficos de los capítulos 6 y 7 referidos a la mirada cotidiana también podrían haberse abordado aquí y viceversa. Hay ideas y ejemplos en los que se vuelve a insistir, otros son nuevos. Todos ellos tienen la intención de reforzar, para este capítulo, la relación etnográfica entre memoria, cuerpo y paisaje.

recuerdo a través de una descripción emotiva donde converge el amor por el pasado y la inquietud ante el futuro. Sólo la pérdida hace explícito lo implícito: el paisaje.

Hablar sobre la corporalidad y la memoria en relación con el paisaje cotidiano supone a un tiempo:

Por un lado, poner de manifiesto el contacto del cuerpo con el paisaje y la tierra desde la multisensorialidad. Es decir, hacer hincapié en que el paisaje no es algo meramente visual y estético, como se viene insistiendo desde el comienzo fundamentalmente a través del desarrollo de los *taskscapes* de la mirada cotidiana, sino que existe también una relación entablada con él a través del cuerpo, del olfato, del tacto, del oído y del gusto. Así, el espacio ocupado por el cuerpo y la percepción y experiencia de ese espacio concierne a las emociones de las personas, al sentido de sí mismas, a las relaciones sociales y a las predisposiciones culturales (Low y Lawrence-Zúñiga, 2003).

En segundo lugar, subrayar la importancia de los actos cotidianos que por no parecer estéticos o por no reparar demasiado en el paisaje parecieran quedar al margen de éste y que, sin embargo, lo que hacen es permitir a las personas imbuirse en él y generar paisajes vivenciales alternativos. También esta idea se ha tratado especialmente en los *taskscapes* de la mirada cotidiana, pero ahora se refuerza.

Por último, resaltar el papel del cuerpo como eje articulador de la dimensión sensorial del recuerdo y de la memoria (Esteban, 2004a). Se trata de evocar las experiencias sensoriales del cuerpo y a través del cuerpo y analizar de qué manera éste se erige en un elemento estructurador de las vivencias, experiencias, sensaciones, lugares y paisajes. La memoria en esta dimensión representa el flujo del pasado-presente-futuro y supone la aprehensión del tiempo, ya que la memoria fija, graba e incrusta (del Valle, 1995b, 1997b).

Como he insistido a lo largo del trabajo, el *taskscape* es el concepto que enmarca la importancia de las acciones cotidianas en la formación y cambio del paisaje. Este abordaje, junto con el de *tactil space*, es decir la tangibilidad de las acciones y su engarce con el cuerpo, permite presentar las acciones paisajistas encarnadas fenomenológicamente a través de todos los sentidos y de la corporalidad.

Me acerco al paisaje desde la perspectiva del cambio: el paso de los *taskscapes* tradicionales a los contemporáneos genera nuevas relaciones con el paisaje y la tierra y realza o mitiga unos paisajes sensoriales frente a otros. Se trata de cambios desde una sociedad tradicional a otra contemporánea que afectan a la memoria del paisaje, al

paisaje sonoro (*soundscape*), al paisaje de los olores (*smellscape*), al tipo de relaciones táctilo-paisajísticas con el territorio (*tactilscape*) e incluso a cuestiones relacionadas con los sabores de algunos elementos que caracterizan el paisaje (*tastescape*). Estas transformaciones son características de una sociedad rural que ha modernizado y mecanizado su modelo productivo y renovado sus expectativas respecto al paisaje en sí mismo.

\*\*\*

A Octavio<sup>73</sup> lo encuentro bajo la sombra de un árbol junto a un prado que está contiguo a su casa en el barrio de San Esteban. Hace años que está jubilado, pero en la cuadra de su casa, que todavía mantiene la estructura tradicional carranzana, él y su mujer tienen una vaca y un cerdo. El trabajo es su forma de vida y ahora, aunque mayor y con la salud deteriorada, necesita sentirse útil y seguir trabajando. Es una buena mañana de mayo y está recostado en el suelo “picando el dallo”, es decir, afilándolo a la manera tradicional. Y, al tiempo, va vigilando cómo crece la hierba, pues pronto la segará.

Es esa misma hierba la que sigue dando un fuerte carácter ganadero al Valle, a pesar de que la reducción de la ganadería como medio de vida entre la población es un hecho. Gracias en buena medida a que la hierba sigue siendo útil como pasto (sea para pastoreo directo o sea para su siega y almacén mediante bolas), el paisaje de campiña sigue existiendo. Es precisamente dicho paisaje el que resulta un espejo donde reconocer el arraigo campesino y ganadero del Valle, a pesar del franco retroceso del sector primario.

Si bien es cierto que la ganadería sigue manteniendo dicho paisaje, la generalización del modelo intensivo en el manejo ha hecho que el grueso de los animales permanezcan encerrados en las explotaciones. En la combinación de dicha idiosincrasia paisajística y ganadera con las maneras contemporáneas de producción, encontramos lo que al abordar la mirada cotidiana ya he denominado “paisaje ganadero sin ganado”. Octavio me comenta que antaño bueyes, vacas y burros se utilizaban como fuerza de tiro y carga, por lo que formaban parte del paisaje cotidiano del Valle. Hoy, desaparecidas las faenas agrícolas e intensificado el sistema ganadero, el

---

<sup>73</sup> Si bien en los otros capítulos anteriores he elegido introducir la narración descriptiva de los informantes y su análisis de manera separada, en este he optado por no hacer dicha distinción y ambos aparecen mezclados.

grueso de animales permanece encerrado en la estabulación, salvo las novillas y las vacas secas<sup>74</sup>. Sólo alguna explotación puntual continúa haciendo las vacas productoras en prados contiguos. Además, con la desaparición de las cuadras en las casas y la progresiva terciarización del campo la presencia de animales domésticos de distintos tipos ha disminuido frente al modelo campesino tradicional, como también se ha visto en el capítulo anterior sobre el olor como factor de cambio en la casa y en el espacio urbano.



**Ilustración 57: Vacas Saliendo del Prado**

La reespecialización y reespacialización de los animales provocan que su presencia, antaño la norma, se haya convertido en una excepción.

Respecto al ovino, los grandes rebaños cruzando los barrios y subiendo a los montes han sido sustituidos mayoritariamente por otros pequeños, complementarios en muchos casos a la actividad lechera. No en pocas ocasiones dichas ovejas ya no cumplen una función ganadera en sí misma, sino que su pasto se utiliza para mantener vivos y en buenas condiciones los prados, lo que, por otra parte, da una idea de la importancia de la noción de prado en Carranza. Aunque estos rebaños pequeños siempre existieron, la novedad reside en que ahora son casi los únicos que sobreviven.

Este nuevo paisaje ganadero sin ganado se define por las nuevas relaciones entre personas y animales construidas en base a los procesos de reespecialización y reespacialización que ya he estudiado en el capítulo anterior. Causas como la desagrarización del campo, el cambio en las técnicas agropecuarias, la intensificación de la ganadería o la expansión de valores urbanos, explican el porqué la presencia animal en el paisaje comienza a resultar una excepción cuando antes fue la norma. Ese

---

<sup>74</sup> Recuerdo que se entiende por “vaca seca” aquella que no está produciendo leche.



menor contacto rutinario con los animales provoca asimismo su mayor extrañamiento social.

Una de las principales consecuencias de este paisaje ganadero sin ganado tiene lugar sobre el paisaje sonoro, ya que la disminución del trasiego de animales ha conllevado una gran reducción de la tradicional sonoridad animal que poblaba el Valle, algo que, aunque suele pasar desapercibido en el análisis paisajístico, es notorio y relevante. Este cambio en la sonoridad es un ejemplo de cómo el *soundscape* no es un fenómeno neutral, sino que cada sonido está imbuido de su propio léxico (Arkette, 2004). De este modo, los sonidos son variables y reflejan los ciclos de las actividades humanas y los procesos biológicos y naturales que acaban actuando todos ellos como mensajeros del paisaje (Matsinos *et al.*, 2008). Así, el conocimiento acústico se convierte en fuente, condición y oportunidad para conocer una determinada sociedad o grupo social (Bendix, 2000; Durán, 1998, 2007; Feld, 1990, 1996). Y, por tanto, el decaimiento de la sonoridad animal del Valle es una forma más de conocimiento del paso de una sociedad tradicional a otra moderna.

Como vengo afirmando, la reducción de la diversidad animal tradicional junto con la estabulación lechera actual ha conllevado una fuerte disminución de los animales domésticos al aire libre, tanto en los barrios como en los prados y montes circundantes. El ir y venir de mugidos, relinchos, resoplos, rebuznos, ladridos, maullidos, balidos, cacareos, cantos de gallos y tintineos de cencerros y badajos se ha rebajado considerablemente en el paisaje actual, y se entiende como una pérdida contemporánea para las personas que todavía recuerdan aquella diversidad sonora. Dicha presencia animal creaba entonces paisajes más sonoros y genera ahora memorias sobre aquella sonoridad que se perdió en buena medida.

Se trata de una geografía sonora cambiante que remite a innovaciones en una ruralidad que utiliza ahora sus animales de acuerdo a otra lógica y que, en sí misma, se ha visto transformada por las relaciones con lo urbano y lo global. Es decir, el cambio desde un *soundscape* languideciente (el tradicional) hasta otro emergente (el contemporáneo) remite a la evolución de la estructura productiva y a la terciarización del Valle. También pone de manifiesto los procesos de cambio en la manera de vivir el paisaje, la naturaleza y el espacio rural, puesto que cómo construimos la “animalidad” proviene de nuestras nociones sociales de “humanidad” (Ingold, 2000). Así, la reespacialización sufrida por los animales, expulsados primero de la casa y después del barrio, tiene que ver con cambios familiares y económicos estructurales, pero también con transformaciones sociales acerca de lo que se considera oportuno e inoportuno o

aceptable e inaceptable en la relación entre las personas y los animales. En suma, como se vio también en la mirada arquitectónica, los paisajes de Carranza van reflejando cada vez más los valores de la clase media urbana frente al estamento agrario (Macnaghten y Urry, 1998).

De esta manera, un paisaje cotidiano con menos animales domésticos sugiere un paisaje menos táctil y corporal en el sentido de estar menos relacionado con determinadas destrezas agrícolas y ganaderas manuales. Ahora éstas se realizan de otra manera, siendo sustituidas mayormente por prácticas mecanizadas. Por otra parte, muchos de los sonidos animales han desaparecido porque provenían de especies que ya no se utilizan en las tareas cotidianas contemporáneas. A su vez, sin embargo, las vacas lecheras, muchísimo más abundantes que antes, permanecen buena parte de su vida productiva en las explotaciones y aisladas del paisaje, por lo que sus sonidos se concentran en las naves estabuladoras y ya no son perceptibles por caminos y barrios. Este nuevo modelo genera el nuevo *soundscape* de las máquinas ordeñadoras, que funcionan en la mayoría de los casos dos veces al día, la primera muy tempranamente. El sonido mecánico de la ordeñadora es puntual en el paisaje pero a su vez mucho más intenso y perceptible en la distancia que el de los animales confinados.

También en la sociedad campesina tradicional la sonoridad respecto al ganado fue cambiante: el invierno era más silencioso puesto que las vacas y los otros ganados se estabulaban en las cuadras para resguardarlos del frío y asegurarles la alimentación. A lo sumo quedaban a la intemperie los rebaños de ovejas que aguantan mejor las malas condiciones climatológicas, estropean menos los prados en los inviernos lluviosos y tienen mayor capacidad de comer hierba corta. Cuando nevaba, además, el silencio se hacía mayor por la escasa actividad que conllevaba y por la absorción de los sonidos por la nieve. De ahí la calma del paisaje invernal nevado. Sin embargo, los sonidos del ganado se intensificaban con la llegada de la primavera, coincidiendo con la vuelta de las vacas a los prados.

En general, puede decirse que el *soundscape* de Carranza es bastante tranquilo y poco ruidoso. No siendo urbano ni cosmopolita, los sonidos que lo dominan son los de la naturaleza: ruidos de animales, trinos de pájaros, rumores de árbol, el correr del agua, el silbido del viento u otros fenómenos meteorológicos. Excepto en los barrios de Concha y Ambaguas que son los más urbanizados, en los demás este tipo de sonidos son los predominantes.

Octavio me comenta que sabe distinguir cuarenta o cincuenta tipos de pájaros diferentes por sus cantos. Al ser primavera estos días, se suele poner debajo de uno de sus robles favoritos en la trasera de su casa mientras realiza alguna tarea. No es que les preste demasiada atención, pero diferencia los trinos. El del ruiseñor es su favorito.

Su hijo Aitor, que trabaja en la administración de la cooperativa, comenta cómo una de las cosas que más valora de vivir en el Valle es su tranquilidad y la ausencia de estrés, al menos en el tiempo libre. Aquí no hay semáforos que esperar ni prisas. Le gusta cazar, perderse en el monte, caminar e ir a por setas en la época. La brisa del monte y la vista del paisaje desde lo alto le hace verse a sí mismo como alguien poderoso a pesar de ser muy consciente de su fragilidad frente a la naturaleza. Comenta que cuando sube al monte reina el silencio, pero un silencio que nunca es completo porque va acompañado de las algarabías agudas de los pájaros y de los tintineos de vacas y ovejas en las zonas de pastoreo. Incluso de noche siempre hay algún pájaro que ya ha iniciado su día. A veces, en lo único en lo que se centra es en el chasquido de sus propios pasos al caminar. En cualquier caso, todos ellos constituyen sonos que acompañan al paseo aunque a veces pasen desapercibidos, y es consciente de que llenan de vida y colorido el paisaje porque un paisaje mudo difícilmente puede existir.

De todos modos, a pesar de esta tranquilidad predominante, no se debe pensar que no haya lugar para ruidos, sonidos urbanos o humanos. Con la mecanización y la urbanización del campo han ido apareciendo sonidos que colisionan con posibles nociones románticas de lo rural. Se escuchan numerosos coches circulando por los viales del pueblo, ya que las familias los necesitan para desplazarse; también vehículos pesados como camiones o tractores; o maquinaria diversa como motosierras, desbrozadoras u ordeñadoras. También son habituales (aunque nunca continuos) los sonidos de coches cuatro por cuatro, *quarks* y motos camperas que son utilizados en las pistas forestales o en los caminos. Algunos ganaderos de vacas de monte protestan por la utilización de este tipo de vehículos por las numerosas pistas abiertas ya que espantan y asustan al ganado, pero lo cierto es que no sólo son los visitantes esporádicos los que los utilizan por divertimento. El uso de estos vehículos por parte de las personas del Valle también es habitual y obedece a una diversidad de motivos: subir a vigilar las ovejas, vacas o yeguas de monte; acceder a las explotaciones más alejadas; ir al monte para cazar, recoger setas o hacer senderismo o montañismo; o simplemente disfrutar de los caminos.

De hecho, el despertar de la sonoridad del Valle parece coincidir ahora, más que con la llegada de la primavera, con las vacaciones de Semana Santa, sobre todo si ésta

amanece soleada. Con ella llegan los visitantes a las casas de segunda residencia, a las de turismo rural y a las infraestructuras turísticas. La afluencia a las cuevas de Pozalagua y al parque Karpin Abentura es masiva, y podemos decir que incluso supone un choque, puesto que en las últimas temporadas han llegado a acudir en un solo día a estas infraestructuras más personas que habitantes censados en el Valle. El gentío es tal que se organizan atascos a la entrada del parque y las hileras de coches se hacen kilométricas. Sin ir más lejos, a sus organizadores les costó unos años hacerse con el método apropiado para organizar el aparcamiento en un entorno que no está preparado para tanta afluencia. La tranquila sonoridad habitual en el entorno del parque despierta, así, a ritmo de motor y claxon en dichas vacaciones.

Este tipo de ruidos mecanizados rompen y contradicen la idílica imagen que a veces se tiene del campo, sobre todo desde la ciudad. Se trata de una visión del mundo rural, definida socioculturalmente y que refleja ideas sobre lo pertinente o no de su *soundscape* en contraposición con el urbano, admitido y concebido como más caótico. Son ideas ligadas a una especie de nostálgico Edén rural en el que el *soundscape* ruidoso e industrial no tendría cabida o no resultaría deseable (Ray, 2006). Estas nociones están más ligadas a un paisaje rural destinado a la contemplación, al consumo y al turismo ocasional del postproductivismo agrario definido en el Hito 3 que con el trabajo directo en la tierra. Pensemos en los conflictos que ya van surgiendo (y que probablemente se acentuarán) entre las ganaderías generadoras de olores y sonidos y personas no ganaderas o establecimientos turísticos donde los visitantes en busca de un idílico paisaje rural se encuentran con olores o ruidos no deseados y que no casan bien con la “arcadia” bien-olora, bien-sonora y tranquila que pensaban encontrar en el pueblo.

De esta manera, el *soundscape* contemporáneo de Carranza caracterizado por una animalidad reespacializada y reespecializada y una mayor presencia de ruidos urbanos muestra cómo los paisajes sonoros rurales son dinámicos y están en constante interacción entre las especificidades locales y los factores cosmopolitanos. No en vano el mundo rural forma parte de dinámicas urbanizadoras globales. Si bien el *soundscape* ligado a la agricultura y a la ganadería tradicional languidece, uno nuevo contemporáneo aparece ligado a los nuevos pensamientos y prácticas más urbano-industriales.

Otro de los factores en cuanto a la relación entre la corporalidad y la memoria en el paisaje cotidiano se refiere a los *tasksapes*. Los tradicionales constituían actividades muy sensoriales porque al ser en buena medida manuales resultaban ser

trabajos muy laboriosos y corporales. Se han visto al estudiar la mirada cotidiana: las labores de trilla del trigo; los procesos de segar, recoger y empayar la hierba; los de plantar y recolectar productos agrícolas y hortícolas; el pastoreo de las ovejas por los montes o sacar las vacas a pacer, por poner algunos ejemplos. No quiero decir que los *taskscapes* contemporáneos no sean corporales, pero sí que parte de aquella sensorialidad y tactilidad de los *taskscapes* tradicionales laboriosos se ha visto transformada.

Octavio todavía produce abono a la manera tradicional, aunque ahora mucho menos porque con sólo una vaca en la cuadra y con las fuerzas menguantes ya nada es lo mismo que antes. Tiene buenos recuerdos de cómo lo hacía de joven con su padre. Al rememorarlo él, yo lo interpreto a la luz de la corporalidad y la sensorialidad.

Iban a los cerros y bosques a por roza y materia vegetal, y allí escuchaban los vigorosos sonidos del monte y de la corta. Era un trabajo duro físicamente pues había que acumularlo todo y cargarlo en el carro para llevarlo a la cuadra. Había unos momentos idóneos para hacerlo, porque cuanto más seca estaba la roza recogida, mejor absorbía la humedad de los excrementos y mejor funcionaba tanto en la cuadra como después como fertilizante. La materia vegetal, una vez en el caserío, se almacenaba y amontonaba en la cuadra para ir siendo utilizada como cama para el ganado según las necesidades. Era un trabajo que implicaba mucho contacto con los animales. Recoger el estiércol resultante de la mezcla de la cama usada de las vacas y su boñiga era uno de los trabajos periódicos de la cuadra. Los montones de estiércol que se iban formando a las puertas de aquella eran muy usuales y formaban parte del paisaje de los barrios. Ya sólo quedaba llevarlo a los prados o a las huertas para extenderlo y mejorar la tierra. Este proceso resultaba ser una actividad muy corporal en todas sus fases, cuyo conocimiento se enmarcaba dentro de las redes sociales y familiares.

Pero es verdad que la producción de abono a la manera tradicional es algo prácticamente extinto, pues ya hace muchas décadas que se ha ido sustituyendo por la utilización de abonos minerales comprados en el mercado. Como se vio ya en el capítulo anterior, incluso en el año 1935 ya se usaba un gran volumen de fosfatos o nitratos para abonar prados y demás cultivos. Y hoy en día, como ya sabemos, además de utilizar éstos, se abonan los prados también con los purines de las granjas.

Por otra parte, en las explotaciones intensivas, además de estos abonos y purines se utilizan una gran variedad de insumos comprados: piensos concentrados, medicamentos, forrajes que son servidos directamente en la granja, servicios

veterinarios e incluso crianza de novillas fuera de la explotación. Al ser adquiridos directamente al mercado, el ganadero se ahorra todo el trabajo propio de producir dichos insumos. Pensemos, por ejemplo, en la preparación de la tierra para plantar maíz, cuidarlo, cosecharlo, desgranarlo o molerlo para dárselo a las vacas. Todas estas operaciones ya no tienen lugar porque se adquiere directamente el producto final. Al resultar aquellas además muy exigentes, pues se hacían manualmente, el proceso resta no sólo laboriosidad sino también contacto con la tierra y sensorialidad.

En cualquier caso, aunque hayan cambiado el tipo de actividades, hay que reconocer que los *taskscapes* contemporáneos siguen siendo corporales y sensoriales. Lourdes, vecina de Octavio, me enseña cómo tiene organizada su explotación de leche. Aun en la suya, que utilizan el ordeño con robot automático, tienen una actividad sensitiva muy intensa que hacer: programar el ordeño, controlar el estado y el celo de las vacas, vigilar que el proceso funcione sin ningún problema y, en caso de que haya alguno, solventarlo. Sigue resultando un trabajo sensorial: convivir con los olores de las vacas y la explotación, caminar por suelos resbaladizos, echar las mezclas de forrajes y concentrados a las vacas o controlar los sonidos del ordeño. Pero gran parte del trabajo transcurre dentro de la explotación y la relación del ganadero con la tierra, más intensa antaño, se ha visto transformada.

Este cambio es fruto de innovaciones socioeconómicas, introducción de nuevos manejos agropecuarios y variaciones en el modo de vida, valores, educación y expectativas de los ganaderos. Esto redundará, en última instancia, en una diferente relación con la tierra y el paisaje de estos últimos. En sí, estas nuevas dinámicas no son ni buenas ni malas, sino que reflejan la tensión entre lo que se ha perdido (los manejos tradicionales del ganado, por ejemplo) y lo que es percibido socialmente como avances en la calidad de vida (ahorro de tiempo en la realización de tareas o mejoras en la higiene, por nombrar algunos).

Pero dentro de estas nuevas dinámicas es claro que muchos de los subproductos utilizados por cualquier ganadería moderna ya no son fruto de una relación tan intensa como antes con su entorno físico, sonoro y táctil, sino de otro tipo de relación que hace el trabajo más desahogado físicamente pero más dependiente de un mercado abstracto, mudo e intangible.

Si antes los ganaderos dependían de su inmediato hábitat tangible, audible y palpable (no siempre benévolo), ahora lo hacen de un mercado desconocido y lejano intangible, inaudible e intocable (tampoco más benevolente). Sin cara y sin lugar físico

donde ubicarlo, el control de las ganaderías de un sistema socio-tecnológico-económico como es el del mercado es mucho menor que el del sistema socio-ecológico-económico de antes. ¿De dónde vienen los insumos que consumen en la explotación?, ¿quién los ha producido?, ¿quién ha puesto los precios?, ¿qué tipo de “retirada ambiental” representan?

El *marketing*, que también ha llegado a las explotaciones ganaderas, es totalmente ajeno a su ámbito geofísico (Carolan, 2007a:1265). Los tipos de maquinaria, la crianza de novillas en empresas especializadas y al margen de la explotación (aunque sea minoritaria), las marcas de medicamentos, de fertilizantes o de concentrados, el estilo en la indumentaria de trabajo o las razas de las vacas lecheras tienen mucho de sugestión de las empresas multinacionales. A diferencia de los procedimientos tradicionales, imbricados en su entorno inmediato, el sistema agroalimentario actual ha sido organizado al margen de la experiencia y de la vida cotidiana, pero tiene una influencia inmensa en éstas. Se puede decir que las explotaciones ganaderas se han convertido en un sistema distante.



**Ilustración 58: Instalaciones Ganaderas**

Las explotaciones contemporáneas apenas dependen de su entorno ecológico y sí de un mercado abstracto e intangible que influye mucho en sus manejos actuales.

Ya que forma parte del mismo proceso, dentro de esta distancia con la tierra circundante, podríamos señalar el desinterés de las generaciones jóvenes hacia la plantación de huertos, que ha quedado diluida en prácticas más urbanas. La bonanza económica, la inmediatez y facilidad de comprar los productos de huerta en lugar de plantarlos y recolectarlos, y el poco interés por las tareas y los tiempos del campo han fomentado que, como dinámica general, sólo los más mayores sigan cultivando huertos.

Este abandono no sólo se refleja en el producto final sino que desemboca en una pérdida de saberes en cuanto a los manejos. El nieto de Octavio, Aritz, poco sabe ya de preparar la tierra o de hacer semilleros, de los tiempos y manejos de siembra y recolección o de las variedades que mejores rendimientos dan. Tampoco presta ya mucha atención al tiempo atmosférico (cuándo va a llover o a helar), tan importantes para el cuidado y los resultados del huerto. Él es más de asfalto, dice, a pesar de haberse criado y seguir viviendo en el Valle.

El estado de los árboles frutales se encuentra ligado de alguna manera a los huertos, aunque inserto en otro proceso como es el de la Concentración Parcelaria de los años setenta. Octavio, como otros muchos habitantes del Valle, alaba las virtudes de la Parcelaria que refundió las pequeñas y dispersas parcelas en otras mayores. Pero también lamenta cómo provocó la desaparición de muchos de los setos vivos, matos y jaros que separaban las antiguas parcelas, cambió la distribución de los caminos y cañados de acceso a las mismas y motivó la tala de árboles frutales, sobre todo de manzanos, que era el frutal por excelencia en Carranza. Algunos de estos árboles se cortaron por cuestiones orográficas de acondicionamiento de parcelas, pero otros se fueron talando por comodidad a la hora de trabajar los prados e incluso por envidias sobre la calidad de las parcelas redistribuidas.

Con la intensificación de la ganadería de leche y el monocultivo de hierba la tala de árboles se fue acrecentando pues, aunque al ganado le venga bien su sombra, fue primando la comodidad en la siega con tractores grandes. El extremo de la ausencia de árboles es la zona de “El Mazo”, al noroeste del Valle, que podría ser calificada como “desierto verde” por la monotonía y monocromía verde impresa en el paisaje de sus extensas praderas, sin apenas árboles.

La ausencia de los manzanos se hace notar mucho en la memoria del Valle, ya que la manzana había sido un recurso importante en Carranza por su adaptación a sus condiciones climáticas. La sidra, asimismo, había constituido un producto básico, no tanto para su venta, sino para su consumo familiar, y en muchas casas había lagares para elaborarla. Se dice que en Carranza se probaba el vino en bodas, bautizos y entierros, puesto que en las casas básicamente sólo se consumía agua o sidra. Todavía en algunas casas se sigue conservando la tradición de hacer sidra, a pesar de la disminución de la producción.

También las castañas fueron importantes para la casa, tanto para la alimentación de las personas como para la de los cerdos. Cuando Octavio era crío era



muy frecuente ir a coger castañas, almacenándose éstas, en ocasiones, en el mismo monte. Se conservaban con ordino u orizo, es decir, con la cubierta exterior de la castaña. Hoy ya no se encuentran castañares como antes, y muchas zonas de castaños han sido invadidas por robles y hayas, cuando no se han sembrado con pinos y eucaliptos. Ahora ya nadie planta castaños ni les hace injertos como antes, y en el monte sólo van quedando viejos castaños de tronco portentoso y exhuberante. Uno de los castañares más extensos que se conservan es el de Villanueva de Presa, con castaños centenarios aunque deteriorados por la desidia y las enfermedades. Como ya no se utiliza como base de alimentación humana ni animal, se encuentra semiabandonado entre zarzas, malezas y vacas que pastan. Curiosamente, ahora ya sin uso, algunas voces reivindican su catalogación como paisaje protegido, al hilo de esa mirada contemporánea que he denominado postproductivista.

El desinterés por los frutales es otra manera de entender la evolución social y económica del Valle, pues los árboles tienen un rol activo en transformar la naturaleza de los lugares e incluso tienen capacidad de enseñar sobre el cambio en determinados aspectos sociales (Cloke y Pawson, 2008; Jones y Cloke, 2002). De esta manera, en los barrios carranzanos de hace cincuenta años se podían encontrar cerezos, ciruelos y manzanos de diferentes clases. Manzanos los había por doquier en las orillas de los prados y de las llosas, e incluso frecuentaban parcelas enteras plantadas de manzanos. Hoy ya no están y, en ocasiones, las variedades autóctonas han sido sustituidas por otras comerciales como la manzana golden, que da frutos en menos tiempo pero que no se adapta tan bien a la climatología del Valle y necesita de buenas dosis de fertilizantes. Octavio tiene su semillero en casa y ha ido injertando manzanos ya casi por capricho. De críos, él y sus amigos iban a robar cerezas, ciruelas o manzanas casi más por aventura que por los frutos en sí. Hoy su nieto ni se mira a los frutales.

La notoria desaparición de los frutales en la parte baja del Valle provocó sin duda cambios en sus lugares y paisajes. Pero también pone de manifiesto las relaciones entre lo local y lo global, lo urbano y lo rural, lo público y lo privado, lo doméstico, lo industrial y lo agrícola. La corta de árboles afecta al paisaje pero también a la pérdida de variedades locales de frutales que desaparecen, a sus sabores, a la elaboración de dulces con aquellas variedades, a la ausencia en los árboles de pájaros con sus trinos, a la sabiduría heredada sobre podas, manejos, injertos y semilleros o al abandono de los lagares familiares para hacer sidra. Son cambios en *taskscape*s que afectan a los paisajes no sólo visuales, sino también sonoros, olfativos y gustativos.

Transformaciones que conciernen a los paisajes vividos, experimentados y tocados, no sólo mirados y fotografiados.



**Ilustración 59: Lagar de Sidra**

Lagar en uso para hacer sidra en la fachada de una vivienda.  
Esta disposición aún a un tiempo practicidad,  
estética y memoria del trabajo.

La reducción de árboles frutales y de huertos muestra, por un lado, la falta de interés del sistema ganadero contemporáneo por los árboles y, por otro, el descenso de la autoproducción y autoconsumo entre las familias carranzanas y su poca predilección actual de cultivar y recolectar productos alimentarios de primera necesidad como frutas y verduras, dada la facilidad de adquirirlas en el supermercado. Esta disminución implica relaciones paisajísticas menos táctiles y directas. Si antes frutas y verduras eran producidas en el propio Valle (aunque con resultados irregulares por las condiciones climáticas), ahora son mayoritariamente compradas. Y la tierra se circunscribe, a su vez, en el marco de los vastos sistemas internacionales de producción y distribución agroalimentaria y no ya en el de subsistemas locales o regionales. Ello implica que la situación tradicional se haya invertido en el plano alimentario: ahora lo esencial de la alimentación proviene del exterior. Además, la nueva tecnología doméstica (neveras, congeladores y cocinas) ha disminuido en parte la importancia de los ritmos estacionales, de tal modo que la tarea de la compra de alimentos ha adquirido hoy en día el grado de responsabilidad que antes tenía su conservación (Contreras, 1993).

El cambio en la relación con los árboles no se limita a los frutales. Los robles (“rebollas” en Carranza) también eran parte importante de la casa y crecían tanto en

espacios comunales como en propios. Eran muy apreciados de cara a reformar o arreglar algo en la casa o sustituir algún madero de su estructura. Pero actualmente ya no hay mucho interés por plantar robles, pues parece que los únicos árboles interesantes son los que dan rendimiento pecuniario a corto o medio plazo, como son los eucaliptos o los pinos.

También, como ya vimos, han decaído algunas prácticas relacionadas con los árboles, como el trasmocheo. En los hayedos del Valle todavía se encuentran árboles testigos de esta antigua práctica de poda. Octavio nunca trasmocheó, pero sí conoce la técnica a través de uno de sus amigos que lo hacía habitualmente. Se trata de un método de aprovechamiento forestal relacionado con el carboneo y con la obtención de leña. La guía principal del árbol se cortaba con el hacha para que en la zona del corte aquél produjera multitud de ramas, madera que sería aprovechada más adelante. Las ramas se dejaban crecer libremente y al cabo de diez años se cortaban. Después se dejaba descansar el árbol y tras crecer otros tantos años se volvían a cortar las ramas. Los árboles tomaban así una forma peculiar que todavía se puede encontrar en viejos ejemplares que sobreviven en el monte: la base del tronco quedaba bastante abajo y de él surgían multitud de ramas en su parte aérea. A un árbol se le podía aplicar esta técnica durante más de un siglo.

Con el abandono del trasmocheo estos árboles tienden a morir o a caerse. Envejecen mal e inestablemente porque tienen un tronco demasiado corto en comparación con unas ramas que crecen largas, anchas y pesadas, ya que nadie las corta para su provecho. El pequeño tronco base que en tiempos fue la clave para producir más ramas maderables ya no puede soportar el peso de toda la parte aérea. Cuando llegó a Carranza el gas butano y después la calefacción a gasoil, las necesidades de leña bajaron. Esto, junto al fin del carboneo, provocaron la finalización del trasmocheo.

Ahora la producción intensiva de madera mediante la repoblación de coníferas consiste en el sistema inverso. A éstas no se las desmocha, sino al revés, se deja que crezcan verticalmente para obtener piezas largas de madera para la construcción o la producción de papel. En el sistema de trasmocheo el árbol no se corta entero, sólo sus ramas, mientras que las coníferas se cortan a ras para volver a plantarlas después. Por otro lado, aunque hace años la carga de los troncos de las coníferas se realizaba a hombros, en la actualidad la recogida de la madera se ha simplificado bastante gracias a la maquinaria. Es un proceso mucho más rápido y menos costoso.

En suma, el trasmocheo y las repoblaciones de coníferas resultan ser dos sistemas opuestos en cuanto a sus prácticas aunque tienen en común que en ambos el interés no reside en el árbol en sí mismo sino en su madera.

Otro proceso sensitivo que merece la pena señalar se refiere a la contaminación de ríos y acuíferos por vertidos incontrolados de purines como consecuencia del modelo intensivo ganadero, al que ya he aludido en distintas partes de la tesis. Estos vertidos provocan olores muy intensos y localizados, percibidos con desagrado sobre todo por el vecindario cercano a los ríos. Al margen de consideraciones en cuanto a la contaminación en sí, quiero resaltar también que provoca un menor contacto directo con fuentes y ríos, pues se sabe que pueden resultar insalubres o peligrosos. Por un lado la libertad de beber de fuentes naturales queda coartada por la sensación de insalubridad. Por otro, si antes el baño estival en los ríos era habitual como actividad lúdica, la contaminación actual provoca aprensión. Ya que éstos son espacios en movimiento que se impulsan siguiendo límites y escalas cambiantes, imprevisibles, espontáneas, inestables y fluctuantes (Buxó, 2004b:34), se modifica la relación con el baño, porque antes éste tenía mucho de descubrimiento y de sorpresa en unos cursos de agua cambiantes constantemente en función del caudal, de las subidas y crecidas del río, de la orografía, de piedras que aparecen y desaparecen o de pozas que parecen móviles. Por el contrario, el baño en la piscina (que se encuentra en el barrio de Ambasaguas), además de ser menos accesible para todos, se hace más regular, monótono y previsible y disminuye el contacto físico con la naturaleza y el paisaje.

Así, el estado de las aguas y de los suelos contaminados de Carranza constituye, a la vez que una vía de tránsito entre la vida social y el entorno salvaje de la naturaleza (Ibíd.:32), una manera de poner en evidencia las contradicciones de un sistema económico intensivo que, aunque sustenta a la ganadería, la pone en peligro por sus efectos inesperadamente perniciosos. Es una paradoja entre la vida y la muerte, la pureza y el peligro, la limpieza y la contaminación, lo bueno y lo malo, el orden y el desorden, lo sólido y lo efímero, la continuidad y el cambio (Ibíd.:24).

Por último, otro cambio relevante desde el punto de vista emocional es el de la disminución de los olores de la siega, recogida y conservación de la hierba de los prados. Como vimos en el *taskscape* tradicional, el proceso de recogida de esta hierba era muy laborioso e involucraba a casi todos los miembros de la familia. El segado se hacía a mano y, después de unos días de volteo para que se secase bien la hierba hasta que se convirtiese en heno, se almacenaba o “empayaba” en el sobrao de la casa. En lo que se refiere al paisaje de los olores, este proceso manual y lento producía una

fragancia a hierba cortada característica tan intensa que, aún hoy, sigue siendo recordada nítidamente por los que vivieron este *taskscape*, aunque fuera en su niñez.

La ausencia de aquella fragancia caracteriza el paisaje de praderas actual, pues los nuevos procesos de mecanización hacen más rápido y ágil el proceso, conllevando que el olor característico de la recogida quede perdido en el tiempo, al menos con aquella intensidad. El *taskscape* contemporáneo de empacar y ensilar la hierba en bolas de plástico, y hacerlo además de forma más rápida y mecanizada, deja atrás un olor que era una seña de identidad de un territorio y de la época estival en que se realizaba la siega.

Guardar la hierba seca en la parte alta de la casa era lógicamente un proceso muy laborioso y costoso que implicaba gran cantidad de horas y mano de obra, por lo que se fueron introduciendo innovaciones. Estas novedades contribuyeron además a variar el paisaje de los olores puesto que el proceso de conservación de la hierba fue pasando de la henificación (secado de la hierba) al ensilaje (fermentación de la hierba). De esta manera sobre los años sesenta se incorporó el almacenaje de la hierba recién segada en silos-torre cilíndricos de hormigón armado, no excesivamente grandes, que se construían junto a las explotaciones, las casas o los prados. Se procedía a llenar los silos de hierba verde, pisándola y aplastándola bien hasta que quedasen llenos. En ellos la hierba entraba en un proceso de fermentación natural gracias al cual se conservaba. Este silo resultante sigue siendo recordado, en general, como pestilente, y su traslado a la cuadra, al estar en la parte baja de la casa, implicaba que el olor impregnase el resto de la vida cotidiana.

También fueron llegando otros métodos de ensilaje como los silos de montón, en los que se rellenaban zanjas abiertas en el suelo con hierba, tapándose después con plásticos y con ruedas de camión para aplastar la hierba y que fermentase.

Actualmente el segado de la hierba ya no se realiza manualmente, sino con maquinaria. Aunque hubo etapas intermedias en las que existieron diversos tipos de máquinas para enfardar, ahora lo que se hace generalmente es ensilar en pacas redondas. Es posible hacer las bolas con la hierba ya seca, o todavía fresca y húmeda. En Carranza se suele ensilar fresca (se denomina “en verde”) porque conserva mejor sus propiedades y mantiene mejor la humedad. Aunque cada ganadería lo hace a su manera, en general se suele dejar secar la hierba encima del prado durante un día para hacer la paca sin demasiado exceso de humedad. Una vez hechas las bolas, se necesita otra máquina para envolverlas en plástico de manera que queden herméticas y el

proceso de fermentación sea el correcto. En cualquier caso, al estar la hierba secándose menos tiempo al sol y ser el proceso más rápido debido a la maquinaria, el *smellscape* ha cambiado porque la fragancia a hierba recién cortada es menor o incluso desaparece. De hecho, el recuerdo a aquel olor de antaño suele ser nostálgico. Aunque es verdad que si bien se echa de menos el olor, el proceso de hacer bolas se ve, en general, como un adelanto que ahorra mucho tiempo. Estas bolas son asimismo un elemento novedoso en el paisaje del Valle, aunque, como vimos anteriormente, genera algunos problemas respecto a la gestión de los plásticos.

En suma, cada *taskscape*, además de introducir elementos novedosos en el paisaje, conlleva un olor propio que lo caracteriza. Si el *taskscape* tradicional de recogida de la hierba generaba un *smellscape* que todavía se recuerda con agrado, el ensilado posterior en silos-torre cilíndricos llevado a la cuadra es recordado por su mal olor. Por otro lado, las actuales bolas de hierba ensilada se perciben como una gran comodidad, pero provocan la nostalgia de los viejos olores asociados a la siega tradicional. Además, mientras que el *taskscape* tradicional se asocia a una estructura de la casa que ha dejado de cumplir en buena medida su función (abajo se guardaba el ganado y arriba la hierba), los silos-torre cilíndricos siguen inmóviles, obsoletos y abandonados poblando el paisaje del Valle, esparcidos por barrios y praderas y sustituidos por las móviles y contemporáneas bolas de plástico.

Estas entidades singulares que constituyen los *smellscapes*, como vemos, caracterizan los lugares, pero también constituyen elementos definitorios de las tareas configuradoras de los paisajes y muestran valores sociales y culturales de la percepción de dichos olores. En Carranza muestran aspectos relativos a una sociedad que, por un lado, ha cambiado parte de sus manejos agropecuarios y, por otro, se ha terciarizado y urbanizado. Por ello los *smellscapes* no deberían pensarse en términos de autenticidad (el *smellscape* más auténtico es el tradicional) puesto que hacerlo sería ignorar la incorporación de nuevas tecnologías y prácticas acordes con los tiempos. Una vez más, conviene recordar que los paisajes son entes vivos y no museos históricos o etnográficos.

Aunque se debe de huir de referencias a la autenticidad, sí resulta cierto que los *smellscapes* son importantes por tener su papel en la salvaguardia de la homogeneización de la identidad aromática de lugares y procesos. En la ciudad contemporánea, si bien los *smellscapes* no han sucumbido (aunque apenas se estudien sociológicamente), sí que el no-olor se ha llegado a convertir en buen olor y los olores

estándares se compran en las droguerías bajo licencia de marcas registradas (Durán, 2007:54).

En Carranza, al igual que en otros muchos lugares, el olor característico de las tormentas recién pasadas es algo que se suele reseñar. Aitor comenta, además, lo peculiar del olor de las acacias, particularmente intenso cuando sale la flor. A él el monte de septiembre y octubre le huele a miel. Supone que es debido al brezo que está en su plenitud. Así, el de la miel y el de las acacias son olores que, sólidamente grabados en su mente, le remiten al monte y a Carranza, aun cuando le cueste definirlos.



**Ilustración 60: *Smellscape***

El paisaje de los olores tiene un papel muy importante en la heterogeneidad de la identidad de los lugares.

Relph (1976) hace ya cuatro décadas defendió que, puesto que cada vez los espacios y lugares se asemejaban más entre sí, se estaba debilitando su capacidad para transmitir sensaciones y ofrecer posibilidades diversas a nuestra experiencia diaria<sup>75</sup>. De esta manera, en Occidente tendemos a eliminar nuestros olores corporales y el de los lugares reemplazándolos por perfumes, ambientadores y antisépticos (Porteous, 1990:22). Deberíamos de plantearnos si esta especie de censura que supone la eliminación de ciertos olores y la artificialización de otros no estará limitando en exceso nuestra experiencia sensorial, puesto que los aromas son también señas de identidad, individual y colectiva, y de comunicación, que juegan, como estamos viendo, un papel importante en la definición de lugares e incluso de territorios.

---

<sup>75</sup> Se refería a EE.UU. pero claramente esta sensación se ha acabado imponiendo en Europa.

Que determinados olores sean despreciables o poco recomendables es algo cultural que hemos aprendido. Todas las sociedades lo hacen, cambiando además los criterios de apreciación de los mismos en función de sus contextos socioeconómicos. Pero en nuestra sociedad contemporánea, a fuerza de tratar de eliminar algunos olores, quizá acabemos adoleciendo de una excesiva homogeneización y artificialización de los mismos y por ende, de nuestras experiencias sensoriales. Aunque en última instancia, esto también deberá ser leído en clave sociocultural, porque es reflejo de una sociedad que prefiere suprimir determinados olores para reintroducir otros recreados y empaquetados en un mundo de fantasía o de experiencia virtual. Es evidente que los aromas sintéticos con los que convivimos diariamente evocan cosas o bien que nunca existieron, o bien de las que están ausentes: tenemos perfumes con aromas de flores que no existen y bebidas con sabores tropicales sin una gota de fruta en su interior. Son pura imaginación olfativa. Y la información transmitida por televisión, internet u ordenador, vital para nuestra sociedad, es también inodora (Classen *et al.*, 1994).

En un contexto contemporáneo de unas instituciones interesadas por relanzar el turismo frente a las pequeñas explotaciones agropecuarias, el paisaje camina hacia valores urbanos donde los sonidos, los olores y el contacto directo con los animales y la naturaleza van siendo sustituidos por un paisaje menos táctil en el que la estética aparece como un valor en alza. Es cierto que la sociedad urbana, sobre todo a través del turismo, no sólo consume paisaje, sino que lo reinventa y lo connota desde un ámbito ajeno a la producción agroganadera. Pero la contradicción de esta relación es que el mantenimiento del paisaje actual del Valle es difícil sin una actividad agropecuaria viva que lo mantenga como está. Por ello, no conviene olvidarse de la cultura campesina. El código local de manejo del territorio ha sido y es importante en el mantenimiento del paisaje, luego habrá que intentar la renovación socio-económica de un sector en crisis si se quiere la pervivencia de ese mismo paisaje.

En las familias que todavía mantienen su explotación ganadera y pretenden seguir haciéndolo, esos olores, sonidos y contacto físico con el ganado actúan casi como un síntoma de rebeldía, como una manera de estar en el mundo y de mantener su idiosincrasia en un mundo rural cada vez más urbano. Actúan a modo de resistencia al cambio de un paisaje de producción a otro sólo de consumo y contemplación, conscientes también de que este último tampoco es viable si ellos dejan de producirlo.

Analizar el paisaje a través del cuerpo pone en valor aquellas de sus características que no sólo se perciben a través de la vista. Estas mecánicas, además, tienen mucha potencia tanto para fijar memorias como para analizar cambios sociales:



en este caso, el paso de la sociedad tradicional a la contemporánea. Los aspectos relacionados con los sonidos, los olores, los sabores, los tactos y el cuerpo suponen una forma más, habitualmente poco explorada en el ámbito del paisaje, de conocimiento cultural.

Los *taskscapes* tradicionales de la recogida de la hierba, de la producción de abono, de la crianza de animales en la cuadra, de la agricultura u la horticultura remiten a actividades intensamente corporales. No quiere decir que los *taskscapes* contemporáneos no sean sensitivos, pero lo cierto es que la mecanización y la compra de insumos actual ha eliminado una parte importante de aquella tactilidad y, sobre todo, ha confinado buena parte de ella al interior de las explotaciones intensivas, con lo que la relación con la tierra y el paisaje es menos intensa. En este proceso, el hábitat cercano, tangible, audible y palpable ha sido sustituido en cierta medida por un mercado distante, intangible, inaudible e intocable.

No obstante, el paso de la sociedad tradicional a la contemporánea no debe ser concebido, como ya lo he ido señalado en distintos momentos, como una pérdida de autenticidad, sino como un proceso de cambio en constante tensión entre lo que se gana (calidad de vida, ahorro de tiempo y de esfuerzo físico o diversificación de la economía) y lo que se pierde (los olores de la corta tradicional, el aumento de los sonidos mecanizados y urbanos o la pérdida de saberes relacionados con la horticultura).

En este proceso de cambio parte de la vieja sensorialidad queda fijada en la memoria de manera emocional: el *smellscape* de la hierba cortada y volteada en los prados es recordado y anhelado; el variado *soundscape* animal pululando por el Valle es vivido por las viejas generaciones como una carencia contemporánea en lo que he denominado “paisaje ganadero sin ganado”; el diverso *tastescape* de los huertos y los frutales, particularmente de los manzanos, se nota como un hueco en el paisaje que a duras penas es rellenado por productos y variedades comerciales comprados en las tiendas y que ha implicado además pérdida de muchos saberes y experiencias compartidas entre generaciones; la pérdida del *tactilscape* de un baño en los ríos se vive con añoranza y recelo hacia un modelo económico que parece poco respetuoso con su entorno. Estos procesos están relacionados con la mecanización del campo y con la reespacialización y reespecialización de la ganadería que ha cambiado la relación con los animales y con la tierra. También conectan con la terciarización y urbanización de Carranza que ha cambiado, entre otras cuestiones, la expectativas y dinámicas sobre el paisaje en sí mismo.

Sin caer en idealizaciones banas del mundo rural, hay que reconocer que en un mundo tendente a la homogeneización cultural, los paisajes corporales y de los sentidos pueden actuar, por un lado, a modo de reconocimiento y reivindicación de las identidades particulares de los diferentes lugares, y, por otro, de salvaguarda de la diversidad cultural y paisajística. En el fondo, la cuestión en juego es qué es el campo y cómo debería ser, si un campo productor, sensorial y corporal, repleto de memorias y de acciones encarnadas, o un campo consumido como espectáculo visual vía mercado del ocio (Macnaghten y Urry, 1998) o si es posible aunar lo que supuestamente parecen posicionamientos excluyentes.

## CAPÍTULO 15: LAS BAMBALINAS DEL KARPIN ABENTURA

### 15.1 KARPIN ABENTURA COMO *COLLAGETEMPORAL*

Como se ha visto anteriormente<sup>76</sup>, Karpin Abentura resulta ser una curiosa combinación entre finca lujosa venida a menos, centro de recuperación de animales y parque temático. Muchos de sus viejos elementos han sido rehabilitados para otros usos: la cochera hace ahora de bar-restaurante, los establos de museos y baños y las antiguas praderas, huertas y gallineros aparecen con jaulas de animales y carteles didácticos.



**Ilustración 61: Reutilización del Carpín**

La vieja cochera ha sido rehabilitada para funcionar como bar-restaurante para uso del público visitante.

Todo ello tiene como testigo al viejo palacio abandonado, que sigue resultando imponente a pesar de su patente deterioro. Por fuera, sus cristales rotos, baldosas partidas y puertas y ventanas descoloridas y resquebrajadas atestigüan el paso del tiempo. Por dentro, sus maderas y escaleras chirriantes, el olor a polvo y a abandono y el eco que resuena en sus dependencias vacías muestran su decadencia, falta de vida y ostracismo, del que una lenta rehabilitación parece querer sacar.

Los ricos ornamentos de la finca y jardín circundantes contruidos a base de materiales nobles, sin duda lujosos y detallistas en su día, los encontramos en distintos estadios de conservación. Algunos de estos elementos permanecen más o menos

<sup>76</sup> Ver subcapítulo 10.2, “Karpin Abentura y otras infraestructuras turísticas”.

deteriorados adivinándose entre las nuevas infraestructuras; otros languidecen olvidados hacia la ruina y la desaparición entre las zarzas o lo nuevo; algunos afortunados se han consolidado y asentado mientras que los más desventurados han sucumbido bajo la construcción del parque, la necesidad de nuevos servicios o la de eliminación de barreras arquitectónicas.

Karpin Abentura resulta ser un “*collage* temporal” (Lynch, 1975 citado en Edensor, 2005a:834). Un espacio por el que han pasado diferentes usos, personas y procesos dejando cada uno de ellos huellas de su tiempo y de su uso. Un espacio que sigue vivo y cambiante porque lo nuevo se construye junto a lo viejo o sobre él, y lo viejo adquiere una nueva función y un nuevo aspecto o es aniquilado por lo nuevo o por el abandono. Mientras las obras de consolidación de la finca no acaben y todos sus espacios bien se enluzcan bien sucumban, la finca seguirá escribiéndose y reescribiéndose como si de un palimpsesto se tratase. Rebuscando entre los nuevos parques infantiles, los márgenes de los nuevos senderos aderezados, los mecanismos animados, las zonas de descanso, los carteles indicativos o aquellas áreas de acceso restringido podremos ir descubriendo huellas de un pasado más esplendoroso: restos oxidados de estructuras de pérgolas y originales barandillas, partes de invernaderos que todavía conservan a medio borrar los nombres latinos de las plantas que cobijaban, canalizaciones de aguas fluviales trabajadas con gusto, lagares de piedra, tramos de escaleras de piedra ricamente cinceladas, antiguos lavaderos, robustos dinteles sin puertas, árboles exóticos, tramos de vetustas fuentes, jardineras caprichosas dibujadas con piedras de río, bebederos de pájaros o aceras rematadas al detalle.

Terminado el proyecto original en el primer cuarto del pasado siglo, la primera muestra del *collage* cultural con la que nos topamos está a la entrada del recinto, donde se levantan dos contemporáneos pequeños cubículos de hormigón con puertas de PVC blanco. Uno de ellos hace las veces de taquilla y de tienda de *souvenirs* y el otro de baños. Formalmente sobrios, la única ornamentación que posee uno de ellos es un *graffiti* de colores con motivos de dinosaurios. Supone una innovación en formas y materiales respecto a la construcción de la finca original, básicamente realizada con piedra noble, hierro y madera, y sin relación alguna con la arquitectura de estilo indiano de las infraestructuras del resto de la finca.

No obstante, se podría dudar del acierto estético de dichos cubos de hormigón pero no porque incorporen formas y materiales constructivos nuevos, como es la crítica habitual. Porque, de hecho, la propia finca también en su momento fue innovadora no inspirándose en la arquitectura popular carranzana, sino entroncando más bien con el

modernismo y el pintoresquismo (Paliza, 2004). Los dueños, así, demostraban tanto su prosperidad económica como sus gustos modernos y sofisticados. Las corrientes arquitectónicas de la época, además, eran tendentes a incorporar nuevos materiales en la construcción tales como el hierro, que también resultarían chocantes en su momento.



**Ilustración 62: Hormigón en Karpin Abentura**  
Los modernos cubículos de hormigón a la entrada del parque contrastan con la arquitectura indiana del resto de la finca. Dicha mezcla se puede leer como un elemento más del *collage* temporal que resulta el parque.

Por otro lado, si bien ahora la tendencia es la de innovar introduciendo elementos contemporáneos a lo ya hecho, en la finca original destaca la presencia de diferentes piezas arquitectónicas expoliadas de otros lugares en un intento de ennoblecer el inmueble con la pátina de algunas piezas antiguas. Así, la impresionante portalada principal de acceso a la finca incorpora dos sillares procedentes de la cerca del palacio barroco de los Gómez Ochoa cuyas ruinas todavía subsisten en el barrio del Molinar (Paliza, 2004:78).

También en las ruinas de un estanque que perteneció a la finca (algunos de cuyos aspectos estudiaré más adelante) se encuentra otro sillar noble<sup>77</sup> sin duda

---

<sup>77</sup> En la Ilustración 63 se puede ver este sillar que tiene la inscripción de “JHS MARIA/ AÑO 18\*\*” (las últimas cifras no se pueden apreciar bien). De dicha inscripción se deduce que el sillar debió de pertenecer a una ermita o iglesia.

rescatado o arrebatado de alguna iglesia o ermita, probablemente en ruinas en el momento de la construcción de la finca. Cabe la duda de si este sillar volverá a ser expoliado otra vez, en esta ocasión del estanque abandonado, para darle una nueva vida en otro lugar.



**Ilustración 63: Antiguo Sillar**

En la construcción del viejo estanque del Carpín, ahora abandonado, se utilizó un sillar de una vieja ermita. ¿Volverá a ser expoliado para darle una nueva oportunidad en otro lugar? El territorio así se manifiesta como un palimpsesto, como un collage temporal inacabado.

Otro ejemplo de *collage* temporal se encuentra en un rincón elevado de la finca, a modo de parquecillo, que contiene tres elementos característicos: dos fuentes y la figura de la Virgen La Milagrosa (que al parecer fue esculpida por una familiar del indiano dueño de la finca y bendecida por un obispo). Una de las fuentes se encuentra debajo de la estatua de la Virgen a modo de cueva, y otra en el centro de dicho pequeño parque. El mayor interés reside en que ambas fuentes se encuentran decoradas profusamente por estalactitas y estalagmitas, algunas de ellas de tamaño más que considerable que, sin duda, fueron arrancadas de alguna de las cuevas cercanas. También fueron utilizados trozos de éstas, que aparecen semienterrados ya, para decorar el suelo de las jardineras. Este capricho hoy en día sería considerado como un grave atentado contra el patrimonio natural de las cuevas y del Valle.

En cualquier caso, dichas estalactitas, que tardarían siglos en generarse, pasaron del íntimo esplendor de una cueva a ver la luz para decorar el jardín de un rico



indiano de segunda generación. Y, un siglo después de su salida al exterior y bastante más desgastadas, acompañan algunas imitaciones de dinosaurios y demás bichos prejurásicos de cartón-piedra. Curioso recorrido para una gota de agua fosilizada.

Otros ejemplos de *collage* temporal los encontramos en los edificios que han sido restaurados y rehechos para cumplir funciones diferentes a las originales. En su gran mayoría se ha tratado de respetar el aspecto exterior, adaptando el interior para el nuevo uso y función del edificio, pues una cuadra, un gallinero, un lavadero o una cochera que en su momento formaron parte de la finca no son lo mismo que una sala de exposiciones, un baño público o un bar-restaurante que componen el escenario actual.



**Ilustración 64: Reconversión**

Los usos de las viejas infraestructuras se reinventan. En este caso, el viejo lavadero y los antiguos gallineros adquieren nuevas funciones didácticas, recreativas y decorativas cobijando al meteorito de cartón piedra caído desde el nuevo paradigma postproductivista.

No es fácil adivinar que el lugar donde se explica con grandes y coloridos carteles la extinción de los dinosaurios junto a un gran pedrusco artificial a modo de meteorito fue un lavadero; y que otro edificio pintado con colores estridentes y palmeras (que cobija herramientas y diversos mecanismos de las figuras animadas) fue un gallinero; o que la vieja cochera ha sido reconvertida en bar, con una pequeña segunda planta habilitada como restaurante. No hubieran predecido los baserritarras que se encargaban de los huertos y el ganado en tiempos del indiano que verían transformado su caserío y sus cuadras en sala de exposiciones, salón de proyecciones y baños públicos. Tampoco hubiera imaginado el ingeniero Urbano Peña que aquellas extensas praderías acabarían pobladas de animales tan variopintos como ciervos, osos,

rapaces, avestruces o bisontes y, menos, con huellas de dinosaurios gigantes, astrolopitecus de tamaño real o paleontólogos que hablan solos. Y menos todavía que su fantástica finca para uso privado fuera a ser visitada por tantos ojos extraños.



**Ilustración 65: Dinosaurio en Karpin Abentura**

Los nuevos usos de la finca incluyen el de parque temático sobre la extinción de los dinosaurios que contiene figuras de éstos imitando sus sonidos.

Además de la idea de *collage* en la finca de El Carpín, quisiera detenerme, siguiendo a Roger (2007), en la idea de la planificación de este gran jardín como imitación a la naturaleza. Para este autor, el jardín se construye para el propio deleite de sus dueños, contrastando con el medio salvaje y sin cultivar. Si la naturaleza en conjunto pertenece al ámbito del desorden, del vacío y del miedo (por los peligros que conlleva el espacio salvaje), el jardín, al igual que la actividad artística, delimita una especie de espacio sagrado, de *templum*, en cuyo interior se encuentra concentrado y exaltado todo lo que fuera del cercado se difumina y diluye, librado a la entropía natural. El jardín, a semejanza del cuadro, se pretende islote de quintaesencia y de delectación y paraíso paradigmático. De esta manera, se entiende el jardín como un placer íntimo, pero también soberbio, como una forma de forzar la naturaleza (Ibíd.:37-38) que remite a un lugar de quietud, al silencio de la meditación y a la belleza del mirar, obteniendo un ambiente en el que poder de manera simultánea vivir y admirar el mundo que le rodea (Milani, 2007:70). Urbano Peña diseñó, sobre la ladera del monte, convertido ya en buena parte en praderío, un jardín con elementos extraídos tanto de la



naturaleza circundante (piedras del río, canteras de piedra cercanas, estalactitas y estalagmitas de cuevas próximas) como de lejanos lugares (árboles y arbustos americanos). Él reordena y arregla dichos elementos con base arquitectónica e ingenieril pero con gusto estético y artístico. Y lo hace para su propio deleite, dándoles una segunda naturaleza, esta vez artificial, de vivencia más accesible y pacífica.

Años después, ese gran jardín, ese espacio cerrado donde la naturaleza se domestica artificialmente adaptándose a la fisonomía del terreno y al gusto estético del proyectista, vuelve a encontrarse con otra naturaleza domesticada al convertirse en un parque de recuperación de animales donde éstos permanecen encerrados en sus jaulas o en terrenos vallados más o menos grandes. El jardín se redomestica a otro nivel, encontrándose de nuevo con la naturaleza salvaje pero sin su libertad y anarquía.

## **15.2 EL ESTANQUE: UN ENCUENTRO MULTISENSORIAL**

Antes de que la Mancomunidad de Las Encartaciones adquiriera la finca, una pequeña parte de El Carpín fue segregada y separada con una valla metálica quedando en manos de un particular que mantiene en ella una explotación de eucaliptos. Este hecho no dejaría de ser anecdótico si no fuese porque esa parte contiene un importante vestigio de la vieja finca original: la ruina de un viejo estanque de algo más de mil metros cuadrados, rodeado de maleza y viejos muros que se van cayendo con el paso del tiempo. En este espacio es todavía posible adivinar la existencia de un viejo embarcadero, de pérgolas para dar cobijo, de la estructura de un vallado ya inexistente e incluso de una pequeña piscifactoría en el propio estanque. Todo ello construido a base de materiales nobles que sólo el completo abandono ha sido capaz de hacerles mella. En comparación con las ruinas normativizadas y puestas en valor (por ejemplo, las romanas), este lugar a medio derruir podría denominarse como una “ruina sin esplendor” (Nogué, 2009:221-225).

Las dos partes de la finca (el Karpin Abentura y el estanque que queda dentro de la explotación de eucaliptos) resultan de un carácter bien distinto. A no ser que un día la ruina del estanque convenientemente aderezada se incorpore al parque o se le dé algún tipo de utilidad, ningún visitante foráneo adivinará su existencia, escondido como está entre malezas, muros a medio caer y árboles. Constituye un paisaje invisible que nos recuerda la volatilidad del tiempo y la brevedad de la vida: está ahí sin estar; no es lo que fue, pero permanece (Nogué, 2007a:15).



**Ilustración 66: El Estanque**

El estanque de la finca de El Carpín, abandonado y sin uso, constituye una ruina sin esplendor y un lugar multisensorial para explorar sin rumbo ni objetivo. Esta espontaneidad dota al estanque de una transgresora libertad.

La ruina del estanque quedó por casualidad “al otro lado” del Karpin Abentura. Un otro lado que creó una segregación fortuita de la finca en base a intereses tan poco románticos como el de plantar eucaliptos por razones pecuniarias. Pero son esos rentables árboles los que, por azar, esconden el lado más onírico, sensual, multisensorial e imaginativo de la finca de El Carpín, al margen y a espaldas de un Karpin Abentura visible, accesible y visitable. Constituye un hábitat inarticulado con tintes caóticos, que bien sirve para la conjetura, la imaginación y la improvisación frente al espacio ordenado, didáctico y constreñido del Karpin. Un lugar desordenado, sin normas, libre para actuar e imaginar que contrasta con la normatividad de los espacios públicos y la pone en cuestión (Edensor, 2008). Me basaré asimismo en los conceptos de desorden, encuentro multisensorial y memorias involuntarias de Edensor para la descripción de algunos elementos de este espacio (Edensor, 2005a, 2007b).

En la ruina del estanque nada está previsto de antemano. Se penetra en un lugar que no está ni indicado, ni señalado, ni explicado. A medida que se avanza para ir a su encuentro es posible ir descubriendo a medio esconder entre la tierra las viejas canalizaciones de agua construidas en piedra de gran calidad e intuir cómo funcionaba la infraestructura en otro tiempo.

Cada paso es un descubrimiento en sí mismo, plagado de interrogantes, de desconciertos y de sorpresas: “¿qué será eso del estanque que me han dicho?, ¿faltará mucho para llegar?, ¿qué habrá detrás de esa pared?, como no preste atención me voy a caer con tanto arbusto, ¿por qué no me habré traído una navaja?, otras botas que se agarren más me hubieran venido mejor, ¿cómo se llamará esa flor?, ¿y ese pájaro que suena allá?, espero que estén lejos aquellos perros que oigo ladrar”. Así pues, es un encuentro multisensorial en el que son importantes los sonidos imprevistos de las ramas, de la maleza y de pequeños animales. Las diferentes texturas y tactilidades se hacen particularmente presentes y es necesario tener cuidado para no tropezar con matorrales, rastros y piedras o para no perder el sentido de la orientación. El camino reclama toda tu atención y tus sentidos.

Cuando se alcanza el estanque no hay nada ni permitido ni prohibido: es posible cortar maleza, mover, pisar o tirar piedras caídas o hacerlas impactar contra algún pequeño charco acumulado dentro del estanque, buscar con algún palo los agujeros de la vieja estructura metálica que debió rodearlo, cortar o comer flores y frutos silvestres si es época.

Lo libre de este espacio no regulado ni contextualizado por carteles explicativos ni por salidas ni entradas formales propicia memorias involuntarias que contrastan con las reconstrucciones estructuradas de un pasado lejano poblado de dinosaurios del Karpin Abentura. Frente a otro tipo de ruinas consolidadas y normativizadas (pensemos en cualquier museo romano) que suponen un ejercicio consciente y buscado de representación y transmisión del pasado, las memorias involuntarias que sugiere el estanque son impredecibles y contingentes, pues introducen en un mundo en el que la imaginación pesa más que la certeza. La atmósfera del propio espacio es susceptible de envolver a la persona que se topa con él en sensaciones vagas, difíciles de describir y representar pero que existen. Estas experiencias dependen de la imaginación y de la manera de encarar la vivencia de quien está en ellas.

Quizá no se puedan encontrar las palabras adecuadas para describir el encuentro con el estanque por ser memorias inarticuladas, fragmentadas e inconexas. Son memorias que para mí evocan hechos pasados que allí debieron de ocurrir: cómo el señor ingeniero diseñó la estructura del estanque de manera pormenorizada, cómo la familia disfrutaba de una tarde soleada de un paseo en barquita ataviada con sus trajes vaporosos y sus sombrillas, cómo los chiquillos jugaban al escondite entre los rosales y los setos o cómo los picapedreros trabajaron y colocaron con precisión las losas y sillares a cambio de un salario probablemente mísero. Resultan involuntarias por ser

sorpresivas, más encontradas al azar que buscadas, más inventadas que explicadas, más difusas que certeras, y nos animan a especular sobre la conexión entre las piedras, el lugar y la gente que allí debió de vivir. Los relatos e imaginaciones que inspira el estanque burlan y escapan de cualquier historia coherente que pretendiera fijar cómo el lugar debería ser recordado, porque son narrativas múltiples, no lineales, singulares, cambiantes, no obligatorias, prácticamente comunicables y hasta casi podríamos decir que espectrales, en la medida en que son inspiradas por “los fantasmas de la propia ruina” (Edensor, 2005a). Más que narrativas, sugieren sensaciones.



**Ilustración 67: Ruina del Estanque**

Uno de los muros que envolvía al recinto se derrumbó en bloque. El ruido debió de ser estruendoso, pero dudo de que alguien se percatara de ello. Ahora, por la misma pared otrora vertical, se puede caminar tranquilamente.

Lo que emerge de la ruina del estanque no es empírico ni procede de un conocimiento intelectual y didáctico, sino de una aprehensión intuitiva, empática y

afectiva. Las piedras, las zarzas y los caminos que se encuentran en la ruina del estanque realzan poderosamente el misterio del pasado de una forma informal, irreverente y no codificada por ninguna historia formal o institución. Las interpretaciones son improvisadas, las respuestas impredecibles, la aprehensión del lugar sensorial.

Una ruina no normatizada como ésta habilita opciones de comportamiento alternativas que pueden librar a las personas de ciertas normas que regulan sus cuerpos y sus conductas, animándoles a la búsqueda de experiencias alternativas más libres, sensoriales y corpóreas. También pone en cuestión la diferenciación entre el espacio público y el privado y el espacio humano y el no humano (Edensor, 2005b:18). Por un lado, la diferencia entre lo público y lo privado se desvanece porque estando la ruina en un espacio privado queda al aire libre y resulta de libre acceso; además el estanque constituía antaño, aunque hoy la familia ya no disfrute del mismo, un espacio privado donde se realizaban actividades familiares y privadas. Sin embargo, el estanque queda hoy expuesto a todo aquel que pase por allí, aunque en sí serán pocos quienes descubran el rincón. Por otro lado, la ruina también trasgrede las fronteras entre el espacio humano y el no humano, puesto que siendo un lugar que fue construido y destinado a la privacidad de una familia (y es fácil que la imaginación del visitante así lo perciba), ahora los recuerdos íntimos se entremezclan con la fauna que en su decadencia actual lo habita (insectos, anfibios, pequeños animalillos y bichos, gusanos, corzos, perros, gatos o pájaros).

En suma, la ruina del estanque enfatiza lo que de contingente, irrepresentable, no regulado, sensorial y heterogéneo evoca un espacio que no tiene código y que no se constriñe a las normas cotidianas del espacio urbano, abriendo nuevas posibilidades para saltárselas. Dicho de otro modo, esta ruina constituye un espacio que aprecia los misterios del mundo y su sensorialidad y que encuentra nuevas maneras de estar en el espacio, más libres, más creativas y más improvisadas frente al espacio frecuentemente regulado del espacio urbano.

En cambio, el Karpin Abentura contiguo al estanque abandonado es un lugar codificado y ordenado donde no hay demasiado margen para la improvisación. Hay que seguir más o menos el recorrido sugerido, que se comprende e interpreta fácilmente con ayuda de carteles indicativos. La certidumbre es la norma. En la parte de “Terrasauro” los sonidos artificiales, metálicos y cíclicos imitando a los dinosaurios, acompañan la visita como para dar emoción, aunque ésta resulte artificial. Incluso se indica cuál es el lugar más idóneo para tomar la mejor fotografía del Valle. No hay



demasiado margen para inventar y explorar, no es posible introducirse en aquellos lugares donde se indica “prohibido el paso”, hay que seguir la senda marcada y utilizar los baños y espacios comunes públicos de manera correcta y apropiada.



**Ilustración 68: La Mejor Foto**

¿Acaso se presupone que las personas que visitan este espacio no tienen su propio criterio sobre lo que prefieren fotografiar?

Pero en la ruina ninguna norma o convención social supervisa, vigila o dictamina cómo moverse a través de ella, y el cuerpo y la mente pueden, potencialmente, liberarse para hacer y deshacer a su antojo. Como sugiere Edensor (2005a), en cierta manera moverse en una ruina recuerda a la libertad sensorial e imaginativa de la infancia. Sin rutas marcadas ni barreras social ni físicas, la ruina tiene no sólo un camino a recorrer, sino múltiples. No se espera que allí suceda nada especial. Sin limitaciones de tiempo ni horarios, la libertad para entrar y salir, aquí sí, es total y pone en cuestión los constreñimientos en los que el espacio urbano habitualmente es producido y reproducido, puesto que esa autonomía sugiere una constelación de posibilidades para la experiencia.

Estas maneras diferentes de ser de estos dos espacios contiguos implica una tensión difícil de resolver de cara a una posible futura gestión. La ruina del estanque sólo parece tener dos destinos: el de su domesticación y acondicionamiento para su utilización en el Karpin Abentura o el de su desmoronamiento y olvido definitivo. En el

caso de su adhesión al parque perdería gran parte de su carácter multisensorial, anárquico y, paradójicamente, aventurero. Pero en el caso de que el parque no lo recuperara para su uso, desaparecería.

Introducirlo en el circuito de la visita restaría la espontaneidad e imprevisión que caracteriza actualmente a este espacio, pero es evidente que tal y como está no es posible abrirlo al público. No es sólo una cuestión de seguir las normas de seguridad e higiene, que por supuesto deberían cumplirse, es que incluso los visitantes lo rechazarían. Lo harían porque el espacio turístico constituye un campo normativizado en el que se realizan habitualmente una misma serie de tareas, donde existe una peculiar manera de comportarse y donde unos ciertos derechos y obligaciones subyacentes e implícitos se reproducen, se esperan y son deseados, pues dotan de certidumbre a dichos espacios: determinados modos y ritmos de andar (Edensor, 2010), de escuchar, de mirar, de recoger la información suministrada, de relajarse. Y todas estas tareas son prácticas necesarias y útiles para el visitante. En efecto, la predictibilidad de un espacio considerado más o menos como turístico no debe verse solamente como algo negativo (como habitualmente se critica), sino que dicha familiaridad y dichos hábitos aprendidos socialmente ayudan a su disfrute relajado (Edensor, 2001, 2006b, 2007a). No todo el mundo sabría disfrutar de igual modo de la libertad del descubrimiento multisensorial de una ruina sin normas ni convenciones sociales. En la actualidad, las prácticas turísticas están tan extendidas y forman parte tal de nuestra vida cotidiana, que los visitantes no siempre necesitan ser sorprendidos con la imaginación y la sorpresa, y se pueden encontrar incómodos ante un espacio anárquico e inusual como la visita de unas piedras descontextualizadas.

Esta reflexión me hace pensar en otro lugar turístico situado en el Parque Natural del Señorío de Bertiz en Navarra, donde se encuentra otra mansión indiana de similares características a El Carpín. Actualmente dicha mansión es pública y en su jardín se ha explorado la idea del paseo multisensorial. En él se propone una visita donde se señalan los puntos para escuchar los sonidos del agua o de los pájaros, inhalar los olores de determinadas plantas o flores o tocar troncos de bambúes. Es interesante en cuanto que la intención es llamar la atención sobre la importancia de todos los sentidos en el paseo, pero fracasa en cuanto que el señalar qué, dónde y cómo hacerlo resta cualquier invitación a la exploración autónoma del jardín. Es tal el grado de certidumbre que resulta aburrido y hasta hace sentir al visitante un tanto bobo sentado en el banco en el que hay un cartel que explica que es importante atender al rumor de la cascada de la fuente que hay al lado. Es verdad que el visitante es libre de explorar por

su cuenta el jardín, pero esa multisensorialidad a la que se invita a la entrada mediante un folleto crea el efecto contrario: constriñe el espacio, resta imaginación y compromiso con el parque y hace olvidar la libre interacción con la interesante diversidad de flores, árboles, arbustos y demás fauna allí presentes. Dicha previsión no incita al descubrimiento sino al seguimiento del recorrido pautado, resultando casi más importante los carteles explicativos que el propio parque, que queda un tanto cercenado por el exceso de organización. Sin apenas espacio mental para la improvisación, el jardín resulta hasta tal punto regulado y supervisado que resulta demasiado convencional y algo aburrido.

Volviendo a nuestro estanque multisensorial, la hipotética futura gestión de la ruina se me antoja complicada al tratarse de un lugar intersticial, una zona indefinida o de identidad oculta (Arnaiz *et al.*, 2006). Sin embargo es posible y deseable que pueda interconectarse con otros procesos metropolitanos, como es su anexión al Karpin Abentura. Se trataría de buscar las utilidades alternativas para el estanque buscando los criterios más adecuados para su impulso y desarrollo (Vivas *et al.*, 2006). Los profesionales de la conservación saben bien de la tensión que supone el tener que decidir si conservar una ruina como tal o huir de purismos e integrarla a otro elemento para que resulte útil, aunque haya que alterar su estructura. Casi nunca es una decisión fácil.

Me pregunto si sería posible alguna forma de diálogo entre la ruina del estanque y el Karpin Abentura para llegar a integrarla sin espectacularizarla, sin hacerle perder su carácter espontáneo y de descubrimiento, pero que a la vez la rescatara del olvido y la convirtiera en lugar de disfrute para el público. Es decir, si sería posible un proceso de rehabilitación que diera continuidad al estanque con “eficacia antropológica”, reconvirtiéndolo en un nuevo espacio público con fines culturales o incluso estéticos (Arnaiz *et al.*, 2009), pero que mantuviera su carácter libre multisensorial.



## **CAPÍTULO 16: PAISAJEANDO CON TODOS LOS SENTIDOS**

Este decimosexto capítulo responde a dos intereses y necesidades: por un lado, el de introducir la acción de “paisajear” en el análisis para seguir ahondando en aspectos corporales y sensitivos de la vivencia del paisaje. Por otro, el de hacerlo desde el conocimiento situado, haciendo valer la subjetividad de la que es susceptible la investigación paisajística. Desde mi punto de vista, resulta de interés incorporar a la reflexión sobre el paisaje elementos de la vivencia propia para que sean reelaborados por terceras personas desde su óptica o práctica, si así lo desean, lo sienten o lo ven pertinente.

Esta aproximación va de lo particular (la experiencia puntual de la autora) a lo general (elementos que puedan ser generalizables a los ejercicios paisajísticos de otras personas o colectivos) y considero que es oportuno porque el paisaje constituye tanto una vivencia cultural como íntima.

### **16.1 EL PAISAJE DESDE LA PERSPECTIVA DEL CONOCIMIENTO SITUADO**

La acción de paisajear, tal y como he descrito en las bases metodológicas de las investigación<sup>78</sup>, se refiere al discurrir por el territorio gozando y disfrutando del paisaje, pero también descubriéndolo, cuestionándolo, inquiriéndolo o creándolo. Es una vivencia personal que tiene mucho de cultural, en cuanto que nuestra visión del paisaje está condicionada por las nociones predefinidas de lo que se considera como tal y por las imágenes preexistentes del territorio que se esté experimentando. Pero a pesar de estos condicionantes, el contacto íntimo con el territorio deja escapar un generoso margen para la imaginación y la indagación particular.

En contra de lo que algunos puristas pudieran opinar, no importa la velocidad del contacto con el terreno para realizar el acto de paisajear: se puede hacer caminando, pero también en bicicleta, moto, coche, tren o desde el aire. Actualmente, gracias a las nuevas tecnologías de internet incluso me atravesaría a decir que se puede paisajear desde la abstracción de las imágenes proporcionadas por *Google Earth* o *Google Maps* sin haber estado nunca físicamente en dichos lugares.

Aunque dejásemos al margen internet como la manera más ultracontemporánea de vivir el paisaje, es un hecho que las distintas formas de transporte han generado nuevas movilidades y prácticas espaciales de vivir el espacio en general y el mundo

---

<sup>78</sup> Ver Capítulo 2, “Bases metodológicas”.

rural en particular. Estas nuevas movilidades combinan lo humano y lo motor y se han convertido en una manera cotidiana de experimentar el paisaje (Macnaghten y Urry, 1998:209). Desplazarse en automóvil permite no sólo expresar la independencia, sino también la sensación de huida hacia los espacios abiertos (Buxó, 2004a:228). Igualmente, el interior del coche, por ejemplo, incorpora todo un mundo de sensaciones auditivas, como la radio o el compacto, y visuales, es decir, el paisaje (Ibíd.:217).

Los desplazamientos en el Valle se hacían tradicionalmente a pie o a, lo sumo, a lomos de animales o de carros. Caminar no tenía finalidad estética sino que formaba parte de la vida cotidiana en la que las distancias se recuerdan con dureza y eran difíciles de salvar. Hoy, caminar, pasear, hacer senderismo, montañismo o llegar a una cumbre o un lugar determinado de un paraje en un vehículo, o incluso el simple hecho de mirar por la ventanilla de un tren o de un coche en el impás de trasladarse de un lugar a otro tiene mucho de paisajear, de emoción, de curiosidad plástica, de disfrute y de placer estético.

Ya se recogió en el marco teórico la tensión que supone el paisaje entre lo cercano y lo lejano, entre lo experimentado y lo mirado, y los problemas que conceptual y metodológicamente conlleva para trabajarlo etnográficamente. Asumir que esta tensión forma parte intrínseca de él es básica para seguir avanzando en la comprensión del concepto y en el análisis práctico.

Lassus lo describe muy bien:

El paisaje es siempre lo que está más lejos, lo que queda fuera de nuestra exploración, el horizonte siempre relegado, renovado... lo inalcanzable. Y si alguna vez podemos acercarnos, en el mismo momento en que llegamos a él, el paisaje se convierte en lugar como por el toque de una varita mágica: el lugar en el que me encuentro. Así, alejado de la presencia de los objetos que lo hacen posible, no puede verificarse. La materia anunciada no es autenticable; a diferencia del lugar, donde puedo tocar esa piedra, o eventualmente subirme a una escalera y coger cerezas [...]

La utilización generalizada del término “paisaje” tal vez sea también la evidencia de un vacío que podía interpretarse como una dificultad en el usuario para percibir las articulaciones y las relaciones entre los objetos, y como una ausencia de forma y de significativo en los objetos para

facilitar dicha aprehensión; pero quizá también como una imposibilidad (Lassus, 2007:144-145).



Ya apunté en mi exposición metodológica cómo el tratar de que los lugares formaran parte de los paisajes se convirtió en una obsesión buena parte de los comienzos de mi trabajo de campo. Ese caserío frente al que me encontraba, ¿formaba parte de ese paisaje visto a lo lejos o se había convertido en otra cosa? ¿No se desvanecía el paisaje una vez que llegaba a tocarlo? En este sentido el paisaje es frágil, porque las cosas tangibles, materiales, tocables, audibles, olfateables que quedan dentro del cuadro visual y etéreo se antojan inalcanzables: una vez en ellas el cuadro intangible se desvanece, se esfuma, se convierte en un lugar, en una cosa cotidiana, en un animalillo que se esconde a tu paso, en una piedra con la que tropezar o en un árbol bajo el que descansar.

Para no caer en un estado de incompreensión que impida sumergirse en el paisaje, se hace necesario comprender que éste es lejanía y cercanía al mismo tiempo, que se vive tanto mediante el acto de observarlo como en el de habitarlo. El paisaje es un acto estético que está compuesto de hechos, acontecimientos y objetos materiales. Y ambas dimensiones las encontramos siempre en una tensión que no necesariamente ha de resolverse; y de hacerse, ha de ser en positivo, pues convertirlas en antagonistas no ayuda a la inmersión ni a la comprensión paisajística. Ambas dimensiones del paisaje no se excluyen sino que son necesarias y mutuamente interdependientes, puesto que no existen la una sin la otra. Un paisaje de praderas no existe sin las praderas concretas y trabajadas, pero tampoco sin el concepto cultural que le dote de una imagen de

conjunto. Sin ambas dimensiones actuando al unísono (la una más mundana y la otra más estética) no llegaría a existir tampoco el paisaje como símbolo o como ente identitario de una comunidad o sociedad.

La dificultad del usuario para percibir las articulaciones y relaciones entre los objetos paisajísticos de la que habla Lassus no debería de zanjarse en imposibilidad, sino en inmersión y vida. La estética del paisaje es importante en cuanto que sin ella no existe éste. Habrá quien se conforme con esta dimensión del mismo y no necesite ir más allá. Pero considero que es posible vivir y relacionarse con un paisaje dinámico, capaz de ser tocado, escuchado, olfateado y sentido vívidamente. Sin el más mínimo conocimiento ni habilidad para la pintura o la fotografía se puede paisajear interaccionando con el territorio y dialogando con él en su dimensión más material, inmediata y corporal. La exploración, la curiosidad, la invención, la ensoñación y la conversación ayudan a convertir el espacio en paisaje. Convirtiendo lo mundano en acto paisajístico y lo paisajístico en acto corpóreo articularemos ambas dimensiones del paisaje positivamente. Precisamente la tensión del propio concepto de paisaje, que a veces se antoja irresoluble, lo permite.

El paisaje se convierte entonces en coreografía consciente o inconsciente (Halprin, 2007:41-43). Y es una coreografía multidimensional del mismo modo que nuestras vidas dentro del paisaje son asimismo multidimensionales: nos movemos en el espacio y en el paisaje con nuestro cuerpo utilizando todos nuestros sentidos. Experimentamos el paisaje a través de la vida y del movimiento (si lo vivimos parados, que también se puede, nos acercaremos más al cuadro o a la fotografía). Pero vida y movimiento multisensorial, no sólo visual como normalmente se piensa el paisaje: oído, olfato, tacto y vista interactúan, viven, coreografían y dan como resultado el paisaje en el que vivimos y entre el que nos movemos.

Esos espacios coreografiados no son unidireccionales, sino multidimensionales y multisensoriales y contienen infinitas e hipotéticas posibilidades de experimentación. Como sugiere Stig Andersson para las ciudades (2007:79), el espacio debería diseñarse para potenciar nuestra sensación de diversidad, de presencia y de contacto corporal. Y propone jugar con las curvas del terreno que, con sus cambios, propician y generan continuamente nuevos espacios y nuevos lugares. En un Valle montañoso como Carranza con tantos altos y bajos inclusive en sus barrios, es fácil paisajear porque los diferentes espacios se van desplegando ante una proporcionando un viaje individual de lo más versátil y corporal, aunque si se hace a pie es costoso en términos de la energía invertida en subir y bajar las cuestas. Este despliegue permite acceder de muchas

maneras a la comprensión de las dinámicas complejas del espacio vivido y del construido a través de un ejercicio de miradas minuciosas surgidas de la práctica etnográfica (del Valle, 2008:21). El descubrimiento aparece así como acto creativo (Ibíd.:23) y cada persona puede formar su propio paisaje seleccionando, ignorando y potenciando aquello que más se le antoje desde todo su cuerpo, sus intereses, su curiosidad, su imaginación, su tiempo o su estado de ánimo. Para mostrar qué tipo de selección y de paisaje he realizado yo misma en el Valle, desarrollo a continuación uno de mis múltiples paseos que encuentro plagado de detalles corporales sensitivos y ensoñaciones y que muestran un relato situado de la multisensorialidad.

## **16.2 PAISAJEANDO CON TODOS LOS SENTIDOS EN CARRANZA**

Es una mañana de octubre de un otoño que va un poco retrasado. He comenzado recientemente mi trabajo de campo y me encuentro en el ecuador de mi investigación. He quedado con Sonia e Izaro, de edades similares a la de mi madre, porque me quieren enseñar un hayedo de la ladera carranzana de los Montes de Ordunte. Más tarde descubriré que forma parte de la Ruta de los Carboneros, que apenas está señalada pero que sí se encuentra acondicionada más o menos como tal. Llego sobre las nueve y ya me esperan con bastón en mano, ropa deportiva y chándal. Sonia me presta uno de sus palos. Tiene muchos porque va guardando ramas que encuentra en sus paseos y las adecuenta como bastones. Éste constituye uno de mis primeros paseos de entidad por un Valle que todavía desconozco en buena medida.

El hijo de Sonia nos sube en un coche viejo hasta el monte para que comencemos la marcha en el paraje de Sobrepeña a la altura de la ermita de San Isidro Labrador, y yo voy mirando el paisaje por la ventanilla del coche. Mis amigas me van explicando lo que identifican, discutiendo acerca del nombre de los lugares, la toponimia, los caminos y lo que se vé a lo lejos. El barrio más próximo a la ermita es el de Pando, que piso por primera vez, y al llegar allí otro coche nos detiene para preguntarnos por un lugar concreto: unos señores van a coger setas guía en mano y andan un poco perdidos. A mis amigas paseantes les es difícil explicar la dirección a tomar, pues no es fácil dar referencias en el monte a no ser que ambas partes conozcan muy bien el terreno. En la búsqueda de referencias se descubre a lo lejos algo blanco que se vislumbra en una ladera y sobre lo que se discute qué es. Horas más tarde pasaríamos por allí y resultaría ser una especie de vaguada de cemento para canalizar

aguas en un camino. Lo que desde abajo parece convexo y blanco resultará ser cóncavo y gris.

Una vez en la ermita, que está cerrada, comienza nuestro andar por una pista, aunque pedregosa, bastante amplia y transitable. A la derecha suele haber pinos y entre los claros se otean unas vistas magníficas del Valle. A la izquierda la ladera del monte, con vegetación rasa dibujada en un cielo azul, hace de barrera natural hacia el este. Alguna vaca de monte levanta la cabeza desacompañadamente. Los tinteneos gruesos de badajos no muy lejanos hacen adivinar más vacas al otro lado de la ladera o en algún desnivel que no alcanzamos a ver.

Mis amigas paseantes me van señalando dónde ha quedado el barrio de Pando y otros lugares que identifican y sobre los que yo insisto en preguntar para ir familiarizándome con el Valle. Los nombres no se me quedan. Algunos los identifico porque ya los he oído nombrar, pero no soy capaz de aprenderlos de memoria. Me cuentan anécdotas y aventuras de otros paseos: de cómo hace un año que empezaron a andar por el Valle, de cómo antes no habían tenido ni el tiempo ni la curiosidad suficiente para hacerlo, de los líos en los que se habían metido por cruzar por lugares sin saber adónde iban, de las campas rodeadas de alambradas y los apuros para salir de ellas, de alguna niebla inoportuna que se les había echado encima en pleno descenso de una ladera pedregosa. Cada paseo tiene su historia, su anécdota, su particularidad y se recuerdan algunos detalles y lugares gracias a ellos. Me cuentan que pocas mujeres de su edad van a andar por el monte y conocen las bellezas naturales del Valle. Como mucho andan para hacer ejercicio y hacen siempre un mismo trayecto que es repetido frecuentemente a buen ritmo. Son los cazadores, los pastores y los montañeros los que mejor conocen el monte.

Salvo alguna excepción, y gracias ya a alguna marcha por el Valle (en la que por cierto las conocí a ellas), yo apenas he paseado en mi vida por el monte durante tanto rato y agradezco estar más o menos en forma por haber ido casualmente a correr durante el último año. De no ser así, a estas alturas del camino, y aunque el desnivel no es excesivo, ya estaría asfixiada.

Tras un buen rato andando en cuesta llegamos a los Ilos de Rivacoba, cruce de municipios y provincias señalado por cinco mojones que dan fé de los límites (Bizkaia, Arcentales, Carranza, Burgos, Cantabria) y que llevan labrados en su piedra varias fechas del siglo XIX y el número del Monte Público al que pertenecen. Se levantan en una magnífica campá verde, todavía muy húmeda por el rocío, casi blanca en algunas

zonas a pesar del sol que, aunque ya está presente, todavía no luce con fuerza. Un utilitario y un cuatro por cuatro han dejado sus huellas y están estacionados sobre ella. Un chaval pasa con su moto campera. Los tintineos de cencerros más suaves pero también más numerosos delatan que un rebaño de ovejas anda suelto no muy lejos.



**Ilustración 70: Campa de los Ilos de Rivacoba**  
Se trata de un lugar interprovincial señalado por mojones de granito. El sol, que pronto irá arreciando, borrará el rocío mañanero en lo que se presagia como una mañana estupenda para el paisaje y el camino.

Una estaca con un cartel plastificado y poco elaborado marca el comienzo de la Ruta de los Carboneros. Dejamos atrás los Ilos y seguimos por un sendero que se estrecha y empedrega considerablemente. Puesto que es la primera vez que paso por allí tengo que empezar a prestar más atención al suelo que al paisaje. Pronto el camino es bloqueado por unos travesaños de ferrocarril dispuestos de tal forma que sólo se pueda seguir el camino a pie, impidiendo que vehículos a motor como motos o quarks puedan pasar.

Vamos bajando una ligera cuesta y la estrechez se pronuncia. Al ir acercándonos al hayal de Balguerri, bajo la ladera este del Ordunte, el terreno se hace cada vez más sombrío y húmedo. Todavía no han llegado los colores del otoño y los verdes son más bien uniformes. Alguna copa parece apuntar ya hacia el cambio de color. En pocas semanas los incipientes verdes más claritos que empiezan a aparecer se convertirán en cambiantes marrones, naranjas, amarillos y ocre. En más semanas, en función del frío y de cómo sople el viento, el bosque caduco acabará desnudo.

Con el andar, el paisaje del hayedo que se diferenciaba desde la distancia como una mancha de árboles, se empieza a convertir en árboles concretos, cada vez más

grandes y más cercanos. Se comienza a perder de vista el conjunto y el camino se llena, incipientemente, de hojas caídas, de musgo y de algún pequeño curso de agua. En nuestra charleta nos damos cuenta de que una gran haya, de dimensiones espectaculares, torcida, parcialmente horizontal y surgida no se sabe muy bien de dónde, anuncia el inicio del hayedo. Una vez en él la luz se hace de rogar, pues la ladera del monte y la espesura del bosque hacen sombra. La vista se acostumbra rápido, pero el fresco aumenta. En mi ignorancia, necesito que me expliquen los nombres de los árboles y otros pormenores de la vegetación. A cambio, mis preguntas hacen reparar en detalles que en la cotidianeidad de paseos anteriores mis compañeras no habían pensado.



**Ilustración 71: Los Sonidos en el Paseo**

El sonido de los riachuelos que se van formando por las laderas del Ordunte se anuncia en la distancia. El camino se hace particularmente sensitivo: los sonidos del bosque y del agua, lo táctil de la experiencia del caminar, el frescor que acaricia o las sensaciones olfativas a humedad y a tierra mojada forman parte de la vivencia.

Al introducirnos en el bosque, el hayedo como paisaje en la distancia desaparece y se trueca por un paisaje dentro del hayedo con un halo mágico y con mil detalles a descubrir y explorar. La senda por la que vamos se va haciendo estrecha y resbaladiza. Es cruzada por regueros de agua que se anuncian en la distancia por su ruido golpeando las piedras y por su correr rápido hacia abajo y que, cuando alcanzamos, de cuando en cuando, nos entretenemos en disfrutar. Hay que tratar de no mojarse mucho las botas al cruzar los riachuelos, por lo que intentamos pisar firme en piedras que, con todo, resultan resbaladizas. El agua brota de la misma tierra y desemboca en fuentes



naturales bien frescas que acabarán reuniéndose en el río Escaleras que, pese a recibir abundantes aguas, no resulta caudaloso y se desborda con facilidad. Los periódicos dan cuenta de las riadas históricas del Valle que se han llevado por delante casas, puentes y molinos.

El bosque de hayas es caprichoso. Sus raíces se enredan unas con otras recubiertas con un musgo verde suavísimo que, aunque mojado, da mucho placer acariciar. Está protegido y no se permite arrancarlo, pero mis amigas reconocen que se suele coger para el Belén de Navidad. Hayas enormes, que parecen inventadas, se mezclan con otras más estrechitas y jóvenes. Muchas veces de una misma raíz surgen dos hayas diferentes que se van despegando y que a su vez vuelven a enredarse con otras. También me hacen notar los acebos y los pequeños pero viejos tejos que salpican el hayedo. El pisar es mullido y en algún punto hasta te hundes, pues una generosa capa de hojarasca, superviviente de otros otoños, tapiza el camino y hace menos resbaladizo el andar. Debido a la humedad y a la lluvia reciente no suena a hojas secas, pero en cambio la hojarasca brilla. Sus mil colores amarronados te recuerdan que allí pronto llegará el otoño.

Me cuentan cómo un día se aventuraron a salirse de la senda bosque arriba. Unos pastores les hicieron unas señales en un haya, que todavía están, para ayudarles a coger el camino hacia la cumbre, que es peligroso ya que el monte está muy embarrado y resbaladizo.

Ahora seguimos una senda segura, pero con todo, tengo la sensación de que si me dejaran sola me agobiaría y me perdería. La confianza de ir con quien conoce el camino me hace disfrutar del paseo, aunque algunos detalles se pierden porque es difícil andar con tiento, charlando y mirando a la vez el paisaje del interior del húmedo y sombrío hayedo. Pero, por suerte, no tratamos de ir deprisa. A diferencia de otros excursionistas, no valoramos ni el tiempo ni la distancia andada. Sólo disfrutamos del recorrido permitiéndonos mirar atrás o hacia las profundidades de un bosque en cuesta, descansar si hace falta, hacernos preguntas a pie de un árbol, salirnos un poco del camino para subirnos a un tronco caído o simplemente conversar de nuestras cosas cotidianas. Algunas vacas de monte sueltas que pastorean por el hayedo miran extrañadas pero indiferentes a las intrusas.



**Ilustración 72: ¿Quién es Quién?**  
¿Quién es la intrusa?, ¿quién se defiende mejor en el bosque?

Llegadas a la antesala de un lugar llamado “La Cueva del Oso” hay que subir por una cascada de agua. No es necesario arriesgar mucho, puesto que está acondicionada con grandes losas a modo de escaleras para que se pueda ascender con bastante seguridad, aunque hay que hacerlo con cuidado ya que las losas resbalan. La estampa resulta idílica y es reconocible por libros de fotografía y por los calendarios viejos del Valle. Estamos rodeadas de enormes helechos que se escapan, de vegetación que trepa, de lianas, de troncos de formas irreverentes que se pierden hacia lo alto teñidos de un verde colonizador. En el suelo, las piedras son irregulares y están redondeadas por el agua. Con cuidado recojo una y la conservo a modo de recuerdo. A las hojas secas se las lleva el agua y se las puedes seguir fugazmente con la mirada. Pero es la agradable sensación de frescor y humedad y el rumor incesante del agua lo que más te gusta. La cascada choca contra las piedras resonando en el bosque y perdiéndose en las profundidades del hayedo. Decepciona ligeramente el que la supuesta cueva no llegue a ser tal, pero el encuentro con un rincón tan sugerente compensa con creces.

Superado el salto de agua comenzamos una pequeña ascensión que se hace cómoda gracias a unas escaleras más o menos decentadas con grandes piedras y una barandilla artificial de madera. La senda continuará en ligera cuesta. Mirando hacia atrás, los micropaisajes siguen siendo seductores. Poco a poco atisbos de una mayor luminosidad nos van anunciando que pronto abandonaremos el bosque.

Al salir imaginamos el hayedo en sus distintas estaciones. Pocos días le quedan al otoño para mostrarse en su plenitud y el bosque dará buena cuenta de ello con su explosión de marrones, rojos, naranjas y amarillos. En el invierno se quedará pelado, como congelado, dejando entrever mejor los secretos que una vegetación tupida esconde. Las cascadas se llegarán a congelar y sus témpanos colgantes serán también misteriosos y sorprendivos. La calma lo invadirá como si el bosque en sí mismo estuviera

hibernando hasta el renacer primaveral donde todo volverá a estallar, sobre todo el verde, los animales y los sonidos que habían quedado aletargados. Y así hasta un verano que atonta a un Valle adormilado pero en el que el hayedo resulta especialmente agradecido para quien se adentra en él: su frescor, la humedad que todavía conserva y su sombra resulta un cobijo estupendo para los días largos de calor.

Empezamos el descenso y vamos observando la irregularidad regular de la cordillera de Ordunte, cuyas cumbres forman una especie de picos que la hacen singular. Bajar se hace más liviano y el paisaje, además, se va humanizando: nos topamos con mangas de manejo que se utilizan para vacunar y recontar el ganado, con construcciones pastoriles cuya falta de uso las ha ido arruinando y con numerosas y antiguas verjas de madera, las “latas” que dicen en Carranza, divisoras y separadoras de prados y llosas. Las explotaciones de pinos, los argumales y los bosques van quedando atrás y el paisaje de campiña empieza a dominar la mirada. El camino es muy transitable pero apenas pasan vehículos a motor. La poca dificultad de la bajada y un camino sencillo permite el caminar distendido, la charla amena sobre prados y sus cerramientos y sobre el futuro del Valle. Hay tiempo para recoger florecillas, otear el horizonte, llenar los bolsillos de unas castañas que están todavía un poco crudas, arrancar y oler alguna planta o charlar sobre algunas cosas de la Carranza tradicional.

Ya llegando de nuevo a Pando, donde nos vuelve a recoger el hijo de Sonia, Izaro advierte que tres perros nos saldrán al encuentro ladrando como locos y que conviene pasar con decisión y moviendo fuerte el palo a tu alrededor. Así es. Primero una jauría de perros se avalancha contra una valla. Afortunadamente están encerrados. Y, acto seguido, los tres perros vienen a nuestro encuentro. Por suerte llegan otros señores con un perro más grande que impone a los otros y se alejan de allí. Menos mal, pues aquellos ladridos me dan un miedo que trato torpemente de ocultar. Ya vemos a Aitor y, con ganas de sentarnos por fin en el coche, emprendemos el camino de vuelta. Cansada, ya no me quedan ganas de curiosear por la ventanilla y me dejo llevar por una conversación amigable.

\*\*\*

Este capítulo ha respondido tanto al interés de explorar aspectos corporales a través de la acción de paisajear, como el de hacerlo desde el conocimiento situado a la luz de mi propia experiencia. Pienso que se puede y se debe ir más allá, poniendo en práctica la estrategia de la “autobiografía” (del Valle, 1995b; Esteban, 2004b) aplicada

al campo paisajístico. Lo apunto aquí como campo emergente de práctica etnográfica en relación a la investigación paisajística. Si no lo desarrollo ahora es por el convencimiento de que lo haría de una manera mucho más intensa en otro contexto, algo que, de alguna manera y sin saberlo, practiqué en Cano (2006). El peso de otro paisaje ha estado mucho más presente en mi vida, cruzando diversas etapas de ésta y dotando a mi relación con dicho paisaje de gran contenido emocional. Sin embargo, el contacto con el paisaje sobre el que he basado esta investigación, aun muy importante para mí, ha sido, de momento, puntual, y el futuro dirá si pasajero o no.

Siguiendo a del Valle (1995b), la autobiografía constituye un acto de mirar atrás, aprisionando momentos, paisajes, personas, sentimientos, recuerdos y olvidos. Asimismo encierra un proceso de selección que tiene mucho de recorte consciente, de intuición y de creación. Aplicarla a diferentes itinerarios personales definidos por la propia persona autobiografiada (en este caso a la vez investigadora) puede hacer salir de la abstracción con la que a veces se trata el paisaje. De éste se suele ensalzar su nexo con la identidad personal y social sin concretar demasiado en qué precisos procesos se materializa, porque estamos ante un concepto huidizo y resbaladizo del que intuimos dimensiones importantes para el ser humano pero que no siempre somos capaces de verbalizar y definir. De ahí el papel que puede tener la autobiografía, que puede aportar nuevas luces al exceso de generalización y de ambigüedad en el que habitualmente se recae al hablar de la relación entre identidad y paisaje. El ejercicio autobiográfico puede encarnar, a través de la experiencia personal de la autora y a través de distintos momentos de su vida (que pueden implicar también cambios de actitud hacia sus paisajes), a qué tipo de procesos emocionales e íntimos nos referimos, sin mediar la interpretación que hacemos del “otro”.

## A MODO DE CONCLUSIONES

Carranza es un territorio marginal en distintos sentidos: se trata de un Valle un tanto aislado con malas comunicaciones hacia las capitales de provincia; constituye una isla rural en una Bizkaia casi íntegramente urbana; y es un territorio fronterizo que comparte la idiosincrasia del paisaje con Cantabria, del que es continuador. Se trata, además, de un paisaje apenas connotado, en buena medida desconocido en el conjunto del territorio vasco y que ha pasado desapercibido dentro de su imaginario, a pesar de que casa muy bien con éste, es decir, con lo rural, lo montañoso o lo pastoril. A pesar de esta marginalidad, o precisamente por ella, tanto su paisaje de campiña visto desde la distancia, como sus innumerables detalles paisajísticos y sus paisajes sensoriales resultan altamente sugerentes.

El planteamiento y desarrollo de la tesis ha tenido dos intereses principales:

Por un lado, la curiosidad hacia el propio Valle de Carranza: las características formales, emocionales e identitarias de su paisaje y también su evolución, retos y encrucijadas recientes.

Por otro, el de constituir un campo de experimentación personal sobre el concepto de paisaje. Esto me ha llevado a buscar un paisaje complejo e incierto y un territorio sensorial basado en la corporalidad y en la tensión social. No me he limitado a definiciones cerradas del paisaje, sino que he buscado la complejidad en su descripción y la multiplicidad de miradas y de acontecimientos socioculturales en su formación y vivencia.

Si es posible defender esta complejidad del paisaje es porque éste se sitúa en un terreno ambiguo entre lo físico y lo conceptual, entre lo territorial y lo representacional, entre lo geográfico y lo social. Estas dimensiones no son excluyentes, sino que se completan mediante la tensión entre lo próximo y lo lejano, lo habitado y lo observado, lo natural y lo cultural. En algunas ocasiones la representación tiene tanto peso que el paisaje parece ser sólo una abstracción lejana moldeada por la cultura, mientras que en otras, el paisaje aparece diluido entre lo cotidiano de la rutina diaria. Ambos aspectos tienen su papel: sin un modelo cultural de referencia se haría difícil convertir el territorio en un determinado paisaje; pero sin un territorio cincelado con unos determinados *taskscapes*, el aspecto del paisaje sería otro.

Quién se sitúa ante un paisaje es un elemento determinante: un paisaje en un mismo instante no será ni mirado ni vivido ni entendido igual por el campesino, la turista, la ganadera, el administrativo o el montañero. A su vez, el campesino puede

convertirse en turista y el administrativo en montañero, y ver sus roles y sus paisajes intercambiados. Tampoco lo experimentará igual el feliz que el desdichado, el curioso que el conformista, la intrépida que la indecisa. Siguiendo la metáfora del “milhojas”, esta multiplicidad es fruto de la posibilidad de asociar al paisaje diferentes funciones y sensaciones dependiendo de los distintos individuos, grupos sociales o estados anímicos. Ha sido esta premisa la que me ha llevado a considerar diferentes miradas paisajísticas: la cotidiana, la arquitectónica, la institucional y la connotativa. Además he estudiado también la multisensorial, mirada en la que la Academia no ha solido reparar a pesar de tratarse de una vivencia cotidiana del mismo. No pienso que el paisaje del Valle se agote en este enfoque, sino que con él he explorado lo que me ha resultado más sugerente.



**Ilustración 73: La Autora, su Sombra y su Paisaje**

Como dice Kessler en su obra *El paisaje y su sombra*, el paisaje no es nada sin el sujeto que lo recibe en su mente: “¿No induce este hecho una pluralidad de consideraciones éticas ligadas a la actitud de acogida presupuesta por la consideración del paisaje, más allá de una relación estrictamente utilitaria con el espacio geográfico real?” (2000:10).

Al estar el paisaje en esa tensión entre la naturaleza y la cultura, el cambio paisajístico es permeable al cambio social y lo refleja porque se encuentra ligado a la sociedad que lo acoge. De hecho, diría que la perspectiva sociocultural en el análisis del paisaje resalta precisamente la importancia del cambio, que a su vez actúa como

memoria de transformaciones en las relaciones económicas, sociales y emocionales de las gentes con su entorno, su tierra, su territorio y su paisaje.

En el caso de Carranza se ha visto cómo ha existido una constante histórica de aumentar los terrenos roturados, lo que se ha ido traduciendo en cambios paisajísticos a favor de la campiña y en detrimento del bosque. En el siglo XX tres han sido las normativas legisladas a este respecto: las normativas para la roturación de terrenos comunales de 1912 y de 1948 y la Concentración Parcelaria de principios de los años 70. No obstante, ha sido la última, mediante la que se reorganizaron las parcelas en otras de mayor extensión, la que ha tenido mayor impronta en la memoria social del Valle, percibiéndose como el cambio paisajístico más importante de la contemporaneidad. Tras ella, las parcelas ya no se dedicarán más a la agricultura sino principalmente a la pradera, produciendo además la desaparición de árboles, setos y arbustos, mucho más abundantes hasta entonces.

En la actualidad, el Valle se caracteriza por la extensificación de sus praderas, fruto de una apuesta por el vacuno de leche como actividad agropecuaria principal, al menos en su entorno más humanizado. No obstante, este paisaje se encuentra en una encrucijada, pues el cierre paulatino de ganaderías por falta de rentabilidad o de relevo generacional conduce al abandono de praderas o al cambio de su función para usos forestales o residenciales. El proceso es incierto y el futuro no se vislumbra con claridad.

Que el paisaje de praderas, central en mi definición de la mirada cotidiana, se encuentre en esta disyuntiva resulta doloroso e inquietante para los habitantes del Valle. En sí, el mantener los prados de Carranza en uso y en buen estado encierra algo más que una lógica productiva: supone la satisfacción de conservarlos vivos y el orgullo del trabajo bien hecho. De esta manera, la crisis de la pradera resulta ser una muestra de la decadencia del sistema agropecuario en el que Carranza ha reconocido sus raíces campesinas y ganaderas. El paisaje actúa a modo de espejo devolviendo en su imagen la debilitación de sus bases tradicionales y, por tanto, su arraigo identitario, que ahora se tambalea.

Al tiempo que los *tasksapes* agropecuarios se desbarajustan, los discursos o miradas postproductivistas se van introduciendo en el hacer del Valle, sobre todo por parte de las instituciones y, en menor medida, de la ciudadanía. Esto equivale a pensar el Valle en términos turísticos y patrimoniales, y aunque es algo tímido de momento, es clara la voluntad de la administración de seguir este camino. En este sentido, se mira hacia Asturias o Cantabria donde ha habido pueblos que se han reconvertido al turismo

como fórmula para reconducir su futuro. Se piensa que en Carranza podría iniciarse una tendencia similar para proporcionar alternativas económicas a la pérdida de rentas, al abandono paulatino del sector agropecuario y al poco interés de la juventud por continuar en éste. Quizá así se pudiera revitalizar un Valle con altos índices de envejecimiento y un futuro ganadero poco prometedor.

En esta senda iniciada, el paisaje pensado en términos de potencial turístico adquiere un papel importante que, sin embargo, no se sabe muy bien cómo explotar. De momento, la oferta de ocio para visitantes se basa en las cuevas de Pozalagua, en el Karpin Abentura y en el recientemente inaugurado centro de interpretación Kobenkoba sobre el arte Paleolítico. La intención del Ayuntamiento es fomentar la presencia de visitantes en el Valle e invitarles a que lo conozcan y pernocten en alguna de las casas y hoteles rurales que la iniciativa privada ha ido poniendo en funcionamiento. No es un reto fácil, pues se trata de un territorio tan bello como desconocido y poco connotado. Además las comunicaciones no son buenas y, aunque se han señalado rutas y el Valle tiene innumerables encantos paisajísticos, arquitectónicos, naturales y patrimoniales, apenas se encuentra preparado para un turismo al uso. No obstante, esta falta de preparación tiene una lectura positiva, pues ante un mercado turístico muy saturado de estereotipos podría incentivar un turismo más selecto, menos invasivo y más cuidadoso con sus pueblos y sus gentes. O dicho de otro modo, la falta de clichés de renombre podría dar pie a un turismo dispuesto a vivir una experiencia más libre y menos encorsetada que en otros lugares más conocidos.

Al margen del éxito económico que pueda tener la mirada postproductivista sobre el paisaje, lo cierto es que ya ha contribuido a modificar su mirada cotidiana, ya que el turismo se incorpora al Valle como un nuevo *taskscape* que transforma las relaciones cotidianas con su paisaje. De acuerdo con este nuevo *taskscape*, la mirada cotidiana va a tender a sustentarse no sólo en las actividades productivas agroganaderas, sino también en los estereotipos estandarizados del turismo y de lo connotativo. Así, los puntos clave turísticos y los cánones de belleza tienen su papel en la reelaboración de las actitudes de la gente hacia su paisaje. Si antes el enclave de referencia solía ser la tierra, nuevos lugares como las cuevas de Pozalagua o el Karpin Abentura se han convertido ya en puntos a tener en cuenta para muchos carranzanos.

La permeabilidad del paisaje al cambio social que sostengo se ha visto reflejada también en la mirada arquitectónica, además de en la cotidiana y la institucional. En este sentido, el paisaje visual se ha erigido como un factor muy importante en los planteamientos actuales de la arquitectura. En mi análisis, la mirada arquitectónica



refleja bien el modo en el que nuestra sociedad contemporánea afronta, entiende y se inserta en el paisaje.

La arquitectura y el urbanismo tradicional en Carranza estuvieron guiados por una acción paisajera lenta que, sin apenas pretenderlo e incluso en cierta manera dándole la espalda al paisaje, crearon una vivienda y un barrio bien integrados paisajísticamente hablando. Sin embargo, la arquitectura y la disposición de la trama urbana actuales están muy influidas por un pensamiento paisajístico que, anhelante y consciente de bellas y buenas vistas, genera una casa y un núcleo urbano más individualista y difuso. Una de las consecuencias substanciales de este cambio es que lo colectivo, encarnado en la idea del barrio, ha ido perdiendo protagonismo frente a la casa y la vivencia individual. Al tiempo, la casa va pasando de caserío productivo a vivienda rural, lo que implica cambios en su función y su estructura.

Vinculo a su vez dicho cambio paisajístico con el paradigma postproductivista por el que lo rural empieza a cambiar de función, pasando de ser en exclusiva proveedor de alimentos a constituir además un espacio de contemplación y de disfrute para el tiempo de ocio. En este nuevo paradigma, el paisaje se disfruta en sí mismo y no sólo en relación con el trabajo de la tierra.

De las diferentes miradas paisajísticas (cotidiana, institucional, arquitectónica, connotativa y multisensorial) germinan diversas formas de relación con el territorio, no siempre armónicas ni coincidentes. A su vez, de cada una de esas relaciones surgen y surgirán memorias diferentes, fruto de unas determinadas circunstancias económicas y sociales y de una historia que tiene en sus hitos puntos importantes de inflexión en cuanto a su configuración paisajística. Esto me ha llevado a relativizar la idea de lo auténtico que a veces se preconiza en torno al paisaje: ¿cuál de estos paisajes, de estos territorios y maneras de hacer resultan más auténticas?, ¿no serán cada una de ellas fruto de su tiempo y de tensiones sociales y económicas muchas veces inconclusas? Así pues, si nos remitimos a la primera hipótesis<sup>79</sup>, hemos de poner en cuestión la autenticidad del paisaje, pues: ¿quién dictamina dicha autenticidad?, ¿lo cotidiano, lo institucional, lo connotativo, la práctica arquitectónica? Como hemos visto a lo largo del análisis, el paisaje es complejo, permeable al cambio social y definido por la suma de miradas, vivencias y aproximaciones yuxtapuestas. Y, por ejemplo, cuando la mirada

---

<sup>79</sup> La autenticidad del paisaje no se define por su impermeabilidad al cambio social sino por su adaptabilidad a sus paisajes reconocibles. Asimismo dicha autenticidad no es dictaminada por ningún agente social concreto sino por la suma de miradas, vivencias y aproximaciones yuxtapuestas.

institucional no tiene en cuenta esta yuxtaposición, peca de parcial y tiende a no ser transversal y a no entender la complejidad y los diferentes puntos de vista que completan el paisaje.

Por otro lado, el paisaje no sólo constituye la forma del territorio, sino que crea lazos afectivos y emocionales. Aun asumiendo necesariamente que los paisajes son cambiantes y tienen poco de auténticos, hay que reconocer que las transformaciones debieran ser siempre respetuosas con la memoria del territorio y con sus paisajes reconocibles, pues contienen emociones y ligazón identitaria. Así, la primera hipótesis que pone en cuestión la autenticidad del paisaje y reivindica la permeabilidad al cambio social y a la suma de vivencias se une a la segunda<sup>80</sup>, que reivindica la afectividad que emerge del paisaje.

El paisaje no equivale a concordia, sino que se construye a través de diferentes *taskscapes*, de diversos procesos connotativos y de múltiples decisiones institucionales y arquitectónicas que no siempre son coincidentes entre sí. Pero la amalgama da como resultado emociones sociales, tampoco siempre coincidentes, que deben valorarse y respetarse. Olvidarse de los paisajes reconocibles y de la identidad a la que conducen éstos puede generar territorios banales. En consecuencia, el mayor peligro de obviar el valor de las memorias sustentadas en el paisaje es la pérdida de la emoción. Por ello la toma de decisiones territoriales debería guiarse por la inteligencia compartida y no por la inmediatez, la improvisación o la especulación.

Como se ha visto a través de la experiencia y la reflexión etnográfica, el paisaje ayuda a reconocer el pasado, a situarse en el presente y debería servir para abrir perspectivas de futuro. Es cierto que, como cualquier ser vivo, el territorio y sus paisajes envejecen y es necesario un proceso de remozamiento que en ocasiones sea continuista y en otras rompa conscientemente moldes de forma arriesgada: como vengo defendiendo, los paisajes no son auténticos *per se*. Una gestión inteligente de territorios y paisajes será aquella que reconozca y sepa aplicar sus propios compases en la gestión territorial conociendo y siendo consciente de sus memorias y sabiendo tomar decisiones cuando así corresponda.

---

<sup>80</sup> El paisaje crea lazos afectivos explícitos e implícitos entre lugares y gentes. Por ello, el cambio paisajístico debe ser inteligente y acompasado, no torpe, irreflexivo o museístico, y mostrar la acumulación de los distintos saberes y circunstancias sociales a lo largo del tiempo. A pesar de su dinamismo, el paisaje debiera ofrecer a las personas la posibilidad de reconocer su pasado, de situarse en el presente y de tener esperanza en el futuro.

En el proceso de oposición al parque eólico en Ordunte se ha visto cómo la sociedad civil tiene espíritu crítico ante el territorio así como capacidad de decidir sobre sus preferencias. Este potencial ciudadano debería servir para seguir desarrollando su inteligencia compartida a favor de la autogestión del territorio, traduciendo los saberes de la comunidad en experiencias transformadoras y esperanzadoras de sus paisajes, escenarios, calles y barrios. Una manera positiva de entender el territorio puede convertir un Valle paisajísticamente definido en otro paisajísticamente consciente, más autocomplaciente y orgulloso de sus propias memorias sin que necesariamente se tenga que caer en dogmatismos y conservadurismos. A la vez que compartida, se debe abogar por una gestión respetuosa con el compás territorial que sea fruto de la reflexión, la pausa y la lentitud, aunque también debe haber margen para el riesgo.

Por último, en esta aproximación reflexiva al territorio que definiendo tiene cabida la multisensorialidad del paisaje. En efecto, como se ha mostrado en la parte IV de la investigación y tal y como se definió en la tercera hipótesis, el cambio paisajístico no se agota en su dimensión visual, sino que otras particularidades sensoriales y corporales lo explican y lo definen. Las diferentes facetas de lo sensitivo son herramientas de análisis muy útiles para el cambio social, además de constituir ejes articuladores de la memoria y de las emociones ligadas a la experiencia paisajística. Lo no visual, asimismo, constituye una parte indisociable del paisaje además de suponer una valiosa fuente de información y conocimiento de los lugares y grupos humanos. A pesar de la preeminencia de lo visual en nuestra sociedad, debemos realizar el ejercicio de acercar el paisaje a nuestro cuerpo, distanciándonos de la abstracción y la lejanía con las que es abordado habitualmente. Y una manera de hacerlo es reconociendo lo que de táctil, sonoro, olfativo y gustativo contiene.

Así, se han estudiado cambios desde una sociedad tradicional a otra contemporánea que afectan a la memoria del paisaje, al paisaje sonoro (*soundscape*), al paisaje de los olores (*smellscape*), al tipo de relaciones táctiles con el territorio (*tactilscape*) e incluso a cuestiones relacionadas con los sabores de algunos elementos que caracterizan el paisaje (*tastescape*). Estas transformaciones son producidas por una sociedad rural que ha modernizado y mecanizado su modelo productivo y que ha cambiado sus expectativas respecto al paisaje en sí mismo.

Cambios como la reespecialización y la reespecialización de los animales y de la actividad agroganadera en el Valle resultan sugerentes en cuanto que la relación de las personas con los animales se ha visto transformada variando y cuestionando lo que se considera oportuno o inoportuno y aceptable o inaceptable en dicha relación. Esto

afecta a la propia noción de ruralidad de una sociedad que se va terciarizando y a la estructura funcional de la casa y de los barrios. También motiva cambios hacia lo que he llamado un paisaje ganadero sin ganado y un paisaje *Windows*. A su vez muestra que los paisajes sensoriales son dinámicos y que están en constante interacción con especificidades locales y con factores cosmopolitanos globales, ya que el mundo rural forma parte de dinámicas urbanizadoras de mayor amplitud. Al tiempo, dichos cambios paisajísticos son fruto de otros socioeconómicos, de transformaciones en la actividad productiva, de la introducción de nuevos manejos agropecuarios, de variaciones en el modo de vida, valores, educación y expectativas de los habitantes del Valle, y en suma, de cambios en la relación de las personas con su tierra y con su paisaje.

Las nuevas dinámicas reflejan la tensión entre lo que se ha perdido (los olores de la recogida tradicional de la hierba, la posibilidad de bañarse en los ríos, la disparidad de sonidos animales o los manejos tradicionales del ganado) y lo que es percibido socialmente como avances en la calidad de vida (ahorro de tiempo en la realización de las tareas, mejoras en la higiene o mayor renta y tiempo disponible para actividades de ocio). Estas tensiones no son más que un reflejo de nuevos valores y circunstancias sociales: debilitación de la idiosincrasia ganadera frente a la terciarización y a la multifuncionalidad; pérdida de paisaje tradicional frente a nuevos usos del territorio; introducción de nuevas tipologías arquitectónicas y urbanísticas; cambios en la vivencia del tiempo (del tiempo del campo sujeto al clima y al biorritmo de animales y cultivos, al tiempo de la fábrica y la oficina sujeto a las jornadas urbanas estandarizadas).

A mi juicio, el análisis de la multisensorialidad en los paisajes del Valle de Carranza constituye un excelente exponente de la definición compleja del paisaje sobre la que he sustentado el análisis, y ejemplifica a la perfección la constante tensión que supone el paisaje entre lo cercano y lo lejano, entre lo experimentado y lo mirado. Asumir que esta tensión forma parte intrínseca del paisaje, insisto nuevamente y para finalizar, es básica para seguir avanzando en la comprensión del concepto y en el análisis práctico. El paisaje no es armonía sino tensión. Y dicha tensión es presencia y ausencia, es recuerdo, emoción y futuro.

**ÍNDICE DE ILUSTRACIONES**

ILUSTRACIÓN 1: CARRETERA BI-630 .....	12
ILUSTRACIÓN 2: FUENTE NATURAL EN ORDUNTE.....	14
ILUSTRACIÓN 3: PAISAJE GENERAL DEL VALLE DE CARRANZA .....	19
ILUSTRACIÓN 4: PAISAJEAR .....	25
ILUSTRACIÓN 5: LEJANÍA-CERCANÍA .....	32
ILUSTRACIÓN 6: LA VENTANA RENACENTISTA .....	34
ILUSTRACIÓN 7: <i>TASKSCAPES</i> .....	38
ILUSTRACIÓN 8: MEMORIA DEL PAISAJE .....	41
ILUSTRACIÓN 9: LA BELLEZA DEL PAISAJE .....	44
ILUSTRACIÓN 10: <i>GOOGLE EARTH</i> .....	47
ILUSTRACIÓN 11: LOCALIZACIÓN GEOGRÁFICA DE CARRANZA .....	55
ILUSTRACIÓN 12: MAPA DE CARRANZA .....	58
ILUSTRACIÓN 13: TURISMO RURAL.....	71
ILUSTRACIÓN 14: PAISAJES AGRÍCOLAS.....	83
ILUSTRACIÓN 15: VIEJO TRASMOCHEO .....	87
ILUSTRACIÓN 16: MAJADAS PASTORILES.....	90
ILUSTRACIÓN 17: LATA CARRANZANA .....	99
ILUSTRACIÓN 18: TRABAJO EN LA ERA .....	101
ILUSTRACIÓN 19: CONCENTRACIÓN PARCELARIA.....	112
ILUSTRACIÓN 20: DOCUMENTACIÓN DE LA PARCELARIA.....	114
ILUSTRACIÓN 21: EXPLOTACIÓN LECHERA MODERNA .....	118
ILUSTRACIÓN 22: ALMACENAMIENTO ILEGAL DE PURÍN .....	123
ILUSTRACIÓN 23: HIERBA A PUNTO DE SEGAR.....	129
ILUSTRACIÓN 24: QUEMANDO PLÁSTICOS .....	132
ILUSTRACIÓN 25: PLÁSTICOS A LA INTEMPERIE .....	133
ILUSTRACIÓN 26: ABANDONO DE PRADOS .....	135
ILUSTRACIÓN 27: AUTOESTIMA GANADERA .....	138
ILUSTRACIÓN 28: VIEJAS CASETAS DE MONTE .....	140
ILUSTRACIÓN 29: REUTILIZACIÓN DE CACHIVACHES.....	149
ILUSTRACIÓN 30: VIEJO HORNO DE PAN.....	155
ILUSTRACIÓN 31: CASERÍO TRADICIONAL.....	157
ILUSTRACIÓN 32: ESTRUCTURA TÍPICA DE CASERÍO .....	158
ILUSTRACIÓN 33: TRAMA URBANA DE BERNALES .....	159
ILUSTRACIÓN 34: NUEVAS ARQUITECTURAS .....	165
ILUSTRACIÓN 35: NUEVAS CONSTRUCCIONES .....	166
ILUSTRACIÓN 36: SIMULACIÓN ARQUITECTÓNICA .....	172
ILUSTRACIÓN 37: CASA DE NUEVA CONSTRUCCIÓN .....	174
ILUSTRACIÓN 38: LO NUEVO FRENTE A LO VIEJO .....	175
ILUSTRACIÓN 39: CASAS DE PAJA .....	176
ILUSTRACIÓN 40: EL CARPÍN EN 1985.....	184
ILUSTRACIÓN 41: NUEVO KARPIN ABENTURA .....	187
ILUSTRACIÓN 42: ESLOGAN TURÍSTICO .....	189
ILUSTRACIÓN 43: MANIFESTACIÓN POR ORDUNTE.....	198
ILUSTRACIÓN 44: TURBERA COBERTORA EN ORDUNTE .....	202
ILUSTRACIÓN 45: OPOSICIÓN A LOS MOLINOS .....	204
ILUSTRACIÓN 46: MIRANDO A BURGOS DESDE ORDUNTE.....	210
ILUSTRACIÓN 47: EL COLOR OCRE .....	227
ILUSTRACIÓN 48: PAISAJE <i>WINDOWS</i> .....	228
ILUSTRACIÓN 49: NUEVOS USOS PARA VIEJOS SILOS .....	229
ILUSTRACIÓN 50: VENTANAS E INSTERSTICIOS .....	230
ILUSTRACIÓN 51: EXPLOTACIONES PERIFÉRICAS .....	248
ILUSTRACIÓN 52: NAVE ESTABULADORA EN BERNALES .....	254
ILUSTRACIÓN 53: EXPLOTACIÓN LEJANA.....	255
ILUSTRACIÓN 54: VIEJO CAMINO EMBARRADO.....	257
ILUSTRACIÓN 55: FACHADA DE CASERÍO .....	260
ILUSTRACIÓN 56: DISPERSIÓN DE INSTALACIONES.....	261

ILUSTRACIÓN 57: VACAS SALIENDO DEL PRADO .....	270
ILUSTRACIÓN 58: INSTALACIONES GANADERAS .....	277
ILUSTRACIÓN 59: LAGAR DE SIDRA .....	280
ILUSTRACIÓN 60: <i>SMELLSCAPE</i> .....	285
ILUSTRACIÓN 61: REUTILIZACIÓN DEL CARPÍN .....	289
ILUSTRACIÓN 62: HORMIGÓN EN KARPIN ABENTURA.....	291
ILUSTRACIÓN 63: ANTIGUO SILLAR .....	292
ILUSTRACIÓN 64: RECONVERSIÓN.....	293
ILUSTRACIÓN 65: DINOSAURIO EN KARPIN ABENTURA .....	294
ILUSTRACIÓN 66: EL ESTANQUE .....	296
ILUSTRACIÓN 67: RUINA DEL ESTANQUE .....	298
ILUSTRACIÓN 68: LA MEJOR FOTO.....	300
ILUSTRACIÓN 69: FRAGMENTACIÓN DEL PAISAJE .....	305
ILUSTRACIÓN 70: CAMPA DE LOS ILSOS DE RIVACOBA .....	309
ILUSTRACIÓN 71: LOS SONIDOS EN EL PASEO .....	310
ILUSTRACIÓN 72: ¿QUIÉN ES QUIÉN? .....	312
ILUSTRACIÓN 73: LA AUTORA, SU SOMBRA Y SU PAISAJE .....	316

Excepto cuando se indica otra autoría o fuente, todas las fotografías que ilustran el trabajo han sido realizadas por la autora. Los dibujos originales que ilustran las diversas partes de la tesis y su portada han sido diseñados por Ximena Silva.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abad, C.; Naredo, J.M. (2002) "Sobre la modernización de la agricultura española: de la agricultura tradicional hacia la capitalización agraria y la dependencia asistencial". En *Agricultura y Sociedad en el Cambio de Siglo*, eds. Gómez, C., González, J., pp. 81-142. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Ahedo Arriola, A. (1996) *Así es El Valle de Carranza*, Bilbao: Ediciones Eguía.
- Ahedo Fernández, A. (2004) "¿Cuánto facturan sus vacas durante su vida productiva? La importancia de la producción vitálica", *Boletín de Semex España*, 21, pp. 4-5.
- Alfama, E.; Casademunt, A.; Coll-Planas, G.; Cruz, H.; Martí, M. (2007) *Per una Nova Cultura del Territori? Mobilitzacions i Conflictes Territorials*, Barcelona: Icària.
- Almagor, U. (1987) "The cycle and stagnation of smells: pastoralists-fishermen relationships in an east african society", *RES: Anthropology and Aesthetics*, pp. 106-121.
- Altazubiaga, E. (1997) "El movimiento cooperativo en el Valle de Carranza (Apuntes para una historia económica y social de nuestro Valle)", *Birigaña*, Verano/Otoño 97, pp. 22-27.
- Andersson, S.L. (2007) Entrada "Forma" En *Landscape + 100 palabras para habitarlo*, ed. Colafranceschi, D., pp. 78-79. Barcelona: Gustavo Gili.
- Areitio, C.; Alberdi, J.C. (2004) *Los Modelos y Políticas de Desarrollo Rural*, Vitoria-Gasteiz: Gobierno Vasco.
- Arkette, S. (2004) "Sounds like city", *Theory, Culture & Society*, 21, 1, pp. 159-168.
- Arnaiz, A.; Elorriaga, J.; Del Valle, T.; Laka, X.; Moreno, J.; Vivas, I. (2009) "Escultura y lugar en la construcción sensible del paisaje. Reconocimiento cartográfico y gestión estética para una ciudad expandida al territorio". En *XVII Congreso de Estudios Vascos-Eusko Ikaskuntza*. En prensa.
- Arnaiz, A.; Vivas, I.; Del Valle, T.; Moreno, J.; Rementería, I.; Hernández, I. (2006) "Paisajes reinventados entre la ciudad y el territorio. Detección de enclaves residuales para la intervención escultórica desde una perspectiva ambiental y pluridisciplinar". En *XVI Congreso de Estudios Vascos. Desarrollo Sostenible-IT. El futuro.*, pp. 445-453. Donostia: Eusko Ikaskuntza.
- Arnalte, E. (2002) "Ajuste estructural y cambios en los modelos productivos de la agricultura española". En *Agricultura y Sociedad en el Cambio de Siglo*, eds. Gómez, C., González, J., pp. 391-426. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Ascher, F. (2000) *Los Nuevos Principios del Urbanismo: el Fin de las Ciudades no Está a la Orden del Día*, Madrid: Alianza.

- Askasibar, M. (1998) "Política y normativa en Europa", *Lurralde*, 21, pp. 155-193.
- Augé, M. (2005) *Los No Lugares. Espacios del Anonimato. Una Antropología de la Sobremodernidad*, Barcelona: Gedisa
- Basoinsa (1988) *Estudio de Determinación de Usos del Suelo en los Montes del Ayuntamiento del Valle de Carranza*, Bilbao: Basoinsa, Ayuntamiento del Valle de Carranza.
- Basso, K. (1996) "Wisdom sits in places: notes on a Western Apache landscape". En *Senses of Place*, eds. Feld, S., Basso, K., pp. 53-90. New Mexico: School of American Research Press.
- Baudrillard, J. (1998) *Cultura y Simulacro*, Barcelona: Editorial Kairós.
- Bender, B. (1995) "Introduction. Landscape: meaning and action". En *Landscape: Politics and Perspectives*, ed. Bender, B., pp. 1-17. Oxford: Berg.
- (2002) "Time and landscape", *Current Anthropology*, 43, Supplement, August-October, pp. 103-112.
- Bendix, R. (2000) "The pleasures of the ear: toward an ethnography of listening", *Cultural Analysis*, 1, pp. 33-50.
- Berque, A. (1994) "Paysage, milieu, histoire". En *Cinq Propositions pour une Théorie du Paysage*, ed. Berque, A., pp. 11-29. Seyssel: Editions Champ Vallon.
- (1997) "En el origen del paisaje", *Revista de Occidente*, 189, pp. 7-21.
- (2006) "Cosmofanía y paisaje moderno". En *Paisaje y Pensamiento*, ed. Maderuelo, J., pp. 187-207. Madrid: CDAN, Abada Editores.
- (2009) *El pensamiento paisajero*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- Buch, M. (2007) *Polígons Industrials i Sectors d'Activitat Econòmica. Guia d'Integració Paisatgística (1)*, Barcelona: Generalitat de Catalunya, Department de Política Territorial i Obres Públiques.
- Busquets, J. (2007) *Buenas Prácticas de Paisaje: Líneas Guía*, Barcelona: Generalitat de Catalunya, Department de Política Territorial i Obres Públiques.
- (2008) *Horts Urbans i Periurbans. Guia d'Integració Paisatgística (2)*, Barcelona: Generalitat de Catalunya, Department de Política Territorial i Obres Públiques, Direcció General d'Arquitectura i Paisatge.
- Buxó, M.J. (2003) "El paisaje cosmológico de la arquitectura en el Suroeste de Norteamérica", *Revista Española de Antropología Americana*, Volumen Extraordinario, pp. 85-98.
- (2004a) "El automóvil como tradición cultural: carro y coche en América y España". En *Las Raíces. Culturas Tradicionales de España e Iberoamérica*, ed. Espina, A. B., pp. 216-241. Salamanca: Centro de Cultura Tradicional Ángel Carril, Diputación de Salamanca.



- (2004b) "El imaginario fluvial". En *Culturas del Agua*, eds. Álvarez, L., et al., pp. 23-36. Murcia: Editorial Godoy.
- (2004c) "Extravagancia y delicadeza de las pasiones: paisajes de la emoción en las fronteras culturales de Nuevo México". En *La Antropología como Pasión y como Práctica. Ensayos In Honorem Julian Pitt-Rivers*, ed. Velasco, H. M., pp. 247-271. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Departamento de Antropología de España y América.
- (2004d) "Innovación y formas de ciudadanía comunitaria en la sociedad rural". En *El Futuro de los Espacios Rurales*, ed. Nogués, S., pp. 329-340. Santander: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria.
- (2005) "Diarquía contrapuesta: el olor y el color en los paisajes de la religiosidad". En *La Religiosidad Popular y Almería*, eds. Ruiz, J., Vázquez, J. P., pp. 1237-1262. Almería: Instituto de Estudios Almerienses, Diputación de Almería.
- Cabero, V. (1998) "Los paisajes rurales. Contrastes y procesos de transformación". En *Paisaje y Medio Ambiente*, ed. Martínez de Pisón, E., pp. 72-92. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- Candau, J. (2004) "The olfactory experience: constants and cultural variables", *Water Science & Technology*, 49, 9, pp. 11-17.
- Cano, N. (2006) "Paisaje, identidad y memoria", *Ankulegi*, 10, pp. 47-57.
- (2006/2007) "Paisaje y desarrollo sostenible. El ejemplo de la implantación de la Agenda 21 en las zonas rurales de Bizkaia", *Kobie (Serie Antropología Cultural)*, 12, pp. 71-86.
- Cañellas-Boltà, S.; Indregard, R.; Strand, R.; Waldrón, T. (2005) "La gestió pública del paisatge a Catalunya", en <http://www.catpaisatge.net/docs/INFORME%20FC.pdf> (último acceso a 27 de noviembre de 2010).
- Carapinha, A. (2009) "Los tiempos del paisaje". En *Paisaje e Historia*, ed. Maderuelo, J., pp. 111-128. Madrid: CDAN, Abada Editores.
- Careri, F. (2002) *Walkscapes: el Andar como Práctica Estética*, Barcelona: Gustavo Gili.
- Carolan, M.S. (2006) "Ecological representation in deliberation: the contribution of tactile spaces", *Environmental Politics*, 15, 3, pp. 345-361.
- (2007a) "Introducing the concept of tactile space: creating lasting social and environmental commitments", *Geoforum*, 38, 6, pp. 1264-1275.
- (2007b) "Making scents out of changing spatial geographies: a closer look at the animal-human-faecal relationship", *Local Environment: The International Journal of Justice and Sustainability*, 12, 4, pp. 397 - 407.

- (2008a) "More-than-representational knowledge/s of the countryside: how we think as bodies", *Sociologia Ruralis*, 48, 4, pp. 408-422.
- (2008b) "When good smells go bad: a sociohistorical understanding of agricultural odor pollution", *Environment and Planning A*, 40, pp. 1235-1249.
- (2009) "'I do therefore there is': enlivening socio-environmental theory", *Environmental Politics*, 18, 1, pp. 1-17.
- Casey, E.S. (1996) "How to get from space to place in a fairly short stretch of time. Phenomenological prolegomena". En *Sense of Place* eds. Feld, S., Basso, K., pp. 13-52. New Mexico: School of American Research Press.
- Castree, N.; Macmillan, T. (2004) "Old news: representation and academic novelty", *Environment and Planning A*, 36, 3, pp. 469-480.
- Classen, C. (1993) *Worlds of Sense: Exploring the Senses in History and Across Cultures*, London and New York: Routledge.
- (1998) *The Color of Angels. Cosmology, Gender and the Aesthetic Imagination*, London and New York: Routledge.
- Classen, C.; Howes, D.; Synnott, A. (1994) *Aroma: The Cultural History of Smell*, London and New York: Routledge.
- Cloke, P. (2006) "Conceptualizing rurality". En *The Handbook of Rural Studies*, eds. Cloke, P. J., et al., pp. 18-27. London: SAGE.
- Cloke, P.; Jones, O. (2001) "Dwelling, place, and landscape: an orchard in Somerset", *Environment and Planning A*, 33, pp. 649-666.
- Cloke, P.; Pawson, E. (2008) "Memorial trees and treescape memories", *Environment and Planning D: Society and Space*, 26, 1, pp. 107-122.
- Collins, J. (1992) "Marxism confronts the environment: labor, ecology and environmental change". En *Understanding Economic Process*, eds. Ortiz, S., Lees, S., pp. 179-188. Nueva York: University Press of America.
- Comas, D. (1998) *Antropología Económica*, Barcelona: Ariel.
- Consejo de Europa (2000) *Convenio Europeo del Paisaje*.
- Contreras, J. (1993) *Antropología de la Alimentación*, Madrid: Eudema.
- Cosgrove, D.E. (1984) *Social Formation and Symbolic Landscape*, Totowa, New Jersey: Barnes & Noble Books.
- (2002) "Observando la naturaleza: el paisaje y el sentido europeo de la vista", *Boletín de la A.G.E.*, 34, pp. 63-89.
- Cosgrove, D.E.; Daniels, S. (1989) "Introduction: iconography and landscape" En *The Iconography of Landscape: Essays on the Symbolic Representation, Design*

- and Use of Past Environments*, eds. Cosgrove, D. E., Daniels, S., pp. 1-10. Cambridge: Cambridge University Press.
- Cruz, H. (2008) "Conflictos territoriales y movilizaciones ciudadanas: algunas reflexiones sobre las formas de gobernanza territorial actuales", *Boletín de la A.G.E.*, 48, pp. 375-387.
- De Sousa, B. (2005) *El Milenio Huérfano. Ensayos para una nueva cultura política*, Bogotá: Trotta.
- Del Valle, T. (1995a) "Identidad, memoria, juegos de poder", *Deva*, 2, pp. 14-20.
- (1995b) "Metodología para la elaboración de la autobiografía". En *Invisibilidad y Presencia. Seminario Internacional Género y Trayectoria Profesional del Profesorado Universitario*, ed. Sanz, C., pp. 281-289. Madrid: Instituto de Investigaciones Feministas de la Universidad Complutense de Madrid.
- (1997a) *Andamios para una Nueva Ciudad: Lecturas desde la Antropología*, Madrid: Cátedra.
- (1997b) "La memoria del cuerpo", *Arenal. Revista de Historia de las Mujeres*, 4, 1, pp. 59-74.
- (2004/2005) "Identidad y cambio urbano en Tolosa (Gipuzkoa). Una reflexión desde la antropología social", *Kobie (Serie Antropología Cultural)*, 11, pp. 5-30.
- (2005) "El potencial de la tensión para el estudio del cambio y su aportación a la antropología desde la crítica feminista: fuentes, procesos y tipologías". En *Democracia, Feminismo y Universidad en el Siglo XXI*, ed. Maquieira, V., pp. 227-241. Madrid: Instituto Universitario de Estudios de la Mujer, Universidad Autónoma de Madrid.
- (2006a) "Interpretaciones de ciertos mecanismos del recuerdo", *Ankulegi*, 10, pp. 11-18.
- (2006b) "Reinventar la ciudad desde un enfoque sociocultural". En *XVI Congreso de Estudios Vascos. Desarrollo Sostenible-IT. El futuro.*, pp. 349-356. Donostia: Eusko Ikaskuntza.
- (2008) "Los intersticios en el eje de una mirada etnográfica al espacio". En *La Materialidad de la Identidad*, ed. Imaz, E., pp. 21-39. Donostia-San Sebastián: Hariadna Editoriala.
- Del Valle, T.; Apaolaza, J.M.; Arbe, F.; Cucó, J.; Díez, C.; Esteban, M.L.; Etxebarria, F.; Maquieira, V. (2002) *Modelos Emergentes en los Sistemas y las Relaciones de Género*, Madrid: Narcea.
- Del Valle, T.; Pávez, A. (2008) "Una visión social del Progreso Sostenible para el siglo XXI en Euskal Herria", *Revista Internacional de los Estudios Vascos, RIEV*, 53, 1, pp. 45-81.
- Delgado, B.; Ojeda, J.F. (2007) "El viaje pedagógico como método de conocimiento de paisajes. Aplicación a Andalucía", *Investigaciones Geográficas*, 44, pp. 5-31.

- Díaz García, M.S. (2001-2002) "La ganadería a lo largo del siglo XX en el Valle de Carranza (Bizkaia)", *Anuario de Eusko-Folklore*, 43, pp. 131-182.
- (2005-2006) "El pastoreo actualmente y a principios de siglo en Carranza (Bizkaia)", *Anuario de Eusko-Folklore*, 45, pp. 221-254.
- (2007) *La Cultura Pastoril en el Valle de Karrantza*, Bilbao: Ayuntamiento del Valle de Karrantza, Diputación Foral de Bizkaia, Enkurtur.
- (2008) *Karrantza, Visión Gráfica: 1880-1890*, Bilbao: Ayuntamiento de Karrantza.
- Durán, M.A. (1998) *La Ciudad Compartida: Conocimiento, Afecto y Uso*, Madrid: Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España.
- (2007) "Paisajes del cuerpo". En *La Construcción Social del Paisaje*, ed. Nogué, J., pp. 27-55. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Echegaray, C. (1925) *Geografía General del País Vasco-Navarro (Provincia de Vizcaya, Tomo 52)*, Barcelona: Alberto Martín.
- Edensor, T. (2000) "Walking in the British countryside: reflexivity, embodied practices and ways to escape", *Body & Society*, 6, 3-4, pp. 81-106.
- (2001) "Performing tourism, staging tourism:(re)producing tourist space and practice", *Tourist Studies*, 1, 1, pp. 59-81.
- (2002) *National Identity, Popular Culture and Everyday Life*, Oxford: Berg Publishers.
- (2005a) "The ghosts of industrial ruins: ordering and disordering memory in excessive space", *Environment and Planning D: Society and Space*, 23, pp. 829-849.
- (2005b) *Industrial Ruins. Spaces, Aesthetics and Materiality*, Oxford, New York: Berg.
- (2006a) "Performing rurality". En *The Handbook of Rural Studies*, eds. Cloke, P., et al., pp. 485-595. London: SAGE.
- (2006b) "Sensing tourism". En *Travels in Paradox: Remapping Tourism*, eds. Minca, C., Oakes, T., pp. 23-46. Oxford: Rowman & Littlefield Publishers.
- (2007a) "Mundane mobilities, performances and spaces of tourism", *Social & Cultural Geography*, 8, 2, pp. 199-215.
- (2007b) "Sensing the ruin", *Senses & Society*, 2, 2, pp. 217-232.
- (2008) "Walking through ruins". En *Ways of Walking: Ethnography and Practice on Foot*, eds. Ingold, T., Vergunst, J. L., pp. 123-141. Hampshire, Burlington: Ashgate.

- (2010) "Walking in rhythms: place, regulation, style and the flow of experience", *Visual Studies*, 25, 1, pp. 69-79.
- Elías, L.V. (2008) "Paisaje del viñedo: patrimonio y recurso", *Pasos. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural*, 6, 2-Número Especial, pp. 137-158.
- Elías, L.V.; Contreras, M.; Elías, J.M. (2008) *Metodología para la Realización del Atlas del Cultivo Tradicional del Viñedo en España*: Documento de Trabajo.
- Enerminde (2006) *Informe Técnico Karrantza*: Inédito.
- Escar, E. (1997) "La arquitectura ante la conservación del espacio natural", *Revista de Desarrollo Rural y Cooperativismo Agrario*, 1, pp. 193-210.
- Escobar, A. (1995) "El desarrollo sostenible: diálogos de discursos", *Ecología Política*, 9, pp. 7-25.
- Español, I. (2009) *La Carretera en el Paisaje. Criterios Para su Planificación, Trazado y Proyecto*, Sevilla: Centro de Estudios Paisaje y Territorio, Consejería de Obras Públicas y Transportes, Junta de Andalucía.
- Esteban, M.L. (2004a) *Antropología del Cuerpo: Género, Itinerarios Corporales, Identidad y Cambio*, Barcelona: Bellaterra.
- (2004b) "Antropología Encarnada. Antropología desde una Misma", en [http://www.ceic.ehu.es/p285-content/fr/contenidos/noticia/ceic\\_noticias\\_04/es\\_noti/adjuntos/12\\_04.pdf](http://www.ceic.ehu.es/p285-content/fr/contenidos/noticia/ceic_noticias_04/es_noti/adjuntos/12_04.pdf) (último acceso a 27 de noviembre de 2010).
- Feld, S. (1990) *Sound and Sentiment: Birds, Weeping, Poetics and Song in Kaluli Expression*, Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- (1996) "Waterfalls of song: an acoustemology of place resounding in Bosavi, Papua New Guinea". En *Senses of Place*, eds. Feld, S., Basso, K. H., pp. 91-135. New Mexico: School of American Research Press.
- Feld, S.; Basso, K. (1996) "Introduction". En *Sense of Place*, eds. Feld, S., Basso, K. H., pp. 3-11. New Mexico: School of American Research Press.
- Frampton, K. (2009) *Historia Crítica de la Arquitectura Moderna*, Barcelona: Gustavo Gili.
- Galindo, S. (1997) "La intuición en la investigación científica", *Ciencias 47*, Julio-Septiembre 1997, pp. 58-61.
- García, A.; Ojeda, J.F.; Torres, F.J. (2008) "Hacia una nueva lectura de la ciudad y sus espacios: ausencias y emergencias en la ciudad inteligente". En *Espacios Públicos, Ciudades y Conjuntos Históricos Sevilla*, Instituto Andaluz de Patrimonio, ed. García, A., pp. 145-161. Sevilla: Instituto Andaluz de Patrimonio.
- García Fernández, J. (1975) *Organización del Espacio y Economía Rural en la España Atlántica*, Madrid: Siglo XXI.

- García Ramón, M.D.; Fernández Tulla, A. (1981) "La unidad de producción campesina y la introducción de las relaciones de producción capitalista en el campo catalán: los casos del Baix Camp de Tarragona y de L'Alt Pirineu", *Questions de Geografia i Territori Rural*, 2, pp. 59-86.
- Golvano, F. (1999) "Paisaje, Derivas, Vestigios: una Memoria Industrial". En *Paisaje, Industria y Memoria*, eds. Palma, L., Golvano, F., pp. 119-131. Donostia: San Telmo Museoa, Centro Portugués de Fotografía.
- Gómez, A.J. (1999) "La vivienda obrera del arquitecto D. Manuel María Smith Ibarra", *Espacio, Tiempo y Forma, Serie VII, Historia del Arte*, 12, pp. 385-409.
- (2003) "La arquitectura neovasca y su aportación a las viviendas de casas baratas", *Zainak. Cuadernos de Antropología-Etnografía*, 23, pp. 351-376.
- Gómez, C. (2005) "Crecimiento económico y desarrollo sostenible en el medio rural. ¿Utopía o realidad?", *Revista de Desarrollo Rural y Cooperativismo Agrario*, 9, pp. 9-20.
- González-Daimiel, J. (1989) "El paisaje y la planificación del territorio". En *Seminario sobre el Paisaje: Debate Conceptual y Alternativas sobre su Ordenación y Gestión*, pp. 98-103. Málaga: Junta de Andalucía, Consejería de Obras Públicas y Transportes.
- González, J.C.; López, A.; Ojeda, J.F. (2006) *Doñana en la Cultura Contemporánea*, Madrid: Organismo Autónomo Parques Nacionales, Ministerio de Medio Ambiente.
- Green, N. (1995) "Looking at the landscape: class formation and the visual". En *The Anthropology of Landscape: Perspectives on Place and Space*, eds. Hirsch, E., O'Hanlon, M., pp. 31-42. New York: Oxford University Press.
- Guerra, C. (2008) *La Contemporaneidad de la Arquitectura Rural: Adaptación, Resistencia o Dilatación*, Sevilla: Universidad de Sevilla, Consejería de Obras Públicas y Transportes de la Junta de Andalucía.
- Halfacree, K. (1997) "Contrasting roles for the post-productivist countryside. A postmodern perspective on counterurbanisation". En *Contested Countryside Cultures: Otherness, Marginalisation and Rurality*, eds. Cloke, P., Little, J., pp. 70-93. Londres: Routledge.
- Halprin, L. (2007) Entrada "Coreografía". En *Landscape + 100 palabras para habitarlo*, ed. Colafranceschi, D., pp. 41-43. Barcelona: Gustavo Gili.
- Hardesty, D.L. (1977) *Antropología Ecológica*, Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- Hardin, D.L. (1968) "The tragedy of the commons", *Science*, 162, pp. 1243-1248.
- Harrison, P. (2000) "Making sense: embodiment and the sensibilities of the everyday", *Environment and Planning D: Society and Space*, 18, 4, pp. 497-517.

- Hervieu, B. (1996) *Los campos del futuro*, Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación (Secretaría General Técnica).
- Hetherington, K. (2003) "Spatial textures: place, touch, and praesentia", *Environment and Planning A*, 35, 11, pp. 1933-1944.
- Hirsch, E. (1995) "Introduction. Landscape: between place and space". En *The Anthropology of Landscape. Perspectives on Place and Space*, eds. Hirsch, E., O'Hanlon, M., pp. 1-30. New York: Oxford University Press.
- Hiss, T. (1991) *The Experience of Place*, New York: Alfred A. Knopf.
- Howes, D. (1991) "To Summon all the senses". En *The Varieties of Sensory Experience. A Sourcebook in the Anthropology of the Senses*, ed. Howes, D., pp. 3-21. Toronto: University of Toronto Press.
- (2003) *Sensual Relations. Engaging the Senses in Culture and Social Theory*, Ann Arbor: The University of Michigan Press.
- Howes, D.; Classen, C. (1991) "Conclusion. Sounding sensory profiles". En *The Varieties of Sensory Experience. A Sourcebook in the Anthropology of the Senses*, eds. Howes, D., Classen, C., pp. 257-288. Toronto: University of Toronto Press.
- Ihobe (2003) *Guía Metodológica para el Cálculo de Indicadores de Sostenibilidad en la Comunidad Autónoma del País Vasco. Indicadores de Agenda Local 21*, Bilbao: Gobierno Vasco, Departamento de Ordenación del Territorio y Medio Ambiente.
- IKT; Paisaia (2005) *Anteproyecto del Catálogo de Paisajes Singulares y Sobresalientes de la Comunidad Autónoma Vasca*, Vitoria-Gasteiz: Dirección de Biodiversidad y Participación Ambiental del Departamento de Medio Ambiente y Ordenación del Territorio del Gobierno Vasco.
- Inforlur (1993) *Anteproyecto para la Creación del Parque Ecológico "Bizkaia" en la Finca "El Carpín" (Carranza)*, Berriz: Mancomunidad de Las Encartaciones.
- Ingold, T. (1993a) "Globes and spheres, the topology of environmentalism". En *Environmentalism: The View From Anthropology*, ed. Milton, K., pp. 31-42. London: Routledge.
- (1993b) "The temporality of the landscape", *World Archaeology*, 25, 2, pp. 152-174.
- (2000) *The Perception of the Environment: Essays on Livelihood, Dwelling and Skill*, London: Routledge.
- Ingold, T.; Kurttila, T. (2000) "Perceiving the environment in Finnish Lapland", *Body & Society*, 6, 3-4, pp. 183-196.
- Iturriza, J.R. (1967) *Historia General de Vizcaya y Epítome de Las Encartaciones*, Bilbao: Librería Arturo.
- Izquierdo, J. (2008) *Asturias, Región Agropolitana*, Oviedo: KRK Ediciones.

- Jones, O.; Cloke, P. (2002) *Tree Cultures: The Place of Trees and Trees in Their Place* Oxford: Berg.
- Kessler, M. (2000) *El paisaje y su Sombra*, Barcelona: Idea Books.
- Lakoff, G.; Johnson, M. (1986) *Metáforas de La Vida Cotidiana*, Madrid: Ediciones Cátedra.
- Lassus, B. (2007) Entrada "Paisaje". En *Landscape + 100 palabras para habitarlo*, ed. Colafranceschi, D., pp. 144-145. Barcelona: Gustavo Gili.
- Laurier, E.; Philo, C. (2006) "Possible geographies: a passing encounter in a café", *Area*, 38, 4, pp. 353-363.
- Low, S. (2005) "Towards a theory of urban fragmentation: a cross-cultural analysis of fear, privatization, and the state", en *Cybergeo: European Journal of Geography* (online) <http://cybergeo.revues.org/index3207.html> (último acceso a 28 de noviembre de 2010).
- Low, S.; Lawrence-Zúñiga, D. (2003) "Locating culture". En *The Anthropology of Space and Place: Locating Culture*, eds. Low, S., Lawrence-Zúñiga, D., pp. 1-47. Oxford: Blackwell Publishing Ltd.
- Macnaghten, P.; Urry, J. (1998) *Contested Natures*, London: Sage.
- (2000) "Bodies of nature: introduction", *Body & Society*, 6, 3-4, pp. 1-11.
- Maderuelo, J. (1997a) "Del arte del paisaje al paisaje como arte", *Revista de Occidente*, 190, pp. 23-36.
- (1997b) "Introducción", *Revista de Occidente*, 189, pp. 5-6.
- (2006a) *El paisaje: Génesis de un Concepto*, Madrid: Abada.
- (2006b) "La actualidad del paisaje". En *Paisaje y Pensamiento*, ed. Maderuelo, J., pp. 235-252. Madrid: CDAN, Abada Editores.
- (2007) "Introducción: paisaje y arte". En *Paisaje y arte*, ed. Maderuelo, J., pp. 5-10. Madrid: CDAN, Abada Editores.
- (2009) "La mirada del arquitecto". En *Los Valores del Paisaje*, eds. Martínez de Pisón, E., Ortega, N., pp. 215-231. Madrid: Fundación Duques de Soria, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.
- Madoz, P. (1990) *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus Posesiones de Ultramar (1845-1850)*, Salamanca: Juntas Generales de Bizkaia, Ámbito Ediciones.
- Majano, M.A.; Jimeno, V. (1997) "Nuevas estrategias en la alimentación de vacas de alta producción". En *Vacuno de Leche: Aspectos Claves*, ed. Buxadé, C., pp. 195-211. Madrid: Ediciones Mundi-Prensa.



- Malagón, E. (2002) "La multifuncionalidad en las políticas de desarrollo rural en la C.A.P.V". En *La Multifuncionalidad de los Espacios Rurales de la Península Ibérica. Actas del IV Coloquio Hispano-Portugués de Estudios Rurales*, eds. López, E., et al. Santiago de Compostela: Xunta de Galicia.
- Maquieira, V. (2008) "Tensiones creativas en el estudio de los derechos humanos en la era global". En *Antropología de Orientación Pública: Visibilización y Compromiso de la Antropología*, eds. Jabardo, M., et al., pp. 61-74. San Sebastián: Ankulegi, Antropología Elkarte.
- Marchán, S. (1997) "La actualidad de la estética del paisaje", *Revista Litoral Atlántico*, 1, pp. 15-23.
- Martínez de Pisón, E. (1998) "El concepto de paisaje como instrumento de conocimiento ambiental". En *Paisaje y Medio Ambiente*, ed. Martínez de Pisón, E., pp. 9-28. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- (2000) "La protección del paisaje: una reflexión". En *Estudios Sobre el Paisaje*, ed. Martínez de Pisón, E., pp. 215-235. Murcia: Universidad Autónoma de Madrid, Fundación Duques de Soria.
- (2007) "Epílogo. Paisaje, cultura y territorio". En *La Construcción Social del Paisaje*, ed. Nogué, J., pp. 331-337. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (2009) *Miradas Sobre el Paisaje*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- Martínez Montoya, J. (2000a) "La construcción cultural del paisaje: aportes desde la antropología sociocultural". En *La Administración de los Paisajes: Desarrollo e Impacto Local*, ed. Fernández de Larrinoa, K., pp. 149-173. Vitoria-Gasteiz: Escuela Universitaria de Trabajo Social de la UPV/EHU, Campus Vitoria-Gasteiz.
- (2000b) "La identidad reconstruida: del lugar a la comarca". En *La Cosecha Pendiente. De la Intervención Económica a la Infraestructura Cultural*, ed. Fernández de Larrinoa, K., pp. 113-130. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- (2001) "La nueva ruralidad: de la comunidad a lo local", *Inguruak*, 30, pp. 205-215.
- Martínez Veiga, U. (1985) *Cultura y Adaptación*, Madrid: Anthropos.
- Mata, R. (2002) "Paisajes y sistemas agrarios de España". En *Agricultura y Sociedad en el Cambio de Siglo*, eds. Gómez, C., González, J., pp. 3-62. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Matsinos, Y.G.; Mazaris, A.D.; Papadimitriou, K.D.; Mniestris, A.; Hatzigiannidis, G.; Maioglou, D.; Pantis, J.D. (2008) "Spatio-temporal variability in human and natural sounds in a rural landscape", *Landscape Ecology*, 23, 8, pp. 945-959.
- Mazzucchelli, F. (1997) "Medicina de la producción. Consideraciones previas". En *Vacuno de Leche: Aspectos Claves*, ed. Buxadé, C., pp. 285-290. Madrid: Ediciones Mundi-Prensa.

- McCay, B. (1993) "Everyone's concern, whose responsibility? The problem of the commons". En *Understanding Economic Process*, eds. Ortiz, S., Lees, S., pp. 189-210. Nueva York: University Press of America.
- Michael, M. (2000) "These boots are made for walking...: mundane technology, the body and human environment relation", *Body and Society*, 6, 3-4, pp. 107-126.
- Milani, R. (2007) *El Arte del Paisaje*, Madrid: Editorial Nueva.
- Moore, Ch.; Allen, G. (1978) *Dimensiones de la Arquitectura. Espacio, Forma y Escala*, Barcelona: Gustavo Gili.
- Muñoz, F. (2008) *Urbanización: Paisajes Comunes, Lugares Globales*, Barcelona: Gustavo Gili.
- Naredo, J.M. (1997) "Sobre el origen, el uso y el contenido del término sostenible", en <http://habitat.aq.upm.es/cs/p2/a004.html> (último acceso a 28 de noviembre de 2010).
- Nel-Lo, O. (2005) "Paisaje, plan y política", en [http://www.vitoria-gasteiz.org/w24/docs/ceac/forourbanopaisaje/laburpenak/Oriol\\_Nel-lo.pdf](http://www.vitoria-gasteiz.org/w24/docs/ceac/forourbanopaisaje/laburpenak/Oriol_Nel-lo.pdf) (último acceso a 28 de noviembre de 2010).
- Nogué, J. (2007a) "Introducción. La construcción social del paisaje". En *La Construcción Social del Paisaje*, ed. Nogué, J., pp. 11-24. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (2007b) "Paisaje, identidad y globalización", *Fabrikart*, 7, pp. 136-145.
- (2008a) "Al margen. Los paisajes que no vemos". En *Paisaje y Territorio*, ed. Maderuelo, J., pp. 181-202. Madrid: CDAN, Abada Editores.
- (2008b) "Introducción. La valoración cultural del paisaje en la contemporaneidad". En *El Paisaje en la Cultura Contemporánea*, ed. Nogué, J., pp. 9-24. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (2009) *Entre Paisajes*, Barcelona: Àmbit Servicios Editoriales.
- Nogué, J.; Puigbert, L.; Bretcha, G. (2009a) *Indicadors de Paisatge. Reptes i Perspectives*, Barcelona: Observatori del Paisatge de Catalunya.
- (2009b) *Ordenació i Gestió del Paisatge a Europa*, Barcelona: Observatori del Paisatge de Catalunya.
- Nogué, J.; Sala, P. (2008) "El paisaje en la ordenación del territorio. Los catálogos de paisaje de Cataluña", *Cuadernos Geográficos*, 43, 2, pp. 69-98.
- O'Neill, M.E. (2001) "Corporeal experience: a haptic way of knowing", *Journal of Architectural Education*, 55, 1, pp. 3-12.
- Ojeda, J.F. (1999) *Prólogo de "La Cocina de Doñana - El Rocío"*, Córdoba: Hergué Editores.

- (2003a) "Desarrollo y patrimonio paisajístico", *Boletín del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico*, 42, pp. 51-57.
- (2003b) "Epistemología de las miradas al paisaje. Hacia una mirada humanista y compleja". En *Territorio y Patrimonio. Los Paisajes Andaluces*, eds. Fernández, J., et al., pp. 192-200. Sevilla: Cuadernos del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico.
- (2004) "El paisaje -como patrimonio- factor de desarrollo en las áreas de montaña", *Boletín de la A.G.E.*, 38, pp. 273-278.
- (2008) "La ciudad es cultura fronteriza en un mundo cambiante". En *Ciudades, Culturas y Fronteras en un Mundo en Cambio. IX Coloquio de Geografía Urbana*, pp. 284-301. Sevilla: Junta de Andalucía.
- (2009) "Ciudades, metrópolis, posmetrópolis y el uso de la inteligencia compartida", en [http://www.laciudadviva.org/opencms/foro/documentos/fichas/Familias\\_de\\_documentos/Congreso\\_Quito\\_La\\_Ciudad\\_Viva\\_como\\_Urbs/Juan\\_Fco\\_Ojeda\\_Rivera-Ciudades\\_metropolis\\_postmetropolis\\_y\\_el\\_uso\\_de\\_la\\_inteligencia\\_compartida-2009.html](http://www.laciudadviva.org/opencms/foro/documentos/fichas/Familias_de_documentos/Congreso_Quito_La_Ciudad_Viva_como_Urbs/Juan_Fco_Ojeda_Rivera-Ciudades_metropolis_postmetropolis_y_el_uso_de_la_inteligencia_compartida-2009.html) (último acceso a 28 de noviembre de 2010).
- Ojeda, J.F.; Cano, N. (2009) "El paisaje, memoria de los territorios". En *Actas del XVII Congreso de Estudios Vascos-Eusko Ikaskuntza*. En prensa.
- Ojeda, J.F.; Silva, R. (2002) "Efectos de la implantación del modelo agroambiental y postproductivista en la Sierra Morena Onubense", *Estudios Geográficos*, LXIII, 246, pp. 69-100.
- Ortega, N. (1998) "Paisaje y cultura". En *Paisaje y Medio Ambiente*, ed. Martínez de Pisón, E., pp. 137-150. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- Ortner, S. (1977) "¿Es la mujer con respecto al hombre lo que la naturaleza con respecto a la cultura?". En *Antropología y Feminismo*, pp. 109-131. Barcelona: Anagrama.
- Ortzadar (2005) *La Agenda Local 21 en Karrantza. Diagnóstico de Situación 2005*, Karrantza: Documento de trabajo sin publicar.
- Ostrom, E. (1990) *Governing the Commons. The Evolution of Institutions of Collective Action*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Paliza, M. (1989) "La arquitectura residencial en Carranza desde finales del siglo XIX hasta mediados del siglo XX", *Ondare: Cuadernos de Artes Plásticas y Monumentales*, 7, pp. 37-85.
- (2004) *Guía de la Arquitectura Indiana en Karrantza y Lanestosa*, Bilbao: Diputación de Bizkaia (Servicio de Patrimonio Histórico), Ayuntamiento de Karrantza y Ayuntamiento de Lanestosa.
- Paliza, M.; Díaz, M.S. (1989) *El Valle de Carranza*, Bilbao: Caja de Ahorros Vizcaína.

- Peña, L.M. (2004a) "La alimentación del ganado en la cuadra y en los pastos bajos en el Valle de Carranza", *Etniker Bizkaia*, 13, pp. 65-119.
- (2004b) "La crianza de ganado y la cuadra en el Valle de Carranza", *Cuadernos Etniker Bizkaia*, 12, pp. 66-138.
- Philo, C. (1995) "Animals, geography, and the city: notes on inclusions and exclusions", *Environment and Planning D: Society and Space*, 13, 6, pp. 655-681.
- Pigem, J. (2008) "La naturaleza como espejo de la cultura". En *Geografies Expectants. Trajeccions. Paisatges en Mutació Constant*, ed. Sabadell, L., pp. 104-109. Girona: Fundació Espais d'Art Contemporani.
- Porteous, J.D. (1990) *Landscapes of the Mind: Worlds of Sense and Metaphor*, Toronto: University of Toronto Press.
- Prats, I.L. (1997a) "El impacto ambiental de las explotaciones de vacuno lechero". En *Vacuno de Leche: Aspectos Claves*, ed. Buxadé, C., pp. 393-417. Madrid: Ediciones Mundi-Prensa.
- Prats, L. (1997b) *Antropología y Patrimonio*, Barcelona: Ariel.
- Ray, C. (2006) "Soundscapes and the rural: a conceptual review from a British perspective", *Centre for Rural Economy Discussion*, 5, pp. 1-27.
- Regidor, J. (2002) "La agricultura española en la Unión Europea: entre la integración y la reconversión". En *Agricultura y Sociedad en el Cambio de Siglo*, eds. Gómez, C., González, J., pp. 231-264. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Relph, E. (1976) *Place and Placelessness*, London: Pion.
- Riesco, P. (2000) "La interpretación de perturbaciones en el paisaje rural. Propuestas de atenuación" *Andalucía Geográfica*, 7, pp. 27-33.
- Rodríguez, B. (1947) *Memoria del Valle de Carranza*, Carranza: Informe para el Ayuntamiento de Carranza.
- Roger, A. (2007) *Breve Tratado del Paisaje*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- (2008) "Vida y muerte de los paisaje. Valores estéticos, valores ecológicos". En *El Paisaje en la Cultura Contemporánea*, ed. Nogué, J., pp. 67-85. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Romero, A. (2004) *Documento de Síntesis del Estudio de Impacto Ambiental Parque Eólico Ordunte*: Documento de trabajo sin publicar.
- Romero, J. (2002) "Regulaciones agroambientales de la actividad agraria en la Unión Europea. Contextos, procesos y políticas públicas". En *Agricultura y Sociedad en el Cambio de Siglo*, eds. Gómez, C., González, J., pp. 623-652. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Rose, M. (2002) "Landscape and labyrinths", *Geoforum*, 33, 4, pp. 455-467.

- Rose, M.; Wylie, J. (2006) "Animating landscape", *Environment and Planning D: Society and Space*, 24, pp. 475-479.
- Ruiz-Vargas, J.M. (1997) "La complejidad de la memoria". En *Claves de la Memoria*, ed. Ruiz-Vargas, J. M., pp. 9-13. Madrid: Trotta.
- Sachs, W. (2002) "Desarrollo sostenible". En *Sociología del Medio Ambiente: Una Perspectiva Internacional*, eds. Redclift, M., Woodgate, G., pp. 63-75. Madrid: McGraw Hill.
- Sancho, R. (2002) "Las políticas de desarrollo rural". En *Agricultura y Sociedad en el Cambio de Siglo*, eds. Gómez, C., González, J., pp. 265-296. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Sanz, C. (2000) "El paisaje como recurso". En *Estudios Sobre el Paisaje*, ed. Martínez de Pisón, E., pp. 281-291. Murcia: Universidad Autónoma de Madrid, Fundación Duques de Soria.
- Sanz, J. (2002) "El sistema agroalimentario español: estrategias competitivas frente a un modelo de demanda en un contexto de mercados imperfectos". En *Agricultura y Sociedad en el Cambio de Siglo*, eds. Gómez, C., González, J., pp. 143-179. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Saratxaga, A. (1997) *Carranza. Estudio Histórico-Artístico*, Bilbao: Diputación Foral de Bizkaia.
- Schafer, R. M. (1977) *The Soundscape: Our Sonic Environment and the Tuning of the World*, Rochester: Destiny Books.
- Segrelles, J.A. (1999) "Capitalismo y organización de los espacios ganaderos en España. El caso de la Cooperativa Agropecuaria de Guissona", *Investigaciones Geográficas*, 39, pp. 94-108.
- (2002) "Los cultivos transgénicos y la ganadería intensiva en España: un obstáculo productivista para el desarrollo rural sostenible y la integridad ambiental". En *La Multifuncionalidad de los Espacios Rurales de la Península Ibérica: Actas del IV Coloquio Hispano-Portugués de Estudios Rurales*, eds. López, E., et al. Santiago de Compostela: Xunta de Galicia.
- Sennet, R. (2007 [1994]) *Carne y Piedra. El Cuerpo y la Ciudad en la Civilización Occidental*, Madrid: Alianza Editorial.
- Soper, K. (1996) "Nature/"nature"". En *Future Natural: Nature, Science, Culture*, eds. Robertson, G., et al., pp. 22-34. London: Routledge.
- Spinney, J. (2006) "A place of sense: a kinaesthetic ethnography of cyclists on Mont Ventoux", *Environment and Planning D: Society and Space*, 24, 5, pp. 709-732.
- Thrift, N.; Dewsbury, J.D. (2000) "Dead geographies - and how to make them live", *Environment and Planning D: Society and Space*, 18, 4, pp. 411-432.

- Tilley, C. (1994) *Phenomenology of Landscape: Places, Paths and Monuments*, Oxford: Berg Publishers.
- Toulmin, S. (2001) *Cosmópolis: el Trasfondo de la Modernidad*, Barcelona: Península.
- Varillas, V. (1964) *Estudio Sociográfico del Valle de Carranza*, Bilbao: Diputación de Vizcaya, Departamento de Acción Política Local.
- Varios (2008) *Paisatge Vitivinícola del Penedès. Fitxes de Bones Pràctiques*, Barcelona: Generalitat de Catalunya, Department de Política Territorial i Obres Públiques, Direcció General d'Arquitectura i Paisatge.
- Vicario de La Peña, N. (1975 [1935]) *El Noble y Leal Valle de Carranza*, Bilbao: Publicaciones de la Junta de Cultura de Vizcaya.
- Vivas, I. (2005) *La Memoria de una Ciudad Postindustrial (Catálogo de Exposición)*, Bilbao: Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, Diputación Foral de Bizkaia.
- (2006/7) "La península de Zorrozaurre y el barrio de Olabeaga. Un problema urbanístico para Bilbao", *Kobie (Serie Antropología Cultural)*, 12, pp. 87-117.
- (2007) "Una imagen recurrente en las calles de la ciudad: aspectos simbólicos y funcionales de la baldosa "Bilbao"", *Ankulegi*, 11, pp. 27-39.
- (2008) "Entre dos siglos: transiciones temporales y mutaciones estéticas en el paisaje industrial de la ría de Bilbao", *Fabrikart*, 8, pp. 166-181.
- Vivas, I.; Arnaiz, A. (2007) "Los paisajes y su reverso: identidad cultural y estética en la percepción del territorio vasco", *Fabrikart*, 7, pp. 180-194.
- Vivas, I.; Del Valle, T.; Arnaiz, A. (2006) "Ciudad y territorio en la Comunidad Autónoma Vasca: metrópolis en expansión y urbanización del territorio". En *XVI Congreso de Estudios Vascos. Desarrollo Sostenible-IT. El futuro.*, pp. 471-473. Donostia: Eusko Ikaskuntza.
- Waite, G.; Lane, R. (2007) "Four-wheel drivescapes: embodied understandings of the Kimberley", *Journal of Rural Studies*, 23, 2, pp. 156-169.
- Willis, P. (1994) "La metamorfosis de mercancías culturales". En *Nuevas Perspectivas Críticas en Educación*, eds. Castells, M., et al., pp. 166-206. Barcelona: Paidós.
- Wylie, J. (2002) "An essay on ascending Glastonbury Tor", *Geoforum*, 33, 4, pp. 441-454.
- (2007) *Landscape*, Oxon: Routledge.
- Zavaleta, C. (2005) "El paisaje en la relación cuerpo-ciudad", en [http://www.vitoria-gasteiz.org/w24/docs/ceac/forourbanopaisaje/laburpenak/Claudia\\_Zavaleta.pdf](http://www.vitoria-gasteiz.org/w24/docs/ceac/forourbanopaisaje/laburpenak/Claudia_Zavaleta.pdf) (último acceso a 28 de noviembre de 2010).

- (2006) "Las fortificaciones y los cuerpos: espacios, paisajes y símbolos en la identidad territorial". En *III Congreso Internacional sobre Fortificaciones: Paisaje y Fortificación*. Alcalá de Guadaíra.
- (2010) "La construcción del medio y del paisaje como creación social y cultural del territorio". En *De la Tierra al Sol. Historia de Los Paisajes del Guadiamar*, pp. 226-249. Madrid: Ediciones El Viso.
- Zimmer, J. (2008) "La dimensión ética de la estética del paisaje". En *El Paisaje en la Cultura Contemporánea*, ed. Nogué, J., pp. 27-44. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Zoido, F. (1998) "Paisaje y actuación pública. Inserción en la legislación y planificación europea". En *Paisaje y Medio Ambiente*, ed. Martínez de Pisón, E., pp. 29-44. Valladolid: Fundación Duques de Soria.
- (2002) *Paisaje y Ordenación del Territorio*, Sevilla: Fundación Duques de Soria, Consejería de Obras Públicas y Transporte de la Junta de Andalucía.
- Zusman, P. (2008) "Epílogo. Perspectivas críticas del paisaje en la cultura contemporánea". En *El Paisaje en la Cultura Contemporánea*, ed. Nogué, J., pp. 275-296. Madrid: Biblioteca Nueva.